

AVERIL CAMERON

EL MUNDO MEDITERRÁNEO EN
LA ANTIGÜEDAD TARDÍA 395-600

Traducción castellana de TEÓFILO DE LOZOYA

CRÍTICA
GRIJALBO MONDADORI
BARCELONA

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos

Título original.

THE MEDITERRANEAN WORLD IN LATE ANTIQUITY AD 395-600

Routledge, Londres

Cubierta Luz de la Mora, a partir de una creación de Enríe Satué

© 1993- Averil Cameron

© 1998 de la traducción castellana para España y América

CRÍTICA (Grijalbo Mondadori, S A.), Aragó, 385, 08013 Barcelona

ISBN 84-7423-760-2

Depósito legal B 26 600-1998

Impreso en España

1998—HUROPE, S. L., Lima, 3 bis, 08030 Barcelona

PREFACIO

Para explicar los criterios que sigue este libro hemos de recordar que fue concebido como parte integrante de una serie de volúmenes que pretendían sustituir a la vieja Methuen History of the Ancient World, aunque naturalmente dicha colección no tenía ningún tomo que tratara el tema estudiado por nosotros, pues cuando se publicó, ni siquiera había nacido la noción misma de «Antigüedad tardía». Debo confesar que el presente volumen —último desde el punto de vista cronológico de todos los de la serie en la que se inscribe— fue escrito antes de que lo fuera el que, según los planes previstos, había de tratar del siglo IV, y constituye de hecho la continuación de otro libro mío escrito para otra obra de conjunto, a saber la Fontana History of the Ancient World. Aunque se titulara simplemente The Later Roman Empire, dicho volumen acababa, en efecto, en el punto en el que empieza éste, quedando la figura de san Agustín como puente entre uno y otro. El resultado es, pues, que, pese a las diferencias menores de formato y escala que puedan existir entre una y otra obra, el lector hallará en ellas una introducción a todo el período correspondiente a la Antigüedad tardía, es decir a la época que va aproximadamente desde el reinado de Diocleciano (284-305) hasta finales del siglo VI, fecha, por lo demás, en la que también A. H. M. Jones acababa su gran obra titulada The Later Roman Empire (Oxford, 1964).

Como es bien sabido, esta época ha sido objeto de un insólito interés por parte de la generación posterior a la publicación de la grandiosa obra de Jones; durante los últimos veinte años el estudio de este período se ha incluido por vez primera en los programas de historia antigua de muchas universidades, con las consiguientes repercusiones en los estudios de historia medieval y —allí donde existía esta especialidad— de bizantinismo. La incorporación de dos nuevos volúmenes a la última edición de la Cambridge Ancient History supone asimismo un reflejo sintomático del cambio producido a este respecto; quedará así cubierto, en total, el período que va desde la muerte de Constantino (337) hasta finales del siglo VI. La obra de Peter Brown titulada The World of Late Antiquity (Londres, 1971) sigue constituyendo una estimulante introducción al tema desde la perspectiva de la historia de la cultura. No obstante, pese al

enorme influjo ejercido por esta obra y al notable incremento del interés por esta época que se ha producido en los últimos años y que ha dado lugar a una verdadera avalancha de publicaciones especializadas, muchas de ellas realmente estupendas, todavía resulta difícil encontrar en inglés un libro que proporcione al estudioso una introducción general a los múltiples y variados aspectos del período objeto de su curiosidad.

El presente volumen adopta un enfoque en parte cronológico y en parte temático. Dado el espacio del que disponemos, no cabía plantearse realizar un relato completo de los acontecimientos, y así he intentado hacerlo tan sólo en aquellas secciones en las que me ha parecido especialmente necesario o en las que los testimonios eran particularmente poco accesibles. Por fortuna disponemos de una breve relación de los hechos, por lo demás muy útil, en el libro de Roger Collins titulado *Early Medieval Europe 300-1000* (Londres, 1991). El alcance de nuestra obra es distinto y más amplio a la vez. Si presto particular atención a ciertos temas especialmente controvertidos —por ejemplo, a los cambios habidos en la vida urbana o a los diferentes tipos de asentamiento, asuntos ambos en los que la mayor parte de los testimonios son de naturaleza arqueológica—, es en parte porque deseo subrayar los grandes cambios que se han producido a la hora de enfocar y entender todo este período desde que se publicara la obra de Jones, cuya importancia en tantos otros terrenos sigue siendo capital. Por motivos semejantes también dedicamos amplio espacio a la historia de la cultura y de la sociedad. Por otra parte, un libro de este tipo debería contar con muchas más ilustraciones de las que hemos incluido aquí, pero por fortuna existen numerosas guías perfectamente accesibles al lector, a las que, siempre que he podido, he remitido en las notas. En lo que más hincapié hace el libro es en el imperio y no en su periferia ni en los nuevos reinos de Occidente, de suerte que se centra sobre todo en el mundo oriental, donde las instituciones del gobierno romano permanecieron vivas al menos hasta el siglo VII, cuando poco a poco fue surgiendo un estado cada vez más «bizantino», es decir «medieval». Como es bien sabido, existen numerosas obras de introducción a la Edad Media occidental, todas ellas excelentes, y en cuanto a las regiones a las que hemos prestado menos atención en este libro (España, Italia, las provincias del norte, o los Balcanes), han sido ya tratadas en obras especializadas a las que remitimos en las notas. Pocos, en cambio, son los libros recientes, si es que hay alguno, que traten, o que tan sólo incluyan con el detalle que merece, la historia igualmente importante de las provincias de Oriente durante los siglos V y VI. Aún está por publicarse una historia exhaustiva de un reinado tan decisivo como el de Justiniano (527-565). Por último, debemos añadir que algunas secciones de nuestro libro adolecen por fuerza de cierto carácter provisional o exploratorio, precisamente porque las investigaciones necesarias en las que se basan son muy desiguales, y todavía hay muchas cuestiones a las que no se ha dado respuesta. Aunque precisamente ese es también uno de los mayores incentivos de este campo.

Me gustaría dar las gracias a los diversos amigos y colegas que me han llamado la atención sobre los errores cometidos y que me han ayudado con sus consejos, y especialmente a Lawrence I. Conrad, Han Drijvers y Bryan Ward-

Perkins, pero sobre todo a Wolfgang Liebeschuetz. Ian Tompkins y Lucas Siorvanes tuvieron la amabilidad de leer todo el manuscrito, y Fergus Millar, editor de la serie, no sólo me animó a realizar mi tarea, sino que además hizo gala de una paciencia extraordinaria. El presente volumen pretende simplemente ser un punto de partida y no una obra cumbre. Si al lector no le gusta o se siente frustrado al no encontrar en él lo que buscaba, espero al menos que se vea estimulado a proseguir su búsqueda y que halle al fin las respuestas que más le convengan.

Averil Cameron
Londres, julio de 1992

DATOS CRONOLÓGICOS

395 Muerte de Teodosio I
Honorio, 395-423 (Occidente)
Arcadio, 395-408 (Oriente)
406 Vándalos, alanos y suevos cruzan el Rin
408 Alarico y los visigodos invaden Italia
407-411 Constantino III (Britania)
410 Retirada del ejército romano de Britania
Saqueo de Roma a manos de los visigodos
408-450 Teodosio II (Oriente)
425-455 Valentiniano III
429 Los vándalos pasan a África, toma de Cartago (439)
c 430 Fundación del monasterio de Lérins
431 Concilio de Éfeso
A partir de 440 Incursiones de los hunos en los Balcanes
450-457 Marciano (Oriente)
451 Los hunos invaden la Galia
Concilio de Calcedonia
453 Muerte de Atila
455-457 Avito (Occidente)
Saqueo de Roma a manos de los vándalos (455)
457-474 León I (Oriente)
468 Fracaso de la expedición de León contra los vándalos
474-491 Zenon (Oriente)
San Patricio en Irlanda 476
Destitución de Rómulo Augustulo
c 481-c 511 Clodoveo en la Galia
491-518 Anastasio (Oriente)
493-526 Teodorico (Italia ostrogoda)
507 Batalla de Vouillé
524 Ejecución de Boecio
518-527 Justino I

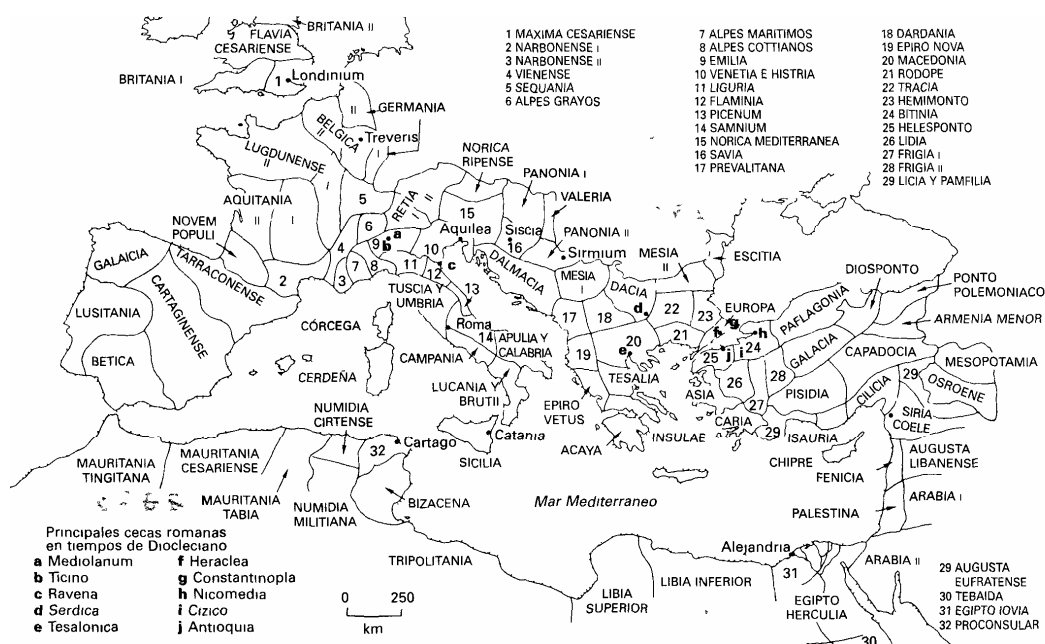
527-565 Justiniano
527-533 Código de Justiniano
531-579 Cosroes I
533-534 Reconquista de África
535 Misión de Belisario en Italia
540 Saqueo de Antioquia a manos de los persas
Regla de san Benito
551 Intervención de Justiniano en España
554 Pragmática Sanción (reorganización de Italia)
563-565 Fundación de Iona
565-578 Justino II
568 Los lombardos invaden Italia
c 570 Nacimiento de Mahoma
578-582 Tiberio II
c 580 Muerte de Casiodoro
Decenio de 580 Invasiones eslavas de Grecia
582-602 Mauricio
589 III Concilio de Toledo y consiguiente conversión de Recaredo (586-601) al catolicismo
591 Restablecimiento en el trono de Cosroes II por obra de Mauricio
590 604 Pontificado de Gregorio Magno
594 Muerte de Gregorio de Tours
597 San Agustín emprende la conversión de Britania
602-610 Focas
610-641 Heraclio
614 Saqueo de Jerusalén a manos de los persas
622 Mahoma se va de Medina (Hégira)
626 Avaros y persas asedian Constantinopla
630 Heraclio restaura la Vera Cruz
632 Muerte de Mahoma
633-642 Oswald (Northumbria)
636 Batalla del Rio Yarmuk
638 Ekthesis de Heraclio
638 Jerusalén se rinde a los árabes
640 Conquista de Egipto por los árabes
647 El exarca Gregorio es asesinado por los árabes cerca de Sbeitla

INTRODUCCIÓN

La división entre Oriente y Occidente

En el año 395 murió el emperador Teodosio I, dejando en herencia el trono a sus dos hijos. A Arcadio le correspondió Oriente y a Honorio Occidente. A partir de ese momento, el imperio romano quedó definitivamente dividido a efectos administrativos en dos mitades, que, a medida que fue aumentando la presión de los bárbaros sobre las fronteras a lo largo del siglo V, empezaron a reaccionar de manera significativamente distinta. El año 395 constituye, pues, un auténtico momento crucial en la definitiva separación de Oriente y Occidente.

Hasta esa fecha y desde la época de Diocleciano (284-305), el Bajo Imperio había constituido una unidad que abarcaba todas las provincias ribereñas del Mediterráneo y otras muchas bastante más remotas (véase el mapa 1). Por occidente llegaba hasta Britania e incluía la totalidad de la Galia e Hispania; por el norte, sus confines se extendían por Alemania y los Países Bajos hasta alcanzar, bordeando el Danubio, las costas del mar Negro; Dacia, situada al otro lado del Danubio y anexionada al imperio por Trajano a comienzos del siglo II, fue abandonada a finales del III debido a las sucesivas invasiones de los godos, pero, al margen de este hecho, el imperio de Diocleciano era en buena medida idéntico en extensión al de los días felices de los Antoninos. Por el este, llegaba hasta la parte más oriental de Turquía y los confines del imperio persa sasánida, mientras que por el sur, sus posesiones se extendían desde Egipto a Marruecos y el estrecho de Gibraltar; durante el siglo IV, el África septentrional romana —las actuales Argelia y Tunicia— se convirtió en una de las regiones más prósperas del imperio.



Las provincias del Imperio romano instauradas por Diocleciano

En tiempos de Diocleciano, pese a seguir siendo la sede del senado, Roma había dejado de ser la capital administrativa de aquel vasto imperio; los emperadores se trasladaban de una «capital» a otra —Tréveris en Germania, Sirmium o Sérδικa, en la zona del Danubio, o Nicomedia en Bitinia—, llevando tras de sí toda la maquinaria administrativa. A finales del siglo IV, sin embargo, las principales sedes del gobierno eran Milán en Occidente y Constantinopla en Oriente (véase el capítulo 1). El imperio estaba dividido además desde el punto de vista lingüístico, por cuanto, pese a que el latín siguió siendo hasta el siglo VI e incluso más tarde la lengua «oficial» del ejército y el derecho, en Oriente la lengua de las clases cultas era fundamentalmente el griego. Latín y griego, sin embargo, coexistían con otras muchas lenguas locales, como por ejemplo el arameo en Siria, Mesopotamia y Palestina, copto —egipcio demótico escrito en un alfabeto compuesto fundamentalmente por caracteres griegos— en Egipto, o las lenguas de los nuevos grupos que habían venido estableciéndose dentro de los límites del imperio a lo largo del siglo III y sobre todo del IV, una de las cuales era el gótico. Ya desde los inicios de la época imperial, lo normal en Oriente había sido que circularan versiones griegas de las leyes, y siempre había sido habitual traducir a esta lengua las cartas del emperador y demás documentos oficiales, de suerte que la administración imperial se las había arreglado para funcionar bastante bien a pesar de semejante galimatías lingüístico. A partir del siglo III, en cambio, las culturas vernáculas empezaron a desarrollarse con especial vigor en diversas regiones, hasta que la división final entre Oriente y Occidente acabó convirtiéndose también en una definitiva división lingüística; como se ha subrayado en varias ocasiones, el griego de san Agustín no era demasiado bueno, y sus obras, escritas en latín, no las leían los cristianos de Oriente.

Así pues, el período que pretende cubrir nuestro libro fue testigo de una división progresiva entre Oriente y Occidente, proceso en el curso del cual la parte oriental fue la que en general salió mejor librada. Aunque hubiera de enfrentarse a un enemigo formidable como eran los sasánidas, sus estructuras sociales y económicas le

permitieron repeler la amenaza que para ella suponían las tribus germánicas procedentes del norte con mucha mejor fortuna que el imperio de Occidente, de modo que, en último término, las estructuras institucionales y administrativas del imperio del siglo IV permanecieron más o menos intactas en Oriente al menos hasta el siglo VI, produciéndose únicamente un cambio sustancial a raíz de las invasiones persas y árabes acontecidas a comienzos del siglo VII.

En Occidente, en cambio, el gobierno imperial era ya muy débil a finales del siglo IV, mientras que, en contrapartida, el poder de las grandes familias terratenientes había ido haciéndose cada vez más fuerte. Además, las provincias occidentales se habían visto afectadas y perjudicadas mucho más pronto por las invasiones y las guerras civiles del siglo III. La desastrosa derrota del ejército romano en Adrianópolis (378) marcó un hito decisivo en el proceso de debilitamiento de Occidente, y la presión de los bárbaros iría aumentando constantemente hasta que en 476 fue destronado el último emperador romano que gobernaba el imperio desde Italia, y el poder pasó definitivamente a manos de un caudillo bárbaro. La célebre «reconquista» emprendida desde Constantinopla por el emperador de Oriente, Justiniano, a partir de la tercera década del siglo VI (véase el capítulo 5), tenía por objeto dar un vuelco completo a la situación; pero, si bien en Italia se mantuvo la presencia de los bizantinos en el Exarcado, Occidente quedó definitivamente dividido a finales del siglo VI, con la dinastía franca de los merovingios gobernando en Francia y la monarquía visigoda reinando en España; en Italia, la victoria final de los bizantinos (554) se vio seguida muy pronto por una nueva invasión, la de los lombardos, que habría de producir una fragmentación aún mayor, a raíz de la cual el papado, sobre todo durante el pontificado de Gregorio Magno (590-604), se hizo con un considerable poder en la esfera secular. Pese a todo, en los reinos bárbaros siguieron vivos muchos elementos claramente romanos, y todavía es objeto de debate hasta qué punto llegaron a calar realmente los cambios en los terrenos social y económico. En un libro suyo, ya clásico, *Mahoma y Carlomagno*, el historiador belga Henri Pirenne sostiene que la verdadera ruptura entre Oriente y Occidente, de paso la división entre la historia antigua y la historia medieval, se produjo a consecuencia no de la invasión de los bárbaros, sino a raíz de las conquistas árabes. Es esta la famosa «tesis de Pirenne», sobre la cual llevan varios decenios discutiendo los historiadores; aunque en la actualidad los testimonios en los que se basa han cambiado bastante (véase el capítulo 8), las cuestiones esenciales siguen en pie. No obstante, algunos historiadores empiezan a no hacer tanto hincapié en el concepto de división (cronológica geográfica) y a plantear unas teorías de mayor alcance. Así, en su libro titulado *The First Millennium AD in Europe and the Mediterranean. An Archeological Essay* (Cambridge, 1991), K. Randsborg sostiene, basándose en testimonios arqueológicos, que, pese a los cambios evidentes acontecidos el terreno político, los tipos de asentamiento y de cultura material propios de los países que bordean el Mediterráneo no empezaron a cambiar de manera drástica hasta el siglo XI. En otra obra reciente, *The Mediterranean World. Man and Environment in Antiquity and the Middle Ages* (Oxford, 1993), de P. Horden y N. Purcell, se estudian los factores medioambientales, ecológicos y antropológicos comunes que caracterizan a la cultura mediterránea de esta época. Por último, una cuestión que a todas luces interesa mucho a los medievalistas occidentales en particular es la que se refiere a la aparición del concepto de Europa, objeto de estudio de una ambiciosa serie, «La instrucción de Europa», dirigida por Jacques Le Goff. Entre otras cosas, todos estos nuevos enfoques

demuestran hasta qué punto las diversas concepciones de la historia, empezando por las nuestras, se hallan teñidas en todo momento por los intereses propios de cada época.

Los enfoques anteriores y el estado actual de las investigaciones

El «paso» de la Antigüedad clásica al mundo medieval era el tema de la grandiosa obra de Edward Gibbon *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano* (1787) y, desde luego, ha habido pocos asuntos en la historia que hayan sido objeto de una controversia tan encarnizada o que hayan sustentado unos sentimientos tan encontrados. Para Marx y la mayoría de los historiadores que se inscriben en la tradición marxista, el final de la primacía de Roma constituía la prueba definitiva de que los estados basados en unas formas de desigualdad y explotación tan exageradas como el esclavismo antiguo se hallaban irremisiblemente condenados al fracaso. Por otro lado, numerosos historiadores, entre ellos el propio Gibbon o el ruso M. I. Rostovtzeff, que emigró a Occidente en 1917, pensaban también que el imperio romano representaba una versión tristemente degenerada de su forma primitiva, civilizada y próspera, que, según ellos, habría alcanzado su apogeo en tiempos de los Antoninos, esto es, en el siglo II. La tesis de Rostovtzeff, aunque hasta cierto punto desvirtuada, sigue siendo la más defendida hoy día, y en cualquier caso podemos considerarla la «opinión estándar». Nuestra obra pretende, en cambio, que se desechen de una vez por todas criterios valorativos como los conceptos de «decadencia» o «degeneración».

La teoría de la decadencia ha sido siempre muy tentadora. Como racionalista que era, Gibbon atribuía la decadencia moral e intelectual que, a su juicio, había echado raíces a finales de la época imperial, a los efectos perniciosos del cristianismo, mientras que Rostovtzeff veía en el estado romano de los últimos tiempos una forma de totalitarismo brutal. Uno y otro localizaban el siglo «de oro» en los inicios de la época imperial, viendo en él un reflejo de la sociedad que ellos habían conocido, a saber, respectivamente la de la Ilustración del siglo XVIII y la de la burguesía de finales del siglo XIX. En la actualidad, la caída de los imperios ha vuelto a convertirse en noticia, y la reciente teoría del «colapso de los sistemas» (véase la Conclusión) nos muestra en esencia una versión moderna de la idea de decadencia y hundimiento.

En el mundo anglosajón, el período del que se ocupa nuestro libro se ha visto dominado a lo largo de toda una generación por la exhaustiva obra de A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire 284-602. A Social, Economic and Administrative Survey* (Oxford, 1964), publicada más tarde en una versión abreviada con el título de *The Decline of the Ancient World* (Londres, 1966). Jones se hallaba influido en buena parte por la importancia que había concedido Rostovtzeff a los factores económicos y sociales, y el tema de casi todos los capítulos de su monumental obra es por lo general algún aspecto concreto de la sociedad tardorromana, y no un relato de los acontecimientos políticos. Jones había viajado por casi todo el territorio del antiguo imperio romano, participando incluso en diversas excavaciones arqueológicas, pero escribió su obra antes de que se produjera el estallido del interés por la arqueología tardorromana y, por consiguiente, hizo poco uso de los testimonios materiales; a pesar de todo, su obra sigue constituyendo la guía fundamental a la que por fuerza deben recurrir los estudiosos de habla inglesa. Asimismo Jones fue quien delimitó

cronológicamente este período, que, según él, iría desde la subida al trono de Diocleciano (284) hasta la muerte de Mauricio (602), interpretación discutible, aunque justificable, que en definitiva seguimos también nosotros.

Los planteamientos de Jones eran pragmáticos y concretos; no le interesaban demasiado las cuestiones relativas a la historia de la religión, que hoy día muchos estudiosos consideran factores primordiales e interesantísimos a la hora de analizar la Antigüedad tardía. Para él, estudiar el desarrollo y la influencia de la Iglesia cristiana en dicho período significaba hacer un seguimiento de su crecimiento institucional y económico, y no de los sentimientos íntimos de los cristianos en cuanto tales. Curiosamente incluía a los monjes, monjas y, en general, a todo el clero cristiano en la categoría de «bocas ociosas», que debían ser sostenidas por la clase, cada vez menos numerosa, de los productores agrícolas, y que, en opinión de Jones, contribuyeron a agravar las dificultades a las que hubo de hacer frente el gobierno tardorromano, hasta provocar su definitivo hundimiento.

Cuando Jones publicó su obra, a comienzos de los años sesenta, la fase final del imperio romano era un tema que apenas aparecía en los programas de estudio de las universidades, y la mayoría de los especialistas en historia antigua aún lo consideraban un asunto ajeno a su competencia. No era este el caso de investigadores como Moses Finley, interesados por la historia económica y conocedores del marxismo y de otras interpretaciones sociales y económicas de la historia, ni el de otros especialistas familiarizados con la tradición continental en sentido lato. La obra de Jones, en cualquier caso, abrió las puertas a una nueva generación de estudiosos, que se vieron asimismo estimulados por el planteamiento absolutamente distinto del tema que ofrecía Peter Brown, según quedaba patente en su breve manual titulado *The World of Late Antiquity* (Londres, 1971), aparecido pocos años después de que se publicara *The Later Roman Empire* de Jones. Brown es en general mucho más entusiasta, por no decir más emotivo, a la hora de destacar los conceptos; y es muy posible, en efecto, que por su causa «la Antigüedad tardía» se haya convertido en un terreno exótico, poblado de monjes salvajes y vírgenes excitadas, y dominado por el choque de religiones, mentalidades y modos de vida. En semejante escenario, la Persia sasánida por el este y los pueblos germánicos por el norte y por el oeste delimitaban un área vastísima dentro de la cual iban trazándose nuevas líneas de batalla, por ejemplo entre los miembros de una misma familia que, en cuanto individuos, libraban en su interior un encarnizado combate con las conflictivas exigencias de la Iglesia, por una parte, y con el ambiente social al que pertenecían, por otra. Las grandes construcciones recién erigidas, iglesias y monasterios, constituían los nuevos centros de poder e influencia; los desiertos de Egipto y Siria se transformaron en morada de miles y miles de monjes de toda laya, y las provincias de Oriente se convirtieron en un crisol de culturas, abierto a todo tipo de cambios sociales.

Este otro enfoque tan distinto se basa, por su parte, en los testimonios que hablan de los desarrollos acontecidos en la esfera religiosa y cultural; lo que aún está por ver es si esa evolución puede extenderse también a los terrenos de la historia económica y administrativa. En cualquier caso, ha tenido un valor incalculable como incentivo para continuar en esa línea de trabajo y para establecer el concepto de «Antigüedad tardía» como tema de estudio autónomo. De hecho, uno de los aspectos más importantes y curiosos de los últimos años en este terreno ha sido el enorme interés que han mostrado los arqueólogos hacia esta época, sobre todo tras la meritoria labor

pionera realizada durante los años setenta, que ha permitido datar e identificar la cerámica tardorromana y, en consecuencia, establecer una cronología minuciosa de los yacimientos tardorromanos. Las excavaciones internacionales llevadas a cabo en Cartago bajo el patrocinio de la UNESCO durante los años setenta fueron también importantísimas en este sentido, pues pusieron al alcance del público una enorme cantidad de datos que pudieron más tarde ser comparados con los de otros yacimientos. Cabe mencionar asimismo el grandísimo interés demostrado actualmente por la historia del urbanismo, especialmente relevante en este período, habida cuenta de que fue testigo de una transformación fundamental de la vida urbana y llegó incluso a conocer la desaparición efectiva de muchas ciudades clásicas del Mediterráneo oriental (véase el capítulo 7). No obstante, aún no se ha realizado una síntesis completa del material arqueológico sacado recientemente a la luz, que en muchos casos sigue siendo objeto de debate. Un tema mucho más controvertido en la actualidad es el de la naturaleza y el alcance que tenían las actividades mercantiles en el Bajo Imperio (véase el capítulo 4), que supondría volver a examinar, desde un punto de partida totalmente distinto, los problemas planteados por Pirenne.

El período denominado «Antigüedad tardía»

La terminología empleada por los estudiosos para designar los diversos períodos históricos —y concretamente en este caso los términos «Antigüedad tardía», y «medieval» o «bizantino» (incluso «protobizantino»)— es en gran medida una cuestión de conveniencia. No es de extrañar que muchas de las obras publicadas sobre Bizancio tomaran como punto de arranque la fundación de Constantinopla por Constantino el Grande (330), pues dicha ciudad sería la capital del imperio bizantino hasta su caída en 1453. La mayoría de los especialistas en historia de Roma, en cambio, probablemente se sentirían más a gusto aludiendo a la historia de los siglos IV y V d.C. con la expresión «Bajo Imperio» o «Antigüedad tardía»; es posible que esos mismos especialistas tiendan a aplicar el término «bizantino» al reinado de Justiniano (527-565); y, por su parte, algunos bizantinistas no están muy seguros de cuándo puede hablarse de una Bizancio realmente bizantina, y sitúan la auténtica transformación de Bizancio en el siglo VII. Desde una perspectiva totalmente distinta, los teólogos tienden a situar esa transformación en 451, fecha del concilio de Calcedonia. En cuanto al término «medieval», quizá resulte menos problemático... eso sí, hasta que nos topamos con un tema tan controvertido como el de los supuestos elementos «medievales» de la sociedad tardorromana y viceversa.

La terminología, sin embargo, es muy importante: nos guste o no, conforma nuestra percepción de las cosas, sobre todo la de los temas más controvertidos. El título de esta obra, *El mundo mediterráneo en la Antigüedad tardía, 395-600*, sugiere, al utilizar la expresión «Antigüedad tardía», que en el Occidente bárbaro todavía seguían vivos, aunque fuera de forma fragmentaria, algunos rasgos básicos de la civilización clásica. Con ello sobrepasamos el año 476, fecha adjudicada tradicionalmente a la «caída del imperio romano», y se invita al lector a ensanchar sus miras, tanto en el terreno geográfico como en el cronológico. Quizá parezca paradójico, por tanto, que nuestra obra comience en 395, año en que el imperio quedó dividido simbólicamente y

realmente en dos mitades. En cualquier caso, se trata sobre todo de una época de transición, que fue testigo de grandes cambios y también de la continuidad de muchas cosas; y eso es precisamente lo que la hace tan interesante.

Las fuentes

Las fuentes que hacen referencia a todo este período son extraordinariamente ricas y variadas, y entre ellas se incluyen no sólo las obras de autores excepcionales desde todos los puntos de vista, sino también una documentación numerosísima que relata la vida de personajes absolutamente corrientes. Los cambios producidos en las circunstancias trajeron consigo otros cambios en la forma de escribir propia de la época: san Agustín, por ejemplo, era un ciudadano de provincias, perteneciente a una familia relativamente acomodada, que empezó practicando la retórica y abordando la carrera de orador, para luego convertirse en obispo de una ciudad del Norte de África, Hipona, y pasar la mayor parte de su vida batallando, por un lado, con los principales problemas de la teología cristiana y, por otro, intentando descubrir el sentido de los cambios históricos que se estaban produciendo a su alrededor. En vez de escribir una gran historia secular como la de Amiano Marcelino a finales del siglo IV, Orosio, contemporáneo de san Agustín, nacido en España, confeccionó un catálogo resumido de los desastres ocurridos en Roma en tiempos pretéritos; esta obra se convertiría durante la Edad Media en lectura rutinaria para todo el Occidente latino, al tiempo que aparecían numerosos calendarios y crónicas que intentaban reunir en un solo tratado los acontecimientos relativos a la historia secular y los sucesos de la historia cristiana desde la Creación. Durante el siglo VI, un mismo autor, el romano Casiodoro, compendiaría primero sus *Variae*, la correspondencia oficial de los reyes ostrogodos, y una historia de los godos, y posteriormente, cuando éstos fueron derrotados por los bizantinos en 554, escribiría sus *Instituciones*, compendio de doctrina cristiana escrito en el monasterio italiano de Vivarium, en el que había profesado. Un siglo antes, Sidonio Apolinar, obispo de Clermont-Ferrand, en la Galia, comentaba en tono lastimero la rusticidad de los bárbaros y seguía componiendo versos en un estilo absolutamente clásico. Huésped de los clérigos galos, especialmente de aquellos relacionados con el importantísimo centro monástico de Lérins, escribió en pleno siglo V una serie de largas epístolas y obras de contenido teológico; por esta misma época veían la luz las reglas monásticas de Juan Casiano y de san Benito. A finales del siglo VI, la voluminosa obra del papa Gregorio Magno, la vivacísima *Historia de los francos*, y las hagiografías de Gregorio de Tours —otro obispo procedente de la clase senatorial romana—, o los poemas de Venancio Fortunato nos proporcionan, junto con otros numerosísimos escritos, una rica documentación para entender la historia de Occidente durante esta época.

Estas son sólo algunas de las numerosas obras escritas en Occidente durante este período; pero el Oriente griego se mostró igualmente prolífico, si no más. La historia secular siguió escribiéndose a la manera clásica, y aunque sólo se conservan fragmentos de algunos autores de los siglos V y VI, poseemos en su totalidad las *Historias* de Procopio de Cesárea, que escribió una relación de las guerras de «reconquista» emprendidas por Justiniano. Procopio es sin duda alguna un autor de primer orden; por otra parte, su *De aedificiis*, panegírico de la actividad constructiva de su señor,

Justiniano, proporciona a los arqueólogos un importantísimo catálogo de las obras realizadas por éste, mientras que su escabrosa *Historia arcana*, immortalizada por la descripción que de ella hiciera Gibbon, ha suministrado todo el material informativo para la enorme cantidad de novelas que tratan de la artista de variedades, posteriormente convertida en esposa de Justiniano, que fue la piadosa emperatriz Teodora. Al contar con una mayor continuidad cultural, Oriente pudo conservar mejor que Occidente una tradición historiográfica según el viejo estilo, y el último representante de esta línea sería Teofilacto Simocatta, que escribió durante el reinado de Heraclio la vida del emperador Mauricio (582-602). Otros autores, en cambio, escribirían la historia de la Iglesia; entre ellos se incluyen los constantinopolitas Sócrates y Sozómo, continuadores durante la cuarta década del siglo V de la *Historia de la Iglesia* de Eusebio de Cesárea, el sirio Teodoreto, obispo de Cirro, o el arriano Filostorgio, cuya obra sólo se nos ha conservado en parte. A finales del siglo VI seguirían esta tradición Evagrio Escolástico, natural de Calcedonia, que escribió su obra en griego, siempre en Constantinopla, y Juan de Éfeso, obispo monofisita de esta ciudad, que escribió en siríaco. También en esta época comienzan a componerse las crónicas universales cristianas, típicas del período bizantino, e inaugurando la serie tenemos la crónica del siglo VI escrita por el antioqueno Juan Malalas, que concluye su obra en el año 563; existen asimismo muchísimas vidas de santos escritas en griego y latín, aunque a veces también en otras lenguas, como por ejemplo el siríaco, georgiano, armenio o copto; la costumbre de traducir obras del griego a otras lenguas orientales, sobre todo al siríaco, y de éstas al griego, constituye un aspecto importantísimo de la cultura oriental durante todo este período, al que, sin embargo, a menudo no se presta demasiada atención.

Aparte de la abundancia de las fuentes literarias, existe también la riquísima documentación suministrada por las actas de los grandes concilios de la Iglesia (Éfeso en 431, Calcedonia en 451, Constantinopla en 553), o por los códigos de Teodosio II y Justiniano. El documento oficial denominado habitualmente *Notitia Dignitatum*, compilado después de 395 y conocido por una copia occidental (cf. Jones, LRE, ap. II), constituye una fuente de primerísimo orden para conocer cómo eran el ejército romano y la administración provincial durante la época tardorromana. Existen asimismo muchas inscripciones dedicatorias de los siglos V y VI procedentes del Oriente griego, curiosamente escritas en ocasiones en verso, según los complicados cánones de la métrica clásica, y, aunque las grandes inscripciones públicas son escasas, comparadas con las de los inicios de la época imperial, se nos han conservado muchísimos epitafios cristianos, no por sencillos menos interesantes, a menudo escritos en los mosaicos que decoran el pavimento de las iglesias, en los que suele también figurar la dedicación del edificio por su constructor o por el correspondiente obispo. Se nos han conservado también importantes papiros procedentes del desierto de Néguev, en el moderno Israel, sobre todo los de Nessana, y también de Rávena, en Italia, así como de Egipto. Por último, la lista del material arqueológico es amplísima y cada día se incrementa más; aunque sigue siendo imprescindible consultar los informes específicos de los distintos yacimientos, por fortuna existen ya varias publicaciones recientes que nos proporcionan un panorama global de los testimonios arqueológicos; más adelante las mencionaremos cuando sea oportuno, sobre todo en los capítulos 7 y 8.

Los principales problemas de este período

Una de las preocupaciones fundamentales de la época era el problema planteado por la unidad y la diversidad. Mientras que en Occidente encontramos autores, como Sidonio Apolinar, que nos hacen pensar que en la Galia del siglo V se produjo una fuerte interacción entre bárbaros y romanos, la epigrafía griega da pruebas de los cambios producidos en la composición social y en el gobierno de las ciudades de Oriente, y también del impacto que tuvo el cristianismo sobre las familias acomodadas de ciertas ciudades, como, por ejemplo, Afrodisias de Caria. Nos enfrentamos ante todo a una serie de cambios culturales y a una yuxtaposición de ideas y estilos de vida contrapuestos. Entre los principales problemas que debemos abordar se cuenta, pues, el proceso de cristianización; y ello es así, entre otras razones, porque la práctica del paganismo no fue declarada ilegal hasta el reinado de Teodosio I. Esta medida, pese a provocar algunas reacciones violentas (véase el capítulo 3), no alcanzó ni mucho menos sus objetivos. Los grandes concilios de la Iglesia y los intentos casi siempre vanos de los emperadores por llegar a un compromiso en materia doctrinal constituyen también un indicio de los graves problemas que planteaba la consecución de una unidad, fuera cual fuese, de la Iglesia en una zona geográfica tan vasta y tan poco articulada, y más si tenemos en cuenta la rapidez con la que se produjeron los cambios. Otro problema importante es el de la defensa. Diversificado, localizado y fragmentado, el ejército romano —o mejor dicho los ejércitos romanos de los siglos V y VI— era muy diferente en su composición y equipamiento del de tiempos pretéritos, aunque no probadamente inferior, como a menudo se ha afirmado. Si el ejército era capaz o no de mantener a raya a los bárbaros y, en caso de no serlo, por qué no lo era, constituye un problema tan debatido por los historiadores de la época como por los contemporáneos; la naturaleza del ejército tardorromano y toda la problemática relativa a la defensa y las fronteras deben, por tanto, ser estudiadas con detalle (véanse los capítulos 2, 5 y 8). En tercer lugar, ¿la economía del Bajo Imperio estaba realmente «en decadencia» (véase el capítulo 4)? ¿Hasta qué punto siguieron vivos los intercambios comerciales a larga distancia, y, caso de existir, en manos de quién se hallaban? Estrechamente relacionada con estos temas se encuentra la ardua cuestión de determinar cuál era el lugar ocupado por los esclavos en el panorama laboral general, y sobre todo en relación con los *coloni*, con los campesinos vinculados a la tierra, a los que a menudo, aunque casi con toda seguridad erróneamente, se ha considerado prototipo de los siervos de la gleba medievales. Por último, aunque no sea un problema menos significativo, intentaremos comprender los reajustes en la esfera educativa e ideológica que acompañaron a todos esos cambios. En términos generales, la cultura clásica se veía ahora cada vez más expuesta a los desafíos lanzados por otras mentalidades alternativas, situación que para el hombre de la época podía resultar sumamente incómoda. Las contradicciones que ello comportaba quedan de manifiesto en el caso del emperador Justiniano, que intentó llevar a cabo la «restauración» y la reconquista de Occidente, al tiempo que atacaba a los intelectuales tildándolos de elementos subversivos paganos agazapados dentro del estado cristiano. Aunque no es seguro que esos cambios ideológicos se produjeran con anterioridad en Occidente, en particular gracias a los asentamientos bárbaros del siglo V, Oriente tardó más en ver cómo se llevaba a efecto ese mismo proceso, que no tuvo lugar hasta las invasiones persa y árabe del siglo VII; e incluso entonces aún existían

numerosas reminiscencias clásicas. Nuestra obra concluye, en cualquier caso, antes de dichas invasiones, que merecen un tratamiento más exhaustivo en otro lugar.

1. CONSTANTINOPLA Y EL IMPERIO DE ORIENTE DURANTE EL SIGLO V

La ciudad de Constantinopla

A la muerte de Teodosio I en 395, Constantinopla llevaba más de sesenta años siendo una de las sedes del imperio, exactamente desde que la ciudad clásica de Bizancio fuera vuelta a fundar por Constantino el Grande con el nombre de Constantinópolis (literalmente «Ciudad de Constantino»). Aunque a menudo se la llama capital del imperio de Oriente, semejante calificativo no es del todo correcto: Constantino la fundó con arreglo al modelo de las capitales de la tetrarquía ya existentes, como por ejemplo Nicomedia o Tréveris, y aunque desde su dedicación en 330 hasta el mismo día de su muerte, acontecida en 337, residió en ella casi constantemente, tenía la idea, según parece, de que a su muerte se volviera a un imperio dividido geográficamente entre varios Augustos (Eusebio, *Vita Constantini*, IV,51).¹ Dicha división no llegó a funcionar en la práctica: inmediatamente después de morir Constantino estallaron las rivalidades y aproximadamente en 350, al morir el segundo de los tres hijos que le habían sobrevivido, el tercero de ellos, Constancio II, se convirtió en único emperador, lo mismo que su padre. No obstante, a finales del siglo IV hubo a menudo dos e incluso más Augustos gobernando el imperio simultáneamente, de suerte que, cuando a la muerte de Teodosio se «dividió» el imperio entre sus dos hijos, Honorio y Arcadio, la cosa no supuso en el fondo ninguna novedad. La diferencia estuvo, sin embargo, en el hecho de que las dos mitades del imperio empezaron a desarrollarse por separado cada vez con más intensidad.

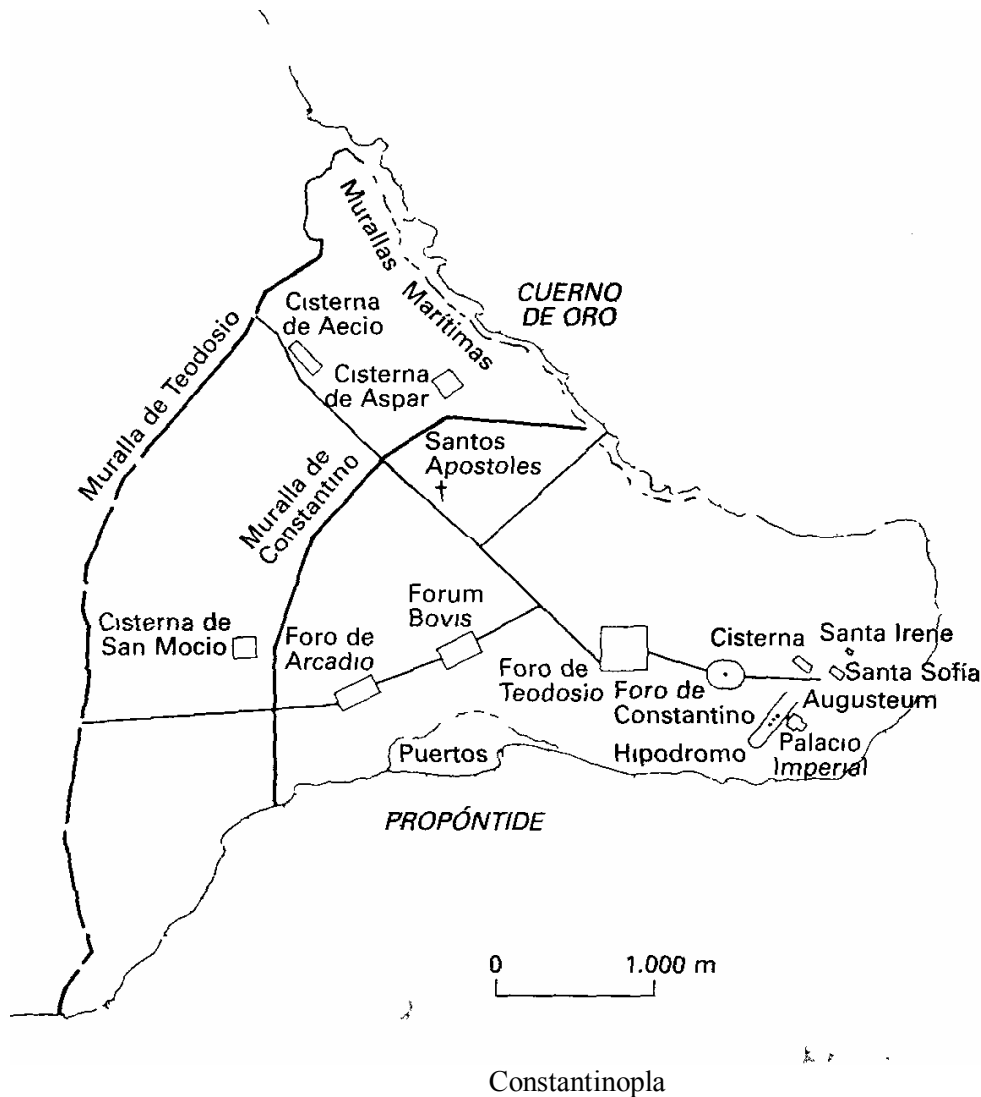
La propia Constantinopla no era todavía una ciudad totalmente cristiana. Aunque al referirse a la fundación de la ciudad por obra de Constantino, Eusebio pretende hacernos creer que fue eliminado cualquier rastro de paganismo que pudiera existir (*Vita Constantini*, III,48), semejante medida habría sido imposible de llevar a la práctica, a menos que se deportara a toda la población, y lo cierto es que, según nos informa Zósimo, autor pagano de época tardía, Constantino llegó a fundar dos nuevos templos paganos en la ciudad (*Nueva Historia*, 11,31). Probablemente fuera su hijo, Constancio II (337-361), y no el propio Constantino, el principal responsable de la construcción de la primera basílica de Santa Sofía (incendiada en 532 a raíz de la

sublevación de Nika y reconstruida por Justiniano tal como podemos verla hoy día) y de la iglesia de los Santos Apóstoles, junto al mausoleo de Constantino.² Por muy piadoso que fuera Constancio, es indudable que el intento de restablecer el paganismo llevado a cabo por su sucesor, Juliano (361-363), dejó sentir sus efectos en Constantinopla lo mismo que en cualquier otro rincón del imperio; además, en la corte seguía habiendo numerosos paganos: de hecho, el propio panegirista de Constancio, Temistio, era pagano. A finales de siglo, san Juan Crisóstomo, nombrado obispo de Constantinopla en 397, pronunció numerosos sermones advirtiendo de los peligros que suponía el paganismo. Debemos pensar, pues, que el siglo IV, a la muerte de Constantino, fue una época de fermento y rivalidad entre paganos y cristianos, una época en cualquier caso en la que, pese al apoyo imperial con el que contaba el cristianismo, aún no estaba ni mucho menos claro cuál iba a ser el resultado final. Hasta el siglo V no empezó a desarrollarse a gran escala el fenómeno de la construcción de iglesias, y fueron sobre todo las poderosas personalidades de los obispos de finales del siglo IV, como por ejemplo la del vigoroso Juan Crisóstomo en Oriente o la de san Ambrosio de Milán en Occidente, las que contribuyeron al decisivo avance de la Iglesia en este período. El hecho de que Constantinopla se convirtiera en esta época en una importante sede episcopal contribuyó también a asentar la supremacía política del cristianismo en la ciudad; en cualquier caso, los patriarcados de Antioquía y Alejandría eran mucho más antiguos, y ello daría lugar a numerosas fricciones entre unas y otras diócesis. No obstante, pese a los progresos realizados, a finales del siglo IV la difusión del cristianismo por las ciudades de Oriente no era ni mucho menos uniforme, y las zonas rurales aún siguieron aferradas al paganismo durante mucho tiempo.³

En el siglo VI, durante el reinado de Justiniano, el incremento de la población de Constantinopla había llegado a su cota más alta, alcanzando, según se cree, el medio millón de habitantes. Una cifra tan alta sólo habría podido sostenerse gracias a la intervención del gobierno, y en efecto Constantino fundó un complicado sistema de distribución de alimentos basado en el que ya existía en Roma.⁴ En buena parte la expansión de la ciudad no se produjo hasta los últimos años del siglo IV; y para imaginarnos lo que supuso ese incremento, bastará recordar que en un principio el número de perceptores del subsidio de grano era sólo de 80.000 personas. El acueducto construido en 373 por el emperador Valente aseguraba de forma más que suficiente el suministro de agua, pero la ciudad poseía además un complicado sistema de cisternas y depósitos; también se hicieron necesarios nuevos puertos. El perímetro de las murallas levantadas durante el reinado de Teodosio II a comienzos del siglo V, aún en pie, englobaba un área mucho mayor de la que tenía la primitiva ciudad de Constantino. Aunque Constantinopla no llegó nunca a equipararse con Roma por el tamaño de su población, ni siquiera cuando llegó a alcanzar su cota más alta, constituye un ejemplo notable de crecimiento urbano durante el período que ha dado en llamarse «caída del imperio romano de Occidente». Los autores paganos que se muestran críticos con la figura de Constantino, como por ejemplo Zósimo, manifiestan una actitud igualmente severa al referirse a la ciudad fundada por él:

El tamaño de Constantinopla aumentó hasta convertirse en la ciudad más grande, y por eso muchos de los emperadores posteriores decidieron vivir en ella, atrayendo a una enorme cantidad de población innecesaria procedente de todos los rincones del mundo, soldados, funcionarios, comerciantes y gentes de todas las profesiones. Posteriormente la rodearon

de unas murallas nuevas, mucho más grandes que las de Constantino, y han permitido que los edificios estén tan próximos unos de otros que sus habitantes, tanto en sus casas como en la calle, ya no tienen ni sitio donde estar y resulta peligroso andar por las calles debido a la gran cantidad de gente y de animales que circulan por ellas. Buena parte del mar que la rodea ha sido convertida en tierra a fuerza de plantar postes en él para construir casas encima; y son ya tantas que bastarían para llenar una ciudad de buen tamaño (*Nueva Historia*, 11,35; según la trad. de Ridley).



En efecto es posible que la ciudad no respondiera a los criterios modernos de planificación urbana, pero la descripción que de ella se hace nos muestra hasta dónde habían llegado las inversiones públicas y el alcance de su crecimiento y consiguiente aglomeración. El corazón de la ciudad había sido planeado por el propio Constantino y comportaba el palacio imperial (ampliado en gran medida por sus sucesores), el Hipódromo adyacente, una gran plaza que desembocaba en la iglesia de Santa Sofía, una calle principal para las procesiones (la *Mese*), que conducía al foro de Constantino, de forma ovalada y engalanado con una columna de pórfido rematada por la estatua del

emperador, y el mausoleo del propio Constantino, donde yacía rodeado simbólicamente por los sarcófagos de los doce apóstoles. Pese a la posterior proliferación de iglesias, es curioso constatar que no se trata tanto de una ciudad cristiana de nueva planta como de un complejo de edificios públicos que pretenden ser la expresión del dominio imperial.

Fueran cuales fuesen las intenciones de Constantino, lo cierto es que Constantinopla fue asumiendo paulatinamente el papel de capital del imperio oriental. Tenía su propio senado y, por otra parte, había cónsules de Oriente y cónsules de Occidente; según confirma la *Notitia Dignitatum*, tanto en Oriente como en Occidente a finales del siglo IV existía básicamente el mismo marco administrativo, de suerte que la división del imperio en dos mitades no supuso la menor dificultad desde el punto de vista administrativo.⁵ En la práctica, sin embargo, el gobierno de Oriente se fortaleció muchísimo durante esta época, mientras que el de Occidente se debilitó en la misma medida. Dedicaremos el resto del capítulo a averiguar por qué prosperó tanto la mitad oriental del imperio.

Oriente en el año 400

Lo cierto es que a finales de siglo Oriente hubo de afrontar ciertos problemas bastante graves, los más importantes de los cuales eran, por una parte, la amenaza que suponía la presión de los bárbaros, principalmente la de los germanos, sobre las fronteras del imperio y, por otra, la llamada «cuestión arriana». Ambos problemas se hallaban íntimamente relacionados entre sí, pues los godos, que constituían el principal peligro, ya habían sido convertidos en el siglo IV al cristianismo, aunque en versión arriana, por el obispo misionero Ulfilas.⁶ El «arrianismo» debe su nombre a Arrio, clérigo alejandrino de comienzos del siglo IV, quien sostenía que Dios Hijo es secundario respecto de Dios Padre, teoría que, pese a ser condenada oficialmente por el concilio de Nicea (325) y contar con la enérgica oposición del clero ortodoxo, representado, por ejemplo, por san Juan Crisóstomo, siguió contando con muchos partidarios durante todo el siglo IV. A finales de siglo hubo unos cuantos caudillos godos —y con ellos su séquito militar— que alcanzaron una influencia considerable sobre el gobierno de Constantinopla; de ese modo, cuando Sinesio, terrateniente destacado en el campo de la administración local, llegó en 397 a la capital en calidad de legado de su ciudad natal, Cirene, vio que tanto la ciudadanía como la corte discrepaban profundamente a la hora de afrontar una situación potencialmente tan peligrosa como esta.⁷ No era este, sin embargo, el único problema; al igual que Honorio, Arcadio era muy joven, y a sus ministros, absolutamente carentes de escrúpulos, les resultaba muy fácil manejarlo. Nació así una enorme rivalidad entre los gobiernos de Oriente y Occidente y podemos ver cómo Claudiano, poeta de la corte occidental y panegirista del todopoderoso general vándalo Estilicón, ofrece una versión descaradamente prooccidental de la situación, especialmente cuando lanza sus escabrosas invectivas contra los ministros como Rufino, *magister officiorum*, cónsul y prefecto de Oriente, o el eunuco Eutropio, prepósito de la «Sagrada Alcoba» del joven emperador.⁸ Aunque no puede parangonarse con la crudeza de los ataques de Claudiano, la versión de Zósimo muestra un tono bastante parecido:

El imperio recayó entonces sobre Arcadio y Honorio, que, con la apariencia de gobernantes, sólo lo eran de nombre: el control estaba en Oriente en manos de Rufino y en Occidente en las de Estilicón ... Todos los senadores se hallaban desesperados ante el cariz que iba tomando la situación (V,1,9).

Por mucho margen que dejemos a la distorsión de los hechos que puedan hacer unos y otros, el panorama no parece que fuera muy halagüeño. A Oriente se le presentó en el año 400 un serio peligro en la figura de un tal Gainas, godo que había alcanzado cierta preeminencia en el ejército romano para luego organizar un golpe militar y ocupar por un breve espacio de tiempo la mismísima Constantinopla. La debilidad del gobierno imperial se pone de manifiesto por el hecho de que poco tiempo atrás se había encomendado al propio Gainas aniquilar a las tropas comandadas por otro godo de su misma estirpe, Tribigildo, que se dedicaba a devastar el territorio de Asia Menor. Pues bien, Gainas se unió a él y juntos marcharon sobre la ciudad. Las opciones que se le planteaban al gobierno de Oriente eran a cuál más difícil: o seguir una política progermánica y procurar avenirse una y otra vez con ese tipo de jefezuelos, o intentar acabar con ellos de una vez para siempre. Las cortes de Oriente y Occidente eran un hervidero de recelos e intrigas, y las discordias que surgieron trajeron consigo el asesinato de Rufino en 395 y la caída de Eutropio en 399; asimismo causaron posteriormente la caída y la muerte de Estilicón en 408.

Teodosio I había intentado llegar a un pacto con los bárbaros estableciéndolos en territorio romano en calidad de federados, pero ese trato no eliminaba el peligro, y así en 395 Constantinopla hubo de recurrir al expediente —tradicional ya— de pagar una compensación en dinero a Alarico, jefe de los visigodos, para que dejara de saquear y asolar el territorio próximo a la ciudad.⁹ Esta medida tan poco perspicaz resultó, como es natural, desastrosa. Al año siguiente Alarico devastó el Peloponeso y gran parte de los Balcanes, región cuyo control se disputaban Oriente y Occidente. El problema radicaba además en buena medida en el hecho de que el propio ejército romano estaba formado en gran parte por soldados godos. Oriente, sin embargo, estaba en mejores condiciones que Occidente para sobornar a las bandas de saqueadores; por otra parte, se levantaron numerosas voces, entre ellas la de Sinesio, reclamando la expulsión de los godos. En cualquier caso, muchos de los partidarios de Gainas fueron aniquilados (en el año 400) y cuando éste atacó Constantinopla, su intentona se vio frustrada (aunque, eso sí, gracias a la intervención de otro godo, Fravittas, que fue nombrado cónsul en 401), y con ello se produjo la derrota de la facción progermana dentro de los círculos gubernamentales. Esta circunstancia resultó extraordinariamente significativa para el futuro del imperio de Oriente, pues, aunque volviera a producirse la amenaza de las presiones bárbaras, se puso coto a la influencia de los generales germanos sobre el gobierno imperial, y Oriente pudo evitar así tener que realizar los asentamientos masivos de población bárbara que causaron la fragmentación del imperio de Occidente. Las consecuencias de todo ello para Occidente fueron también importantísimas, pues Alarico pasó de los Balcanes a Italia, puso sitio a Roma en 408-409 exigiendo unas cantidades ingentes de dinero a cambio de alimentos, y acabó tomando la ciudad en 410 (Zósimo, V,37-51; Olimpiodoro, frs. 7, 11). El saco de Roma constituyó un suceso casi inimaginable, que hizo estremecerse al propio san Jerónimo en Belén y obligó a muchos cristianos ricos a refugiarse en el Norte de África.

Problemas religiosos

Los violentos sucesos de Constantinopla del año 400 tenían, sin embargo, otra faceta, pues Gainas y sus soldados eran arrianos y habían pedido permiso para edificar una iglesia arriana, a lo que se oponía, por supuesto, el obispo de la ciudad, san Juan Crisóstomo. Los ánimos se enconaron aún más cuando fueron quemados vivos cuatrocientos godos que se habían refugiado en una iglesia ortodoxa (Zós., V,19). Las diferencias religiosas contribuyeron así a agravar las tensiones que se vivían en Constantinopla; por otra parte, el hecho de que Alarico y sus visigodos fueran cristianos y, pese a ello, no hubieran tenido empacho alguno en saquear Roma en 410 venía a incrementar las dificultades de ciertos autores cristianos —por ejemplo, san Agustín— a la hora de explicar cómo había podido permitir Dios que se produjera el saco de la cristianísima urbe.¹⁰

A mediados del siglo V, mientras Occidente seguía siendo víctima de los sucesivos ataques y asentamientos de los bárbaros (véase el capítulo 2) y Oriente se veía amenazado por los hunos, esta última región tenía además otros motivos de preocupación. A Arcadio le sucedió en el trono su hijo Teodosio II (408-450), que contaba tan sólo siete años de edad cuando murió su padre. El largo reinado de Teodosio II supuso un período de estabilidad y consolidación, durante el cual la corte imperial se caracterizó por un ambiente de extremada piedad, a instancias sobre todo de Pulquería, la más resuelta de sus tres hermanas, que fue nombrada Augusta y regente en 414. Pulquería eligió a la que había de ser esposa de Teodosio, Eudocia, joven de aficiones intelectuales, llamada en su infancia Atenaide y, al parecer, ateniense de orígenes paganos, que fue seleccionada por medio de un concurso de belleza realizado únicamente para el emperador: como cabía esperar, las relaciones entre las dos mujeres fueron muy tormentosas. En cualquier caso, también Eudocia ejerció una enorme influencia sobre la Iglesia oriental, sobre todo a través del patrocinio que ejerció durante sus visitas a Tierra Santa.¹¹ De esta época son el concilio de Éfeso (431), en el que se reconoció oficialmente a la Virgen María como Madre de Dios (en griego *Theotókos*, literalmente «La que ha engendrado, la que ha parido a Dios»), y el de Calcedonia (451), en el que se proclamó la doctrina ortodoxa que afirma la doble naturaleza, divina y humana, de Cristo. Los dos constituyen sendos hitos en la historia de la Iglesia, y representan además un estadio fundamental en la resolución de las complejas consecuencias que trajo consigo el credo acordado en el I concilio ecuménico de Nicea (325). También al reinado de Teodosio II debemos el Código Teodosiano, compilación de todas las constituciones imperiales promulgadas desde los tiempos de Constantino, que constituye nuestra principal fuente para el conocimiento del derecho romano durante el Bajo Imperio. Puede que Teodosio fuera débil e influenciado, como dan a entender sus contemporáneos («el más manso de los hombres que pisan la faz de la tierra», según Sócrates, HE, VII,42), pero su reinado fue importantísimo por cuanto confirió un carácter especialmente civil al gobierno de Oriente de los siglos V y VI. No en vano tanto Sócrates como Sozómeno, autores de la continuación de la *Historia de la Iglesia* de Eusebio, llevada a cabo en Constantinopla durante la cuarta década del siglo V, eran juristas.

Pero no en todos los campos las cosas resultaron tan sencillas. En 403 las desavenencias existentes entre el obispo, Juan Crisóstomo, y la emperatriz Eudocia —caracteres ambos sumamente fogosos y deslenguados— provocaron la destitución del

patriarca en el denominado Sínodo de la Encina y, tras su regreso y una ulterior supuesta afrenta, su segundo destierro al año siguiente.¹² Al igual que la de los acontecimientos del año 400, también esta fue una historia muy dramática: el Sábado Santo, tras ser condenado Juan y cuando estaba a punto de producirse el bautismo de tres mil nuevos cristianos, la ceremonia fue interrumpida bruscamente por los soldados; la noche misma en que el obispo depuesto salía de Constantinopla, se declaró un misterioso incendio en la iglesia de Santa Sofía que destruyó el palacio del Senado y muchas de las estatuas clásicas en él contenidas; los paganos echaron la culpa de la catástrofe a los partidarios de Juan, muchos de los cuales se negaron a tomar la comunión de manos del nuevo obispo. Juan contaba con poderosos enemigos aparte de la emperatriz, entre los que destacaban el sirio Severiano de Gabala y Teófilo de Alejandría, que estaba en contra del apoyo prestado por Juan a los Hermanos Altos (*Makrof*), grupo de monjes que habían abandonado Egipto huyendo de las actividades desarrolladas por Teófilo contra Orígenes; lo que más dio que hablar, sin embargo, fue un sermón de san Juan Crisóstomo en el que comparaba a Eudocia con Herodías y Jezabel; más tarde la emperatriz volvió a sentirse ofendida por otra prédica suya en la que denostaba los vicios de las mujeres. Aunque Juan contaba entre sus seguidores con varias damas ricas e influyentes, entre las que destacaba la diaconisa Olímpíade, no tuvo el menor reparo en lanzar a menudo sus invectivas contra las joyas y el lujoso atavío de las señoras acomodadas. Las fuerzas que se ocultaban realmente tras su condena — declarada ilícita en Occidente por un sínodo convocado por el papa Inocencio I— debieron de ser múltiples y variadas, pero no cabe duda de que las rencillas personales y las actividades de determinados individuos desempeñaron en todo el asunto un papel primordial.

Sin abandonar el contexto religioso podemos ver un apasionamiento semejante en los sucesos acaecidos en Alejandría, bastión del paganismo y sede de la principal escuela filosófica griega después de la de Atenas. En esta ciudad, las medidas más agresivas en favor del cristianismo adoptadas por Teodosio I habían conducido en 391 al incendio del famoso Serapeon (templo del dios egipcio Serapis) a manos de una caterva de monjes fanáticos; pues bien, más tarde la actitud igualmente agresiva del patriarca de la ciudad, Cirilo, elevó la tensión emocional a tales cotas que los judíos alejandrinos llevaron a cabo una matanza de cristianos que se habían congregado al enterarse de que había sido incendiada su iglesia. En 415, en cambio, fueron unos cristianos fanáticos los culpables del linchamiento de la filósofa neoplatónica Hipatia, maestra de Sinesio:

La arrojaron de su carreta y se la llevaron a la iglesia llamada del Cesareon, donde la despojaron de sus vestiduras y la lapidaron. Luego de descuartizarla, se llevaron sus miembros mutilados a un lugar llamado Cinarón y allí los quemaron. Todo este asunto supuso grande oprobio no sólo para Cirilo [a la sazón obispo de Alejandría], sino también para toda la iglesia de Alejandría. Y eso que nada se halla más lejos del espíritu cristiano que las matanzas, las luchas y demás actos violentos (Sócrates, HE, VII, 15, según la traducción de Stevenson, *Creeds*).

Es indudable que Alejandría era propensa a sufrir estallidos de violencia como estos, pero lo cierto es que en cada ciudad se daba una peculiar mezcla de religiones, de

suerte que, atizados por el fanatismo de algunos monjes y de determinados cabecillas religiosos, los disturbios fueron haciéndose cada vez más frecuentes durante los siglos V y VI a medida que fue incrementándose la población urbana en muchas de las ciudades de Oriente.¹³

Los concilios de Éfeso y Calcedonia

También los dos grandes concilios de Éfeso (431) y Calcedonia (451) deben ser contemplados dentro de este contexto. El estudioso moderno no tiene el menor empacho en pasarlos por alto y considerarlos un acontecimiento absolutamente baladí, pero lo cierto es que suscitaron unas pasiones semejantes a las que pudieran provocar hoy día cualquier asunto político y, como es habitual en estos casos, también ellos se vieron afectados por rivalidades de tipo personal, social y local. Ambos concilios se incluyen entre los siete denominados «ecuménicos» que reconoce la Iglesia de Oriente, serie que comienza con el concilio de Nicea convocado por Constantino en 325 y que concluye con el II concilio de Nicea de 787. No obstante, se celebraron otros muchos, unos de carácter local y restringido, y otros, no menos frecuentes, a los que, por los motivos que fuesen, no se les reconoció un carácter vinculante para toda la Iglesia. A medida que ésta iba haciéndose cada vez más influyente e iba arraigando más y más en la sociedad, las discrepancias entre las grandes sedes episcopales e incluso entre determinados obispos menores podían conducir, a nivel político, a cismas de primer orden con importantes repercusiones a largo plazo. Tal fue concretamente el caso del concilio de Calcedonia, pues buena parte de la Iglesia oriental, sobre todo en Siria y Egipto, se negó a aceptar sus decisiones, llegando incluso a instituir su propia jerarquía eclesiástica durante el reinado de Justiniano, y este factor tendría serias repercusiones para la seguridad del imperio.¹⁴ Desde el punto de vista del estado, el apoyo del imperio a la Iglesia requería una clara comprensión de lo que ésta era en cuanto institución, y desde luego no era compatible con las disputas y las divisiones entre el clero. Lo que no está tan claro es si los obispos estaban tan comprometidos como el estado con la unidad de la Iglesia, pero desde luego para ellos tenían una importancia capital todas las cuestiones relacionadas con la organización de la Iglesia y con la autoridad de las distintas sedes episcopales; por eso son tantos los concilios y sínodos de esta época que se ocuparon fundamentalmente de este tipo de asuntos, así como de otras cuestiones de orden interno de la Iglesia. En cuanto a la materia doctrinal en sí, pese a la gran cantidad de concilios convocados y el nivel alcanzado por la controversia, las disensiones no se atenuaron; la verdad es que los propios concilios podían llegar incluso a exacerbar las tensiones y a agravar las diferencias existentes al polarizar aún más las divergencias y obligar a los distintos grupos a definir sus posturas con mayor exactitud. El resultado final de tan largo proceso fue el cisma cada vez mayor que se abrió entre el imperio bizantino en Oriente y el papado en Occidente, sobre todo a partir del año 800,¹⁵ en cualquier caso, el imperio de Oriente se hallaba ya profundamente dividido en el siglo V por el conflicto que suscitaba la relación existente entre las dos naturalezas divina y humana de Jesucristo, cuestión que, a la larga, no supo dirimir el concilio de Calcedonia, del mismo modo que el concilio de Nicea no había sabido resolver de una vez para siempre el problema de la relación existente entre el Padre y el Hijo.

Los cristianos no es que poseyeran una ortodoxia original a partir de la cual fueran desviándose posteriormente una serie de opiniones diversas («herejías»), sino que desde el principio habían interpretado su fe de distintas maneras. En cualquier caso, el hecho de contar con el apoyo imperial y el papel público asumido por la Iglesia institucional dieron una dimensión completamente nueva a todo ese proceso; lo que hasta entonces había sido un mero desacuerdo se convertía ahora en herejía, no sólo merecedora de la condena más severa, sino digna también de un castigo impuesto por el estado. El término griego «*herejía*» significaba en principio simplemente «elección, preferencia, opción»; pero lo que ocurrió es que cada grupo de cristianos calificó de herejías a las preferencias u opciones de los demás, y así, a finales del siglo IV, el obispo Epifanio de Salamina de Chipre compuso un *Panárion* o lista de «remedios» (es decir, de argumentos, según la metáfora médica) contra cerca de ochenta «herejías» a las que cabía poner algún tipo de objeción. Los concilios de Éfeso y Calcedonia llevaron más allá ese intento de alcanzar una definición que fuera vinculante para toda la Iglesia; ambos sínodos se celebraron en un clima de encarnizada rivalidad. Una vez más, los personalismos tuvieron un papel preponderante; antes de que se celebrara el concilio de Éfeso y en el transcurso del mismo, la personalidad más destacada fue la de Cirilo, sobrino de Teófilo y obispo de Alejandría desde 412, líder formidable y durísimo. Nestorio, monje oriundo de Antioquía y obispo de Constantinopla desde 428, era un individuo apasionado, pero sumamente torpe comparado con el astuto Cirilo. La cuestión a determinar era si Cristo tenía dos naturalezas y, en caso afirmativo, cómo era así; los monofisitas sostenían que tenía tan sólo una naturaleza divina, mientras que Nestorio y con él los «nestorianos» hacían hincapié en su naturaleza humana. Se discutieron acaloradamente las repercusiones del título «Madre de Dios» que se aplicó a María. Pero había otras muchas cuestiones en juego y tras esas discrepancias se ocultaba también la antigua rivalidad entre la interpretación más literal del cristianismo, habitualmente asociada con Antioquía, y la postura tradicional de Alejandría. Después de muchas réplicas y contrarréplicas, de muchas maniobras de la autoridad imperial, de mucha táctica «a quien más pueda» y, en último término, gracias a la intervención de los partidarios egipcios de Cirilo, fue éste quien se llevó el gato al agua y quien consiguió la destitución de Nestorio, pese a contar éste con la ventaja táctica inicial de ser obispo de Constantinopla.

Los delegados de Roma apoyaron a Cirilo y en 451, durante los preliminares del concilio de Calcedonia, al que precedió en 449 un II concilio de Efeso, el papa León I (440-461) intervino enérgicamente y envió una larga epístola dogmática al patriarca de Constantinopla (denominada *Tomo a Flaviano*), en la que defendía la doble naturaleza de Jesús, pero en la que también ponía en entredicho la legalidad de la reciente condena de cierto Eutiques, que la había negado. A todo esto, el partido de Dióscoro, sucesor de Cirilo en la diócesis de Alejandría, logró dar un vuelco a la situación, tras lo cual León convocó un segundo concilio, llamando al anterior el «Latrocinio de Éfeso». En el ínterin murió Teodosio II, siendo sucedido por Marciano, viejo militar al que Pulqueria había tomado por esposo. La declaración final del concilio de Calcedonia fue firmada por 452 obispos y en ella se condenaba a Nestorio y a Eutiques, adoptando una vía intermedia basada en los argumentos de Cirilo y en los del papa León a un tiempo: según ha señalado recientemente un crítico, no fue fácil llegar a un acuerdo y se hizo preciso «realizar una ardua labor de filigrana lingüística».¹⁶ La fórmula acordada en Calcedonia es importantísima y, aunque no acabara con los problemas suscitados por

los monofisitas de Oriente en particular, que se negaron a aceptarla, ha sido y sigue siendo fundamental tanto para la Iglesia de Oriente como para la de Occidente. Venía a desarrollar y clarificar el credo de Nicea —según el cual Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo—, proclamando además que Cristo fue siempre desde la Encarnación enteramente Dios y enteramente Hombre: «para ser reconocido en sus dos naturalezas, sin que se confundan, alteren, dividan, ni separen» (Stevenson, *Creeds*, pp. 337 y *passim*).

Esta definición no logró poner fin a las disputas teológicas (que en realidad persisten aún hoy día); supuso, sin embargo, el rechazo de las posturas nestoriana y monofisita, que fueron consideradas inadmisibles y condenadas oficialmente. El concilio dictó también una serie de disposiciones que afectaban a diversas cuestiones prácticas relacionadas con el orden y la disciplina eclesiástica, entre ellas los sucesivos matrimonios contraídos por las vírgenes consagradas, pero sobre todo a la autoridad episcopal, estableciendo además que los obispos de cada diócesis debían celebrar reuniones formales dos veces al año (cánones de Calcedonia: Stevenson, *Creeds*, pp. 324-333). No olvidemos que seguía en vigor la decisión tomada en el concilio de Constantinopla (381) que concedía un estatus de superioridad al obispado de Constantinopla, otorgándole jurisdicción sobre las diócesis del Ponto, Asia y Tracia, medida que el papa León intentó anular inmediatamente en una carta remitida a la emperatriz Pulqueria (Ep., 105,2; Stevenson, *Creeds*, pp. 342-344).

Durante el siglo V Occidente había estado absorto en sus propias controversias doctrinales, relacionadas sobre todo con las enseñanzas del monje británico Pelagio en torno al libre albedrío, contra las cuales libró san Agustín durante años una enconada lucha; mientras tanto, en el Norte de África el concilio de Cartago de 411 volvía a condenar un cisma local, el de los donatistas, y reforzaba la ortodoxia católica con nuevas medidas de fuerza.¹⁷ Pero en Oriente los emperadores León, Zenón y Anastasio tuvieron que proseguir su lucha contra las secuelas del concilio de Calcedonia, cuyas conclusiones se negaban a admitir los monofisitas. Encabezando sus posturas se levantaron una serie de enérgicos defensores, todos ellos de nombre bien curioso: Timoteo Eluro («el Gato») en Alejandría, Pedro el Batanero en Antioquía y Pedro Mongo.¹⁸ En un comunicado del emperador Zenón, el denominado Henotikón («Unificador») de 481, dirigido a la iglesia rebelde de Egipto, éste intentaba suavizar las diferencias entre los monofisitas y los que admitían las resoluciones de Calcedonia, pero lo único que consiguió fue ganarse el antagonismo de Roma, que respondió inmediatamente excomulgando a los consejeros de Zenón, Acacio, patriarca de Constantinopla, y Pedro Mongo, patriarca de Alejandría. En la propia Constantinopla las opiniones estaban divididas, y teniendo en cuenta que Basilisco, que usurpó el trono de Zenón durante un breve período de tiempo (475-476), prestó su apoyo a la causa de los monofisitas, cabe pensar que el breve de Zenón respondía también a objetivos políticos y no sólo religiosos. Su sucesor, Anastasio (491-518), intentó al principio seguir una línea intermedia, pero acabó poniéndose claramente a favor de los monofisitas, destituyendo de la cátedra de Antioquía al moderado Flaviano y poniendo en su lugar a Severo, monofisita radical (512). Las disputas religiosas constituían a menudo el punto de arranque —o cuando menos el acompañamiento— de las salvajes revueltas que a partir de este momento se convirtieron en el rasgo más característico de las ciudades orientales. En 493 fueron arrastradas por las calles de Constantinopla las estatuas de Anastasio y su esposa, y siempre durante este reinado se produjeron graves

disturbios cuando el emperador propuso añadir una cláusula monofisita a las palabras de la liturgia de Santa Sofía:

Congregándose los habitantes de la ciudad, promovieron una violenta sublevación so pretexto de que se habían añadido elementos extraños a la fe cristiana. En el palacio se produjo un alboroto tal que el prefecto de la ciudad, Platón, hubo de refugiarse en él, salir huyendo y esconderse de la furia del pueblo. Los sublevados empezaron a entonar cánticos pidiendo «Un nuevo emperador para el estado romano», y de esta guisa fueron hasta la residencia del anterior prefecto, Marino el Sirio; al no encontrarlo en ella, incendiaron su casa y saquearon todas sus pertenencias ... En la casa hallaron a un monje oriental y, tras prenderlo, lo mataron, paseando luego su cabeza por las calles clavada en un palo entre cánticos que decían: «Mirad al enemigo de la Trinidad». Corrieron luego a casa de Juliana, mujer patricia de ilustrísimo rango, y se pusieron a vitorear a su esposo, Aerobindo, pidiendo que se convirtiera en emperador del estado romano (Juan Malalas, *Crónica*, según la trad. ingl. de Jeffreys, p. 228).

Debemos considerar, pues, el siglo V como una época en la que, no sin gran esfuerzo, fueron elaborándose muchos de los dogmas de la fe cristiana en un ambiente dominado por un compromiso cada vez mayor del emperador con los asuntos eclesiásticos y, desde luego, por el incremento del poder y la riqueza de la Iglesia. El problema que planteaba la forma en que debían afrontarse las diversas posturas que existían entre los cristianos y el apasionamiento con que las defendían, no constituía, como tiende a considerarse hoy día, una mera cuestión eclesiástica, sino que era el primer asunto al que había de atender la administración imperial.

El emperador y la ciudad

A Teodosio le sucedió un oficial del ejército, Marciano (450-457), en virtud de un pacto político ratificado mediante su matrimonio con Pulqueria. Ésta había ejercido como regente durante la minoría de edad de su hermano, al que educó «para que tuviera unos modales adecuados y dignos de un príncipe»; hablaba perfectamente griego y latín y actuó siempre en nombre de su hermano, sin extralimitarse nunca en sus funciones (Sozomeno, HE, IX, 1). Marciano demostró ser un gobernante atento y competente, pero murió sin herederos y el encargado de nombrar a su sucesor fue el poderoso jefe del ejército, Aspar, que eligió a un miembro de su séquito, León.

Resulta curioso que la sucesión en el trono imperial hubiera sido siempre una materia incierta, sin que en ningún momento, desde sus mismos orígenes, tuviera un carácter formal; cuando, como en este caso, no existía un heredero directo, quedaba en manos del ejército, o de los elementos más próximos a los centros del poder, y del senado solventar el problema. No obstante, la aprobación del pueblo —en la práctica la de los habitantes de Constantinopla— constituía también un factor importante, mientras que el papel religioso desempeñado por el patriarca u obispo de Constantinopla no se reconoció formalmente hasta finales del siglo V o comienzos del VI. Dada la situación, eran demasiados los factores que quedaban al azar, sobre todo cuando, como hemos visto, la posibilidad de que se produjeran disturbios y sublevaciones era un elemento

constante en la vida de la metrópoli. Seguramente no es una coincidencia que a partir de este momento empezemos a tener referencias de lo que podríamos denominar ceremonia formal de entronización, y que los principales elementos de ésta fueran tomados de los hábitos propios de la milicia.¹⁹ A León se le impuso el torgues, el collar militar, en el palco imperial del Hipódromo, en presencia de los soldados y del pueblo; a continuación fue levantado sobre un escudo en una especie de ceremonia germánica bastante inverosímil, y sólo después se le impuso la diadema imperial. Aunque el patriarca desempeñara también su papelito, como le correspondía en virtud de su nuevo estatus, aún no existía una coronación religiosa propiamente dicha, ni se ungía al futuro rey, ni se daba ninguna de las suntuosas ceremonias propias de las coronaciones medievales, si bien en el siglo VII aproximadamente la ceremonia se había convertido ya en todo un espectáculo eclesiástico.

La entronización del emperador, lo mismo que otras ceremonias públicas, iba acompañada por los gritos y aclamaciones de la multitud. Éstas podían ser meros vivas al emperador, pero en ocasiones eran también auténticos himnos en verso, de complicada métrica, o incluso, a veces, soflamas de carácter doctrinal. Llegado el caso, el emperador establecía desde el palco imperial un auténtico diálogo con el pueblo; se nos ha conservado un curioso ejemplo de esta costumbre en los denominados *Acta Calapodii*, en los que se recoge uno de esos diálogos, mantenido con motivo de la sublevación de Nika en 532.²⁰ Por lo general constituían una oportunidad para dar rienda suelta a las quejas políticas o de otra índole, o para apelar al emperador. La facción de los Verdes

empezó a abuchear a Calapodio, cubiculario y espartario del emperador, y a entonar cantos de burla contra él: «¡Viva Justiniano, vivan sus victorias! ¡Tú sí que eres bueno, mientras que nosotros somos agraviados! Bien sabe Dios que esto ya es intolerable. ¡Cuál es el peligro en que nos vemos! Calapodio, el espartarocubiculario, es quien nos agravia» (*Chronicon Paschale*, según la trad. ingl. de Whitby y Whitby, p. 114).

A veces se daba un grado de licencia sorprendente; pocos días después de este suceso, durante aquella misma revuelta, el emperador entró en su palco del Hipódromo llevando los Evangelios en la mano y prestó juramente ante el pueblo con el fin de aplacarlo: «Mucha gente se puso entonces a cantar "Augusto Justiniano, tuya es la victoria", mientras que otros vociferaban: "¡Eres un perjurio, burro!"» (*Chronicon Paschale*, según la trad. ingl. de Whitby y Whitby, p. 121).

El hecho de que el Hipódromo se convirtiera en escenario habitual de este tipo de confrontaciones no venía sino a continuar una costumbre habitual a comienzos de la época imperial, cuando el emperador y el pueblo acudían juntos a los juegos. En Constantinopla se produjo una formalización completa de esta usanza, al estar el Hipódromo y el palacio comunicados a través de un pasadizo, y allí es donde por regla general el emperador hacía sus comparencias oficiales ante el pueblo. Podemos ver cómo a lo largo del siglo V fueron evolucionando las relaciones perfectamente ritualizadas, incluso cuando eran turbulentas, del emperador y el pueblo, rasgo característico de la última época de Bizancio, cuando, con motivo de las carreras de carros, las dos facciones del Hipódromo, los Verdes y los Azules, desempeñaron un papel fundamental no sólo como participantes en las ceremonias públicas del estado, sino también, en ocasiones, y sobre todo en las primeras épocas, como instigadores y

cabecillas de las revueltas populares. Los emperadores solían apoyar a un «partido» o a otro y son muchos los que han pensado que estos grupos de Verdes y Azules acaso representaran también las diferentes posturas religiosas del momento; no obstante, aunque determinado grupo pudiera hacer suya una u otra causa en un momento o en un lugar determinados (sabemos que Verdes y Azules desempeñaron un papel preponderante en los disturbios producidos en numerosas ciudades de Oriente con motivo de la caída del emperador Focas, en 609-610), carecemos de pruebas que demuestren que una de las dos facciones se identificaba especialmente con algún grupo en particular. Los relieves escultóricos de la base del obelisco erigido por Teodosio II en el Hipódromo muestran al emperador en su palco, rodeado de sus cortesanos y con un grupo de artistas y músicos ante él. Los partidarios de los Verdes y los Azules ocupaban sitios especiales en el Hipódromo (se han conservado también numerosos *graffiti* con mensajes del tipo «¡Que ganen los Verdes!» grabados en los asientos de numerosos teatros y circos, como por ejemplo el de Afrodísias); por otra parte, al igual que los hinchas de cualquier equipo en todas las épocas, también éstos se vestían de una manera especial:

La parte de su túnica que cubría sus brazos se recogía y ceñía en torno a las muñecas, mientras que el resto de la manga, hasta la altura del hombro, quedaba mucho más amplia y hueca. Así pues, cuando agitaban las manos al aplaudir en el teatro o en el Hipódromo, o cuando animaban a sus favoritos como es habitual, esa parte de su vestimenta se hinchaba de tal forma que los más ingenuos creían que su corpulencia y fuerza eran tales que requerían ser cubiertas por unas prendas tan voluminosas ... Sus mantos y sus calzas, y en general también sus zapatos se incluían entre los denominados «hunos», por su nombre y su forma²¹ (Procopio, Historia arcana, 7).

Oriente y Occidente

Durante todo este período en general se produjeron en Oriente una serie de cambios importantísimos. El florecimiento de la vida urbana, en contraste con la situación reinante en Occidente, lo estudiaremos en el capítulo 8, lo mismo que el auge alcanzado por las culturas locales, sobre todo en Siria y Mesopotamia, cuyas regiones limítrofes con Persia constituyeron una especie de canal de doble dirección para los intercambios lingüísticos, así como para los concernientes al mundo de las ideas y la cultura material. La importancia de las distintas regiones del imperio cambiaría en gran manera, aumentando precisamente la de las provincias en las que floreció el monofisismo y en las que el islam alcanzaría sus primeros éxitos fuera de Arabia.

Aunque el imperio de Occidente empezaba ya a dar muestras de fragmentación, el de Oriente seguía intentando mantener sus vínculos con él. Ya hemos visto que en todo lo concerniente a los asuntos religiosos no debe olvidarse el apogeo alcanzado por el papado, aparte de que tampoco se había perdido del todo la idea de un imperio único de Oriente y Occidente. En 468 el emperador León emprendió una gran expedición con el fin de liberar al Norte de África del yugo de los vándalos, que habían invadido la antigua provincia romana y la dominaban desde el año 430. A pesar de sus grandes

dimensiones (la componían más de mil naves) y aunque representaba una empresa conjunta de los gobiernos de Oriente y Occidente, la expedición constituyó un fracaso ignominioso, cuando no verdaderamente catastrófico, debido a la incompetencia y la desunión de sus mandos. Sus posibilidades de éxito se esfumaron por completo y el general que la comandaba (el mismo Basilisco que protagonizaría más tarde el golpe de estado contra Zenón) a duras penas logró escapar de las iras del populacho de Constantinopla; por otra parte, las repercusiones financieras de la empresa fueron desastrosas, pues, según se afirma, la expedición costó 130.000 libras de oro (Procopio, BV, 1,6). Prueba de la prosperidad reinante en Oriente durante esta época es el hecho de que tan grandes pérdidas lograron equilibrarse prácticamente en el curso de una generación. Probablemente no sea fortuito el hecho de que el gobierno de Oriente decidiera concentrar sus esfuerzos militares en el dramático objetivo que constituía el África dominada por los vándalos, como haría más tarde Justiniano en 533, pero en cualquier caso el fracaso de la expedición excluyó la idea de intentar una intervención semejante en Italia. Cuando en 476 se extinguió el linaje de los emperadores romanos en Occidente, el imperio oriental se había resignado ya y había aceptado la situación, produciéndose una especie de reconocimiento *de facto* de los reyes ostrogodos que sucedieron a Rómulo Augústulo.²² Resultaba más cómodo hacer la vista gorda, y aún habrían de pasar algunos años hasta que Constantinopla se diera realmente cuenta de que el imperio de Occidente había quedado en la práctica dividido en varios reinos bárbaros, como se puso especialmente de manifiesto cuando los diversos reyes empezaron a adoptar actitudes distintas respecto al emperador de Oriente.

El recuerdo de la malhadada expedición contra los vándalos seguía, sin embargo, vivo sesenta y tantos años más tarde, cuando se emprendió una segunda campaña de resultados más halagüeños. Otra forma de mantener las relaciones con Occidente fueron los matrimonios dinásticos; semejante política podía implicar además alguna que otra acción militar. En 423, a la muerte de Honorio, Teodosio II intervino en apoyo de las pretensiones del joven Valentiniano, nieto de Teodosio I, contra un usurpador llamado Juan; para ello hubo de reconocer la posición de la madre de Valentiniano, Gala Placidia, esposa del colega de Honorio, Constancio III, muerto prematuramente, a la sazón refugiada en Constantinopla, aunque dos años antes se había negado a reconocerla como emperatriz.²³ Se envió un destacamento al mando del alano Ardaburio y de su hijo Aspar con el fin de restablecer en el trono a Gala Placidia y a su hijo Valentiniano, que fue nombrado Augusto y contrajo matrimonio en Constantinopla con Eudocia en 437. Durante la primera parte del reinado de su hijo, Gala Placidia actuó en calidad de regente, y las relaciones entre Oriente y Occidente fueron bastante buenas. Pero Valentiniano resultó ser una persona fragilísima, con lo que fue haciéndose cada vez mayor la influencia del general Aecio, cuyo primogénito se prometió con la hija del emperador. En cualquier caso, la corte de Occidente estableció tantas alianzas matrimoniales con los bárbaros como las que estableció con Oriente, hasta el punto de que el propio Valentiniano no tuvo inconveniente en prometer a su hija pequeña con el vándalo Hunerico. Las mujeres adultas de la familia imperial no dudaban, llegado el caso, en tomar las riendas de la situación: en 450, a la muerte de Gala Placidia, Justa Grata Honoria, hermana de Valentiniano, decidió por su cuenta salir de una situación bastante dificultosa para ella ofreciéndose en matrimonio a Atila, rey de los hunos, acción absurda que tuvo unas consecuencias gravísimas (véase el capítulo 2), pese a contar con el beneplácito de Teodosio II. Por suerte para Honoria, y sin duda también

para el imperio, Atila murió antes, justo cuando acababa de casarse con otra mujer, llamada Ildico, y su muerte supuso el hundimiento de su imperio:

Al día siguiente, casi al final de la jornada, los asistentes del rey, sospechando que había ocurrido alguna desgracia, empezaron a dar fuertes voces y echaron la puerta abajo. Aunque no descubrieron ninguna herida, hallaron a Atila muerto, probablemente a causa de una hemorragia, y a la novia llorando con el rostro abatido por debajo del velo. A continuación, con arreglo a las costumbres de su pueblo, se cortaron unos cuantos mechones de su cabello y se desfiguraron los rostros, ya de por sí horribles, infligiéndose en ellos graves heridas, en señal de luto por la muerte del famoso guerrero; pues para llorar al difunto no usan las lágrimas y lamentos de las mujeres, sino la sangre de los varones (Prisco, fr. 24, según la trad. ingl. de R. C. Blockley, *The Greek Classicising Historians of the Later Roman Empire*, Liverpool, 1981, 1983).

En 455, a la muerte de Valentiniano III, ya nadie se preocupó en pedir ayuda al emperador de Oriente, mas no por ello se olvidó la idea de que el imperio siguiera interviniendo, y así León ayudó a Antemio, yerno de Marciano, a subir al trono. Ello supuso enfrentarse de forma harto desigual con una candidatura rival, a saber, la de Olibrio, casado con otra hija de Valentiniano III y apoyado por el rey de los vándalos. En realidad, lo que a partir de ese momento hizo cada vez más irrelevante un tipo de intervenciones como esta no fue el cambio de política decidido en Oriente, sino una combinación de circunstancias en Italia y el poder cada vez mayor, a nivel individual y colectivo, de los bárbaros. A pesar de todo, algunas familias aristocráticas occidentales, sobre todo de Italia, conservaron su riqueza y preponderancia durante la dominación de los ostrogodos, y siguieron haciendo oír su voz en Constantinopla. Fue este un motivo más de que el equilibrio alcanzado en la Italia ostrogoda entre godos y romanos fuera sumamente delicado y requiriera ser mantenido con muchísimo cuidado.

El problema de los bárbaros en Oriente

Por lo que a Constantinopla se refiere, lo cierto es que, por mucho que en 399-400 lograra solventar el peligro inmediato, a la larga no desapareció del todo la amenaza que suponían los germanos. El propio León accedió al trono por ser miembro del equipo de un poderoso caudillo alano, Aspar, hijo de Ardaburio (457), y, según parece, Aspar aspiró a ejercer la misma influencia que tenían en Occidente otros generales bárbaros como él. Firmemente decidido a impedir que las cosas siguieran siendo así, León intentó contrarrestar la influencia germánica reclutando en el ejército imperial a numerosos isaurios, pueblo montañés oriundo de Asia Menor. Su jefe era el futuro emperador Zenón (llamado por entonces Tarasicodissa), que se casó con Ariadna, la hija de León.²⁴ Aunque León no tuvo más remedio que hacer algunas concesiones a Aspar, casándolo incluso con otra hija suya, el hecho de que éste fuera arriano comportó probablemente un incentivo más para que León diera el paso siguiente, es decir, el de deshacerse de Aspar y de su padre asesinándolos (471). Pero también la preponderancia adquirida por los isaurios acarrearía problemas. Los autores de la época muestran una

gran hostilidad hacia ellos y califican a León de «Carnicero» (Maleo, frs. 1, 3, 16, ed. R. Blockley, *The Greek Classicising Historians of the Later Roman Empire*, Liverpool, 1981, 1985). Por otra parte, el propio Zenón se vio abandonado por algunos isaurios que prestaron su apoyo a Basilisco, hermano de su suegra, la emperatriz Verina, en un golpe de estado (475), para a continuación volverse a sus agrestes montañas. Por fortuna para el emperador, el monofisismo de Basilisco restó a éste muchas simpatías entre la población de Constantinopla, circunstancia que aprovechó Zenón para intentar recuperar el trono y, tras conseguirlo, ejecutar a aquél. Los problemas de Zenón, sin embargo, no acabaron aquí, pues, en efecto, los partidarios de Verina, sobre todo su yerno Marciano y el hermano de éste, marcharon con sus tropas contra él. Aunque la intentona resultó fallida, Zenón hubo de enfrentarse a un nuevo peligro, a saber, el que representaba el poderoso general Ilo, isaurio como él. La amenaza se convirtió en una guerra en toda regla que habría de durar varios años, en el transcurso de los cuales Ilo proclamó emperador a Marciano e intentó obtener ayuda de Odoacro desde Italia (véase el capítulo 2). Como Verina no consideraba que Marciano fuera el candidato más idóneo para ocupar el trono, fue proclamado emperador Leoncio, al que se encargó de coronar la propia emperatriz (484). También en este caso salió victorioso Zenón, aunque los últimos vestigios del partido de Ilo siguieron ofreciendo resistencia en las montañas durante cuatro años más. No es difícil imaginar cuál sería el fermento creado por un período tan prolongado de incertidumbres, y cuan habitual se haría en esta complicada red de alianzas que la gente cambiara de bando. Cualquiera que tuviese algún motivo de queja contra el emperador podía pensar que su salvación estaba en oponerse a él, y así, por ejemplo, entre los partidarios de Ilo encontramos al intelectual pagano Pamprepio. Zenón hubo de enfrentarse además a otros problemas causados por los bárbaros: tras la caída de Aspar durante el reinado del anterior emperador, Teodorico Estrabón, caudillo de los ostrogodos, logró que León comprara la salvaguardia de los Balcanes obligándole a hacer una serie de concesiones políticas y financieras, entre ellas el reconocimiento de su autoridad; dada la situación con la que se encontró, Zenón pasó los primeros años de su reinado intentando mantener un difícil equilibrio entre las actividades de Teodorico Estrabón y las de otro caudillo ostrogodo, llamado también, para mayor confusión, Teodorico. El gobierno de Oriente se debatiría durante mucho tiempo entre las promesas de dinero y las amenazas de guerra; entretanto, Tracia e Iliria eran víctimas de los saqueos del segundo de los Teodoricos. En esta ocasión Oriente se vio expuesto a las mismas presiones bárbaras de las que había sido víctima Occidente, hasta que Zenón se vio obligado a hacer una serie de importantes concesiones entregando a Teodorico diversos territorios en Mesia y Dacia y nombrándole además en 483 jefe de sus soldados y cónsul en 484. Naturalmente todas estas medidas resultaron un rotundo fracaso y en 487 Teodorico marchó con su ejército sobre Constantinopla. Desgraciadamente para Italia, pero afortunadamente para Oriente, se presentó una ocasión única: Zenón se las arregló para encargarse a Teodorico —en secreto, por supuesto— que sustituyera a Odoacro y gobernara Italia en su nombre. De este modo Oriente se libraba de la suerte corrida por Occidente y Teodorico se hacía con el control de Italia.

Resulta curiosísima la capacidad de resistencia de Oriente ante esta serie de dificultades continuas. A ello contribuyó sin duda su capacidad para pagar subsidios y sobornos en oro, como había hecho ya con el caudillo huno Rúgila y su hijo, Atila, en tiempos de Teodosio II. Las cantidades anuales entregadas a Atila ascendieron a 700

libras de oro y, tras la derrota que infligió en Tracia a las tropas imperiales, aumentarían a 2.100, llegándose incluso a pagar 6.000 libras en virtud de un acuerdo del año 443. Las exigencias de Atila llevaron al gobierno de Oriente al borde de la desesperación, pero el rey de los hunos supo frustrar una confabulación para asesinarlo organizada por el eunuco Crisafio. A la muerte de Teodosio II, Marciano adoptó una línea de acción arriesgadísima, al negarse a ceder a este chantaje y poner fin a los subsidios anuales. Oriente se salvó una vez más del peligro, esta vez debido al cambio de planes de Atila, que se volvió hacia Italia, donde, como hemos visto, se produciría su prematura muerte.

En 491, cuando se produjo en Constantinopla la ascensión al trono de Anastasio, Teodorico, el caudillo de los ostrogodos, había empezado ya a establecerse en Italia. Ambas potencias se miraban la una a la otra con desconfianza, hasta que en 497 Anastasio reconoció a Teodorico, que seguía ostentando el cargo de jefe del ejército, como dueño de Italia, aunque, eso sí, como si continuara bajo la protección del imperio. La posición exacta de Teodorico desde el punto de vista constitucional quizá fuera una cuestión más de tacto y de delicada labor diplomática que de simple definición cruda y precipitada (véase el capítulo 2); aún sería preciso recorrer un largo camino antes de que se clarificara la forma que iba a adoptar el dominio ostrogodo de Italia. No obstante, aunque en teoría y en la esfera de los sentimientos aún siguiera viva la idea de un imperio unificado, a finales del siglo V estaban ya a punto de nacer los reinos bárbaros que en los albores de la Edad Media iban a convertirse en los herederos de Roma. Tal era la situación a la que había de adaptarse Constantinopla.

2. EL IMPERIO, LOS BÁRBAROS Y EL EJÉRCITO TARDORROMANO

El año 476

El siglo V fue testigo de uno de los sucesos nunca acaecidos más famosos de la historia, a saber: la denominada «caída del imperio romano de Occidente», que, según se afirma, tuvo lugar en el año 476, cuando el joven Rómulo Augústulo, último emperador romano de Occidente, fue destituido y su lugar ocupado en la práctica por Odoacro, que era un jefe militar germánico.¹ Odoacro se diferencia de los demás bárbaros que le habían precedido en el cargo en que no intentó ejercer su dominio a través de un emperador-títere; envió una embajada de senadores romanos a Constantinopla, a la corte de Zenón, solicitando que se le otorgase el prestigioso título de *patricius*. La respuesta del emperador fue bastante ambigua, pues el depuesto Julio Nepote, que también le había pedido auxilio, había recuperado el trono gracias a la ayuda de Oriente (473); Odoacro, sin embargo, se contentó con el título de *rex*, y a partir de ese momento no hubo más que un emperador cuyo dominio se ejercía desde Constantinopla (Procopio, BG, 1,1,1-8; Anón. Val., 37-38).² Así pues, el año 476 supone únicamente una fecha de conveniencia en la cual resulta cómodo situar formalmente el final del imperio romano, y así Procopio de Cesárea comienza su historia de la guerra contra los godos de Justiniano (535-554) relatando los sucesos de Italia a partir de ese año. Poco a poco, aunque no de manera inmediata, el imperio de Oriente hubo de reconocer por fuerza el hecho de que había quedado como único sostén de la tradición romana, e inventó así sus propios mitos de la *translatio imperii* para justificar el papel que ahora desempeñaba.³ Pero el año 476 carece por completo de significación dentro del contexto de cambios económicos y sociales que se produjeron en esta época; es muy probable que ni siquiera la población de Italia notara al principio una gran diferencia. Pese a la enorme cantidad de bibliografía moderna que estudia este supuesto «hito», los cambios que estaban produciéndose tendrían un efecto duradero; por consiguiente es más provechoso adoptar una perspectiva más estructural.

En términos políticos, la caída de Rómulo Augústulo era perfectamente previsible. En cuanto a Odoacro, procedía de la tribu germánica de los esciras, una de las muchas que contaban con una nutrida representación en las tropas federadas del

ejército romano o de lo que quedaba de él; de hecho, accedió al poder gracias a estos federados, descontentos al ver que eran rechazadas sus pretensiones de reparto de tierras en condiciones semejantes a las de las tribus bárbaras establecidas en la Galia. Pero, fuera de eso, no era sino un general más, como tantos otros que, desde finales del siglo IV, habían venido ostentando el poder efectivo en el imperio de Occidente.⁴ Cuando uno de los primeros y más poderosos de ellos, el vándalo Estilicón, *magister militum* de Teodosio I y regente del hijo de éste, Honorio, cayó en 408 bajo sospecha de alta traición (véase el capítulo 1), los importantes cargos de *magister utriusque militiae* y de *patricius* fueron ocupados por romanos; pero el poder efectivo seguía en manos de los generales bárbaros, sobre todo en las de Aecio (c. 433-454). Tras el asesinato de Valentiniano III en 455 (véase el capítulo 1), su sucesor, Avito, senador oriundo de la Galia, fue derrotado por un general suevo llamado Ricimero y pasarían unos años bastante turbulentos hasta que en 457 fue proclamado oficialmente emperador Majoriano, que sería muerto por el propio Ricimero cuatro años más tarde. Ricimero fue además el encargado de nombrar al nuevo soberano, aunque el individuo que eligió para ocupar el trono, un personaje de segunda fila llamado Severo, no vio ratificado su nombramiento por León, emperador de Oriente, y murió en 465, dejando una vez más a Occidente desprovisto de un mandatario oficial. La rivalidad entre Antemio, el nuevo soberano impuesto por León, oriundo de Oriente, y Ricimero se hizo escandalosa, hasta convertirse en causa de lucha abierta entre uno y otro bando, en el transcurso de la cual perdió la vida Antemio (472). Finalmente Ricimero eligió emperador a Olibrio, ciudadano romano casado con Gala Placidia, hija de Valentiniano III (véase el capítulo 1); pero antes de que acabara el año murieron Olibrio y Ricimero, y el soberano impuesto por el jefe burgundio Gundobaldo fue destituido por Julio Nepote, con la aquiescencia del emperador León, para ser a su vez destituido en favor del desdichado Rómulo Augústulo. Se trata, como vemos, de una historia terrible y confusa, cuyos protagonistas son jefes del ejército, bárbaros o romanos, y miembros de la aristocracia civil, que apelan al emperador de Oriente para dar un barniz de respetabilidad a sus actuaciones, cuando no es éste el que impone a su propio candidato al trono. Todas estas luchas por el poder al más alto nivel sólo ocasionalmente tuvieron repercusiones directas sobre el gobierno del imperio propiamente dicho; Majoriano, que promovió una reforma de la legislación, cayó rápidamente a manos de Ricimero. En Occidente no hubo ningún emperador comparable a León o a Zenón; de hecho, tras la muerte de Teodosio I no hubo ninguno que lograra establecer un gobierno fuerte, y mientras que en Oriente, a finales del siglo V, durante los reinados de Marciano y Anastasio, el gobierno fue adquiriendo un talante cada vez más civil, en Occidente sucedió justamente lo contrario.

No se puede, sin embargo, afirmar sin más que el gobierno de Occidente representara un dominio absoluto de los militares, sino todo lo contrario; tanto los territorios que constituían el imperio de Occidente como el mismísimo ejército romano habían experimentado una grandísima fragmentación. Aunque ambos procesos se hallan estrechamente relacionados entre sí y sus raíces se remontan al siglo IV, los trataremos por separado en aras de una mayor claridad.



El mundo mediterráneo a comienzos del VI

Romanos y bárbaros a finales del siglo IV

La visión del imperio romano de Occidente que se nos ha transmitido es sumamente dramática y exagerada, como si éste hubiera sido barrido de la faz de la tierra por sucesivas oleadas de invasores bárbaros llegados del norte. En realidad, el movimiento de las tribus bárbaras oriundas de más allá del Rin y el Danubio había venido constituyendo un hecho cotidiano desde las guerras de Marco Aurelio contra los marcomanos, a finales del siglo II.⁵ Hasta mediados del siglo IV, sin embargo, había sido posible por regla general mantenerlos a raya mediante una prudente combinación de la diplomacia y las medidas de fuerza. Además se trataba de pueblos sedentarios dotados de una jerarquía social. Pero la entrada en escena de los hunos, pueblo nómada procedente del noreste, en 376 constituyó un hito decisivo; obligaron a los tervingos, al mando de Fritigerno, a cruzar el Danubio y penetrar en territorio romano, hasta que el emperador Valente le permitió establecerse en los Balcanes (Amiano, XXXI, 4 ss.; Eunapio, fr. 42).⁶ Aunque las fuentes griegas y latinas presentan el acontecimiento con unos tonos sumamente sombríos, los godos no eran una espantosa turba de desalmados ni formaban parte de una gran oleada de invasores que arrasara el imperio romano. Tras su aparición en el panorama de la historia de Roma durante el Bajo Imperio se ocultan una serie de factores sociales y económicos enormemente complejos, y cuando entraron en escena, lo hicieron como una fuerza militar bien organizada.⁷ Sólo al cabo de dos años, en Adrianópolis (378), los godos lograron derrotar al ejército romano, matando al propio emperador Valente en el campo de batalla. Roma no olvidaría nunca el golpe; el impacto que produjo el suceso queda de manifiesto en la relación de los hechos que nos da Amiano Marcelino, y en el hecho de que este autor decidiera concluir su historia en este punto (Amiano, XXXI, 7-13).⁸ El ejército romano sufrió pérdidas enormes y los godos quedaron en condiciones de arrasar y saquear libremente el territorio. Por otra

parte, la derrota de Roma fue una especie de señal para que otros grupos bárbaros penetraran en el territorio romano. Aunque, según parece, se firmó un tratado formal en 382 que concedía a los godos tierras a orillas del Danubio y en los Balcanes (cf. Jordanes, *Getica*, XXVII, 141 - XXIX, 146; Sinesio, *De Regno*, XXI, 50),⁹ cierto Radageso logró organizar un numeroso ejército de bárbaros procedentes de la otra orilla del Danubio y el Rin, e invadió Italia en 405; tras ser derrotado por Estilicón, doce mil de sus soldados fueron enrolados en el ejército romano (Olimpiodoro, fr. 9; Zós., V, 26). Casi por esas mismas fechas, el usurpador Constantino pasaba de Britania a la Galia (Zós., VI, 2-3). Pero para nosotros el cuadro más dramático corresponde al paso del Rin helado por los bárbaros en diciembre de 406; a partir de entonces alanos, vándalos y suevos cruzarían Germania y la Galia, y penetrarían en España (Oros., VII, 37).

La peripecia es bastante compleja y el curso de los acontecimientos resulta tanto más confuso debido a las rivalidades existentes entre los diversos grupos, por no hablar de los problemas que suscitan las propias fuentes; a finales de la segunda década del siglo V, sin embargo, los vándalos, con Genserico a la cabeza, cruzaron el estrecho de Gibraltar y pasaron al Norte de África, llegando hasta Hipona, diócesis de san Agustín, hacia 430; en 435 recibieron precipitadamente en Numidia unas tierras en las que asentarse y tomaron Cartago, capital de la provincia, en 439. Pese a los vanos intentos realizados en 441 por Teodosio II, emperador de Oriente, por enviar una flota que los controlara, el dominio vándalo sobre la mayor parte del Norte de África, incluidas las provincias de África Proconsular, Bizacena y casi toda Numidia y Tripolitania, recibió un reconocimiento defacto en 442. Hacia 455 Genserico se había apoderado de Córcega, Cerdeña y las Baleares, y ese mismo año, a la muerte de Valentiniano III, entró en Roma y saqueó la ciudad, para tomar Sicilia en 468; la subsiguiente expedición naval enviada por León, el emperador de Oriente, durante los años sesenta constituyó un fracaso estrepitoso (véase el capítulo 1), y el Norte de África continuaría bajo el control de los vándalos hasta que se produjera la expedición de Belisario en 533.¹⁰ Aunque en la actualidad se cree que el África vándala quedó menos aislada económicamente del resto del imperio de lo que tradicionalmente ha venido pensándose,¹¹ la rapidez y facilidad con las que se perdió una de las regiones más ricas y urbanizadas del imperio, auténtico granero de Roma, constituyen un indicio suficiente de los cambios que a partir de este momento habrían de causar los bárbaros del norte.

La situación en las provincias del norte resulta menos clara, pero desde luego fue igualmente nefasta. Hablando de las duras condiciones reinantes durante la primera década del siglo V, Zósimo afirma que la defensa de Britania fue abandonada formalmente por Honorio: «Honorio envió diversas cartas a las ciudades de Britania, exhortándolas a defenderse solas» (VI. 10); algunos contingentes de las tropas que, según todos los indicios, habían apoyado a los usurpadores antes de 406, permanecieron en la provincia, pero en la isla ya no quedaba ninguna autoridad central y la situación, ya confusa de por sí, iría complicándose por momentos debido a las incursiones de los sajones; por si fuera poco, las discordancias existentes entre las escasas fuentes de las que disponemos hacen todavía más difícil su comprensión. La rápida desaparición de las ciudades romanas existentes en Britania tras varios siglos de dominación latina no es más que uno de los múltiples acontecimientos enigmáticos de este período.¹² En la Europa continental, el siglo V fue testigo de una larga serie de altercados entre los distintos grupos bárbaros por ocupar una posición más ventajosa, fruto de sus

rivalidades y también de sus diferencias con Roma en su afán por conseguir tierras y ganar influencia. En múltiples ocasiones, Occidente fue víctima de la mayor habilidad de Oriente para evitar los peligros y desviarlos en otra dirección por medios diplomáticos y financieros, particularmente en el caso de Alarico y los visigodos, que obtuvieron permiso del gobierno de Constantinopla para cimentar su poderío en los Balcanes con el único objeto de que lo utilizaran contra Italia, y que, tras exigir grandes cantidades de oro y plata al gobierno de Occidente, acabaron saqueando Roma en 410 (Zós., VI. 6-13).¹³ El propio saco de Roma, aunque, al parecer, no fue tan destructivo como hubiera podido ser, obligó a huir a muchos miembros de la aristocracia romana y supuso un golpe psicológico tremendo tanto para cristianos como para paganos. En cualquier caso, la repentina muerte de Alarico, acontecida poco después, al igual que luego la de Atila, rey de los hunos, en una situación semejante, salvó a Roma de una ocupación más duradera.

Las secuelas de todo ello dependerían de la configuración cambiante de los distintos grupos tribales y del éxito obtenido por unos u otros en sus tratos con el gobierno imperial. Se utilizarían diversos expedientes. Tras abandonar Italia en 412, los visigodos se dirigieron a la Galia, donde su rey, Ataúlfo, se casó con la princesa Gala Placidia, cautiva suya, para pasar inmediatamente a España. Poco tiempo después, el emperador Honorio emplearía a los mismos visigodos, ahora al mando de Walia, contra los alanos y los vándalos, dándoles permiso para establecerse en Aquitania. Hacia 440 Aecio realizó nuevos asentamientos, de alanos en la Galia y de burgundios al norte de Ginebra. Mientras tanto, surgió una nueva amenaza, la de Atila, rey de los hunos, que tras obtener del gobierno grandes cantidades de dinero en concepto de subvenciones, cruzó el Danubio a comienzos de los años cuarenta, derrotó por dos veces a los ejércitos romanos enviados a detenerlo y consiguió nuevas compensaciones anuales en oro. Por fin se dirigió a Occidente, y tras aceptar los requerimientos amorosos de Honoria, hermana de Valentiniano III, exigió la mitad del imperio. La batalla librada entre las fuerzas de Atila y las de Aecio en los Campos Cataláunicos (451) no supuso más que un freno pasajero, pero no impidió que los hunos invadieran Italia (Jordanes, *Get.*, 180 ss.). La suerte se alió de nuevo con Roma, que logró esquivar el golpe que se le venía encima: la muerte de Atila (véase el capítulo 1) supuso el hundimiento del poderío de los hunos y con ella quedó conjurado el peligro.

A partir de este momento, sin embargo, el gobierno de Occidente iría debilitándose por momentos, de suerte que cada vez resultaría más difícil mantener una política coherente en relación con el asentamiento de la población bárbara. Aunque la muerte de Teodosio I en 395 dejó un vacío insustituible, a comienzos del siglo V Roma seguía ocupando el centro de gravedad en el fluctuante juego de los movimientos bárbaros; al acabar el siglo, en cambio, ya no había emperador de Occidente, y en estos años podemos ver de hecho las primeras fases en el desarrollo de los reinos bárbaros de los albores de la Edad Media.¹⁴ El primer reino de este tipo que se estableció fue, como hemos dicho, el de los vándalos en el Norte de África. Se trata, sin embargo, de un caso atípico, pues sería aplastado en 534 por los ejércitos imperiales al mando de Belisario y en su lugar se instauraría hasta finales del siglo VII un dominio bastante estable por parte de Bizancio. El Norte de África representa, en realidad, el capítulo más venturoso de la política de reconquista emprendida por Justiniano; la ironía, sin embargo, está en que, a diferencia de lo sucedido durante la larga historia del África romana anterior a la llegada de los vándalos, la provincia del imperio recientemente restaurada sería

administrada por gobernadores orientales venidos de Constantinopla, cuya lengua oficial era el griego.¹⁵ El más duradero de los reinos germánicos sería el de los francos, instaurado por su rey Clodoveo (481-511) tras su aparatosa victoria sobre los visigodos en Vouillé (507), que perviviría hasta el año 751. Aunque fueron los francos quienes dieron su nombre a la moderna Francia, la dinastía inaugurada por Clodoveo se llama habitualmente merovingia. Tuvieron un animado cronista de sus acciones en Gregorio de Tours, obispo de esta ciudad a finales del siglo VI, cuya *Historia de los francos* constituye nuestra principal fuente al respecto, notable, cuando menos, por la descarnada relación que en ella se hace de los sangrientos actos de la familia real franca.¹⁶

Gregorio nos proporciona un animado relato de la conversión y posterior bautismo de Clodoveo: la esposa del rey, Clotilde, era ya cristiana y había intentado en vano convertir a su marido. La reacción de éste, sin embargo, cuando murió su primogénito inmediatamente después de ser bautizado fue de cólera:

Si hubiera sido consagrado a mis dioses, habría vivido sin duda alguna; pero ahora que ha sido bautizado en el nombre de tu Dios, no ha podido vivir ni un solo día (11,29).

El rey acabó convirtiéndose tras orar al dios de los cristianos impetrando la victoria en el campo de batalla sobre los alamanes, siendo bautizado por san Remigio, obispo de Reims, quien, según afirma Gregorio, había resucitado a un muerto. La ceremonia del bautismo del rey fue espectacular:

Las plazas públicas fueron engalanadas con mantos de colores, las iglesias adornadas con colgaduras blancas, y el baptisterio debidamente guarnecido: numerosas varas de incienso exhalaban su divino aroma, por doquier ardían velas perfumadas y el sagrado lugar del bautismo se hallaba envuelto en una nube de exquisita fragancia. Dios infundió en el corazón de los presentes tanta gracia que todos creían que habían sido transportados a un paraíso perfumado. El rey Clodoveo pidió al obispo que lo bautizara a él el primero. Cual nuevo Constantino se acercó a la pila bautismal, deseoso de limpiar las señales de la lepra que otrora padeciera y de lavar en agua corriente las sórdidas manchas que durante tanto tiempo había llevado (11,31).

El mismo día fueron bautizados más de tres mil soldados de su ejército.

En Italia, la invasión de los ostrogodos al mando de Teodorico en 490 marca el comienzo del reino ostrogodo (490-554), cuyo último soberano, Teias, fue derrotado por Narsés, general de Justiniano, en 554, tras casi veinte años de guerra.¹⁷ De nuevo, sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en el Norte de África, la invasión de Italia por los lombardos en 568 supuso que el control bizantino de Italia acabara al cabo de pocos años, si bien perduraría en forma mitigada —aunque todavía significativa— en una zona limitada al territorio del Exarcado, con base en Ravena, desde finales del siglo VI hasta mediados del VIII.¹⁸ A partir de 568 la situación en Italia se volvió sumamente confusa y fragmentaria; precisamente por eso sería en esta época cuando los papas, y sobre todo Gregorio Magno (590-604), adquirirían buena parte de su grandísima influencia secular y poderío económico.¹⁹

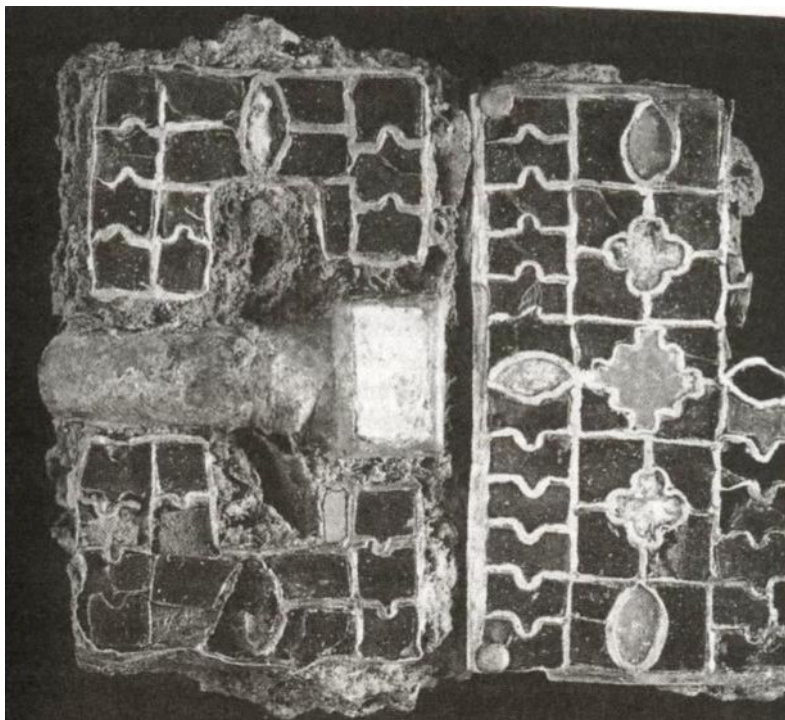
La Italia ostrogoda mantendría la continuidad del pasado romano en muchos aspectos;²⁰ destaca sobre todo la pervivencia de muchas de las familias aristocráticas romanas, caracterizadas por su inmensa riqueza, que siguieron ostentando los cargos más relevantes bajo el nuevo régimen. Es curioso que, pese a los numerosos cambios políticos habidos durante esta época, el senado romano sobreviviera durante todo el siglo V, y sus miembros continuaran ocupando los cargos que tradicionalmente habían venido ostentando, entre ellos el consulado de Occidente, incluso bajo la dominación de los ostrogodos; de hecho el consulado no fue abolido hasta 541, por orden del propio Justiniano.²¹ Muchas de estas familias romanas eran extraordinariamente ricas, y Procopio, que escribe una relación detallada de las guerras góticas desde el punto de vista bizantino, se identifica particularmente con esta clase, la mayoría de cuyos miembros, cuando no lograron huir a Oriente, donde también a menudo poseían fincas, perdieron sus tierras y sus privilegios, quedando reducidos a una situación lamentable, durante la guerra emprendida por Justiniano.²² Como tantos otros miembros de su clase, Casiodoro, cuyas epístolas de estilo sumamente retórico y burocrático (*Variae*), muchas de ellas escritas en su calidad de secretario de Teodorico, constituyen otra de nuestras mejores fuentes para este período, se fue a vivir a Constantinopla mientras duraron estas guerras. Anteriormente había redactado una *Historia de los godos*, utilizada por Jordanes para escribir sus *Getica*, y más tarde, cuando acabaron las guerras y regresó a Italia, compuso sus *Instituciones*, que son una serie de preceptos sobre la doctrina cristiana. Casiodoro fundó el monasterio de Vivarium, en Squillace, que habría de convertirse en uno de los centros de copia y conservación de obras clásicas más importantes de toda la Edad Media.²³ Se produjo un acontecimiento traumático en las relaciones mantenidas entre los ostrogodos y las clases altas de Italia cuando, en un arrebato inesperado, Teodorico mató en 523-524 a dos de sus más conspicuos representantes, Símmaco y Boecio, autor este último de una obra latina clásica, la *Consolación de la filosofía*. El caso no podía ser más sorprendente: Símmaco era uno de los nombres más prestigiosos de la aristocracia del Bajo Imperio, y Boecio, cuyos dos hijos habían ocupado el consulado, era el *magister officiorum* de Teodorico.²⁴ La principal obra de Boecio, la *Consolación de la filosofía*, fue escrita en prisión, mientras meditaba sobre el destino que lo aguardaba; se figura que recibe la visita de una dama, la Filosofía, y entabla con ella una prolija discusión sobre el destino y el libre albedrío del hombre, y sobre la volubilidad de la fortuna; la obra contiene además varios poemas bastante extensos que por sí mismos tienen ya gran interés.²⁵ La muerte de Símmaco y Boecio constituyó, sin embargo, un hecho excepcional; Teodorico compartía, según parece, el respeto general que inspiraba la tradición romana y, en general, podemos afirmar que el régimen ostrogodo no fue, ni mucho menos, opresivo.

La derrota de los visigodos por Clodoveo en la batalla de Vouillé (507) supuso el fin del reino de aquéllos en la Galia, cuya capital era desde 418 Toulouse, y de la sucesión legítima de la dinastía Balta, que venía reinando desde los tiempos de Alarico, a finales del siglo IV.²⁶ Durante el agitado período que siguió, se produjo la intervención de Teodorico, rey de los ostrogodos, cuya hija estaba casada con el hijo del rey visigodo, Alarico II, y de ese modo el gobierno de los visigodos pasó temporalmente a manos de los ostrogodos. Pero mayor repercusión tendría a la larga el paso de los visigodos a España; allí establecerían un reino —sobre todo a partir del ostrogodo Teudis (531-548)— que, pese a los relativos triunfos bizantinos en el

contexto de la reconquista emprendida por Justiniano, duraría hasta la llegada de los árabes a comienzos del siglo VIII.²⁷



El mecenazgo de la aristocracia durante el Bajo Imperio: arqueta matrimonial de una pareja de cristianos, Proiecta y Secundo, procedente del Tesoro del Esquilino, Roma, finales del siglo IV.



Hebilla perteneciente a un cinturón de estilo ostrogodo, con incrustaciones, en *cloisonné* de oro, de granates, pasta de vidrio verde y concha, de finales del siglo V o comienzos del VI. Hallada en

la tumba de una mujer situada a la entrada de la iglesia de San Severino, en Colonia. Los ajuares funerarios, de los cuales podemos ver aquí un ejemplar particularmente refinado, constituyen uno de los principales medios de que disponemos para rastrear los movimientos y los asentamientos de las tribus germánicas.

Los reinos germánicos, el gobierno romano y los asentamientos bárbaros

Con la instauración de los reinos bárbaros entramos en una etapa histórica que tradicionalmente viene considerándose los albores de la Edad Media.²⁸ Pero los rasgos permanentes del pasado son tantos que podemos considerar toda esta época, hasta finales del siglo VI, una mera continuación del mundo mediterráneo de la Antigüedad tardía; pese a los cambios evidentes que se produjeron en los distintos tipos de asentamiento de la población bárbara en Occidente, los testimonios arqueológicos de los que disponemos muestran a todas luces que las actividades comerciales y las comunicaciones con países lejanos siguieron su curso habitual, aunque los detalles de todo el asunto son todavía bastante controvertidos; ponen asimismo de manifiesto que las transformaciones en el paisaje urbano —tema que ha dado lugar a numerosos debates en la historiografía más reciente— constituyen un fenómeno visible a finales del siglo VI en todo el ámbito del Mediterráneo, tanto en Oriente como en Occidente.²⁹ Por consiguiente, puede resultar definitivamente erróneo pensar que se produjo una separación efectiva de Oriente y Occidente. Los propios reinos occidentales conservaron muchas instituciones romanas y, según parece, consideraban que sus vínculos con el emperador de Constantinopla respondían a la habitual relación de patrocinio y clientela; los reyes, por lo demás, ostentaban títulos típicamente romanos. La vieja clase alta romana pervivió en gran medida, y sus miembros fueron adaptándose como pudieron a los nuevos regímenes. Tal es el caso de Sidonio Apolinar, obispo de Clermont-Ferrand a finales del siglo V, que en sus elegantes poesías y epístolas se lamenta amargamente de la incultura y grosería de los proceres bárbaros locales, aunque, eso sí, no había tenido reparos en adaptarse a la nueva situación. Gregorio de Tours comenta a propósito de Sidonio Apolinar:

Era un hombre santo y, como ya he dicho, pertenecía a una de las familias senatoriales más encumbradas. Parece que, sin comentarle nada a su esposa, sacó de su casa la vajilla de plata y la repartió entre los pobres. Cuando su mujer descubrió lo sucedido, empezó a reprocharle su actuación; Sidonio tuvo que volver a comprar a los pobres la vajilla y llevársela otra vez a su casa (11, 22).

Tanto Gregorio de Tours, autor de la historia de los francos, como otro obispo merovingio, Venancio Fortunato, amigo y contemporáneo suyo, que escribió una serie de poemas en latín sobre temas políticos de la época, pertenecían a dicha clase; y también pertenecía a ella el papa Gregorio Magno.³⁰ El derecho germánico coexistía con el romano, aunque en una yuxtaposición nada fácil; en el reino ostrogodo se empleaba un código para los godos y otro para la población romana, mientras que los

ordenamientos visigóticos, desde el Código de Eurico (c. 476) y la *Lex Romana Visigothorum* de Alarico II (506), de carácter claramente latinizante, o los sucesivos programas de legislación emprendidos en el reino visigodo durante los siglos VI y VII, trajeron consigo la paulatina unificación de las tradiciones germánica y romana.³¹ A veces se utiliza el término «subromano» para designar a los reinos de esta época, y de hecho los ecos despectivos que comporta el vocablo acaso se correspondan con la opinión que de ellos tenía el gobierno de Oriente. Éste había llevado a cabo una política pragmática, sabedor de que no estaba en condiciones de imponer un emperador de Occidente, pero sin admitir desde luego que los nuevos regímenes fueran a mantenerse por mucho tiempo. Llegado el momento, no dudaría en utilizar a unos contra otros. El hecho de que los godos de Italia, al igual que los vándalos y, al menos durante esta fase, también los visigodos, fueran arrianos, favoreció a la diplomacia imperial, pues permitió presentar la invasión de Italia emprendida por Justiniano en 535 como una especie de cruzada. El emperador escribía a los francos ortodoxos pidiéndoles ayuda en los siguientes términos:

Los godos se han apoderado por la fuerza de Italia, que es posesión nuestra, y no sólo se niegan a devolvérsola, sino que han cometido contra nosotros nuevos agravios absolutamente intolerables. Por ello nos hemos visto obligados a declararles una guerra, en la cual deberíais uniros a nosotros, como aconsejan nuestro odio común hacia los godos y nuestra fe ortodoxa, acabando así de una vez con la herejía arriana (Procopio, BG, 1,5,8-9).

Haciendo gala de su buen juicio, el gobierno bizantino reforzaba su retórica con oro y prometía entregar a los francos nuevas cantidades si aceptaban el pacto; no es de extrañar, por tanto, que no resultaran unos aliados muy leales.

Al estudiar el proceso de asentamiento de los pueblos bárbaros en el territorio del imperio de Occidente, debemos distinguir entre las concesiones formales efectuadas por los sucesivos emperadores y gobiernos, y el proceso, mucho más largo, de cambio de los asentamientos llevado a cabo de manera informal. En la práctica se había dado un proceso continuo de asentamientos bárbaros «no oficiales», que se remontarían cuando menos al siglo IV, y que habían venido minando el control ejercido por Roma sobre todo el territorio occidental. Aunque las fuentes literarias nos ofrecen únicamente un panorama imperfecto y unilateral de todo este fenómeno, podemos reconstruir en parte el proceso seguido gracias a los descubrimientos arqueológicos, sobre todo los procedentes de los enterramientos, aunque una vez más los datos se hallan repartidos de manera muy irregular desde el punto de vista geográfico.³² Las causas de esos asentamientos podían ser muy variadas, e iban desde la invasión y posterior concesión de tierras por parte del emperador, al establecimiento en el territorio del imperio en pago a los servicios prestados en el ejército romano; sea como sea, resulta bastante difícil descubrir cuáles son los motivos que se ocultan tras cada caso en particular. Del mismo modo, a veces resulta imposible relacionar los acontecimientos históricos conocidos, como por ejemplo las invasiones, o incluso, en algunos casos, ciertos asentamientos acaecidos a lo largo de un dilatado período de tiempo, conocidos por testimonios literarios, con los restos arqueológicos de que disponemos en la actualidad. Por si fuera poco, los pueblos recién venidos solían adoptar las costumbres de la población existente en las provincias, con lo que se hace aún más difícil detectar las

huellas de los asentamientos germánicos. No obstante, están atestiguados enterramientos germánicos de finales del siglo IV y comienzos del V en la zona comprendida entre el Rin y el Loira, que en algunos casos parecen indicar la utilización de bárbaros en las secciones locales del ejército romano. Curiosamente, algunos de esos cementerios presentan enterramientos romanos y germánicos mezclados. La fase más antigua del asentamiento de germanos en Britania, aunque fuera a pequeña escala, data de comienzos del siglo V, antes de que se produjera la gran oleada de invasiones.³³ Es cierto, desde luego, que los restos dejados en la Galia septentrional y en la zona que rodea Colonia por los francos, que históricamente están mucho mejor documentados, son bastante exiguos en el siglo V, pero, aun admitiendo los fallos que puedan tener las pruebas arqueológicas, es evidente que en las provincias occidentales se produjo un proceso constante de cambio cultural y demográfico a pequeña escala mucho antes de que se formaran los reinos bárbaros tal como llegaremos a conocerlos. A mediados del siglo V las viejas villas romanas existentes en las provincias occidentales fueron en muchos casos abandonadas o simplemente entraron en una fase de decadencia, y así el papel de la vieja clase romana de los terratenientes, que estudiaremos con más detalle en el capítulo 4, se convierte en un problema fundamental cuando se pretenden rastrear los cambios producidos en las esferas económica y social.³⁴

El estudio de los tipos de asentamiento supone un avance fundamental para entender cuál fue el proceso de cambio ocurrido en el imperio de Occidente, y sobre todo para soslayar los problemas planteados por las fuentes literarias. Buena parte de los testimonios reunidos hasta la fecha son incompletos, y en muchos casos son objeto de debate; su interpretación es en gran medida tarea exclusiva del especialista. Las cosas, sin embargo, están lo bastante claras para permitirnos afirmar que el gobierno de Roma no tuvo que enfrentarse tanto a una serie de incursiones aisladas cuanto a un lento, pero constante proceso de erosión interna de la cultura romana en las provincias occidentales. Naturalmente no lo entendieron así los escritores de la época que, al estar inspirados por prejuicios etnográficos y culturales, tienden a pintarnos un panorama bastante sombrío de los «bárbaros» contraponiéndolos a los romanos; por consiguiente las viejas interpretaciones de determinados acontecimientos históricos especialmente significativos, como por ejemplo la batalla de Adrianópolis y los asentamientos bárbaros que se produjeron tras ella, pueden dar lugar a numerosos equívocos si las tomamos al pie de la letra.³⁵ Sus argumentos morales y políticos no son capaces de explicar lo que estaba sucediendo a una escala mayor, y buena parte de los cambios más duraderos que se produjeron quedarían fuera del control gubernamental. Serían, sin embargo, esos cambios, y no los acontecimientos políticos, los que a la larga arrancarían a todas esas zonas del dominio efectivo del imperio, y así sería sobre todo cuando el control pasara del emperador de Occidente, por muy débil que fuera, a manos de los gobernantes de la remota Constantinopla.

Las repercusiones de todo este proceso sobre la economía del Bajo Imperio en general fueron a todas luces enormes (véase el capítulo 4); por su parte, la desaparición del sistema fiscal romano centralizado en las provincias de Occidente debió de tener también bastante importancia, por cuanto estimularía el desarrollo económico de las mismas.³⁶ Pero también la posesión de riqueza desempeñó durante el siglo V un papel decisivo en las relaciones del imperio con los bárbaros en forma de «compensaciones» pagadas por el gobierno romano a los diversos grupos, ya fuera en premio a su inmovilidad y sosiego o bien como incentivo para que se trasladaran a cualquier otra

parte. Aunque el gobierno de Oriente estaba en una situación mucho mejor que el de Occidente para actuar de esta forma (véase el capítulo 1), el expediente resultó útil para los dos en varias ocasiones, y siguió siendo un elemento clave de la política imperial durante el siglo VI, como demuestran los reproches y las críticas de que es objeto por parte de un autor conservador como Procopio:

Con todos los enemigos potenciales del país, no perdió [sc. Justiniano] la ocasión de dilapidar grandes sumas de dinero, tanto con los del este como con los del oeste, con los del norte y con los del sur, e incluso con los habitantes de Britania y las naciones de todo el orbe (*Historia arcana*, XIX).

Por esas fechas —y aun admitiendo la exageración retórica de Procopio—, dicho expediente estaba ya firmemente arraigado en la diplomacia bizantina y en muchos casos resultaba inevitable: por ejemplo, se pagaron grandes cantidades de dinero a Persia en virtud de los tratados de paz de 531 y 562.³⁷ Una práctica tan conveniente para el ejército romano como la de emplear tropas bárbaras en calidad de federados, que constituye uno de los rasgos más destacados de todo este período, resultaba también sumamente cara, y su mantenimiento comportaba un dispendio enorme en dinero y en víveres.³⁸ Un ejemplo extremo de toda esta situación podemos verlo en el caso de Alarico, que en 408 exigió cuatro mil libras de oro en pago por las actividades que había venido llevando a cabo en Epiro en nombre del imperio. El ejemplo de Alarico y sus godos pone asimismo de manifiesto con cuánta facilidad podía un caudillo bárbaro especialmente astuto aprovecharse a un tiempo de Oriente y de Occidente. Según parece, los godos invadieron Italia en 401 porque el gobierno de Oriente había cerrado el grifo de los subsidios (Jordanes, *Get*, 146). Los motivos de todo esto distan mucho de estar claros, pero también Tracia se vio amenazada al mismo tiempo por los godos de Gainas y por otros bárbaros descritos como hunos; en cualquier caso, Alarico pensó que era más ventajoso trasladarse a Italia, donde Estilicón intentó primero enfrentarse a él y luego sobornarlo. La peligrosa política seguida por Estilicón, consistente en intentar comprar los servicios de Alarico y sus huestes, acabó con su caída en 408; sin embargo, cuando, tras este hecho, Alarico vio que era rechazada su petición de dinero a cambio de retirarse de Panonia (Zós., V, 36; Oros., VII, 38), decidió poner sitio a Roma (408-409) y fijó el precio de la entrada de víveres en la ciudad en cinco mil libras de oro y treinta mil de plata (Zós., V, 41). Lo sucedido tras la toma y consiguiente saco de Roma de 410 resulta sumamente confuso, aunque es indudable desde luego que la situación fue muy diferente de la que se daría en África con los vándalos veinte años más tarde: de momento ni tan siquiera se planteaba la posibilidad de realizar una ocupación duradera, y podemos ver así que Ataúlfo, sucesor de Alarico, se dedicó alternativamente a devastar Italia y a actuar en la Galia en calidad de federado. «Cuando fue nombrado rey, Ataúlfo regresó a Roma, y lo que quedara intacto tras el primer saco, sus godos lo arrasaron como si fueran una nube de langosta, despojando a Italia no sólo de las riquezas de los particulares, sino también de sus bienes públicos» (Jordanes, *Get*, 31). Ataúlfo hizo prisionera a Gala Placidia y se casó con ella, dando a uno y otro bando un falso sentido de seguridad:

Quando los bárbaros tuvieron conocimiento de esta unión, se asustaron muchísimo, pues parecía que ahora el imperio y los godos eran una

sola cosa. Ataúlfo se dirigió entonces a la Galia, dejando a Honorio Augusto desprovisto de todas sus riquezas, aunque, eso sí, complacido en su corazón por estar más o menos emparentado con él (*ibidem*).

Ahora, sin embargo, lo que necesitaban los godos no era tanto oro o plata, sino grano, y así en 418 Alarico dio un paso decisivo y se estableció con lo que quedaba de su ejército en territorio romano, concretamente en Aquitania: «Se les entregaron tierras en Aquitania, desde Tolosa hasta el mar» (Hidacio, Chron., 69).³⁹ Los veintitantos años de saqueos, pactos, negociaciones y luchas transcurridos hasta que los godos se establecieron en Aquitania ponen claramente de manifiesto las ambigüedades, gastos y peligros a los que hubieron de enfrentarse los romanos en su intento por llegar a un entendimiento con los bárbaros.

El establecimiento en la Galia de los godos, hasta ese momento federados del imperio, marca un hito en la paulatina transformación del sistema de posesión de la tierra en las provincias de Occidente. Nos encontramos a este respecto con una serie de cuestiones muy controvertidas, pues no están ni mucho menos claros los términos en los que se realizaban las concesiones de tierras o en los que más tarde se llevarían a cabo los asentamientos. La teoría tradicional en este campo es que los *hospites* bárbaros, empezando por los visigodos, habrían tenido derecho a quedarse con una proporción altísima de las tierras en las que se habían establecido, a saber, con las dos terceras partes del total. Otros ejemplos de asentamientos conocidos son los de los alanos y burgundios en 440 y 443 (Chron. Min., 1,660) y el de los ostrogodos en Italia, aunque en estos casos los bárbaros probablemente se quedarán sólo con la tercera parte del total; la renta pagada por la cuota asignada se denominaba de hecho «tercias» (*tertia*).⁴⁰ Pero hay bastantes puntos oscuros, debido en gran medida a las discrepancias que a este respecto presentan las propias fuentes. W. Goffart ha propuesto una interpretación totalmente distinta de los testimonios proporcionados por las compilaciones de leyes germánicas posteriores, según las cuales no era la tierra lo que se repartían bárbaros y romanos, sino las rentas producidas por las fincas.⁴¹ Una gran controversia rodea el significado de las palabras latinas *hospitalitas* y *sors*. No obstante, los testimonios con los que contamos son incompletos; las condiciones del acuerdo probablemente variaran a medida que fueran cambiando las circunstancias, y si bien da la impresión de que en el asentamiento de los visigodos en 418 tuvo bastante que ver la tierra, quizá no fuera así, por ejemplo, en el caso de los ostrogodos. Por el contrario, no hay prueba alguna, por ejemplo, de cuáles pudieran ser los acuerdos a los que se llegó en la Galia septentrional.⁴²

Los bárbaros y el ejército tardorromano

¿Cómo es que el ejército romano se mostró tan descaradamente incapaz de defender las provincias occidentales?⁴³ R. Collins (*Early Medieval Europe 300-1000*, Londres, 1991) titula el capítulo que dedica al siglo V «Desaparición de un ejército», y desde luego cabe preguntarse qué fue lo que le ocurrió al ejército romano y a qué se debió su fracaso. Semejante pregunta, sin embargo, presupone —como presuponian de hecho los romanos— que la mejor respuesta a las incursiones de los bárbaros debería haber sido seguir defendiendo las fronteras y mantener a raya a los invasores. De hecho,

cuando comentan la pérdida del imperio de Occidente, todas las fuentes de la época coinciden en echar la culpa o bien a la pobre actuación del ejército o bien al debilitamiento de la defensa de las fronteras, atribuyendo por regla general este último defecto a algún emperador en particular: así, por ejemplo, el historiador pagano Zósimo echa las culpas de todo ello a un emperador cristiano, a Constantino. A partir del siglo IV, las fuentes suelen presentarnos a los soldados como una pandilla de degenerados, «blandengues» e indisciplinados.⁴⁴ A menudo, lo que se oculta tras estas actitudes críticas es la costumbre tardorromana de alojar a los soldados en las ciudades; a comienzos de la época imperial, los ciudadanos de las provincias más pacíficas raramente habían tenido ocasión de ver a algún soldado, y menos aún de conocer personalmente cuál era su comportamiento.⁴⁵ El autor anónimo del tratadillo titulado *De rebus bellicis* (de finales de la sexta década del siglo IV) se lamenta del alto coste del ejército y de la defensa cada vez peor de las fronteras (*De rebus bellicis*, 5), reprochando a menudo a los soldados-campesinos establecidos en las fronteras y denominados *limitanei* que su actuación deja mucho que desear, si bien, contrariamente a lo que suele afirmarse, no poseemos testimonios seguros de su existencia anteriores a los últimos años del siglo IV.⁴⁶ El hecho de que todas estas quejas suelen aparecer en una forma tan estereotipada debería hacernos sospechar que dicha forma tiene mucho que ver con los prejuicios habituales en las fuentes de la época. Además, según hemos visto, las migraciones bárbaras, que desembocaron en la formación de los reinos germánicos, no fueron simplemente fruto de la incapacidad del ejército romano a la hora de enfrentarse a una situación peligrosa, por mucho que así lo creyeran los propios romanos.

No obstante, el ejército a finales del siglo IV y durante todo el siglo V era indudablemente muy distinto del de las primeras épocas del imperio. Buena parte de los cambios experimentados, como, por ejemplo, el acantonamiento de tropas en las ciudades o en las cercanías de las mismas, en vez de estacionarlas en grandes contingentes cerca de las fronteras, como se hacía anteriormente, se debe a que, tras las reformas de Diocleciano y Constantino, el ejército tardorromano recibía su sueldo no sólo en metálico, sino también en forma de víveres: es decir, las tropas tenían que estar indefectiblemente cerca de los centros de percepción de impuestos en especie, que constituían ahora una de las principales fuentes de sus ingresos. Según los autores antiguos, Diocleciano reforzó las instalaciones del sistema defensivo de fronteras en todo el imperio, aunque, al parecer, y quizá por esos mismos motivos, el tamaño de las fortalezas fronterizas del Bajo Imperio, así como el número de los integrantes de las legiones que las ocupaban, era mucho menor que el habitual en las primeras épocas del imperio. Vale más pensar que el ejército del Bajo Imperio es producto de una evolución gradual, y no fruto de unos cambios repentinos introducidos por Diocleciano y Constantino, como pretenden hacernos creer las fuentes. Dicha evolución debe en realidad su origen a un conjunto de causas muy distintas, si bien es cierto que sus efectos se dejaron sentir con mayor virulencia desde finales del siglo IV y durante todo el V. En cualquier caso, durante el siglo VI las deficiencias en el pago de las soldadas constituyen una queja constante en las fuentes orientales, y, por otra parte, al gobierno le resultaba cada vez más difícil mantener los efectivos del ejército, pudiendo disponer únicamente de pequeños contingentes incluso para llevar a cargo empresas en las que estaba en juego su prestigio, como por ejemplo en las campañas de Italia. Las relaciones romano-sasánidas en el terreno militar se vieron igualmente dificultadas durante el siglo

VI debido a la progresiva desmilitarización de las fronteras orientales (véase el capítulo 5).⁴⁷ Las bandas de bárbaros denominados *bucellarii* se habían convertido casi en partidarios incondicionales de determinados generales, y la figura típica del soldado de esta época era la del arquero a caballo, fruto en parte de la fuerte tendencia a otorgar una mayor preponderancia a la caballería que había venido desarrollándose durante largo tiempo; las cosas habían cambiado mucho desde los tiempos del legionario romano de comienzos de la época imperial.

Una diferencia fundamental era que en estos momentos había en el ejército romano una altísima proporción de tropas bárbaras. Desde finales del siglo IV las tropas bárbaras federadas habían constituido un elemento fundamental de la organización militar del Bajo Imperio, aunque en su mayoría no aparecen incluidas en la *Notitia Dignitatum*. Este hecho viene a confirmar la sospecha de que la *Notitia*, que ofrece unas cifras meramente «sobre el papel», constituye una guía muy poco fiable de cuál era en la práctica el carácter del ejército romano. Los bárbaros aparecen de formas muy distintas: en calidad de unidades tribales, en grupos relativamente pequeños, o como mercenarios enrolados a las órdenes de un general para llevar a cabo una determinada campaña.⁴⁸ Todos ellos cobraban o bien por medio de la *annona*, es decir, la distribución oficial de grano que recibían las tropas a través del sistema tributario, o bien directamente en dinero o en materias primas. En tiempos pretéritos esas tropas bárbaras habían sido reclutadas muchas veces fuera del imperio, pero el proceso de asentamiento de la población bárbara trajo consigo un cambio radical de la situación: los federados procedían cada vez más a menudo del interior del imperio, y su número se incrementó hasta tal punto que las fuerzas armadas se convirtieron de hecho en un ejército de mercenarios, al hallarse compuestas fundamentalmente de elementos bárbaros. Ello comportaba un peligro político evidente; se ha afirmado a menudo que la sustitución de una milicia ciudadana, cuyos integrantes luchaban en defensa de su futuro, por un ejército de mercenarios reclutado entre las mismas poblaciones a las que pretendía combatir, supuso un factor decisivo en la fragmentación del imperio de Occidente.⁴⁹ También fue muy grande la preocupación de los autores de la época por las consecuencias de la batalla de Adrianópolis, y así el tratado de tema militar de Vegecio, que probablemente date de esta época, refleja la opinión conservadora en este terreno. Pero los testimonios disponibles no confirman la hipótesis de que las tropas bárbaras fueran menos leales o lucharan con menos interés que los voluntarios o incluso que los reclutas romanos. Ya hemos visto el poder del que llegaron a gozar determinados bárbaros que alcanzaron el puesto de *magister militum*: los ejemplos más destacados serían los de Estilicón, Ricimero y Odoacro. Como la mayoría de los demás grandes cambios ocurridos en el ejército tardorromano, también éste tuvo sus comienzos en el siglo IV, y así los oficiales bárbaros en general aparecen mencionados con frecuencia en los acontecimientos militares relatados por Amiano, que abarcan los años 353-378. En las filas del ejército, los bárbaros ostentaban unos estatus muy diversos, entre ellos el de *laeti* y *gentiles*, referidos ambos a grupos de colonos obligados a prestar servicio militar, o el de *foederati*, bárbaros reclutados para el ejército a título individual, y *dediticii*, prisioneros de guerra oriundos de allende las fronteras. Según parece, los germanos se hallaban concentrados —como cabría esperar— sobre todo en los ejércitos de la Galia. Pero también fueron utilizados en Oriente, y tenemos testimonios del empleo de este tipo de tropas en el este durante el siglo IV. En la práctica, es probable que hubiera tropas bárbaras en todas las unidades del ejército romano. No resulta fácil determinar las

causas de este cambio, que a primera vista pudiera parecer peligrosísimo para el imperio, y tampoco se puede relacionar de manera mínimamente plausible este fenómeno con un supuesto descenso de la población ciudadana, circunstancia que a menudo ha venido invocándose para justificar la «caída» del imperio de Occidente.⁵⁰ Una explicación sería que semejante proceder resultaba la cosa más sencilla del mundo. Había grandes cantidades, cuando no verdaderas masas, de bárbaros disponibles,⁵¹ y emplearlos en el ejército constituía una forma sumamente práctica de darles una utilidad. Resultaba más fácil reclutarlos a ellos que a los campesinos, y semejante proceso no interfería con los intereses de los terratenientes, que por entonces iban adquiriendo cada vez más poder. A ello se añadía el hecho de que ciertos grupos tribales tenían fama de ser buenos guerreros.

El ejército tardorromano

Junto con la debilidad interna, la invasión de los bárbaros constituye una de las causas que tradicionalmente se aducen para explicar la caída del imperio romano. Pero este hecho presupone además la incapacidad del ejército romano del Bajo Imperio para poner coto a la situación.⁵² Una primera cuestión es la de su tamaño: ¿cómo era de grande el ejército del que disponía el estado tardorromano? Aunque resulta bastante arduo realizar un cálculo sobre la base de la *Notitia Dignitatum*, que recoge el ordenamiento del ejército de Oriente aproximadamente en el año 394 y el del ejército de Occidente en c. 420, parece verosímil postular unos contingentes de cuatrocientos mil hombres o más, según la interpretación que se haga.⁵³ Juan Lido, autor bizantino de mediados del siglo VI, da una cifra que asciende a los cuatrocientos treinta y cinco mil hombres (De mens., 1, 27), y poco después, otro escritor, Agatías, nos habla de seiscientos cuarenta y cinco mil (Hist., V, 13), pero probablemente estas últimas estimaciones sean exageradas, incluso si las tomamos como mero cálculo sobre el papel. Resulta sencillamente increíble que el imperio hubiera podido sostener un ejército tan grande, por lo que se hace imprescindible tratar dichas cifras con suma cautela. Como hemos visto, la *Notitia* tampoco tiene en cuenta la enorme proporción de tropas bárbaras federadas que realmente llegaban a entrar en combate. Agatías reconoce que en su época los efectivos del ejército habían quedado reducidos en realidad a ciento cincuenta mil hombres: «Aunque el total de las fuerzas armadas debía ascender a los seiscientos cuarenta y cinco mil hombres, esa cifra había ido disminuyendo durante esta época hasta los ciento cincuenta mil escasos» (Hist., V, 13). En cualquier caso, los ejércitos desplegados en Italia por Justiniano durante las guerras de reconquista fueron, según parece, muy pequeños, y, por otra parte, determinados hechos del siglo V, como la retirada de Britania, la pérdida del Norte de África prácticamente sin resistencia, o el alcance de la penetración de los bárbaros en general, ponen de manifiesto que ya no era posible realizar una movilización de tropas demasiado significativa.⁵⁴ Lo cierto es que, a partir del siglo V, cuando menos, el gobierno de Occidente no estaba sencillamente en condiciones de controlar el imperio por medios militares. Debemos concluir, por tanto, que las cifras demasiado elevadas nos dicen muy poco o nada respecto a lo que eran en realidad los efectivos disponibles.⁵⁵ Cuesta bastante creer que el ejército de Diocleciano constara de cuatrocientos mil hombres; incluso esta cantidad habría supuesto una carga

enorme, y es evidente que enseguida resultó difícil, cuando no imposible, mantenerla. El motivo de todo ello tiene que ver con factores políticos y económicos, pero también, por lo que a Occidente se refiere, con la riqueza y el poder cada vez mayores de los grandes terratenientes, y con la incapacidad del gobierno central de Occidente de retener en sus manos unos recursos suficientes (véase el capítulo 4).

Del mismo modo, los cambios producidos en el sistema de fronteras o, como suelen decir los autores latinos, su progresivo deterioro, deberían contemplarse también en el contexto de las transformaciones a largo plazo que se produjeron en los diversos tipos de asentamiento a nivel local, y en el marco de los cambios económicos y sociales en general. Para los hombres de aquella época el concepto de frontera se había convertido en una cuestión puramente emocional; se equiparaba automáticamente cualquier fallo en el mantenimiento de las defensas fronterizas con el hecho de «dejar pasar a los bárbaros». Las fuentes afirman que Diocleciano reforzó las fronteras construyendo y restaurando las plazas fuertes situadas en el *limes*, mientras que de Constantino dicen que las «debilitó» al retirar de ellas a las tropas para convertirlas en un ejército móvil:

También con esta salvaguarda [es decir, el supuesto reforzamiento de las defensas fronterizas llevado a cabo por Diocleciano] acabó Constantino cuando quitó de las fronteras la mayor parte de las tropas para establecerlas en las ciudades, que no necesitaban protección; con ello privó de amparo a quienes se veían agobiados por la presión de los bárbaros, [y] cargó aquellas ciudades que vivían tranquilas con los perjuicios que acarrea la presencia de los soldados, por lo cual la mayor parte de ellas ha quedado desierta (Zós., 11, 34).

En realidad la situación era mucho más compleja. Pese a la insuficiencia de las fuentes literarias y lo difícil que resulta evaluar los testimonios arqueológicos en general, éstos ponen claramente de manifiesto el desarrollo constante de lo que suele denominarse defensas en profundidad, situadas por detrás de la zona fronteriza propiamente dicha; con ese término se alude a toda una vasta serie de instalaciones, como torres de vigilancia o bases de provisionamiento fortificadas, entre cuyas funciones se contaba la de asegurar el sistema de suministros a las tropas de primera línea que quedaran, o vigilar y, en la medida de lo posible, controlar a los bárbaros instalados en el territorio romano. En aquellos momentos resultaba imposible conservar unas líneas defensivas capaces de mantener a los bárbaros fuera del imperio, y así lo ponen de manifiesto una serie de importantes medidas adoptadas a nivel local.⁵⁶ Dichas medidas diferían mucho de una parte del imperio a otra, dependiendo del tipo de terreno y de la naturaleza del peligro; en la Galia septentrional fueron apareciendo gradualmente una serie de fortalezas costeras a lo largo de un dilatado período de tiempo; en el Norte de África, el denominado *fossatum Africae* construido al sur no sirvió de nada frente a los vándalos que cruzaron el estrecho de Gibraltar; en Oriente, donde nunca había habido una línea de fortificaciones propiamente dicha, las zonas desérticas por un lado y, por otro, la poderosa organización militar y la política agresiva de los sasánidas ofrecen un panorama muy distinto. Las últimas investigaciones dan a entender que las numerosas instalaciones defensivas descubiertas en las regiones fronterizas de Oriente a finales del imperio tenían por objeto no sólo la defensa del territorio frente a los invasores llegados de fuera del imperio, sino también el

mantenimiento de la seguridad interna del mismo. El éxito aparente del sistema defensivo de los inicios de la época imperial se debió en gran parte a que en la mayoría de las regiones no existía ningún peligro serio; por el contrario, en cuanto la práctica totalidad de las primitivas fronteras se vieron amenazadas, se hizo patente que no había la menor oportunidad de mantenerlas como estaban, y no hubo más remedio que recurrir a toda clase de expedientes, fueran los que fuesen, en la medida en que lo permitieran las condiciones locales. El caso que mejor nos permite observar el cambio acontecido es el de las provincias del norte, donde puede comprobarse que las antiguas concentraciones de fuerzas situadas a orillas del Rin y el Danubio fueron sustituidas por una mezcla sumamente fragmentada y compleja de defensas *ad hoc*, a menudo inútiles.⁵⁷ Dado lo confuso de las condiciones reinantes en el siglo V, a menudo debió de resultar difícil saber exactamente no sólo quién era el que se defendía y quién el que atacaba, sino también quién amenazaba a quién. Los factores políticos venían a agravar los de carácter local. Ya en el siglo III, cuando la Galia se convirtió en escenario de la aventura separatista protagonizada por el denominado «imperio galo», había resultado sumamente difícil distinguir la línea divisoria entre gobernantes legítimos y usurpadores,⁵⁸ en el siglo V, en cambio, cuando el poder real pasó, como hemos visto, en muchas ocasiones a manos de los jefes militares germánicos, el abandono oficial de Britania decretado por Honorio se vio precedido por el derrocamiento de Constantino III, proclamado emperador por los soldados de Britania; más tarde se produjo en Maguncia la proclamación de otro antiemperador, Jovino, al parecer debido al apoyo que le prestaron burgundios, alanos y francos. En medio de la confusión producida por todos estos acontecimientos, la subida al trono en 421 de Constancio, tras derrotar a Constantino III y casarse con Gala Placidia, no supuso más que un episodio pasajero dentro de una situación en la que casi siempre debió de resultar sumamente difícil distinguir quién era cada cual.⁵⁹

Teniendo en cuenta que en determinados períodos no podemos considerar al ejército romano —al menos en Occidente— más que una mera conjunción de elementos diversos sin estructura y sin control unitarios, no es de extrañar que resultaran tan difíciles la organización, el aprovisionamiento y el mando de los diversos cuerpos que constituían el ejército durante el Bajo Imperio. Aun quedándonos con unas estimaciones más razonables del verdadero número de tropas existentes de lo que ha venido siendo habitual, cabe pensar que el simple mantenimiento del ejército plantearía en el siglo V una enorme cantidad de problemas, uno de los cuales sería sencillamente el de su elevado coste. Desde el momento en que se permitió y se fomentó el asentamiento de los bárbaros en territorio romano, las fronteras dejaron de tener por objeto constituir un freno razonable para ellos, mientras que la presencia cada vez más numerosa de bárbaros dentro del imperio, junto con las actividades de determinados caudillos germánicos, como Alarico o Gainas, ponen de manifiesto que las mismísimas fuerzas armadas corrían el riesgo de convertirse en un ejército de bárbaros. Las dificultades planteadas por el reclutamiento de los soldados, debido al poder cada vez mayor de los terratenientes y a su nula disposición a permitir que los obreros abandonaran el trabajo, y los problemas de aprovisionamiento y el debilitamiento de las estructuras gubernamentales, sobre todo en Occidente, fueron los factores que vinieron a incrementar las dificultades del ejército romano del Bajo Imperio, y los responsables de que en Occidente resultara imposible su control y en definitiva su mantenimiento. Así nos lo demuestran la perspectiva de que disponemos hoy día y los testimonios

arqueológicos, por muy difícil que sea su interpretación. Por lo demás, basta reflexionar un instante sobre las ideas políticas expresadas en nuestra sociedad para comprender que no debemos tomar al pie de la letra las quejas contra el ejército que tanto abundan en nuestras fuentes, muchas de las cuales se dedican a cantar las alabanzas de unos tiempos pasados supuestamente mejores y, por desgracia, ya desaparecidos para siempre. Las fuentes literarias poseen una retórica muy peculiar, que no podemos perder de vista en ningún momento. Una cosa es que Sinesio de Cirenaica, que conoció personalmente la cruda realidad de la vida de provincias, afirme con fatigada resignación: «La Pentápolis ha muerto»;⁶⁰ pero cuando ciertos historiadores conservadores, como Zósimo o Procopio, amigos también de adoptar tonos lastimeros a las primeras de cambio, no son capaces de entender la profundidad de los cambios estructurales acontecidos y prefieren echar la culpa de los hechos a una serie de factores morales o individuales, deberíamos calibrar hasta qué punto se hallaban condicionados esos juicios por el tipo de educación y por el bagaje cultural de quienes los emiten.

Resulta difícil no llegar a la conclusión de que el factor más importante de la denominada «decadencia» del Bajo Imperio y de su incapacidad para mantener el control político de Occidente fue un fenómeno tan inopinado como el de las migraciones bárbaras. No obstante, pensar que éstas fueron meras invasiones supone no entender el meollo del asunto; no se trató tanto de un conflicto militar con objetivos concretos como de un proceso gradual e inexorable de infiltración de pueblos bárbaros en los antiguos territorios del imperio y en todos los niveles de la sociedad romana. Como se ha comprobado últimamente, no es que fueran grandes contingentes de invasores que venían a arrollar a la población anterior. Dado que todavía siguen siendo muy oscuras las causas que provocaron esa migración constante de pueblos procedentes del norte, casi nos vemos obligados a concluir que la voluminosa historiografía en torno a la «decadencia y hundimiento» del imperio romano fracasó en realidad en su intento de justificar el final del imperio romano de Occidente. Claro que las explicaciones demasiado sencillas nunca valen para los cambios históricos complejos. La actitud negativa de los romanos ante los bárbaros y su propensión a plantearse el problema a muy grandes rasgos, en términos de buenos y malos, contribuyeron en gran medida a agravar el conflicto e hicieron que la integración y aculturación de los bárbaros resultaran más difíciles. Al mismo tiempo, el proceso de asentamiento de los bárbaros en las provincias de Occidente, ya fuera *ad hoc* o promovido por las autoridades, y el empleo de contingentes de bárbaros en el ejército romano trajeron consigo en las estructuras sociales, económicas y militares, ya en muchos casos sumamente precarias, unos cambios muy profundos cuya naturaleza no fueron capaces de entender sus contemporáneos, quienes además tenían pocos medios para controlarlos. Nosotros podemos comprobar —cosa que ellos acaso no pudieran hacer— que el estado iba desmilitarizándose a pasos agigantados; los soldados eran utilizados con mucha frecuencia en tareas esencialmente civiles, al tiempo que la seguridad del estado dependía cada vez más de los mercenarios bárbaros, a quienes no siempre estaba en condiciones de controlar con eficacia.⁶¹ Recordemos, sin embargo, que, pese a soportar unos procesos parecidos y enfrentarse a unos peligros similares, Oriente conoció durante el siglo V un fortalecimiento del gobierno civil y una creciente prosperidad económica, manteniendo sus estructuras administrativa y militar lo bastante intactas como para poder permitirse emprender una serie de guerras a gran escala en Occidente durante el reinado de Justiniano; sólo este hecho debería bastar para recordarnos la

importancia decisiva de las diferencias locales a la hora de explicar los cambios históricos.

3. IGLESIA Y SOCIEDAD

Durante los ochenta años transcurridos aproximadamente entre el denominado edicto de Milán (313) y la promulgación de la legislación antipagana de Teodosio I, culminada aproximadamente en 391-392,¹ la Iglesia cristiana y sus obispos fueron ganando una posición fortísima dentro del estado romano. La mayor parte de los historiadores estarían dispuestos a admitir asimismo que por aquel entonces el cristianismo constituía un factor muy importante dentro de la sociedad en general, aunque todavía estuviera muy lejos de ser la religión profesada por la totalidad de la población. Precisamente la importancia concedida al fenómeno de la cristianización en todas sus formas —fe, práctica, arte y arquitectura, u organización social— constituye una parte importante del moderno concepto de «Antigüedad tardía».² Pero las formas en que los historiadores modernos ven dicha evolución son muy variadas, y así unos mantienen la actitud hostil propia de Gibbon, y otros manifiestan las perspectivas triunfalistas presentes en muchas obras cuyos autores son cristianos comprometidos. Según una teoría materialista estricta, el cristianismo constituye la ideología autojustificativa de una nueva estructura de poder erigida sobre la base de una desigualdad mayor incluso que la ya existente.³ Pese a no compartir este enfoque ideológico, A. H. M. Jones hace también del desarrollo de la Iglesia un factor decisivo para explicar la «decadencia» del mundo antiguo. Sin embargo, en la obra ya clásica de E. R. Dodds, *Paganos y cristianos en una época de angustia* (1965), aparecida tan sólo un año más tarde que el libro de Jones *Later Roman Empire*, se expone un esquema muy diferente, preguntándose su autor si a partir del siglo III cabe hablar de una época más «espiritual» que la anterior, y, de ser así, a qué se debe. Esta pregunta, cuando no el enfoque racionalista y psicológico de Dodds, ha ejercido una gran influencia en la gran cantidad de obras publicadas durante los últimos años sobre el tema de los santos varones y anacoretas.⁴ En cualquier caso, todo estudio en torno al papel desempeñado por la religión durante este período comporta serios problemas metodológicos, y sólo un enfoque polivalente puede dar cuenta de la complejísima serie de fenómenos a los que se debe prestar atención. En particular ahora estamos en mejores condiciones que nunca para ver hasta qué punto tenían las creencias religiosas capacidad de convertirse en una fuerza dinámica de la historia, independientemente de que las consideremos acertadas o no.⁵ Sean cuales sean las causas que le atribuyamos, el hecho cierto es que el

cristianismo desempeñó un papel decisivo en los cambios sociales producidos durante esta época.

Edificación de iglesias

Para empezar, durante el período inmediatamente posterior a Constantino los edificios religiosos cristianos se hicieron mucho más vistosos de lo que habían sido hasta entonces. Una vez acabada oficialmente la persecución, quedó abierto el camino para el desarrollo de la arquitectura eclesiástica en cuanto tal. El propio Constantino fue un gran constructor de iglesias, y los emperadores sucesivos siguieron su ejemplo. A lo largo del siglo IV se consagraron grandes iglesias en los centros urbanos más importantes, por ejemplo en Antioquía, Nicomedia, Milán o Aquilea; algunas contaron con el patrocinio imperial, hecho que venía a reflejar el nuevo papel de los emperadores como patronos de las capitales cristianas. La enorme cantidad de obispos atestiguados en las actas de los concilios debería constituir de hecho una especie de guía para estudiar la proliferación de las iglesias construidas por todo el imperio. En algunos casos, determinados edificios ya existentes fueron convertidos en iglesias, y, por lo general, los cristianos siguieron utilizando los estilos arquitectónicos profanos ya existentes, sobre todo el modelo de basílica de tres naves rematadas por un ábside, destinado a convertirse durante siglos en la forma predominante de la arquitectura eclesiástica. Las iglesias más grandes y más prestigiosas rivalizaban con los edificios públicos paganos en tamaño y esplendor, y a menudo se habla de ellas en los sermones y descripciones retóricas de la época. El siguiente informe en torno a la construcción (bajo el patrocinio de la emperatriz Eudocia) de la catedral de Gaza, en sustitución del viejo templo pagano debidamente destruido, el Marneion, refleja en parte el entusiasmo que sentían los hombres de aquella época:

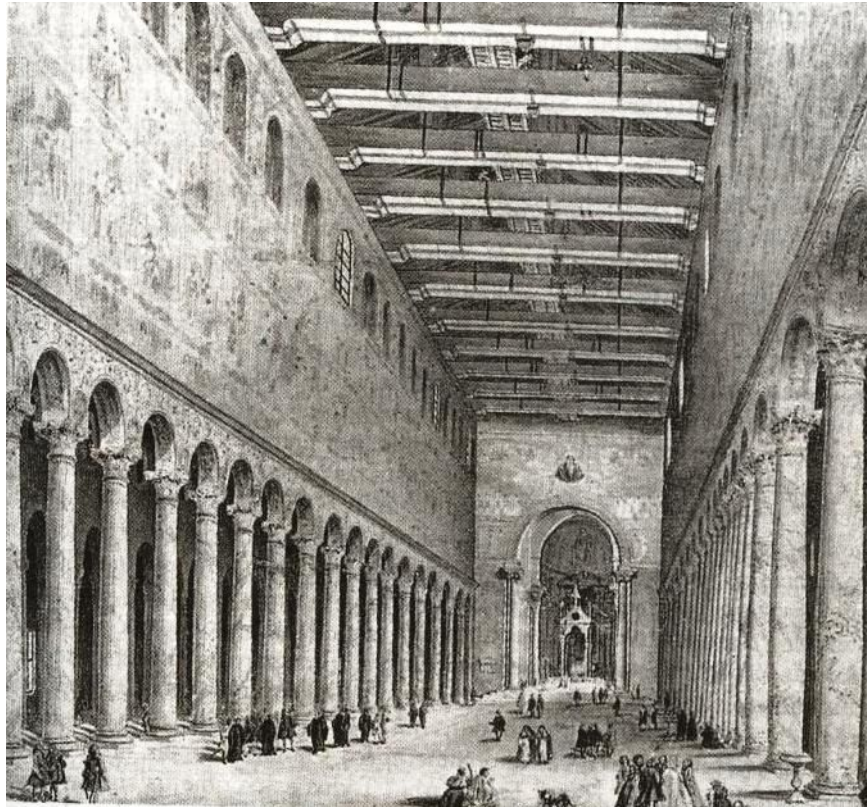
El sagrado obispo contrató los servicios de un arquitecto de Antioquía, Rufino, hombre formal y experto, y fue él quien llevó a cabo toda la edificación. Tomó un poco de cal y señaló el contorno de la sagrada iglesia, de acuerdo con los planos enviados por la piadosísima Eudocia. En cuanto al sagrado obispo, recitó una oración e hizo una genuflexión, ordenando al pueblo que se pusiera a cavar. Inmediatamente, en un alarde de celo religioso, todo el mundo se puso a cavar, al tiempo que exclamaba: «¡Cristo ha vencido!». ... De ese modo, al cabo de unos cuantos días habían sido plantados los cimientos de todo el edificio y se habían retirado los escombros (Marcos Diácono, *Vida de Porfirio*, 78, según la trad. ingl. de Mango, *Art*, p. 31).

No obstante, la decoración de las nuevas iglesias evolucionó con bastante lentitud; no queda ningún ejemplo anterior a las postrimerías del siglo IV o los primeros años del V de lo que sería la fastuosa decoración en mosaico de iglesias tan conocidas como San Apolinar el Nuevo (del año 490 c.) y San Apolinar in Classe (530-540 aproximadamente) de Ravena. Santa María la Mayor de Roma, edificada bajo el patrocinio del papa Sixto III (432-440), constituye un ejemplo espectacular del estilo decididamente clásico de las construcciones eclesiásticas cuyo interior se nos ha

conservado intacto; los elaborados mosaicos del arco triunfal, en los que aparece una representación de la Virgen María vestida de emperatriz romana, están inspirados en el repertorio profano ya existente utilizado para representar escenas bíblicas. Del mismo modo, el ábside más antiguo con decoración musivaria que se conserva en Roma, el de la iglesia de Santa Pudenziana (de finales del siglo IV), utiliza también motivos imperiales, esta vez para reproducir la figura de Cristo rodeado de los apóstoles, según el estilo habitual con el que se representaba al emperador y el senado romano.

El segundo modelo en orden de importancia utilizado en la arquitectura eclesiástica se basaba en el *martyrium*, y se utilizó sobre todo para la construcción de baptisterios, como, por ejemplo, el famoso Baptisterio Ortodoxo de Ravena, de forma octogonal (comienzos del siglo V). Muchos de esos baptisterios se hallaban adosados a iglesias de planta basilical, pero el modelo no se limitaba únicamente a este tipo de edificios; también de planta octogonal era, por ejemplo, la Iglesia Áurea construida por Constantino en Antioquía y desgraciadamente desaparecida (cf. Euseb., *Vita Const.*, 111, 50). Durante el siglo VI se desarrollaron unas formas arquitectónicas mucho menos clasicistas, adoptando unos modelos muy variados que van desde la basílica abovedada a la denominada planta octogonal doble de la iglesia de los Santos Sergio y Baco de Constantinopla, por ejemplo.

Aún se conserva en Estambul la elaborada «gran iglesia» de Santa Sofía (*Ayia Sofya*), construida por Justiniano. Fue edificada en sustitución de otro edificio que ocupaba el mismo solar, y que había quedado totalmente destruido tras el incendio que estalló durante la rebelión de Nika (532); su enorme cúpula (dedicada el año 563, después que la original se viniera abajo a raíz de un terremoto que hubo en 558) fue considerada —y con toda razón— por sus contemporáneos una verdadera obra maestra de ingeniería y de diseño.⁶ La labor realizada por Justiniano en Santa Sofía fue imitada a menor escala en otros lugares, por ejemplo en Edesa (la moderna Urfa, situada en la zona oriental de Turquía), donde se reconstruyó en el siglo VI una iglesia más antigua, consagrada también a la Santa Sapiencia.⁷ La forma basilical más clásica fue dando paso paulatinamente a la típica planta de cruz griega, habitual en las iglesias bizantinas, cuya arquitectura se desarrolló al tiempo que iba desarrollándose la liturgia ortodoxa. Durante los siglos V y VI, el carácter público de estos edificios y el prestigio que conferían a sus promotores, ya fueran emperadores u obispos, salta a la vista; poco después de la construcción de Santa Sofía se edificó en Constantinopla otra gran iglesia, dedicada a san Polieucto —cuya excavación ha sido emprendida recientemente—, bajo el patrocinio de Anicia Juliana, dama perteneciente a una de las familias aristocráticas más encumbradas de la ciudad, a todas luces con objeto de emular a Justiniano. Gregorio de Tours afirma que la decoración de oro del techo de San Polieucto fue fruto de la previsión de Anicia Juliana, deseosa de frustrar los planes que tenía el emperador de apoderarse a su muerte de su fortuna, gastándosela antes en la ornamentación de una iglesia.⁸ La decoración de la iglesia resultó suntuosísima, con un techo de oro puro, columnas con ricas incrustaciones de mármol, y una inscripción de setenta y seis versos que daba la vuelta a la nave, en la que se elogiaba la magnificencia de su ofrenda. A juzgar por las últimas noticias que tenemos acerca de la construcción de Santa Sofía, edificada poco después, parece que Justiniano pretendía con su obra dejar pequeña esta iglesia.



San Pablo Extramuros, basílica paleocristiana, destruida a raíz de un incendio en 1823, pero reproducida en esta acuarela del pintor del siglo XVIII G. P. Panini. El estilo arquitectónico cuenta con muchas analogías en otras construcciones y se basa en el de los edificios públicos y en general en los principios de la arquitectura civil romana.

Se erigieron asimismo muchas otras iglesias, aunque no tan famosas ni espectaculares, si bien podemos afirmar que su influencia a nivel local fue comparable a las de Constantinopla y contribuyeron a resaltar el impacto que supuso el cristianismo. Su construcción no respondería en realidad a las verdaderas necesidades de la población, si atendiéramos únicamente al número de habitantes; más bien, como demuestra el caso de las basílicas bizantinas restauradas y modificadas durante el período vándalo y bizantino en algunos yacimientos arqueológicos del Norte de África como, por ejemplo, Sbeitla, en la actual Tunicia, la construcción o restauración de una iglesia solía constituir una prueba de prestigio local: las donaciones de dinero por parte de las familias acomodadas de una determinada zona, que en época clásica habían ido destinadas por regla general a la construcción o restauración de termas, pórticos y demás edificios públicos, se destinaron en esta época a la realización de obras en las iglesias y a sus ajueres y elementos decorativos en general. Este fenómeno resulta evidente, por ejemplo, todavía en el siglo VII en algunas regiones de Siria, donde hasta las iglesias de las aldeas más pequeñas poseían refinadas colecciones de objetos de plata destinados a la liturgia; por lo común se trataba de patenas y vasos litúrgicos, provistos con frecuencia de una decoración muy elaborada, por lo general escenas bíblicas o de otro tipo, como por ejemplo la comunión de los apóstoles, y en los que a menudo

aparecen también inscripciones con el nombre de los donantes, según una fórmula sumamente simple, como la que aparece en un pie de lámpara hallado en el tesoro de Kaper Koraon, procedente de una aldea situada al este de Calcis: «† En cumplimiento del voto que hicieron a (la iglesia de) los Santos Sergio y Baco. † Sergio, Simeoni(o), Daniel y Tomás, hijos de Maximino, de la aldea de Kaper Korao(n)». ⁹ Todos estos objetos suelen llevar impreso algún contraste o marca oficial de la plata, que permite datarlos con bastante exactitud. La mayoría de las iglesias paleocristianas sirias son de un estilo extremadamente sencillo, aunque también en esta región empezaron a levantarse enseguida edificios más elaborados, siendo los más espectaculares los de los centros de peregrinación como San Sergio de Rusafa, en las proximidades del Eufrates, donde en el siglo VI se construyó una catedral que vino a sustituir a otro edificio de época anterior, o el santuario de San Simeón el Estilita en Qalat Siman, donde se levantó una gran iglesia, con su monasterio adjunto, y otros numerosos edificios, que rodeaban el pilar sobre el cual vivió el santo durante más de treinta años. ¹⁰

El papel de los Obispos

Las nuevas iglesias, sin embargo, no eran edificios meramente decorativos ni destinados únicamente al culto; muchas de ellas constituían auténticos cotos vedados de los obispos, a quienes proporcionaban el marco más adecuado en el cual ejercer su labor de adoctrinamiento moral, social y religioso; y téngase en cuenta que dicha labor representaba uno de los elementos fundamentales del papel desempeñado por los prelados. Sabemos de la existencia en esta época de numerosos obispos influyentes, cuyo poder se extendía más allá del ámbito que en la actualidad consideraríamos puramente religioso; el precedente lo sentó el propio Constantino, al concederles jurisdicción secular, y así en determinadas zonas alcanzaron una hegemonía que fue incrementándose a medida que iban aumentando las dificultades con las que chocaba el mantenimiento de la administración civil. En san Ambrosio de Milán podemos ver la figura de un clérigo ambicioso, ávido por consolidar a toda costa su posición, y capaz en ocasiones de ejercer una enorme influencia sobre el emperador Teodosio I. Otro obispo «político» fue, esta vez en Constantinopla, san Juan Crisóstomo (véase el capítulo 1), aunque el ascetismo de sus costumbres lo hicieron, al parecer, bastante impopular. El historiador de la Iglesia Sócrates comenta el gran número de enemigos que se granjeó por la severidad de su doctrina moral y por su costumbre de excomulgar a los contumaces:

Lo que contribuía en gran parte a dar crédito a estas quejas era la costumbre del obispo de comer siempre solo y de no aceptar nunca las invitaciones a los banquetes. Los motivos que tenía para actuar de ese modo no los conocía nadie a ciencia cierta, pero algunos, deseosos de justificar su conducta, afirman que tenía un estómago muy delicado y una digestión muy difícil, viéndose obligado a observar una dieta rigurosísima; otros, en cambio, achacan su negativa a comer en compañía a la severidad de la abstinencia que solía guardar (Sócrates, *HE*, VI 4). ¹¹

A diferencia de san Ambrosio y de san Juan Crisóstomo, san Agustín, el más grande de sus contemporáneos, cuya conversión se debió en gran parte a la influencia de san Ambrosio, permaneció casi siempre en su diócesis de la oscura ciudad norteafricana de Hipona, escribiendo su voluminosa obra, predicando y llevando una vida casi monástica. Los obispos cristianos eran perfectamente conscientes de la importancia que tenía la comunicación, y san Agustín fue todo un maestro en el arte de la oratoria y la docencia; escribió diversos tratados sobre la mejor forma de ganar para la comunidad a individuos de toda especie, desde el personaje más culto hasta el más ignorante. Por desgracia no podemos evaluar el impacto que pudiera tener en su comunidad este modo tan increíblemente actual de entender la psicología del público, y casi no tenemos más remedio que concluir que su genio se malgastó en una diócesis tan pequeña. A pesar de todo, el nivel alcanzado en el terreno de los desplazamientos y de la actividad epistolar por determinados círculos eclesiásticos y por sus seguidores de la clase superior fue tan alto, que ideas e influencias llegaron a propagarse con suma rapidez; no es extraño, por tanto, que san Agustín se mantuviera en comunicación no sólo con personajes como san Ambrosio o san Jerónimo, sino también con algunos aristócratas de Roma, algunos de los cuales se refugiaron en su territorio a raíz del saqueo de Roma de 410.¹² Personaje totalmente distinto fue Teodoreto, obispo a mediados del siglo V de Cirro, ciudad de la Siria septentrional, autor también sumamente prolífico, teólogo y polemista, que llevó una vida igualmente agitada, esta vez debido a los problemas prácticos suscitados en su diócesis por una mayoría de predicadores sirios y unos cuantos ascetas sumamente exóticos.¹³ La postura teológica de Teodoreto fue condenada posteriormente en un concilio (553), convirtiéndose en su propia época en un personaje muy controvertido, al que el propio emperador prohibió salir de su sede episcopal en 448, so pretexto de que perturbaba la paz. No obstante, por mucha energía que demostrara en la defensa de sus creencias doctrinales, sus epístolas ponen de manifiesto la atención y el cuidado que prestaba asimismo a la labor pastoral.

Con el transcurso del tiempo, la importancia de los obispos, lejos de disminuir, fue aumentando más y más. Por lo general procedían de las clases altas más cultas y a menudo habían recibido una esmerada educación en el terreno de la retórica clásica, que seguía constituyendo el núcleo esencial de la enseñanza superior. Dada la confusa situación reinante en Occidente durante el siglo V, los obispos se vieron a menudo desempeñando el papel de defensores de los valores de la civilización; de ese modo, algunos de ellos, como san Martín de Tours, se convirtieron en objeto de culto poco tiempo después de su muerte.¹⁴ A lo largo del siglo VI fueron adaptándose perfectamente a las necesidades impuestas por los nuevos amos de la situación; tal fue el caso de Venancio Fortunato, panegirista de la dinastía merovingia y amigo personal de la reina Radegunda, posteriormente elevada a los altares, que se había retirado a un convento de Poitiers, y a la que Venancio dedicó diversos poemas cortesanos, como el que transcribimos a continuación, escrito al regreso de un viaje realizado por la egregia señora:

¿Cómo es que ha vuelto a mí ese rostro con su radiante luz? ¿Qué te retuvo lejos y ausente tanto tiempo? Contigo te llevaste mi felicidad, mas con tu regreso me la devuelves, haciendo que el día de la Resurrección sea una fecha digna de doble celebración. Aunque ahora la simiente empieza apenas a brotar en los surcos, al contemplar mis ojos este día, ya empiezo yo

a recoger la cosecha... (Venancio Fortunato, 8. 10, según la trad. ingl. de George, *Venantius Fortunatus*, p. 197).

Paulino de Nola constituye otro ejemplo de personaje del siglo V que, procedente de un ambiente acomodado, renunció en buena parte a sus riquezas para establecerse en Nola, ciudad de Campania, donde desarrolló una gran labor de patrocinio en la esfera religiosa, construyendo un complejo de iglesias en honor de su propio patrono, san Félix, del mismo modo que su amigo Sulpicio Severo lo hiciera en honor de san Martín en la ciudad gala de Primuliacum.¹⁵

La importancia cada vez mayor del papado, comentada ya al referirnos al pontificado de Gregorio Magno (590-604), fue asimismo fruto no sólo de la situación política de la época, sino también de la habilidad y la energía personal de la que hicieron gala muchos otros obispos. Era natural a todas luces que la diócesis de Roma ocupara una posición eminente, tanto en el ámbito de la autoridad secular como en el del prestigio religioso; igualmente el patriarca de Constantinopla, si bien no era técnicamente superior a los otros patriarcas de Oriente (el de Antioquía, el de Alejandría, y el de Jerusalén), tenía siempre la posibilidad de intervenir de un modo más personal en la política estatal, como haría san Juan Crisóstomo, y de mantener una relación más estrecha con el emperador, que a su vez intervendría a menudo en el nombramiento o la destitución del patriarca. En el año 553, fecha en que falleció el que venía ocupando la sede episcopal de Constantinopla, justo cuando daba comienzo el V concilio ecuménico, convocado por Justiniano, el emperador se encargó de promover a un candidato que, según su opinión —y no se equivocaba—, había de contribuir a imponer las tesis imperiales. No obstante, en 565, el propio Justiniano, tras cambiar sus opiniones en materia doctrinal, no tuvo empacho alguno en destituir al mismo individuo, que en esta ocasión se negaba a apoyarlas. Las relaciones entre la Iglesia y el estado no eran, sin embargo, tan simples como este ejemplo podría dar a entender: las actuaciones despóticas y expeditivas como las que acabamos de ver no constituían en la práctica la tónica general, y las teorías del llamado «cesaro-papismo», esto es, el supuesto control de la Iglesia ejercido por el gobierno, irían mucho más lejos.

Conflictos entre los cristianos: los concilios de la Iglesia

En general podemos afirmar que los emperadores no se abstuvieron de intervenir en el terreno religioso. A menudo este tipo de actitudes daban lugar a episodios violentos, como cuando la legislación severamente antipagana de Teodosio I promulgada en 391-392 (CTh, XVI, 10, 10-12) indujo a los cristianos de Alejandría, instigados por su obispo, Teófilo, a poner sitio al gran templo de Serapis y en último término a destruirlo (véase el capítulo 1). También otros templos importantes fueron atacados o arrasados por la multitud, por ejemplo en la ciudad siria de Apamea, o en Gaza; tal es también el contexto en el que debemos situar el asesinato de Hipatia, la filósofa neoplatónica maestra de Sinesio (véase el capítulo I).¹⁶ Pero también se produjeron incidentes violentos entre grupos cristianos rivales, un ejemplo de los cuales nos lo proporcionan los enfrentamientos entre arrianos y ortodoxos que tuvieron lugar en Constantinopla a comienzos del siglo V. Los monjes podían ejercer una influencia

nefasta en este sentido; tal es el caso de los llamados «Insomnes» (*Akoimétoi*) de Antioquía, quienes provocaron tales disturbios en Constantinopla que las turbas rivales se lanzaron contra ellos en 426 y hubieron de ser desterrados para poder mantener la ciudad en paz. Los dos grandes concilios de la Iglesia celebrados en el siglo V, el de Éfeso de 431 y el de Calcedonia de 451, se vieron precedidos por violentas escenas de enfrentamiento entre los partidarios de las diversas tesis; tal fue la furia que alcanzó en 431 la rivalidad existente entre Cirilo de Alejandría y Nestorio de Constantinopla que a punto estuvieron los propios prelados de llegar a las manos;¹⁷ en cuanto al II concilio de Éfeso de 449, también concluyó con escenas violentísimas.

Como vimos en el capítulo 1, los tres grandes concilios de la Iglesia se celebraron en esta época: Efeso (431), Calcedonia (451) y Constantinopla (llamado V concilio ecuménico, 553-554), pero aunque éstos fueron los más importantes, no fueron ni mucho menos los únicos. Desde que se celebrara el I concilio de Nicea (325), había venido fortaleciéndose la idea de una fe universal definida en un concilio general de los creyentes, y por esta época aún seguían debatiéndose numerosos puntos trascendentales que iban desde la cristología a la autoridad de las principales iglesias, sobre todo (especialmente durante la segunda mitad de este período) a la de Constantinopla respecto de la de Roma. Además de publicar sus actas, los concilios promulgaban también sus acuerdos («cánones») en materia de doctrina, autoridad eclesiástica e innumerables pormenores relacionados con el comportamiento de los cristianos, sobre todo por lo que se refiere al clero, como por ejemplo los preceptos relativos a la continencia y el celibato, puntos respecto a los cuales la Iglesia occidental hacía más hincapié y se mostraba más severa que la oriental.¹⁸ Las controversias eran acaloradísimas y a menudo desembocaban en violentas luchas entre los distintos obispos y los partidarios de cada uno. Al emperador competía la convocatoria de los concilios ecuménicos, pudiendo ejercer una influencia considerable sobre sus resultados, como hizo Constantino en el de 325 y como haría Justiniano en el de 553-554. En este último caso las sesiones duraron varios meses, pues el papa Vigilio se negó a asistir a ellas, a pesar de hallarse presente en Constantinopla. Al final, tras el acoso a que se vio sometido, no tuvo más remedio que cambiar de postura, pero siguió sin asistir a las reuniones, de suerte que las directrices impuestas por Justiniano para determinar las decisiones del concilio no convencieron a la Iglesia de Occidente. Al término del concilio de Calcedonia, el emperador Marciano promulgó un edicto por medio del cual esperaba persuadir al pueblo cristiano de que la controversia había quedado al fin zanjada:

Por último lo que tanto ansiaba, con la mayor devoción y el más ferviente deseo, sucedió. Se ha puesto término a la controversia de que era objeto la religión ortodoxa de los cristianos; por fin se han hallado remedios contra la mentira culpable, y la diversidad de opiniones entre las gentes ha dado paso al consenso y la concordia general (Stevenson, *Creeds*, p. 341).

Como hemos visto, se trataba más de una declaración de buenos deseos para el futuro que de una descripción de lo que había ocurrido en realidad.

Sería erróneo pensar que estos conflictos en materia doctrinal no eran más que una máscara tras la cual se ocultaban las «verdaderas» cuestiones de poderío y autoridad de un individuo o de una iglesia determinada, pues, si en nuestra sociedad la religión queda relegada en la mayoría de los casos a un ámbito especial, y por lo general

secundario, en la Antigüedad tardía, por el contrario, la religión —tanto pagana como cristiana— no sólo ocupaba el centro de la escena, sino que la Iglesia cristiana fue además adquiriendo un protagonismo cada vez mayor en la vida política, económica y social. Dada la situación, las propias doctrinas cristianas, así como las múltiples alternativas que dividían a los creyentes, suscitaban el apasionamiento de los hombres de la época, del mismo modo que hoy día lo provocan las cuestiones de índole social o política. Algunas de esas discrepancias eran de índole meramente práctica, como por ejemplo la determinación de la fecha en que debía celebrarse la Pascua, materia en torno a la cual diferían considerablemente las diversas tradiciones locales; pero a las cuestiones estrictamente teológicas, como por ejemplo la de la doble naturaleza divina y humana de Jesucristo o el estatus conferido a la Virgen María, se les otorgaba mucha mayor importancia. Durante la primera parte del período que nos ocupa, el arrianismo, que centraba su atención en la relación del Hijo con el Padre, siguió constituyendo un problema de primera magnitud, sobre todo en lo concerniente a los bárbaros, pues si bien casi todas las tribus se habían convertido ya al cristianismo, lo habían hecho en su modalidad arriana. Hacia mediados del siglo V, sin embargo, la problemática fundamental se centraba en la doble naturaleza divina y humana de Jesucristo. Nestorio fue condenado en el concilio de Éfeso (431), pero sus doctrinas pervivieron en sus seguidores, los nestorianos, que siguieron haciendo hincapié en la humanidad de Jesús. El extremo opuesto del nestorianismo recibió el nombre de monofisismo (que afirmaba la existencia de una sola *physis* o «naturaleza» absolutamente divina de Jesucristo), y sería esta postura la que, pese a ser condenada en el concilio de Calcedonia (451) en la persona de Eutiques, simple cura de Constantinopla, constituiría el mayor obstáculo para la consecución de la unidad cristiana durante los ciento cincuenta años siguientes. Cuando Justiniano intentó llevar a cabo la reconciliación de las iglesias de Oriente planteando la modificación de los cánones de Calcedonia, sólo lograría su propósito a costa de infligir una grave ofensa a Occidente. Un indicio de la fuerza que podían llegar a tener las opiniones en esta materia nos lo proporciona el siguiente hecho: antes de celebrarse el concilio de Calcedonia, Eutiques ya había sido condenado en un sínodo local (448), pero inmediatamente después fue rehabilitado por otro concilio de signo contrario (el «Latrocinio de Éfeso», de 449). Se debió en gran parte a la labor del nuevo emperador Marciano y a la de su piadosa esposa, la emperatriz Pulqueria, el hecho de que el concilio de Calcedonia pudiera promulgar el 25 de octubre de 451 un decreto afirmando la doble naturaleza de Jesucristo. La discusión del llamado «Tomo» del papa León I, en el que se subrayaban una vez más las dos naturalezas —*substantiae*— de Jesucristo (véase el capítulo 1), ocupó la mayor parte del concilio. El Tomo despertó las sospechas de los seguidores de Cirilo de Alejandría, y así muchos cristianos orientales llegaron a pensar que los acuerdos de Calcedonia constituían una traición a los principios de este obispo. Las diferencias cristalizarían en un verdadero cisma cuando, pocos años después de celebrarse el V concilio ecuménico, Justiniano nombró a Jacob Bar'adaí obispo de Edesa y permitió en toda Siria la ordenación especial de sacerdotes monofisitas, abriendo así el camino para la constitución de una Iglesia aparte (la llamada «jacobita», por alusión a Jacob Bar'adaí, o «Iglesia ortodoxa siria»), que sobreviviría a la conquista árabe, y que aún persiste en algunos lugares.¹⁹

Así pues, pese a los enormes esfuerzos que comportaba la celebración de los concilios y la intensidad de los sentimientos encontrados, las divisiones religiosas no fueron ni mucho menos subsanadas; es más, como la Iglesia de Roma y la Iglesia

católica del Norte de África, que había logrado sobrevivir a las persecuciones sufridas durante el período vándalo para resurgir con más fuerza a raíz de la reconquista bizantina de 534, habían adoptado una férrea actitud antimonofisita, los emperadores de finales del siglo V y del siglo VI se toparon cada vez con más dificultades a la hora de mantener la unidad de la Iglesia, tan necesaria desde el punto de vista político. Los intentos por reconquistar Occidente llevados a cabo por Justiniano en nombre de la restauración de la ortodoxia, no vinieron sino a agudizar el problema. Entretanto, las discrepancias respecto de Constantinopla y Oriente, así como la disolución del poder imperial en Occidente y sobre todo el fracaso en último término de Justiniano, que no logró reinstaurar una hegemonía duradera de Bizancio, abrieron a la diócesis de Roma, a la que los cánones del concilio de Calcedonia habían concedido ya una primacía honorífica, el camino que la llevaría a convertirse en el poderoso papado independiente de la Edad Media.

La intervención del imperio en el ámbito eclesiástico

Los emperadores que sucedieron a Constantino fueron todos cristianos, excepto Juliano (361-363), y todos siguieron el ejemplo de su predecesor participando activamente en los asuntos de la Iglesia. Sin embargo, la situación era en realidad mucho menos clara de lo que estas afirmaciones puedan acaso dar a entender. Eusebio de Cesárea desarrolló una teoría política, según la cual Constantino era el representante de Dios en la Tierra, y esa idea se convertiría en la base de toda la teoría política bizantina. Los emperadores podían nombrar y destituir patriarcas a su antojo y convocar concilios ecuménicos, interviniendo además activamente en ellos. Podían asimismo tomar parte personalmente en los debates teológicos, y publicar obras de materia doctrinal, como haría, por ejemplo, Justiniano. Durante todo este período los emperadores emitieron leyes relacionadas con asuntos eclesiásticos, intentando incluso controlar, por ejemplo, el acceso a la ordenación sacerdotal (que comportaba importantes privilegios fiscales) y regular el poder de los obispos.²⁰ Ahora bien, por mucho que los emperadores salieran solemnemente a recibir en procesión las reliquias sagradas y participaran en los ritos litúrgicos cada vez más elaborados de Santa Sofía, habiéndoseles concedido en ellos privilegios especiales e incluso el acceso al sagrario, no eran coronados ni ungidos como soberanos imperiales en el transcurso de una ceremonia religiosa. Según hemos visto, los obispos podían llegar incluso en ocasiones a humillar al emperador, y a menudo la Iglesia se resistió a acatar la voluntad del soberano. El enfrentamiento directo entre el emperador y el patriarca estaba llamado a convertirse en un rasgo constante de la vida de Bizancio durante los siglos venideros. En la práctica, el emperador y la Iglesia —o mejor dicho, las iglesias— mantuvieron unas relaciones incómodas, guardando un equilibrio que se haría todavía más delicado cuando se viniera abajo el poder imperial en Occidente.

En cualquier caso, la intervención de los diversos miembros de la familia imperial en asuntos de índole religiosa no se limitaba sólo a la esfera política. La madre de Constantino, santa Elena, había sentado un precedente al visitar los Santos Lugares y fundar en ellos diversas iglesias (Euseb., *Vita Const*, III, 41-46). Este gesto suyo contribuyó en gran medida a afianzar entre los cristianos la idea de la peregrinación, y

así a finales del siglo IV empezaron a viajar a Jerusalén y Tierra Santa gentes de todas clases. Algunas cristianas ricas fundaron centros religiosos que ellas mismas dirigían siguiendo el modelo de sus aristocráticas mansiones.²¹ Las santas Paula, Fabiola, Marcela y Melania realizaron el correspondiente viaje piadoso a Jerusalén y Belén. Posteriormente, ya en pleno siglo V, su ejemplo fue seguido por Eudocia, la joven ateniense con la que había contraído matrimonio Teodosio II; atendiendo a las exhortaciones de santa Melania (Sócrates, HE, VII, 47; Clark, *Life of Melania*, p. 56), la emperatriz partió en 438 para Tierra Santa, pronunciando en el transcurso de su viaje un elegante discurso en Antioquía, que concluyó con una erudita cita de Homero (Evagrio, HE, 1, 20). La esposa del monarca se hizo acompañar de Cirilo de Alejandría, siendo recibida en Sidón por la propia Melania, a la que llegó a llamar madre espiritual (Clark, *Life of Melania*, p. 58). Eudocia, sin embargo, fue un personaje nefasto, como no tardaría en poner de manifiesto su rivalidad con su cuñada Pulquería, mujer de profunda religiosidad, al poco tiempo de regresar de su viaje. Algunos años después volvería a los Santos Lugares, en esta ocasión prácticamente desterrada y, una vez allí, se vio obligada por su esposo a reducir la magnificencia de su tren de vida. A pesar de todo, el patrocinio ejercido por Eudocia en Tierra Santa tuvo en general una gran importancia, y a él se debió la construcción de diversas iglesias, monasterios y hospicios; ella misma se encargó de recordar alguna de sus obras en los epigramas que compuso.²² Posteriormente otra emperatriz, Teodora, la esposa de Justiniano (muerta en 548), sería recordada por los monofisitas orientales por haber protegido paradójicamente en Constantinopla a los clérigos y monjes monofisitas que se habían visto obligados a buscar refugio en la capital debido a las disposiciones tomadas por el emperador. Según se afirma, Justiniano y Teodora tenían por costumbre visitar a los monofisitas en el palacio de Hormisdas, conversar con ellos, y pedirles su bendición, actitud que adoptarían igualmente sus sucesores, Justino II y su esposa, la emperatriz Sofía, quien, al parecer, también tenía tendencias monofisitas.²³ Por sorprendente que pueda parecer, Teodora había sido en su juventud actriz de espectáculos de dudosa moralidad y, tras ser elevada al piadoso y respetable rango de emperatriz, entre sus obras de caridad se cuenta la fundación de un convento destinado a acoger a prostitutas arrepentidas, llamado la «Penitencia» (Procopio, Historia arcana, XVII, 5; cf. De Aedif., 1, 9, 2); su ejemplo hizo de ella un personaje sumamente venerado por toda la Iglesia oriental.

Religión privada y religión pública

Es indudable que los emperadores se inmiscuían en los asuntos de índole religiosa por razones de estado. Pero lo cierto es que se hallaban tan implicados como el que más en ese tipo de asuntos y, desde luego, los intereses políticos y el provecho personal se hallaban a menudo estrechamente relacionados entre sí. Uno de los rasgos más sorprendentes de esta época es el aumento que aparentemente experimentó en general la sensibilidad religiosa o, como suele denominársela, la espiritualidad de las gentes. Otro modo de formular lo que, según parece, ocurrió, es plantear la cuestión en términos de religiosidad privada frente a religiosidad pública.²⁴ Evidentemente hoy día poseemos muchísimos testimonios —vidas de santos, anécdotas monásticas y literatura ascética en general— que nos permiten vislumbrar lo que era la existencia de la gente

normal y corriente. Pero otra cuestión muy distinta es deducir qué fue lo que produjo un cambio tan drástico en la vida de los individuos. Como el tipo de testimonios que poseemos no sólo tienen un carácter religioso, sino que además muestran con frecuencia un claro deseo de promocionar determinados ideales de vida cristiana, suelen dar la impresión de que existía una mayor conformidad con esos ideales de la que, a juzgar por los comentarios incidentales que esas mismas fuentes hacen, probablemente se daba en realidad. Se hace necesario asimismo recordar que a la Iglesia le ha interesado poner de relieve el proceso de cristianización y restar importancia a los testimonios que hablan de la pervivencia del paganismo (véase el capítulo 6); y a este respecto, muchos historiadores, consciente o inconscientemente, la han secundado. Así pues, a la hora de evaluar lo que fueron las creencias y sentimientos del individuo en aquella época, deberíamos tener presente que muchos de los testimonios que hoy día poseemos nos obligan por su propia naturaleza a llegar a unas conclusiones preconcebidas. Numerosos sermones pronunciados por san Juan Crisóstomo a finales del siglo IV dan a entender que muchos miembros de su comunidad seguían tranquilamente realizando prácticas que, en opinión del orador sagrado, no tenían nada de cristianas. Incluso en 691-692, el concilio de Constantinopla «in Trullo» volvía a condenar las prácticas paganas e intentaba reglamentar las vidas de los que se denominaban a sí mismos cristianos, que por entonces eran sin duda alguna la inmensa mayoría de la población. Así pues, aunque algunos testimonios, por ejemplo las cartas e inscripciones funerarias de cristianos que empiezan a aparecer en la actualidad en los pavimentos de mosaico de las basílicas, nos permiten percibir el cambio producido en el terreno de la fe de las personas, también en este caso, como suele ocurrir en nuestra experiencia cotidiana, las creencias individuales suelen quedar ocultas bajo fórmulas convencionales, y el sentido común nos dice que no debemos atrepellarnos y sacar conclusiones precipitadas.

En cualquier caso, es evidente que durante esta época el cristianismo fue ganando importancia paulatinamente, tanto en el terreno de la práctica como —sobre todo a través de la predicación, el contacto personal y la reglamentación de la pertenencia a las diversas comunidades cristianas— en el de la vida privada de muchas personas. Este fenómeno, sin embargo, resultaría más evidente en las ciudades, donde, como hemos visto, la Iglesia estaba ya muy organizada, y resulta ya tópico afirmar que la práctica del paganismo siguió viva en los ámbitos rurales mucho más tiempo que en los urbanos; si hemos de dar crédito a nuestras fuentes, todavía existían miles de paganos en Asia Menor durante el reinado de Justiniano, cuando Juan, obispo de Éfeso, fue enviado a convertirlos (Juan de Éfeso, HE, III, 3, 36).²⁵ El término «conversión» quizá no sea el más adecuado; una inscripción griega de Sardes, por ejemplo, alude al confinamiento en esta ciudad de unos «paganos abominables e impuros» por orden del *referendarius Hiperequio* (Sardes, VII, nº 19). La pervivencia de los cultos paganos chocaba con la agresividad del cristianismo y podía llegar a molestar a las autoridades lo bastante como para tener que recurrir en ocasiones a medidas violentas, como por ejemplo el cierre forzoso de determinados templos por obra del ejército imperial; así ocurrió con los templos de Gaza, demolidos por el obispo de la ciudad en 402 con el beneplácito del emperador y la colaboración voluntaria de los soldados (Marcos Diácono, *Vida de Porfirio de Gaza*, 47-50, 63-70, 76). La faceta intelectual del paganismo se centraba principalmente en las escuelas de filosofía de Atenas y Alejandría (véase el capítulo 6), pero si resulta sumamente difícil evaluar hasta qué punto siguió vivo el paganismo debido al carácter sesgado de buena parte de nuestros

testimonios, parece evidente que los cultos paganos siguieron vivos en numerosos lugares mucho después de ser oficialmente proscritos.²⁶ Naturalmente eran muchas las causas que inducían en las personas a abrazar la fe cristiana, destacando la búsqueda del provecho personal en aquellos que ansiaban la obtención de alguna prebenda por parte del gobierno cristiano, la simple conveniencia y el afán de librarse de las graves disposiciones antipaganas dictadas sucesivamente por los emperadores.²⁷ Otras muchas personas, como es habitual, convivían con diversas creencias contradictorias y habrían puesto el grito en el cielo si alguien les hubiera hecho notar tan curiosa circunstancia. Con todo, a comienzos del siglo VI seguía habiendo paganos entre las familias acomodadas de Afrodiasias, y entre los estudiantes de Alejandría había por aquellos mismos años paganos y cristianos a un tiempo. A finales del siglo VI, a raíz de los escandalosos acontecimientos ocurridos en Heliópolis, volverían a realizarse juicios contra paganos en Constantinopla,²⁸ y Justiniano llevó a cabo diversas purgas de intelectuales paganos pertenecientes a las altas esferas de la capital, que acabaron con su muerte y la confiscación de sus bienes, así como con el cierre definitivo de la Academia neoplatónica de Atenas:

Causó esto gran espanto. El emperador decretó que quienes tuvieran creencias helénicas [es decir, paganas] no pudieran desempeñar ningún cargo público, mientras que cuantos siguieran alguna de las otras herejías deberían abandonar el estado romano en el plazo de tres meses, si no abrazaban la fe ortodoxa (Malalas, *Crónica*, según la trad. ingl. de Jeffreys, p. 263).

Monjes, ascetas y santos varones

Fue esta la época de los santos y los anacoretas. Fue esta la época en que se propagó por todo el Mediterráneo el movimiento monástico, primero a través de los que en Egipto, a imitación de san Pacomio y san Antonio, a finales del siglo III, se retiraron al desierto, y luego a través de la multitud de cenobios religiosos de todo tipo, unos de carácter formal y otros de carácter informal. Los monasterios siguieron en Oriente la regla de san Basilio y en Occidente la de Juan Casiano, como por ejemplo el que fundó Casiodoro en Squillace.²⁹ La cifra de monjes debió de ser altísima, ascendiendo su número, según parece, a varios millares sólo en Egipto; por poner algún ejemplo extraído de las fuentes literarias, Paladio dice en su *Historia lausiaca* que a comienzos del siglo V había en Alejandría 2.000 monjes, en Nitria 5.600 ascetas y eremitas varones, 1.200 monjes y doce conventos de monjas en Antínoe, mientras que en Tabennisi había 7.000 monjes, 1.300 de los cuales habitaban sólo en el monasterio de San Pacomio, así como un convento de 400 monjas. No obstante, aunque existían grandes monasterios como los que hemos mencionado, vale la pena subrayar la gran variedad que mostraba la vida religiosa en esta época, pues ni mucho menos tenía por fuerza que adoptar la forma de vida en común que se hizo habitual a partir de la Edad Media. Muchos religiosos, sobre todo las mujeres, siguieron viviendo en pequeños grupos o incluso en la intimidad de sus casas,³⁰ mientras que muchos de los cenobios del desierto adoptaron la forma de lauras, en las que un número indeterminado de monjes vivían independientemente, cada uno en su celda, en torno a una iglesia central,

a la que acudían todos semanalmente para celebrar el culto en común.³¹ Muchas de las personas que durante el siglo V no se decidieron a entrar en religión, sufrieron indudablemente el influjo de los ideales ascéticos y del ejemplo de determinados ascetas, adaptando luego dichos ideales a sus vidas y a su fe. El horizonte ascético iba más allá de los muros de las comunidades religiosas organizadas, y por supuesto trascendía los límites del cristianismo; esos mismos ideales fueron encomiados con igual fervor por los filósofos neoplatónicos de los siglos IV y V, que predicaban la abstinencia de los placeres carnales, de las comidas lujosas y de todo tipo de ostentación (véase el capítulo 6). Ahora bien, pese a las numerosas semejanzas existentes entre el ascetismo pagano y el cristiano, sobre todo en su vertiente más intelectual, la doctrina neoplatónica fomentaba un régimen corporal basado en una prudente moderación en todos los aspectos (*áskesis*: «ejercitación, adiestramiento»), incluida la continencia sexual, conforme a los preceptos del filósofo griego arcaico Pitágoras, cuyo modelo había sido resucitado, por ejemplo, por Jámblico, autor de comienzos del siglo IV, en su obra titulada *De vita Pythagorica*.³² En cambio, algunos cristianos al menos fueron más allá e intentaron emular el ejemplo propuesto en los relatos de las tentaciones de san Antonio, dirigiendo más su atención al modo de evitar los placeres carnales y adoptando las formas más raras imaginables de mortificación.³³

Hay quien ha afirmado que el monacato fue una especie de movimiento de «protesta» en contra de la Iglesia institucionalizada, pero lo cierto es que el ideal ascético en general (renuncia a las comodidades corporales, incluidas las ropas de abrigo, a la dieta saludable, al aseo personal y sobre todo a las relaciones sexuales) había alcanzado una gran preponderancia entre los primitivos cristianos desde fecha muy temprana.³⁴ Para poder entender las formas tan particulares en que ese ideal fue asumido en la Antigüedad tardía, la *Vida de san Antonio*, atribuida a san Atanasio, resulta importantísima. Esta obra presenta el modelo clásico de vida ascética, con su contraposición entre mundo y espiritualidad auténtica, sus espeluznantes recetas de cómo superar la tentación, y su típico decorado, el desierto, donde hasta los leones son domados por el poder espiritual del santo varón. Por si fuera poco, se convirtió en lectura obligatoria para todo cristiano bien educado. San Agustín tuvo noticias del poderoso efecto que ejercía poco antes de su conversión a la vida ascética cristiana, cuando fue a Milán en 387; él y su amigo Alipio recibieron la visita de un cristiano llamado Ponticiano quien

nos contó la historia de Antonio, el monje egipcio, nombre que llevan con grande honra tus servidores [Agustín está hablando con Dios], aunque hasta entonces ni Alipio ni yo habíamos oído hablar de él. Cuando se enteró de ello [Ponticiano], se recreó en contarnos su historia, inspirando a nuestra ignorancia el conocimiento de la grandeza de aquel hombre y declarando su asombro por la circunstancia de que no supiéramos nada de él ... De ahí pasó en su plática a hablarnos de las multitudes que había en los monasterios y del modo de vida que llevan por agradarte, y de los fértiles yermos del desierto (*Conf.*, VIII, 6,14, según la trad. ingl. de H. Chadwick, *Saint Augustine. Confessions*, Oxford, 1991, p. 192).

Los monjes desarrollaban a veces una intensa actividad política, que en ocasiones daba lugar a serias tensiones entre ellos y las autoridades civiles. No obstante, sería erróneo separar el «monacato», fenómeno todavía sumamente vago en esta época,

del movimiento ascético en general, aparte de que las ideas y las prácticas ascéticas habían calado indudablemente en toda la sociedad. Durante el siglo V y sobre todo en Siria, algunos ascetas adoptaron unas formas de ascetismo absolutamente espectaculares; tal era el caso de los estilitas, que llegaban a vivir durante años sobre plataformas dispuestas en lo alto de columnas erigidas al efecto. Los más famosos entre estos personajes fueron los dos Simeones —el primero de los cuales murió en 459 tras pasarse casi cuarenta años viviendo en una columna levantada en Qalat Siman, en Siria, mientras que el segundo, cuya vida se sitúa ya en pleno siglo VI, erigió su pilar cerca de Antioquía—, y Daniel (muerto en 493), discípulo del primer Simeón, que se pasó treinta y tres años en una columna cerca de Constantinopla.³⁵ Estaban después los *boskoí*, que se alimentaban sólo de hierba y brotes de plantas, y otros que se encadenaban y vivían en establos. Había incluso quienes renunciaban hasta tal punto a la vanidad y presunción mundanas que se jactaban de no estar en sus cabales. Entre estos últimos había hombres y mujeres y, a modo de ejemplo, podemos citar a un asceta del siglo VI llamado Simeón el Loco, que desafiaba las convenciones hasta el punto de intentar en una ocasión bañarse en las termas de las mujeres en Emesa (Homs), con lo cual lo único que consiguió fue ser expulsado a golpes por las mujeres que habían acudido a los baños (Leoncio, *Vida de Simeón el Loco*, 14). Otras formas de ascetismo, en cambio, comportaban el ejercicio de la caridad práctica, como demuestra el caso de Eufemia de Amida y su hija, o el de la hermana de Eufemia, María de Telia, recogidos por Juan de Efeso; las tres santas mujeres se pasaron la vida cuidando a los enfermos y a los necesitados, y no se arredraron cuando se vieron en la necesidad de embarcarse para ir en peregrinación hasta Jerusalén.

Como suele ocurrir con casi todos los fenómenos históricos, hay varias razones que justifican la popularidad y prestigio de estos santos varones y de estas santas mujeres, tan habituales en la época. La obra ya clásica de Peter Brown sobre este tema sugiere que todos estos casos —sobre todo los de Siria— deberían ser estudiados en términos antropológicos, considerando que responderían al tipo del patrono rural, cuya función sería la de mitigar las tensiones y dificultades experimentadas por los campesinos.³⁶ Aunque el artículo de Brown supuso un gran estímulo para otros investigadores, hubo quien enseguida intentó enmendarle la plana; se le objetó, por ejemplo, que a menudo esos santos aparecían en grandes ciudades o en sus inmediaciones, donde indudablemente habrían atraído la atención de las minorías acomodadas o incluso la del emperador —como sería el caso de Daniel el Estilita—; se le ha reprochado además que las explicaciones de tipo funcional responden simplemente a un elemento del relato, y en particular que no nos dicen cómo eran vistos esos ascetas por sus contemporáneos, ni tampoco necesariamente cómo se veían a sí mismos.³⁷ Efectivamente, había muchos tipos distintos de santos y santas; desde luego no deberíamos pensar que se trataba de un fenómeno exclusivamente rural, aunque la idea ascética de apartamiento del mundo encajaría especialmente en los ambientes rurales o próximos al desierto. La retirada a las soledades más remotas constituye todo un topos de la literatura monástica; y, sin embargo, cuando el asceta se retiraba al desierto —tanto al del Alto Egipto, como a los de Judea o Siria—, en la práctica solía establecerse no demasiado lejos de las zonas pobladas, de las que dependía para la obtención de la comida y para su supervivencia. La arqueología ha puesto de manifiesto que el desierto de Judea estaba cruzado por una intrincada red de caminos que unían unos monasterios con otros, y sabemos que en muchos casos los monjes mantenían estrechos vínculos con

la organización eclesiástica y con el patriarca de Jerusalén. Además, la dieta habitual de los monjes consistía, al parecer, básicamente en pan, para lo cual habría sido imprescindible comprar trigo, a menudo a muchas leguas de camino, pues no se cría grano en los ambientes desérticos. Otras actividades típicas de los monjes, como el trenzado de cestos, serían indicio de que realizaban transacciones comerciales de algún tipo con el mundo exterior, mientras que la propia edificación del monasterio supondría una inversión económica de primer orden y habría tenido unas repercusiones considerables sobre toda la economía local. En efecto, los propios monasterios de los siglos V y VI levantados en el desierto de Judea, al norte y al sur de Jerusalén, se inscriben en el proceso de asentamiento de la población en los territorios marginales, que constituye uno de los rasgos más sobresalientes de Palestina y Siria durante este período (véase el capítulo 8).

La hospitalidad constituía, en efecto, una de las principales obligaciones de los monjes, y así, por ejemplo, el cenobio de Martirio, situado no lejos de Jerusalén, tenía una hospedería bastante grande para los visitantes, provista de iglesia y cuadras. Para escapar de la gran cantidad de visitantes que, al parecer, los seguía, algunos anacoretas adoptaron la táctica de trasladarse de un sitio a otro, si bien el papel del santo varón comporta entre otras cosas su interacción con el resto de la sociedad, como en realidad hiciera san Antonio; de ese modo, pues, lo mismo que tantos otros, Amón, uno de los primeros monjes de Nitria, en Egipto, recibió a numerosos visitantes y obró milagros para ellos. Los monjes tenían necesidad de otras personas sobre las cuales ejercer la caridad, y la hospitalidad constituía una parte fundamental de su modo de vida. En las *Vidas de los Padres del Desierto* se alude a varias de esas visitas:

Nos detuvimos también en Nitria, donde encontramos a muchos grandes anacoretas. Algunos eran naturales de la región, y otros forasteros. Todos ellos destacaban por sus virtudes y rivalizaban unos con otros en el rigor de su ascetismo, esforzándose cada uno en superar la manera de vivir del vecino. Algunos se dedicaban a la contemplación, otros, en cambio, a la vida activa. En cuanto nos divisaron, aunque todavía estábamos lejos, en medio del desierto, unos cuantos salieron a nuestro encuentro para traernos agua, otros nos lavaron los pies, y otros limpiaron nuestras vestiduras. Algunos nos invitaron a comer, otros nos exhortaron a aprender las virtudes, y otros en fin a dedicarnos a la contemplación y al conocimiento de Dios. Cada uno se apresuraba a usar en nuestro provecho el arte que tuviera (*Vidas de los Padres del Desierto*, según trad. ingl. de Russell, p. 105).³⁸

Los textos literarios nos permiten constatar que este tipo de ascetismo era una cuestión no sólo de teoría, sino también de práctica, de suerte que el monje estaba obligado a quejarse de los visitantes que venían a estorbarle en su oración, y al mismo tiempo tenía que animarlos a venir a visitarlo. Del mismo modo, aunque el asceta vivía muchas veces en una ciudad, uno de los grandes temas de discusión era si en efecto podía practicarse la santidad en un centro urbano. Sería un error, no obstante, exagerar la nota y plantear la cuestión en términos de enfrentamiento entre vida rural y vida urbana, pues en el discurso monástico los términos «desierto» y «ciudad» venían a representar la espiritualidad personal y los vínculos externos respectivamente, y no designaban un lugar propiamente dicho. Por otra parte, del mismo modo que el santo varón tenía necesidad de otras personas, toda comunidad, por pequeña o grande que

fuera, tenía necesidad de su santo; es posible que no se le llamara con demasiada asiduidad, pero su presencia y su santidad eran imprescindibles. Todos los sectores sociales lo daban por supuesto. De esa forma, hasta un autor tan sofisticado como Procopio cuenta cómo cuando los arqueros heftalitas que servían en el ejército del rey Cavadh de Persia intentaron asaetear al santo varón Santiago, las flechas se negaron a salir de los arcos. Santiago se había retirado a un lugar apartado, a dos jornadas de la ciudad de Amida, donde se alimentaba únicamente de semillas; los habitantes de la zona habían construido para él un rústico albergue, provisto de unas cuantas aberturas que le permitían mirar al exterior y conversar incluso con la gente. Cavadh le pidió que devolviera el poder ofensivo a sus arqueros, pero después, tras prometer a Santiago, que había accedido a sus peticiones, concederle todo lo que pidiera, el santo dijo que sólo quería que le garantizara la seguridad de todo el que acudiera hasta allí solicitando asilo y refugio de la guerra (BP, 1,7,5-11).

Como gran parte del material utilizado por Peter Brown en su primer artículo, este ejemplo se sitúa en Siria, y desde luego es evidente que, aunque san Antonio se retiró al desierto de Egipto, el ascetismo conoció un especial vigor en Siria, donde adoptó además unas formas bastante curiosas. Ello se debe sin duda alguna al hecho de que los ideales ascéticos ya estaban allí muy arraigados, y no se limitaban sólo a los cristianos: gnósticos, marcionitas y maniqueos predicaban también la renuncia de todo lo mundano. Vale también la pena señalar, sin embargo, que desde los tiempos del primer gran autor cristiano en lengua siríaca, Efrén de Nísibis (muerto aproximadamente en 373), la tradición ascética siria adoptó unas formas particularmente severas.³⁹ Tienen también bastante importancia las cuestiones más generales relativas al desarrollo del cristianismo en Siria, fenómeno considerado con frecuencia sumamente peculiar, y su consiguiente influencia sobre el resto del imperio (véase el capítulo 8).

El arte cristiano y los objetos de recuerdo. Las peregrinaciones y el arte relacionado con ellas.

Otro de los fenómenos cuyo desarrollo se remonta a la última parte de nuestro período es el uso cada vez más frecuente de las imágenes religiosas y el fervor por las efigies de Jesucristo, la Virgen y los santos. Pese a la prohibición de venerar representaciones plásticas heredada del judaísmo por los cristianos, a finales del siglo VI empezamos a encontrar los primeros testimonios de iconos o imágenes portátiles, a menudo pintadas sobre madera, en el estilo que tan famoso se haría en época bizantina, aunque esos mismos motivos eran ya habituales en otro tipo de soportes muy distintos, como por ejemplo en pequeños objetos, generalmente de marfil, o también en grandes superficies, como por ejemplo en bordados o en los mosaicos de las iglesias.⁴⁰ Una vez más, y sobre todo teniendo en cuenta las numerosas historias que se cuentan acerca de la intervención milagrosa de algún icono en la vida de determinados personajes, este fenómeno ha sido considerado una manifestación más de la religiosidad popular y, al mismo tiempo, un simple reflejo de la piedad individual y privada. Sin embargo, los primeros grandes iconos públicos de los que tenemos noticia se sitúan en el contexto de las guerras contra Persia de finales del siglo VI, cuando fueron sacados en procesión

como estandartes militares; además, es evidente que la corte y la Iglesia oficial se dieron tanta prisa como los ciudadanos particulares en encargar su fabricación y adoptar su uso; por otra parte, aunque a menudo son las mujeres las protagonistas de esos relatos de imágenes milagrosas, ello no significa ni mucho menos que las imágenes fueran menos veneradas por los hombres que por las mujeres.⁴¹ La proliferación de estos objetos tuvo unas repercusiones muy profundas sobre el carácter que habría de adoptar el mecenazgo artístico y sobre las actitudes de la gente ante el arte profano y clásico en general; por otra parte, daría lugar durante los siglos VIII y IX a un largo período de división religiosa en Bizancio.⁴²

No obstante, incluso durante el siglo VI y hasta bien entrado el VII, seguimos encontrando estilos y motivos clásicos. En general resulta erróneo pensar que se dio una evolución lineal que condujo del arte clásico (equiparado con «pagano») al cristiano, o que se produjeron sucesivas «vueltas» a lo clásico, aunque esta última teoría ha sido la que ha contado con más adeptos entre los historiadores del arte. Por el contrario, lo que hubo fue una coexistencia de estilos y motivos, que se explica mejor apelando a los conceptos de mecenazgo y función artística que, como todavía suele ser habitual, a la idea de incremento progresivo de la espiritualidad.⁴³ La relación existente entre opción religiosa o gusto artístico y la elección de los motivos clásicos es bastante difícil, pero algunos libros publicados recientemente han puesto de relieve que no se puede defender la relación de una determinada obra con el paganismo o con un destinatario pagano basándose simplemente en la utilización en ella de temas clásicos; así ocurre, por ejemplo, en el caso de numerosas piezas de plata y de ciertos marfiles de época tardorromana: también a los mecenas cristianos les gustaban los motivos clásicos.⁴⁴ La interpretación y datación de esos motivos y esos estilos ha sido objeto de un acalorado debate, sobre todo por lo que respecta a ciertos objetos relacionados con la aristocracia senatorial del Bajo Imperio, utilizados para demostrar la pervivencia del paganismo hasta bien entrado el siglo V entre los miembros de esta clase, aunque los problemas de interpretación no son menores por lo que se refiere a otros estadios posteriores de este mismo período. Hablaremos más de todo este asunto en relación con el reinado de Justiniano, quien a menudo ha sido considerado un decidido defensor del retorno a lo clásico (véase el capítulo 5).

La cristianización afectó a la producción artística también por otras vías, por ejemplo en la fabricación de objetos de recuerdo —lámparas, botellas para conservar agua del río Jordán, y cosas por el estilo—, que los peregrinos se llevaban consigo cuando regresaban a sus hogares. Podemos afirmar que las peregrinaciones conocieron en esta época un gran auge, tanto las que tenían como meta Tierra Santa, como las que se dirigían a las capillas de los santos canonizados y de los santos varones, sobre todo a aquellas que albergaban alguna reliquia famosa. Los numerosos ejemplos de *souvenirs* de las peregrinaciones a Tierra Santa suelen datarse en torno al siglo VI, y son un indicio de la envergadura alcanzada en Palestina por el comercio relacionado con las peregrinaciones durante este período, aunque podían conseguirse otros objetos semejantes en otros centros de peregrinación como el santuario de Santa Tecla, en Seleucia, en Asia Menor.⁴⁵ A partir del siglo V podemos observar el creciente afán de los peregrinos por llevarse algún recuerdo de su viaje, ya fuera en forma de lámparas o botellas de agua bendita, o sobre todo de objetos manufacturados, tales como las terracotas del siglo VI procedentes del santuario de San Simeón el Joven, situado al suroeste de Antioquía, y muchos otros ejemplos semejantes. Ya hemos visto la

proliferación de iglesias y el impacto que tuvieron en el desarrollo de la arquitectura. Un centro de peregrinación poseía normalmente una o más iglesias, y constaba además de otros edificios anexos destinados a recibir y prestar atención a los peregrinos; todos estos centros eran asimismo sede de algún mercado o feria importante en toda la comarca. También por esta época empezaron a construirse monasterios por todo el Mediterráneo, algunos de los cuales alcanzaron grandes proporciones; aparte de las ya existentes en los edificios religiosos, muchas otras hospederías para los peregrinos (*xenodochea*) y hospitales destinados al cuidado de los enfermos fueron fundados por cristianos ricos que pusieron la práctica ya tradicional de la beneficencia pública al servicio de la caridad cristiana.⁴⁶

La Iglesia y la riqueza

La limosna se había erigido en uno de los principios de la Iglesia primitiva, y desde los siglos II y III en determinadas comunidades el mantenimiento de las viudas y los huérfanos había corrido a cargo de la congregación. La costumbre siguió viva, y tomaría una forma muy concreta en la fundación de edificios construidos exclusivamente con esa finalidad. A través de la limosna y la financiación de esas instituciones, la Iglesia, los obispos, o, en muchas ocasiones, determinados cristianos ricos, llevaron a cabo una eficaz redistribución de la riqueza; por otra parte, a través de la construcción de iglesias y mediante otras formas diversas de patronazgo, ese tipo de actuaciones tuvo un papel fundamental a la hora de cambiar el aspecto y la base económica de la vida urbana (véase el capítulo 4).⁴⁷ Pero aunque existe una relación clarísima entre la beneficencia clásica y el patronazgo cristiano, los objetivos y las motivaciones de éste tenían unas raíces muy distintas, basándose sobre todo en el precepto evangélico de renunciar a las riquezas y repartírselas a los pobres (cf. Mt, 19, 21). A diferencia de la beneficencia clásica, la caridad cristiana, al menos en principio, iba dirigida a los pobres propiamente dichos, de cuya existencia casi no habían sido conscientes las minorías privilegiadas romanas.⁴⁸ Naturalmente no todos los cristianos ricos estaban dispuestos a abandonar su vida de lujo y molicie, como sabemos por los sermones en los que se condena su constante gusto por la ostentación, y de hecho se escribieron numerosas obras en las que se intentaba atenuar la fuerza del mandato evangélico argumentando que también los ricos podían salvarse. Sabemos, sin embargo, de muchos casos de individuos que renunciaron a sus riquezas, como por ejemplo Paulino de Nola, o el más famoso aún de santa Melania la Joven (muerta en 486), que vendió juntamente con su esposo Piniano sus vastísimos latifundios para llevar una vida de renuncia, conforme a los preceptos del cristianismo.⁴⁹ Actos de renuncia como estos, por muy reales que fueran, quizá no fuesen tan dramáticos como parecen, por cuanto los donantes solían ocuparse primero de sus familiares y además, en vez de entregar sus posesiones directamente a los pobres, tenían por costumbre dárselas a la Iglesia para que fuera ella la encargada de repartirlas, incrementando de ese modo la riqueza de ésta. Debemos recordar por otra parte que los monasterios fundados posteriormente por muchos de estos ricos solían regirse por unos principios en buena medida aristocráticos y selectivos. Pese a todo, es indudable que se produjeron donaciones espectaculares.⁵⁰ A finales del siglo IV y comienzos del V, época en la que aún había muchos paganos entre

los miembros de la aristocracia —a veces incluso entre los familiares más próximos del donante—, esta práctica fue para ellos motivo de seria preocupación por la salvaguardia de las haciendas familiares.⁵¹ La tensión provocada por la exigencia cristiana de llevar una vida de renuncia y celibato y por las necesidades de procreación y de mantenimiento de la riqueza en el seno de la familia, propias de toda sociedad tradicional, a fin de asegurar su perpetuación, acabó convirtiéndose en un verdadero problema.⁵² Pero, si bien no tenemos por qué suponer que la mayoría de los cristianos adoptaran drásticas medidas de renuncia a las riquezas y de abstención sexual, es indudable que una gran proporción de esa riqueza, dedicada hasta entonces a la producción, pasó a manos de la Iglesia. Claro que los pobres se beneficiarían hasta cierto punto de todo este proceso, y que algunos monasterios, por ejemplo en Palestina, contribuyeron en gran medida al desarrollo de la economía local, pero el principal beneficiario seguramente fue la propia Iglesia, que pudo así sentar las bases de la enorme riqueza de la que disfrutaría durante la Edad Media. El volumen de esa riqueza, que había ido a parar a manos de la Iglesia en forma de donaciones y legados desde que Constantino le concediera la posibilidad de heredar, levantando la prohibición del celibato de los ricos impuesta por Augusto, puede juzgarse echando una mirada al *Liber Pontificalis* (basado en un original de siglo VI), que contiene un catálogo de las ingentes fortunas donadas a las iglesias de Roma, entre ellas latifundios cuyas rentas daban de sí lo suficiente para el mantenimiento de la Iglesia en cuestión.⁵³



Medalla de terracota (*eulogía*), en la que aparece representado san Simeón el Estilita el Joven (finales del siglo VI) en lo alto de su columna, en el Monte Admirable, cerca de Antioquía. Junto con las botellas (*ampullae*) de santos óleos o de agua bendita, estas *eulogíai* constituían los típicos *souvenirs* que solían llevarse consigo los peregrinos cuando regresaban a sus hogares.

Aunque, como hemos visto, en tiempos de Justiniano todavía se produjeron algunas «purgas» de paganos bastante violentas, e incluso hubo alguna a finales de siglo, en los años 579-580, es evidente que en el siglo VI el cristianismo estaba ya firmemente arraigado en la fábrica del estado. La fragmentación del imperio de Occidente, junto con la conversión de todas las tribus bárbaras invasoras (circunstancia que no había podido preverse en absoluto), permitió a la Iglesia asumir en esta zona un papel hegemónico, incluso cuando el reino con el que había de tratar era arriano, o

incluso cuando, como sucedió con los vándalos del Norte de África, dicho reino perseguía a los católicos. En cuanto a Oriente, la Iglesia, pese a sacar provecho de la creciente prosperidad que caracterizó al siglo V, desempeñó también un papel muy activo en la redistribución de la riqueza, fenómeno que supondría la transformación del Bajo Imperio en una sociedad cristiana medieval. El proceso se vio favorecido e incluso acelerado por el hecho mismo de que los emperadores, aunque no siempre fueran los personajes más relevantes de la sociedad, adoptaron en este sentido un gran protagonismo. Todavía debemos enfrentarnos a la dificultad que entraña juzgar hasta qué punto esa cristianización institucional fue además interiorizada por el ciudadano medio, pues ya hemos señalado que las fuentes pueden en ocasiones dar una impresión un tanto equívoca. En cualquier caso, el cristianismo primitivo no sólo se caracterizó por aportar un determinado marco cultural, sino además por suministrar una doctrina, una disciplina y una reglamentación de las vidas de todos sus miembros en un grado extraordinariamente alto. Es posible que las prácticas y las creencias paganas siguieran vivas durante mucho tiempo, como ha ocurrido incluso en épocas más recientes, pero la Iglesia posconstantiniana supo muy bien cómo ganarse los corazones de los fieles, además de sus mentes.

4. LAS ESTRUCTURAS SOCIALES Y LA ECONOMÍA DEL BAJO IMPERIO

Entender lo que era la economía del Bajo Imperio supone un reto muy particular. Ese prejuicio tan profundamente arraigado que supone partir siempre del concepto de «decadencia» ha hecho que la atención se centre tradicionalmente en una serie de supuestos indicadores negativos. Temas como el del esclavismo, el de la presión fiscal o el llamado «colonato» (véanse las pp. 99 ss.) han ocupado un lugar preponderante en la bibliografía al uso. Todos ellos han sido sometidos últimamente a un nuevo proceso de valoración, lo mismo que algunos otros conceptos que también han sido puestos recientemente en tela de juicio. Además, el interés cada vez mayor por todo este período que han mostrado los arqueólogos durante las dos últimas décadas más o menos y la enorme cantidad de testimonios nuevos que tenemos ahora a nuestra disposición han traído consigo nuevos planteamientos de las viejas cuestiones. Todo ello ha hecho que la economía tardorromana en general sea en la actualidad uno de los campos más vivos de investigación. Nada de exagerado tiene afirmar que la enorme cantidad de materiales nuevos ha cambiado de manera radical la configuración de todo este asunto.

El modelo antiguo

Como ya he indicado, todo el tema de la economía del Bajo Imperio (que implica además el estudio de grupos sociales tales como el de los terratenientes, los cultivadores y los esclavos) se halla estrechamente vinculado a los modelos historiográficos convencionales de decadencia y hundimiento, y, en efecto, muchos historiadores han apelado al concepto de colapso económico o, cuando menos, al de gravísima tensión de la economía para explicar el hundimiento de Roma. La película resultante tiene, sin embargo, más que ver con el mito inventado en propio beneficio que con un análisis realista.

En primer lugar buena parte de los testimonios tienen un carácter claramente impresionista. Las quejas lanzadas contra los recaudadores de impuestos o por la obligación de dar alojamiento a los soldados en las ciudades son desde luego

corrientísimas, pero ejemplos similares pueden encontrarse prácticamente en todas las sociedades, y deben por tanto ser interpretados con cautela. Resulta también muy difícil determinar si las cosas cambiaron realmente para peor y si ese cambio fue o no significativo; podemos encontrar numerosísimos testimonios de la época del Principado que nos dan a entender que la situación de los campesinos en esa época no era mucho mejor.¹ Unos pocos ejemplos de campesinos que intentan la evasión ante la llegada del recaudador de impuestos (véase la p. 111) no implican necesariamente que la tónica general fuera la evasión ni nos ofrecen una imagen de hundimiento del sistema tributario. Un problema más grave es el que plantea el testimonio de los juristas, sobre todo las tan cacareadas leyes del Código de Teodosio, basándose en las cuales los emperadores sucesivos elaboraron una legislación tendente a mantener obligatoriamente en sus ciudades a los ciudadanos que ejercieran el cargo de decurión y a los *coloni* en las fincas en las que estuvieran empadronados (véase la p. 100). El panorama de opresión y autoritarismo que estas leyes parecen poner de manifiesto ha sido reafirmado por muchos especialistas, que, al referirse al Bajo Imperio nos ofrecen una imagen de virtual hundimiento, utilizando para definir esta época los calificativos de «totalitaria» o «represiva».² Pero cuando se hace excesiva alusión a una ley repitiendo constantemente la misma canción debemos presumir que era inoperante; además, toda ley, para que surta efecto, tiene que ser puesta en vigor. Y cuando faltan las fuerzas necesarias para ello, puede que a quienes ostentan la autoridad les resulte muy reconfortante repetir el texto de la ley, pero ello no significa que automáticamente se ponga en práctica.

Las fuentes literarias pueden contribuir asimismo a distorsionar la imagen, y si las tomamos al pie de la letra podemos llegar a unas conclusiones igualmente exageradas. Muchos estudios modernos han tomado al pie de la letra al autor cristiano Lactancio (*De mortibus persecutorum*, 7), fuente por lo demás parcial y hostil al emperador, cuando afirma que Diocleciano cuadruplicó las dimensiones de su ejército, usando después esta noticia para fundamentar su visión enormemente negativa de la economía en general. Del mismo modo, pese a las medidas adoptadas por Diocleciano para garantizar una mejor recaudación de los tributos, dista mucho de ser cierta la hipótesis, asumida por numerosos especialistas, de que también se incrementó el volumen de la presión fiscal.³ Las pocas afirmaciones generales que poseemos en torno a temas como, por ejemplo, la presión fiscal, suelen proceder de autores tan partidistas y poco sutiles como el historiador pagano Zósimo o el moralista cristiano del siglo V Salviano, de modo que debemos tratarlas con suma cautela. Por último, al analizar estas cuestiones metodológicas, debemos por fuerza también tener en cuenta el peso relativo de los factores internos comparado con el de los externos, como por ejemplo las repercusiones de la invasión de los bárbaros, o la cuestión del enfrentamiento de Oriente y Occidente. Al fin y al cabo, si la estructura del estado a finales del siglo IV y durante todo el siglo V hubiera sido tan desequilibrada y hubiera estado tan al borde del colapso debido a sus contradicciones internas como afirman muchos especialistas, ¿cómo es que el imperio de Oriente pasó, según parece, de una posición de poder a otra?

Enfoque alternativo

En especial han sido las aportaciones de la arqueología las que han llevado a los historiadores a poner en tela de juicio la vieja tesis, y en este sentido vale la pena recordar que A. H. M. Jones publicó su gran obra, *The Later Roman Empire*, en 1964, mucho antes de que se produjera el actual interés por la arqueología tardorromana y protomedieval. Lo cierto es que este libro habría sido muy diferente hoy día. Pero en el fondo todo esto también tiene que ver con las nuevas maneras de plantearse el tema. Aunque en la actualidad sigue estando bastante vigente el viejo concepto de decadencia,⁴ muchos historiadores se han visto influidos por otros enfoques muy distintos, especialmente los comparativos. Lo más interesante quizá sea que el vivo debate en torno a la economía antigua en general suscitado a raíz de la publicación en 1973 de la obra de M. I. Finley, *La economía de la Antigüedad*,⁵ ha afectado no sólo al Principado, sino también a la etapa final del imperio, superando así hasta cierto punto la hipotética gran línea divisoria que suponían el siglo III y las reformas de Diocleciano.⁶ El modelo antiguo se basa en la tesis del reforzamiento masivo del control gubernamental y el consiguiente aumento de los gastos del gobierno, innovaciones atribuidas generalmente a Diocleciano. Pero si esas reformas hubieran tenido en realidad un carácter meramente revisionista, nos habríamos visto obligados a poner en tela de juicio el modelo general, y habríamos tenido que prestar más atención en particular a las estructuras económicas básicas, que aguantaron perfectamente durante toda la historia del imperio romano.⁷

Oriente y Occidente

Hay por supuesto unos cuantos temas que evidentemente sólo afectan a este último período, entre ellos el del progresivo distanciamiento entre Oriente y Occidente. Resulta importantísimo a este respecto recordar que las estructuras administrativas, económicas y militares básicas del estado romano instauradas a comienzos del siglo IV siguieron existiendo en el imperio oriental al menos hasta el reinado de Justiniano, y en muchos casos incluso hasta más tarde. Debemos buscar, por tanto, factores especiales, como los que hemos analizado en el capítulo 2, que expliquen por qué las cosas fueron tan distintas en Occidente.

El sistema fiscal del Bajo Imperio tenía por objeto hacer frente a una situación en la que la devaluación continua de la moneda había conducido casi a su hundimiento absoluto, de suerte que las contribuciones debían cobrarse en especie, y también en especie debían efectuarse los pagos a las tropas; la realización regular del censo y el establecimiento de la indicción por cinco años tenían por objeto garantizar la recaudación de las contribuciones al estado; por otro lado, este expediente implicaba una elaborada adecuación de la demanda a la oferta. La principal partida de los presupuestos estaba destinada, como siempre, a sufragar los gastos del ejército, que por entonces cobraba parte de sus emolumentos en metálico y parte en especie (véase el capítulo 2). Ello trajo consigo una serie de consecuencias previsibles: por ejemplo, las distintas unidades del ejército —en este momento mucho más variadas en su tipología y organización que hasta la fecha— empezaron a acantonarse cerca de las fuentes de

aprovisionamiento, y por lo tanto dentro de las ciudades o en sus cercanías, y no en las fronteras. Mientras que a finales del siglo IV la mayoría de los pagos se efectuaban en metálico, el protagonismo del estado en todo lo relativo a la recaudación y distribución de la *annona* o aprovisionamiento del ejército siguió siendo un rasgo fundamental de la economía, tanto por lo que respecta a la organización de la producción como en lo concerniente a su incentivación; pero la desaparición de esta función del estado durante el siglo V constituyó un factor decisivo de cara a la fragmentación económica del imperio, lo mismo que la supresión del abastecimiento oficial de grano a la ciudad de Roma (véase el capítulo 7).

Por otra parte, si bien el sistema utilizado en Oriente era el mismo que el empleado en Occidente, da la sensación de que en aquella parte del imperio funcionó mejor. A ello contribuyeron diversos factores. La zona oriental, por ejemplo, había sido urbanizada antes y de una forma más feliz que la occidental, y así, pese a las continuas quejas de los consejos municipales y de sus portavoces, la mayoría de las ciudades pervivieron y conocieron incluso cierto auge durante los siglos V y VI. Sabemos muchas cosas respecto a sus problemas, entre otras razones porque las fuentes escritas suelen proceder precisamente de este tipo de ambientes; así, por ejemplo, Amiano Marcelino, Libanio, Juliano y posteriormente Procopio defendieron la causa de las ciudades frente al gobierno central (véase el capítulo 7). Sin embargo, muchas de sus quejas tienen un fundamento de tipo ideológico; en la práctica, el siglo V y las primeras décadas del VI supusieron, al parecer, un período de prosperidad para muchas regiones de Oriente, sobre todo para ciertas zonas de Siria y Palestina (véanse los capítulos 1 Y 8). Otra diferencia evidente entre Oriente y Occidente por lo que a la economía se refiere tiene que ver con las incursiones constantes —y en definitiva mucho más serias— de los bárbaros sufridas por la mitad occidental durante el siglo V; no sólo la base económica de Occidente era mucho más débil que la de Oriente (véase la p. 109), sino que allí la demanda era también mayor. Como hemos visto, el gobierno de Occidente encontró serias dificultades para mantener unas fuerzas militares a la altura de su cometido. Pero todavía hay una diferencia estructural más profunda entre una parte y otra del imperio, a saber, el desarrollo en Occidente durante el siglo IV de una clase de terratenientes de rango senatorial inmensamente ricos y poderosos, mientras que en Oriente la riqueza estuvo siempre comparativamente mucho mejor repartida. La conjunción de un gobierno débil y unos terratenientes ricos y poderosos fue crucial a la hora de determinar el modelo de la economía occidental.

Así, pues, entre Oriente y Occidente hubo durante toda esta época muchas semejanzas, pero también muchas diferencias. A partir de 395 los factores locales adquirieron una importancia cada vez mayor, aunque siguieron existiendo muchos rasgos comunes y podemos observar la pervivencia de algunas tendencias análogas en una y otra zona; el alcance de los cambios, sin embargo, podía variar mucho. En las obras basadas en los conceptos tradicionales de decadencia y hundimiento todas esas diferencias que se daban en la realidad quedan absolutamente desdibujadas. Por el contrario, el actual auge de las investigaciones arqueológicas nos invita a establecer comparaciones entre un yacimiento y otro o entre toda una región y otra, fomentando de paso una visión más amplia de la situación; nos invita asimismo a dilucidar la cuestión de hasta qué punto guardan relación los testimonios literarios tradicionales y las evidencias materiales, por lo demás cada vez más numerosas. A finales del período que nos ocupa, aunque todavía cabe hablar en determinados aspectos de mundo

mediterráneo,⁸ lo cierto es que la mitad occidental se hallaba ya muy fragmentada, mientras que el gobierno de Oriente y sus estructuras provinciales y defensivas atravesaban por una situación de debilidad clarísima respecto a épocas anteriores. Cabe afirmar, como veremos inmediatamente, que las guerras de reconquista emprendidas por Justiniano (véase el capítulo 5) contribuyeron en realidad a agravar ese debilitamiento, lo mismo que la catastrófica peste que asoló el imperio en 541. Existían además factores estructurales que podemos ver reflejados en la paulatina metamorfosis experimentada por muchas urbes del imperio de Oriente, que pasan a convertirse en simples ciudades medievales o —en la mayoría de los casos— en meras aldeas, proceso que dio comienzo mucho antes de que acabara el siglo VI (véase el capítulo 7). En muchas regiones, los signos de prosperidad evidentes hasta entonces habían empezado ya a desaparecer cuando las invasiones persas de comienzos del siglo VII infligieron otro severo golpe al imperio de Oriente, incapacitándolo para hacer frente a las primeras conquistas árabes ocurridas a partir de 630 (véase el capítulo 8). Desde una perspectiva general, cabe afirmar que Oriente y Occidente pasaron por unos procesos semejantes, aunque, eso sí, en fechas diferentes, dependiendo la velocidad de los cambios de la intervención de factores locales.⁹

La organización del trabajo

Se ha expuesto la teoría —concretamente así lo ha hecho M. I. Finley— de que el esclavismo a gran escala decayó en Roma por motivos muy diversos, el más importante de los cuales fue el agotamiento de la principal fuente de suministro de esclavos cuando a comienzos de la época imperial concluyó la serie casi interminable de guerras de conquista. Las fuentes del Bajo Imperio, sin embargo, ponen de manifiesto que continuaba habiendo esclavos;¹⁰ en realidad a veces los había en cantidades ingentes, por ejemplo en las grandes fincas de los terratenientes de rango senatorial. En ocasiones, cuando esos terratenientes se convertían al cristianismo, vendían sus propiedades para emplear sus riquezas en beneficio de los cristianos, en cuyo caso vendían también a sus esclavos; sabemos que así ocurrió en ciertas fincas pertenecientes a santa Melania la Joven, a comienzos del siglo V (véase la p. 91). Las fuentes jurídicas ponen de manifiesto asimismo la existencia de esclavos en el campo y en muchas otras partes, y la propia Iglesia no tardó en convertirse en uno de los grandes propietarios de esclavos. Podemos presumir que una buena parte de la fuerza de trabajo utilizada en la agricultura y en otras muchas formas de producción siguió siendo de condición servil. No resulta tan claro, sin embargo, entender qué es lo que eso significaba en la práctica, ni qué relación existía entre los esclavos y los *coloni*, que técnicamente eran arrendatarios de condición libre vinculados en teoría, en muchas zonas, a sus tierras en virtud de la legislación imperial, y sobre los cuales los terratenientes ostentaban unos derechos muy semejantes a los del amo sobre su esclavo. Un individuo podía, por ejemplo, ser denominado *servas et colonus* —es decir, esclavo y colono a la vez—, y por otra parte es evidente que los esclavos tenían la facultad de arrendar tierras.

Esta aparente confusión ilustra perfectamente uno de los problemas fundamentales que se nos plantean a la hora de estudiar el Bajo Imperio. ¿Debemos tomar al pie de la letra toda esa masa de legislación imperial? ¿Hasta qué punto

constituye una imagen fidedigna del funcionamiento real de la sociedad? Como podemos ver por el *Codex Theodosianus*, compilado en tiempos de Teodosio II, y por el *Codex Justinianus*, un siglo más moderno, los emperadores tardorromanos aprobaron una y otra vez diversas leyes que aparentemente intentaban restringir la libertad de movimientos de los *coloni* y los vinculaban a la tierra; si esas leyes hubieran tenido un reflejo en la realidad, deberíamos concluir que las postrimerías de la época imperial fue un período de auténtica represión, en el que la población se vio virtualmente reducida a la servidumbre.¹¹ Según la letra de la ley, ese era efectivamente el caso. Es posible que las diferencias entre esclavo y libre fueran a menudo muy sutiles o que ni siquiera existieran en la práctica; en tiempos de Justiniano, por ejemplo, los arrendatarios *adscripticii* —vinculados a la gleba— son tratados en los textos jurídicos más o menos igual que si fueran esclavos (CJ, XI,48,21,1; 50,2,3; 52,1,1). En cambio, en las vidas de los santos y en otras fuentes de carácter popular las gentes de esta condición no nos dan ni mucho menos la sensación de hallarse totalmente reprimidas y alienadas, y en lo que se refiere a los niveles un poquito más altos, la movilidad social resulta sorprendentemente habitual. Así pues, es evidente que entre la teoría y la práctica mediaba un abismo.

Es fundamental tener presente que la legislación tardorromana solía ser una consecuencia, y nunca un antecedente, de lo que constituía la práctica social. Los repetidos pronunciamientos —a menudo contradictorios— de los emperadores no significaban tanto una intrusión autoritaria de éstos en la vida del individuo cuanto un vano intento de reglamentar una situación que en la práctica escapaba a su control. Una vez admitido esto, resulta más fácil entender el porqué de la confusión e incoherencia existente entre las propias leyes; y de paso deberemos desechar la idea de que fue Diocleciano el iniciador de este tipo de régimen duro y represivo. Lo cierto es que la legislación relativa a los *coloni* fue fruto de las dificultades que planteaba el cobro del impuesto de residencia (*capitatio*), pues la contribución de un colono sólo podía cobrarse si se conocía su paradero. Así pues, el estado legislaba fundamentalmente para ayudar a los terratenientes a controlar y localizar a la mano de obra que estaba obligada a pagar el tributo. Como es de suponer, dados los hábitos del gobierno tardorromano, esta legislación fue desarrollándose de forma gradual y paulatina a lo largo del siglo IV, y frutos del proceso tan desordenado que siguió fueron, entre otros, la incertidumbre en torno a la relación existente en determinadas regiones entre el esclavo y el colono, y la falta de uniformidad entre las distintas zonas geográficas.

Así pues, esa legislación que, según parece, suponía una mengua en el estatus de los colonos fue promulgada a un ritmo muy distinto en las diferentes zonas geográficas; por ejemplo, en el Ilírico y en Palestina no se impuso hasta finales del siglo IV. Además, como podemos deducir del testimonio de los papiros egipcios, en los conciertos estipulados entre terrateniente y arrendatario cabían múltiples variedades; los préstamos —en realidad hipotecas— efectuados por los grandes terratenientes a los pequeños propietarios eran moneda corriente, y los deudores morosos se hallaban sometidos por parte de sus acreedores a unas medidas coercitivas que resultaban más preocupantes que cualquier ley promulgada por el emperador.¹² El propio «colonato» se convierte así en una institución más teórica que real.¹³ En general, resulta dudoso determinar si en la práctica se produjo o no un deterioro significativo de las condiciones de vida de las clases más humildes desde los inicios de la época imperial. La situación de los pobres, tanto urbanos como rústicos, fue siempre muy dura, y desde luego siguió

siéndolo. Lo cierto es que a lo largo de toda la época imperial se produjo una intensificación progresiva de las penas infligidas a los reos de todos los delitos, con una diferenciación cada vez mayor del trato deparado respectivamente a ricos y a pobres, reservándose siempre las penas más crueles (torturas, cadenas, mutilación) para los pobres.¹⁴ Pero ese mismo proceso coincidió en esta época con el desarrollo de una nueva conciencia de los «pobres» en cuanto clase, inspirada sin duda por las doctrinas del cristianismo, que halló expresión, al menos por lo que respecta a los pobres urbanos, en las diversas formas de la caridad cristiana. Además, según atestiguan numerosas vidas de santos, los obispos locales desempeñaron un papel destacado en su afán por aliviar la miseria económica de las zonas rurales, sobre todo proporcionando alimentos en tiempos de hambruna (véase el capítulo 6).

Los cambios económicos ocurridos en el Bajo Imperio no fueron desde luego de naturaleza revolucionaria. Todavía se trataba de una sociedad básicamente agraria, en la que la posesión de las tierras se reservaba a los latifundistas, en tanto que su explotación se dejaba en manos de arrendatarios libres o esclavos; pues el esclavismo como tal siguió vivo hasta bien entrado nuestro período. Hemos de repetir una vez más que, por tentadoras que resulten —sobre todo para los historiadores marxistas— las comparaciones con el feudalismo medieval, a la postre pueden inducirnos a error: no se produjo una simple transición cronológica de los *coloni* tardorromanos a los siervos medievales, y las instituciones propias de la Antigüedad tardía y de los reinos medievales deben ser estudiadas por separado. Sería igualmente un error suponer que en los siglos precedentes los campesinos habían tenido mayores posibilidades de movilidad o una mayor propensión de jacto a trasladarse de lugar, o simplemente que antes no habían tenido una posición dependiente; puede que algunos términos como, por ejemplo, el de «siervo», lleven consigo implícitos juicios de valor, y por lo tanto, aparte de las otras razones aducidas, quizá no convenga aplicarlos al período bajoimperial sino con extrema cautela.¹⁵ En cuanto a las clases humildes de las ciudades, resulta igualmente difícil ofrecer un panorama equilibrado de su situación cuando tantos de los testimonios que poseemos son de carácter anecdótico y cuando tantas de nuestras fuentes literarias tienden a exagerar la nota por su cuenta y riesgo. Naturalmente resulta facilísimo, como para casi todas las épocas, encontrar en las fuentes ejemplos de pobreza urbana y rural, sobre todo en relación con las deudas al fisco.¹⁶ Pero de nuevo deberíamos ser muy cautos antes de generalizar demasiado basándonos en este tipo de testimonios. Lo cierto es que también en esta época oímos muchas quejas de los consejeros municipales, los *curiales* o decuriones, lamentándose de que no pueden seguir financiando la vida de sus ciudades. Pero, si bien es cierto que podemos detectar un lento proceso de intervencionismo imperial en los asuntos municipales, sobre todo en sus aspectos financieros, y también, al menos a finales de la época que estamos estudiando, cierto grado de debilitamiento de los tipos tradicionales de gobierno urbano (véase el capítulo 7), no será hasta finales del siglo VI cuando las estructuras urbanas del imperio de Oriente experimenten una verdadera transformación. Por otra parte, cuando se produce ese cambio, suele ser el obispo local el encargado de abrir camino, e incluso en ese caso, abstracción hecha del papel nada despreciable desempeñado por la caridad cristiana, cabe sospechar que la situación de la población siguió siendo la misma. En conjunto, el papel económico desempeñado por las ciudades siguió siendo muy parecido al de los primeros tiempos de la época imperial. Ahora bien, aunque no se produjera una revolución económica, sí que hubo algunos factores nuevos que

empezaron a funcionar: por un lado, los asentamientos bárbaros a gran escala; por otro, el desarrollo de la Iglesia como verdadera institución económica de primera magnitud, con las profundas implicaciones que ello tuvo y a las que ya hemos aludido, empezando por el papel desempeñado por los obispos como patronos urbanos y rurales y la dedicación de los recursos a la construcción de iglesias, al desarrollo de los monasterios, y su posible impacto sobre la economía local. Estos fenómenos y otros parecidos, junto con los severos daños causados en determinadas regiones y ciudades por las invasiones y la guerra, fueron los factores que más perjudicaron el equilibrio existente entre la posesión de la tierra y la riqueza, y los que inexorablemente trajeron consigo ese cambio tan profundo.

Las clases sociales en la Antigüedad tardía

La clase senatorial típica de Occidente había sido uno de los principales beneficiarios de los disturbios ocurridos durante el siglo III, y además, en parte al menos, fue producto del patronazgo de Constantino y sus sucesores. Uno de los principales rasgos de las primeras décadas del siglo V en Occidente es la gigantesca riqueza —y con ello nos referimos a sus enormes latifundios— de la clase senatorial. Debido acaso a la inestabilidad reinante en muchas regiones, se pusieron a la venta fincas grandísimas, muchas de ellas, según las fuentes, del tamaño de una ciudad. Es de suponer además que cualquier terrateniente poseería cuando menos una casa en la ciudad en la cual viviría rodeado de lujos, como sabemos por el famoso (y mordaz) pasaje de Amiano en que nos habla de las «piscinas» y las exquisiteces culinarias con que se deleitaba la nobleza romana de finales del siglo IV (XIV, 6; XXVIII, 4). Sólo la posesión de tan grandiosas fincas era ya todo un negocio, aunque su propietario no las pisara nunca. Según Amiano, «emprender un viaje no demasiado largo para visitar sus posesiones o asistir a una cacería en la que todo el trabajo corre a cargo de terceros les parece a algunos una hazaña semejante a las campañas de Alejandro o César» (XX-VIII, 6). Por otra parte, el mantenimiento de esas fincas exigía verdaderos ejércitos de subalternos y un complicado sistema de producción y suministro de bienes. A los propietarios les interesaban, por supuesto, los beneficios, y por fuerza habían de dedicar buena parte de su tiempo a dejar que las cosas siguieran simplemente su curso. La mayor parte de ese tiempo, sin embargo, lo dedicaban no —como ocurriría hoy día— a organizar la venta de los excedentes de la producción, o a estudiar la mejor forma de invertir en sus propiedades, sino al trato en busca del mutuo beneficio con otros individuos de su misma posición, y a efectuar transacciones que reforzaban la dadivosidad y la importancia concedida a la ostentación, que constituían los rasgos típicos de la economía del Bajo Imperio. Sulpicio Severo y Paulino de Nola nos ofrecen en sus escritos buenos testimonios de los típicos regalos que se hacían los terratenientes, y que solían consistir en aceite o aves de corral, práctica continuada por Sidonio Apolinar, y desde luego también por los obispos y los reyes del período merovingio; el papa san Gregorio Magno no se diferenciaba mucho en este sentido de cualquier terrateniente laico de tiempos pretéritos.¹⁷ Así pues, aunque un terrateniente tenía siempre la posibilidad de dedicarse a atender su producción y a supervisar los envíos a larga distancia, ambas actividades podían llevarse a cabo perfectamente en el marco de

un sistema de intercambios comerciales que no tenía por qué exceder los límites de sus latifundios o los de sus amigos; y desde luego esto no supone tanto una actividad económica cuanto una relación de tipo patronal. Incluso la difusión en Europa durante este período de cerámica de origen africano puede ser en parte fruto de este tipo de trueques, y no el resultado de nuevos sistemas mercantiles o de producción.¹⁸ Los emperadores y la Iglesia —cosa que no tiene nada de escandaloso— actuaban esencialmente del mismo modo. Así pues, si bien es cierto que el volumen de tierras que poseían los grandes propietarios —los *potentes*— aumentó considerablemente, es también muy posible que los mercados en general —que, dicho sea de paso, nunca conocieron un desarrollo muy grande— se vieran consiguientemente perjudicados debido al incremento de esos trueques entre los distintos latifundios del potentado.

Durante este mismo período, el aumento y la transformación de la clase senatorial, el número de cuyos integrantes se incrementó en gran medida a partir de Constantino, entre otras cosas debido a la creación de un segundo senado en Constantinopla, además del de Roma, hicieron que resultara ociosa la existencia del viejo orden ecuestre; esta clase acabó en efecto por desaparecer cuando sus antiguas funciones sufrieron un cambio de denominación y se les adjudicó rango senatorial. Además tampoco bastaba ya el simple calificativo de *vir clarissimus* (título habitual para los individuos de la clase senatorial en los primeros tiempos del imperio). En el año 372 Valentiniano I estableció una jerarquía de los *clarissimi*, a la cabeza de los cuales estaban los *spectabiles* y —por encima de todos— los *illustres*; estos títulos comportaban el desempeño de determinados cargos, privilegio al que pronto siguieron otros, como por ejemplo los asientos reservados en el Coliseo de Roma. El senado de Constantinopla, por su parte, era bastante distinto del de Roma, entre otras cosas porque era una creación artificial; si el senado romano incluía entre sus miembros a familias inmensamente ricas y además con pretensiones de pertenecer a los linajes aristocráticos (aunque en muchos casos su prosapia no se remontara más allá del siglo III), el de Constantinopla estaba lleno de *homines novi*. A la larga, sin embargo, esta circunstancia contribuyó a su ulterior mantenimiento; al basarse únicamente en la población de Constantinopla y carecer sus miembros de los inmensos latifundios de sus colegas de Roma, el senado de Oriente pudo así verosímelmente librarse de las tensiones que se produjeron entre el senado romano y el gobierno imperial.¹⁹ Pero también los senadores de Oriente gozaban de sustanciosos privilegios, y su calidad de miembros de la tradicional clase de los terratenientes, supuestamente arruinada por la rapacidad del emperador, es puesta de relieve por Procopio, que se identifica personalmente con sus intereses, en su *Historia arcana*.²⁰ Al igual que sus colegas de Occidente, los senadores orientales no sólo gozaban de exenciones fiscales, sino que además se hallaban indudablemente en una situación inmejorable para evadir el impuesto especial (la *collatio glebalis* o *follis*) con el que a última hora los gravó Constantino. En el caso de la clase senatorial podemos ver, en efecto, cómo se conjugan tradición e innovación, fenómeno absolutamente típico del Bajo Imperio; pues si, por una parte, el senado tardorromano constituía fundamentalmente una aristocracia funcional bastante diferente del senado de los primeros tiempos del imperio, a nadie se le habría pasado por la mente no seguir manteniendo los modelos sociales existentes, de suerte que muchos de los signos externos y de los privilegios del estatus senatorial fueron conservados o incluso realzados. Dadas las circunstancias, pues, la conversión al cristianismo, y en particular la dedicación al ascetismo de muchos miembros de las

principales familias senatoriales, fenómeno que empezó a darse en Roma a finales del siglo IV, pudo ser interpretada como una amenaza al estatus, a la riqueza y a la tradición, y por consiguiente topar con una oposición considerable.²¹

El Bajo Imperio se caracterizó por el alto grado de competitividad de los ciudadanos por alcanzar un buen estatus y acceder a la riqueza y los privilegios, actitud que podemos ver también en el terreno de la burocracia centralizada. Como los cargos oficiales del funcionariado solían resultar muy lucrativos y libraban a quienes los desempeñaban de muchas obligaciones onerosas, la burocracia imperial actuaba como un imán para los mejores talentos que había entre los *curiales* de los municipios, al tiempo que los emperadores, conscientes de sus necesidades económicas y administrativas, promulgaban leyes mediante las cuales pretendían obligarlos a permanecer en sus cargos. Uno de los mitos más persistentes que se han forjado en torno al Bajo Imperio es el de la rígida y desequilibrada burocracia que guiaba la férrea mano de la represión, aun cuando sus dimensiones hicieran que su mantenimiento resultara insostenible con los recursos de que disponía el estado. Lo cierto es que el imperio se vio obligado a hacer constantes malabarismos en su intento por compaginar las necesidades hipotéticas con las posibilidades reales. Paradójicamente, en la práctica se daba un alto grado de movilidad social, y los cargos oficiales y cortesanos mostraban una tendencia natural a multiplicarse en vista de lo atractivos que resultaban para todos. La nomenclatura y los emolumentos de los funcionarios imperiales eran análogos a los del ejército; los altos dignatarios de la corte ostentaban títulos equivalentes a los militares y recibían sueldos de ese mismo nivel. Todo ello tiene muy poco que ver con el moderno concepto de eficacia, aunque, eso sí, el gobierno tenía cuando menos gran interés en incluir en la administración al personal que consideraba más idóneo; al mismo tiempo, sin embargo, tenía que mantener el número de los *curiales* de las distintas ciudades —que eran, por otra parte, los lógicos candidatos a las vacantes que se producían en la administración imperial—, pues sobre ellos recaían las responsabilidades financieras y las obligaciones fiscales a nivel local.²² Jones subraya justamente la gran cantidad de cargos (*dignitates*) que debían ser ocupados regularmente, y los códigos de justicia ponen de manifiesto que los *curiales* intentaban a toda costa librarse de su destino y prosperar ingresando en la administración, en la Iglesia o en el ejército. Toda esta clase fue la destinataria de lo que Jones denomina «una masa enorme y enmarañada de leyes», por medio de las cuales el estado intentó infructuosamente evitar las infiltraciones y mantener intactos los consejos municipales, que eran el verdadero sostén de las ciudades.²³ Los primeros intentos de hacer volver a sus ciudades a los *curiales* que hubieran logrado hacerse con alguna plaza en la administración fracasaron, y así, en principio, a partir de 423 los ciudadanos no pudieron seguir librándose de sus obligaciones por esta vía. De igual modo, los emperadores del siglo V intentaron por todos los medios tapar la rendija abierta por Constantino al liberar al clero del cumplimiento de sus obligaciones curiales; así vemos cómo en 531 Justiniano promulga una constitución permitiendo únicamente la ordenación sacerdotal de los *curiales* que previamente hubieran pasado quince años en un monasterio y se mostraran dispuestos a entregar una parte considerable de sus bienes (CJ, 1, 3, 52). La doble dificultad en la que se veía el gobierno se complicaría ulteriormente cuando la gente empezó a mostrarse dispuesta a pagar por tener acceso a la administración, y el propio estado decidió poner los cargos a la venta; el incentivo que éstos tenían para el comprador eran los emolumentos que comportaban, y las

posibilidades de favores y socaliñas que solían llevar aparejadas. Es probable que al observador moderno no le parezca una forma de funcionamiento muy aceptable, pero debemos recordar que por impresionante que resulte el aparato estatal, el Bajo Imperio seguía siendo una sociedad muy tradicional. El «gobierno» carecía de medios más sofisticados para hacer frente a todos estos problemas, y además tampoco tenía capacidad de comprender, como lo haría un hombre actual, dónde radicaba el problema.

Esa práctica de vender los cargos de la administración imperial constituye un ejemplo especialmente delicado; por una parte, los gobiernos tardorromano y bizantino deseaban poner coto a los abusos que se producían en ese sentido, mientras que por otra tanto uno como otro utilizaban dicha costumbre como instrumento financiero y como mecanismo de selección. En 439 se obligó a todos los gobernadores de provincia recién nombrados a jurar que no habían pagado por la obtención del cargo:

Ordenamos que los varones designados para el gobierno de una provincia no obtengan su ascenso mediante soborno ni pago alguno, sino por propio merecimiento debidamente probado y por recomendación tuya [esto es, del prefecto]; declaren bajo juramento que para la obtención de sus responsabilidades no han efectuado ningún pago ni lo efectuarán en el futuro (CJ, IX, 27, 6 pr.).

No obstante, los emperadores sucesivos siguieron vendiendo los cargos públicos: Zenón, por ejemplo, elevó el precio del gobierno de Egipto de 50 libras de oro a cerca de 500 (Maleo, fr. 16, Blockley). Justiniano intentó una vez más poner coto a dicha costumbre, repitiendo la mencionada obligación de prestar juramento que tenían los funcionarios en el instante de recibir su nombramiento; de nuevo, sin embargo, vemos cómo Procopio se lamenta de que el propio Justiniano siguiera vendiendo los cargos ese mismo año (Just., Nov., 8; Procopio, Historia arcana, XXI, 9 ss.).²⁴ Este ejemplo ilustra a un tiempo la debilidad del gobierno y la ausencia de remedios efectivos a su alcance. La consecuencia y el fundamento de la venta de los oficios era naturalmente la corrupción de los propios funcionarios, que, para recuperar el dinero invertido, recurrían al cohecho, práctica que por lo demás constituía uno de los principales alicientes de la compra del cargo. La corrupción, tanto por lo que se refiere a la compra más o menos descarada de favores, como a la rapacidad de los dignatarios, afectaba a todos los niveles, como suele ocurrir en toda sociedad que carece de unos procedimientos transparentes. No debemos concluir, sin embargo, como algunos han pretendido, que la corrupción fue en sí misma uno de los principales factores de la decadencia y ulterior hundimiento del imperio romano, y tener mucho cuidado en no introducir criterios modernistas (y moralistas) en el estudio de un sistema tradicional.

Uno de los rasgos característicos del sistema administrativo del Bajo Imperio era el patronazgo. Recientemente se ha subrayado la importancia del patronazgo a la hora de explicar el funcionamiento de la sociedad antigua en su conjunto, especialmente en el contexto del imperio romano,²⁵ y ello debería ayudarnos a comprender mejor el desesperante enigma que constituye la época bajoimperial. El patronazgo, en el sentido de protección más o menos sistematizada del pobre por parte del rico, ha existido y de hecho existe todavía en muchas sociedades —si no en todas—, pero su aparición es típica allí donde es más débil la protección que brinda el estado —como en el caso que nos ocupa—, donde los vínculos sociales son más laxos, o donde se produce un cambio de la situación y se da una fuerte rivalidad por ocupar un puesto en ese nuevo

ordenamiento de las cosas. En la Antigüedad tardía, «los patronos tradicionales se vieron suplantados en su papel de patronos, además de estorbados en su calidad de terratenientes —y de recaudadores de impuestos—, por una serie de individuos con autoridad local, de carácter unas veces secular y otras religioso. Sus protestas hallaron eco en las leyes que reflejan los intereses fiscales del gobierno central».²⁶ Pues en efecto, la entrada de nuevos actores —obispos o funcionarios estatales— en un escenario en el que el patronazgo llevaba ya actuando mucho tiempo a todos los niveles, y las discrepancias entre los intereses de los pobres, los de los terratenientes y los del estado, trajeron consigo la ruptura del equilibrio existente. En tales circunstancias, los pobres y los desamparados buscaron protección donde pudieron. El estado por su parte realizó repetidos intentos de declarar ilegal esta forma de protección (*patrocinium*), en la idea de que representaba —como así era— una evasión de las responsabilidades por parte de sus súbditos, y una apropiación ilegítima de la autoridad por parte de quienes se la arrogaban, por no hablar de las compensaciones extraordinarias que sin duda exigían por ella. Una ley del año 415 permitía a las iglesias de Constantinopla y Alejandría quedarse con las aldeas que se habían puesto bajo su protección, con la condición de que pagaran todas sus contribuciones y cumplieran con todas sus restantes obligaciones (CTh, XI, 24, 6); otros emperadores posteriores, sin embargo, como por ejemplo Marciano y León, intentaron poner fin una vez más a esta práctica; León llegó incluso a prohibir toda clase de contratos de tipo patronal en Tracia a partir de 437 y en Oriente a partir de 441 (CJ, XI, 54, 1, que dataría del año 468). Una vez más, la propia práctica y la incapacidad de hacerle frente demostrada por el gobierno ponen de manifiesto no tanto la corrupción endémica del sistema burocrático cuanto su debilidad, en comparación con la enorme extensión y la fragmentación de la zona sobre la que pretendía imponer su control.

La financiación del Estado

Detrás de muchas de las dificultades con las que se encontró el estado y que dieron lugar a todos estos problemas sociales, se ocultaba la necesidad de impuestos y las dificultades inherentes a su recaudación. Muchos especialistas han pensado que los impuestos del período tardorromano eran mucho más altos que los de épocas anteriores, tanto que, según ellos, habrían contribuido sustancialmente al aumento desorbitado de las exacciones fiscales y a la consiguiente decadencia del imperio. Antes de abordar esta cuestión será preciso efectuar una breve digresión en torno al sistema tributario y a la economía antigua en general.

Por fortuna no hay escasez de guías. Efectivamente, la naturaleza de la economía antigua constituyó uno de los temas de estudio más frecuentados por los investigadores de los años setenta y ochenta, y el creciente interés por la arqueología tardorromana ha venido a garantizar que tampoco se descuidara este período final del imperio.²⁷ Probablemente no nos equivoquemos al afirmar que desde comienzos de los años setenta el modelo de economía antigua asociado con el libro de Finley que lleva precisamente ese título (véase *La economía de la Antigüedad*) ha sido modificado, pero en lo esencial no ha sido abandonado. Según este modelo, el mundo antiguo era fundamentalmente una sociedad agraria en la que las ciudades no constituían centros de

producción industrial y en las que el mercado y los beneficios estaban relativamente poco o nada desarrollados, al igual que los conceptos de «racionalidad económica» en general. Últimamente algunos estudiosos, incluido el propio Finley, han hecho más hincapié de lo que cabría esperar, si nos atuviéramos estrictamente al modelo citado, en la importancia alcanzada por la monetarización y en los niveles de mercado, mientras que Keith Hopkins en particular ha defendido la lentitud del ritmo seguido por el crecimiento económico, al menos hasta finales del siglo II d.C. Algunos hallazgos arqueológicos recientes relacionados con el período que nos ocupa, sin embargo, sugieren que se dio un grado sorprendentemente alto de prosperidad en Oriente y unos intercambios comerciales más duraderos de lo previsto. No hay más remedio que preguntarse hasta qué punto cabe aplicar —si es que tienen alguna aplicación— al Bajo Imperio los argumentos propuestos en el debate general. Esta sección la centraremos, pues, en toda una serie de temas relacionados con el sistema tributario, la moneda y los ingresos y gastos del estado, mientras que en la siguiente examinaremos las cuestiones relacionadas con la producción, la prosperidad o decadencia del campo, y los intercambios comerciales a larga distancia.

Hay determinadas premisas acerca de la economía antigua que han tenido una aceptación bastante general, y no tenemos por qué dudar que puedan aplicarse igualmente al Bajo Imperio. La primera de esas premisas —por lo que al imperio romano se refiere— dice que la riqueza del imperio provenía en gran medida de la agricultura, que significaba también la mayor parte de los ingresos del estado; según otra, el ejército, o cuando menos la defensa en general, se llevaba la mayor parte con diferencia de los presupuestos del estado;²⁸ y la tercera dice que los restantes gastos del estado eran enormemente limitados en comparación con los de los estados contemporáneos. Según este modelo, el nivel de monetarización habría sido muy bajo, y los objetivos perseguidos por el estado con la emisión de moneda habrían tenido un carácter más político o militar que económico o comercial, aunque últimamente esta idea ha encontrado grandes detractores.²⁹ Hopkins ha confeccionado una lista muy útil de los factores que, en su opinión, pudieran haber propiciado hasta cierto punto el crecimiento económico. Tomándolos como base, podemos preguntarnos cuántos de ellos se daban en el Bajo Imperio y si cabe la posibilidad de que se produjera un crecimiento o una recesión económica, en la hipótesis de que tales conceptos fueran aplicables a esta época.³⁰ Entre dichos factores cabría mencionar los siguientes: la mayor cantidad de tierras puestas en explotación; el mayor volumen de la población, con una mayor división del trabajo en ella y el consiguiente aumento de la producción no agrícola; y, por último, una productividad per cápita más alta (teniendo en cuenta el aumento achacable al hecho de que muchos de los individuos que en otro momento habrían tenido que participar en las campañas militares habrían pasado en tiempos de paz a incrementar la mano de obra disponible). Por último, hay dos hipótesis que pueden resultar muy importantes para el período bajoimperial: la primera sería que el aumento de las exacciones gubernamentales supuso más un estímulo que una cortapisa a la productividad; y la segunda, que los gastos efectuados por el gobierno con el dinero procedente de los impuestos acabarían a su vez por resultar beneficiosos para la economía.

Si aplicamos estas hipótesis —elaboradas en buena parte con datos relativos al período que va de 200 a.C. a 200 d.C. aproximadamente— a la época que aquí nos ocupa, nos encontramos con ciertos elementos que saltan inmediatamente a la vista. En

Occidente, las tierras por las que el estado podía exigir el pago de impuestos disminuyeron en realidad debido a la guerra y al establecimiento de colonias. Además, es posible que la población hubiera sufrido ya una importante disminución durante la crisis del siglo III, y, en todo caso, la población romana de las provincias occidentales se vio en parte desplazada a finales del siglo V por los nuevos colonizadores bárbaros con los que se habría visto obligada a compartir sus tierras en unas condiciones bastante duras, sea cual sea la interpretación de los testimonios disponibles que decidamos adoptar (véase el capítulo 2). La cuestión de la diferenciación entre tiempos de paz y tiempos de guerra suscita además la cuestión de la distinción entre Oriente y Occidente; así pues, Oriente habría conocido una época de prosperidad durante buena parte del siglo V y hasta bien entrado el siglo VI, mientras que las guerras contra los sasánidas habrían supuesto una especie de parón; Occidente, en cambio, hubo de ser testigo, como hemos visto, de una serie casi ininterrumpida de guerras y de la ulterior fragmentación de su territorio, con el consiguiente perjuicio para los campos y los centros urbanos, por no hablar del alto coste de mano de obra que todo ello habría supuesto.

Según algunos de los criterios enumerados por Hopkins, da la sensación de que el imperio de Occidente padeció cierto grado de decadencia económica antes incluso de que empezara la gran época de los asentamientos bárbaros. Otros indicadores apuntan también en la misma dirección. La reducción de las unidades del ejército durante el período tardorromano y su estacionamiento dentro de los confines del propio imperio — práctica que habría venido a sustituir al emplazamiento en las fronteras de grandes contingentes de soldados— debieron contribuir en gran medida a limitar el papel que el ejército había venido desempeñando hasta la fecha en la circulación y redistribución de la moneda por medio del salario de los soldados y los gastos militares, sin contar que buena parte de sus necesidades eran satisfechas ahora en especie. De estar en lo cierto, las mismas consecuencias habría tenido la tendencia que postulábamos anteriormente a que los intercambios comerciales se efectuaran dentro de la red de latifundios y no a través de un mercado abierto. Por último, la destrucción de buena parte de la base agrícola del imperio, unida acaso a otros factores naturales, puede que condujera también a una disminución de las materias primas disponibles.³¹

A estos factores debemos añadir el coste que habría supuesto el mero mantenimiento del ejército (véase el capítulo 2). Si es cierto que Diocleciano dobló los contingentes militares —y no digamos si los cuadruplicó—, además de incrementar la burocracia, los problemas económicos del Bajo Imperio habrían sido realmente insuperables. Jones expone claramente el problema con esa frase suya tan famosa, según la cual en los últimos tiempos del imperio había demasiadas «bocas ociosas», es decir, demasiada gente que no producía, y que por tanto debía de cobrar de los recursos cada vez menores del estado.³² Hoy día, sin embargo, no habría muchos historiadores tan rotundos en sus afirmaciones como lo era Jones en 1964. Según hemos visto (véase el capítulo 2), lo más probable es que Diocleciano regularizara el *statu quo* y no que doblara realmente las dimensiones del ejército; deberíamos incluso poner en duda que después del siglo IV fuera posible mantener ni siquiera una cifra semejante. Con unos contingentes de cuatrocientos y pico mil hombres, el ejército romano del Bajo Imperio seguía constituyendo una fuerza importantísima, notablemente mayor que el ejército de Augusto a comienzos del Principado, y unas fuerzas armadas tan imponentes debieron de representar a todas luces una verdadera sangría para las arcas del estado.

Es muy posible, sin embargo, que los historiadores se equivoquen de medio a medio al dar tanta importancia a los gastos militares en el proceso que condujo al hundimiento final del imperio. Lo verdaderamente curioso es que el sistema durara tanto como duró. Cabría aducir también que, si los costes eran indudablemente onerosos, el problema militar más peliagudo del imperio radicaba en las dimensiones de sus fronteras y en la dificultad que entrañaba mantener una defensa de semejante magnitud. Si Occidente no hubiera tenido que soportar tantas décadas de ataques de los bárbaros, la historia quizá hubiera sido muy distinta. En cuanto a Oriente, Justiniano se encontró en realidad, a la hora de llevar a cabo sus guerras, con una serie de graves problemas financieros, que legó a su vez a sus sucesores; pero también en este caso serían un conjunto de factores externos los que provocarían los problemas más serios (véase el capítulo 5). En el siglo VI el estado había encontrado ya una solución parcial a las dificultades del coste del ejército al dejar en manos de sus aliados árabes una buena porción de la defensa de la zona suroriental de sus fronteras, desde Transjordania a Arabia, aparte de que el propio ejército regular venía utilizando habitualmente bárbaros.³³ Por último, los dos términos de la ecuación tendrían la misma validez: la presencia del ejército en una determinada zona, con todo lo que traía aparejado su mantenimiento —no sólo sueldos y suministros para las tropas, sino además un buen sistema viario y de transportes y una buena estructura de apoyos locales—, podía en sí constituir un incentivo muy poderoso de la economía. Este sería sin duda uno de los factores que se ocultaba tras la innegable prosperidad y densidad de los asentamientos de colonos del siglo V en las fronteras surorientales, incluso en lugares áridos y escabrosos como el Hauran y el Néguev, donde, además de las fortalezas más importantes, había muchos otros establecimientos militares de menor importancia.³⁴

Por todo ello resulta evidente que cualquier generalización en torno a la economía de la Antigüedad tardía en su conjunto puede inducir a error, y que debemos siempre tener en cuenta las variables regionales y la intervención de los factores externos. La dificultad que plantea calcular los costes del ejército, así como sus dimensiones, es también en parte cuestión de metodología, por cuanto, si bien tenemos en las fuentes gran cantidad de cifras relativas a los ingresos del fisco y a los gastos presupuestarios, no resulta tan claro ni mucho menos si podemos fiarnos de esas cifras o no, ni en qué medida pudieron cambiar a lo largo de los dos siglos objeto de nuestro interés.³⁵ Al menos en el Bajo Imperio existió un período fiscal regular (la indicción) para el cual se establecieron una serie de cánones fijos, y se cambió el sistema para tener en cuenta la mano de obra y la calidad de la tierra. Constantino gravó con impuestos especiales las posesiones de los senadores y las actividades de los comerciantes, introduciendo cuando menos de ese modo a estos dos sectores de la sociedad en la red tributaria. Básicamente, sin embargo, los impuestos seguían afectando sobre todo a la tierra y a la producción agrícola; el gobierno no tenía muchos recursos para responder a la pérdida de terrenos cultivables y a la escasez de mano de obra, aparte de la tan cacareada legislación mediante la cual intentaba restringir los movimientos de los colonos y ayudar de ese modo a los terratenientes a conservar a sus cultivadores:

Mientras que en otras provincias sometidas al imperio de nuestra serenidad una ley implantada por nuestros antepasados mantiene en su puesto a los arrendatarios en virtud de una especie de derecho eterno, de suerte que no se les permite abandonar los campos con cuyas cosechas se

alimentan ni dejar las tierras que un día se pusieron a cultivar, los terratenientes de Palestina no gozan de esta ventaja: ordenamos que tampoco en Palestina haya arrendatario que sea libre de irse donde le plazca, sino que, como en otras provincias, se halle vinculado al propietario de su finca (CJ, XI, 51, 1).

La figura del recaudador de impuestos aparece a menudo en la literatura de la época como un personaje odiado y temido a la vez, y los peligros en que incurrieron aquellos que no podían pagar sus tributos no eran ninguna fantasía. Pafnutio, eremita de Heracleópolis, en la Tebaida, conoció en una ocasión a un bandolero que, según le contó, había conocido a una mujer que había tenido una mala experiencia de ese tipo, y, al preguntarle por qué lloraba,

[la mujer] respondió: «No me preguntes, señor; no quieras investigar mi desgracia. Llévame donde sea como criada. Pues en el curso de los dos últimos años mi marido ha sido azotado ya varias veces debido a los atrasos en el pago de los impuestos, que ascienden a trescientas monedas de oro. Lo encarcelaron y mis tres hijos bien amados fueron vendidos como esclavos. En cuanto a mí, soy una fugitiva y me veo obligada a ir de un sitio a otro. Ahora ando errante por el desierto, pero muchas veces me encuentran y me azotan. Llevo ya tres días en el desierto sin probar bocado». «Me dio mucha pena», comentó el bandolero, «y me la llevé a mi cueva. Le di luego las trescientas monedas de oro y la conduje de nuevo a la ciudad, donde conseguí su perdón y el de su marido e hijos» (*Vidas de los Padres del Desierto*, según la trad. ingl. de Russell, 95).

La constante reiteración de las leyes demuestra, sin embargo, lo poco que podía hacer el gobierno para asegurar la percepción de los impuestos. El sistema tributario tenía un carácter sumamente regresivo: por idéntica cantidad de terreno los pequeños propietarios agrícolas pagaban lo mismo que los grandes latifundistas. Y pese a las reformas de Constantino, la tradicional preponderancia que siguió otorgándose a los bienes raíces pone de manifiesto que tales medidas no supieron aprovechar la nueva fuente de ingresos que para el estado constituían el comercio y —cosa más importante aún— las fortunas de los senadores. En este último caso, sobre todo, el fracaso de las nuevas disposiciones tuvo que ver en parte con la naturaleza misma de la legislación en materia fiscal, que permitía a los senadores amasar unas fortunas colosales, en tanto que el gobierno andaba siempre escaso de numerario. Los propios emperadores compartían la idea tradicional de que las exenciones fiscales constituían un privilegio al que cualquier individuo podía aspirar legítimamente en razón de su rango y del favor imperial, de suerte que las concesiones que hacían en ese terreno eran la expresión de una actitud tradicional y al mismo tiempo un medio de aumentar su popularidad. La condonación de los impuestos atrasados era otra práctica habitual, ya fuera por la incapacidad manifiesta de hacer cumplir la ley, ya fuera en respuesta a las actitudes tradicionales a las que acabamos de aludir; además, tampoco había la costumbre de elaborar presupuestos con vistas al futuro. Por otra parte, como señala Jones, el gobierno de Oriente por lo menos llegó a recaudar, según parece, cantidades bastante considerables de dinero sobre una base constante;³⁶ y ello pese a los enormes desembolsos de oro que tuvo que efectuar para subvencionar la paz con Persia o para pagar los «subsidios» a las hordas bárbaras.³⁷ En cuanto al comercio, el llamado

chrysárgyron («[impuesto] de oro y plata», que recibía este nombre porque debía pagarse en oro y plata, aunque a la hora de la verdad se pagara habitualmente sólo en oro) fue siempre muy impopular; finalmente fue abolido por el emperador Anastasio en 499 (CJ, XI, 1, 1), lo mismo que la *collatio glebalis (follis)*, que se cobraba a los senadores, eliminada por el emperador Marciano (CJ, XII, 2, 2). Por aquel entonces, lo mismo que en la actualidad, la política fiscal era una cuestión que comportaba una gran carga ideológica, de suerte que los emperadores que impusieron nuevas contribuciones, aunque, como en el caso de Justiniano, fuera con una finalidad militar, suelen ser objeto de crítica en las fuentes de la época.

El sistema fiscal del Bajo Imperio era, por consiguiente, un asunto sumamente complicado y difícil de manejar, lleno de injusticias y desde luego no muy bien administrado. El apartado más importante de la política fiscal, esto es, el correspondiente a la *annona* o aprovisionamiento del ejército, era también el más difícil de organizar. Desde finales del siglo III buena parte de esa *annona* se recaudaba en especie, por medio de un sistema tan engorroso que lo extraño es que funcionara mínimamente; pese a todo, y aunque el método de cálculo variaba de provincia a provincia, de vez en cuando era posible reducir la demanda en una demarcación en concreto, como ocurrió en el siglo V en Acaya, Macedonia, Sicilia, Numidia y Mauritania Sitifense. Sin embargo, no siempre se realizaban los padrones ordinarios, imprescindibles para mantener al día el censo de la propiedad rústica y de la población, por lo cual se suscitaban grandes discrepancias. Al final, una vez recaudados, los productos debían ser enviados a su correspondiente unidad, proceso que, a su vez, exigía un complicado sistema de organización. También otros impuestos tuvieron gran importancia durante toda la época imperial, sobre todo la incautación de grano para asegurar el abastecimiento de Roma, sistema que Constantino amplió también a la ciudad por él fundada, Constantinopla (véase el capítulo 1). Desde los tiempos de la república, el gobierno romano había considerado una de sus prioridades asegurar el suministro de alimentos de la capital, manteniendo con esa finalidad un subsidio destinado a garantizar la gratuidad del pan.³⁸ El grano procedía en su mayoría, aunque no exclusivamente, del Norte de África y de Egipto, pero su recaudación tenía en ambos sitios un grave impacto sobre la economía local;³⁹ finalmente también su supresión en Occidente cuando cambió la situación debió de tener unas repercusiones materiales considerables. La conquista del Norte de África por los vándalos supuso para Roma un severo quebranto, pero las distribuciones de pan siguieron efectuándose y al final sería la Iglesia la encargada de efectuarlas. En Oriente, Egipto continuó suministrando trigo a Constantinopla, pero los lazos de esta provincia con la capital fueron cortados bruscamente por la invasión persa de Egipto, acontecida a comienzos del siglo VII. Anteriormente, sin embargo, se habían llegado a vender y a legar en herencia los bonos que daban derecho a las distribuciones de alimentos; el gobierno intentó a veces regular también tales usos, pero con el paso del tiempo, como ocurriría con otros impuestos del período tardorromano, la relación existente entre los que teóricamente podían recibir el subsidio y los que de hecho disfrutaban de él se había ido difuminando progresivamente.

A comienzos de nuestro período los pagos en especie empezaron a ser sustituidos por pagos en oro, sobre todo en Occidente, según unos patrones de cambio bastante inestables que en varias ocasiones el gobierno se vio en la necesidad de reglamentar; en el siglo VI lo normal era ya el pago en moneda de oro (en libras o

solidi). Aunque fue Constantino quien introdujo el *solidus* de oro, que desde entonces se convirtió en el patrón monetario, sus sucesores no fueron capaces, pese a intentarlo repetidamente, de reintroducir una moneda de plata con base estable. La inflación siguió también creciendo, como podemos ver por los precios que aparecen reflejados en los papiros, probablemente porque el gobierno acuñaba demasiada moneda de poco valor; pese a todo, el *solidus* se mantuvo estable durante todo este período e incluso hasta mucho después. En el siglo V, sin embargo, no existía ya en realidad relación alguna entre el sólido —o sueldo— de oro y la moneda de cobre, cuyo valor, en relación con el sólido, cambiaba constantemente. Los emperadores de finales del siglo V, y en particular Anastasio (491-518), lograron introducir cierta estabilidad; cabe señalar a este respecto que la reforma de Anastasio vino a continuar unas tendencias visibles ya en Occidente en la moneda acuñada por los vándalos y los ostrogodos.⁴⁰ Resulta sumamente difícil evaluar las consecuencias económicas de todo este estado de cosas. A priori —pero sólo a priori—, la recaudación y redistribución de los impuestos en especie, práctica que continuó en parte hasta bien entrado el siglo V, y la constante fluctuación de la moneda de cobre o básica (*pecunia*) con respecto al sólido, sólo pudieron tener unos efectos depresivos de cara al desarrollo de una economía de mercado. Pero la inflación de los siglos III y IV tiene su raíz en la política monetaria del estado y no en el sistema económico propiamente dicho; por otra parte, ya hemos visto que el nivel de los ingresos del fisco se mantuvo, al parecer, durante todo este período, al menos en Oriente. Debemos concluir, por tanto, que por precario que fuera su control, mientras el gobierno del Bajo Imperio siguió funcionando —y así ocurrió en Oriente durante todo el período que nos ocupa—, también siguió funcionando la economía en su conjunto. Para una economía agraria tradicional carente a todas luces de adelantos tecnológicos como aquella, los factores imprevisibles o de carácter local, como por ejemplo la hambruna, la peste, etc., constituían una amenaza constante, sí, pero también formaban parte de las eventualidades previsibles, por lo cual siempre cabía ponerles algún freno; en cambio, ciertos factores externos, como las invasiones, los asentamientos de nueva población y las transformaciones demográficas, eran una cosa muy distinta.

El comercio y los comerciantes

Teniendo en cuenta la época de la que data, la «tesis de Pirenne» (véase la p. 18) por fuerza debía basarse fundamentalmente en testimonios de carácter literario; hoy día, al incrementarse el interés de los arqueólogos por este período, disponemos de muchos más materiales, y esta circunstancia, añadida a la mayor sensibilidad con que se aborda el papel desempeñado por el comercio a la hora de efectuar la valoración de la economía antigua a la que hacíamos referencia (véase la p. 107), sitúa la vieja controversia bajo una luz muy distinta. Más adelante volveremos a insistir sobre este asunto (véase el capítulo 7); por lo pronto, concluiremos el presente capítulo con unos breves comentarios sobre la controversia suscitada en torno al papel de la actividad comercial con países lejanos durante todo este período.

La cuestión gira en buena parte en torno a los testimonios suministrados por la cerámica, y en particular al problema de la difusión de la loza africana de engobe rojo y

de las ánforas africanas fuera del Norte de África, fenómeno que continuó incluso durante el período vándalo. Sobre la base de estos vestigios, se ha elaborado una hipótesis de bastante alcance en torno al esquema comercial de la época, sobre todo por lo que se refiere a los siglos V-VII.⁴¹ Los hallazgos ponen de manifiesto una trayectoria muy clara: en primer lugar, vemos cómo paulatinamente, entre los siglos II y IV, la cerámica africana llega a ser la más habitual con mucho en Occidente, al tiempo que se produce una disminución de las antiguas exportaciones procedentes de Galia y de la Bética;⁴² en segundo lugar, el crecimiento de Constantinopla y el desvío hacia la capital de Oriente del grano procedente de Egipto, suponen la creación de un eje oriental Cartago/Constantinopla; las exportaciones a lo largo de estas dos líneas, una en dirección al norte y otra en dirección al este, continúan hasta bien entrado el siglo V, sin que la conquista del Norte de África por los vándalos en 439 suponga interrupción alguna;⁴³ no obstante, puede observarse una decadencia a comienzos del siglo VI, así como ciertos cambios en el campo de la producción; esa decadencia debe relacionarse no sólo con la situación reinante en el Norte de África, sino también con la reducción de los mercados resultante del establecimiento de los reinos bárbaros; a pesar de todo, el eje oriental siguió vivo durante todo el período, al tiempo que la importancia de Constantinopla llegaba a su culmen; por último, es perceptible incluso con más claridad la continuación de esa decadencia durante todo el siglo VII, aunque los testimonios para esta época son mucho más escasos.

Muchas son las cuestiones que se plantean al hilo de estas conclusiones, y de ellas las más evidentes son las que a continuación pasamos a exponer. Una de ellas, por ejemplo, es si estos hallazgos representan realmente la existencia de unos verdaderos vínculos comerciales (el testimonio de la cerámica no nos hablaría del porqué de los intercambios ultramarinos, sino sólo del cómo). Por otra parte, ¿qué pueden decirnos estos resultados —si es que dicen algo— del impacto que supusieron los reinos bárbaros sobre la economía del Mediterráneo? Y por último, ¿hasta qué punto podemos relacionar estos testimonios con los relativos a los cambios urbanos, y deducir de ellos que la fecha más adecuada para situar un debilitamiento significativo del sistema mediterráneo propio de la Antigüedad clásica corresponde a las postrimerías del siglo VI y los inicios del VII, esto es, al período inmediatamente posterior a los intentos de reconquista llevados a cabo por Justiniano, e inmediatamente anterior a las invasiones árabes?

No debemos olvidar que todos estos temas siguen siendo objeto de un vivo debate y que son muchas las discrepancias al respecto, entre otras razones porque suscitan cuestiones de naturaleza ideológica en torno al comercio y al carácter de la economía antigua en general. Carandini, Panella y sus colegas consideran que los testimonios disponibles reflejan unos modelos comerciales integrados en una economía de mercado. Quizá quepa poner algún que otro reparo a una afirmación tan contundente como esta. Entre las cuestiones que aún están por resolver destaca la del impacto económico de las conquistas vándalas, incluida la del efecto sobre el Norte de África (y otras zonas conquistadas por este pueblo) de la desaparición del sistema fiscal romano. Wickham subraya con toda razón la importancia que para el Norte de África tuvieron las incautaciones de grano con destino al abastecimiento de Roma, práctica que habría supuesto necesariamente un gran desarrollo de la navegación y la existencia de un sistema de exportaciones del que habrían podido beneficiarse también otros productos, de suerte que su desaparición habría tenido verosímelmente unos efectos muy serios y

duraderos. Según esta tesis, mientras que las incautaciones con destino a Roma y Constantinopla exigían unos niveles de producción bastante considerables, aunque dicha producción no tuviera en sí un carácter comercial, su eliminación, en el caso de Roma, acompañada del hundimiento del gobierno romano en Occidente, habría tenido serias repercusiones sobre la economía de mercado existente por aquella época. Y como las mercancías norteafricanas habían tenido hasta entonces un auge tan considerable, ese cambio tan importante sobre la economía del Norte de África habría tenido también una gran repercusión en otras regiones.

Conclusión

No resulta sencillo caracterizar la economía del Bajo Imperio, ni los efectos que realmente tuvieron sobre la sociedad los intentos realizados por el gobierno para controlarla. Algunas tendencias resultan evidentes, no sólo el profundo impacto de las invasiones y asentamientos de los bárbaros acontecidos durante esta época, sino también otros desarrollos más generales, como la propensión a la acumulación de grandes cantidades de tierra en manos de unos pocos, la reinstauración del pago de los impuestos en dinero (concretamente en oro) y no en especie, el abismo cada vez mayor que se abrió entre Oriente y Occidente, y las dificultades del gobierno a la hora de asegurar la recaudación de los impuestos y de cubrir las plazas de la administración del estado. No es de extrañar que la aparición de los reinos bárbaros en Occidente y los efectos de las guerras de reconquista tuvieran serias repercusiones económicas; pero este asunto lo estudiaremos en el capítulo 5. En Oriente, en cambio, tenemos testimonios de un aumento de la población y de una intensificación de las actividades agrícolas y de los cultivos de regadío en zonas como los macizos de piedra caliza del norte de Siria e incluso en áreas tan poco prometedoras como el Hauran y el Néguev; todos estos testimonios serán debidamente analizados en el capítulo 8. Por otra parte, a finales del siglo VI, debido a los efectos de la guerra y acaso también a alguna que otra catástrofe, la presencia militar romana en Oriente empezó a ser cada vez más insostenible.

Evidentemente es un error, cuando no una tarea totalmente imposible, pretender emitir juicios generales sobre una zona geográfica tan vasta y un período de tiempo tan rico en acontecimientos. Por desgracia, sin embargo, la historiografía moderna está plagada de juicios de valor demasiado vanos acerca de la decadencia o el final de la Antigüedad, muchos de los cuales se basan en prejuicios no reconocidos en torno al propio sistema del Bajo Imperio. Ese sistema era indudablemente muy complicado y tenía muchos defectos. Al no existir las comunicaciones de las que disponemos hoy día, no podía funcionar con eficacia ni reaccionar con agilidad ante los cambios. El gobierno se limitaba a echar mano de una legislación vacua y presuntamente intimidatoria; los funcionarios hacían lo que podían; y la población sabía buscar las vueltas al sistema para escurrir el bulto y burlarlo. Todo esto no tiene nada de sorprendente, aparte de que el poder de la inercia era muy grande. Lo que sí es sorprendente, dado el contexto, es que esa sociedad tan tradicional lograra sobrevivir relativamente tan bien.

5. JUSTINIANO Y LA RECONQUISTA

Introducción

Hasta ahora, aparte de señalar las diferencias existentes entre Oriente y Occidente, hemos puesto también de relieve la expansión por todo el ámbito del Mediterráneo de los rasgos generales de una determinada estructura social y económica. Durante el reinado de Justiniano (527-565) se produjo un acontecimiento decisivo, concretamente el intento de los ejércitos de Oriente —cosechando al principio un éxito clamoroso— de recuperar los territorios perdidos del imperio de Occidente. Respondía a la denominada política de «reconquista» de Justiniano, que dio comienzo con el envío de una expedición contra los vándalos de África en 533 y que continuó a lo largo de veinte años de acciones militares y de diversas vicisitudes, hasta la firma del pacto conocido como Pragmática Sanción, de 554, que venía a ratificar el ansiado retorno de la Italia ostrogoda a la dependencia de Roma.

Este episodio es importante por muchas y variadas razones, entre las cuales la cuestión de las motivaciones de Justiniano tiene sólo un papel secundario. Por lo pronto, poseemos una relación completa de los hechos, escrita con gran dramatismo por un autor de primera fila, Procopio de Cesárea, que nos ofrece un relato casi completo de los acontecimientos bélicos en sus *Guerras*, y un sensacional análisis de los mismos en su *Historia arcana*.¹ La obra de Procopio constituye un capítulo de la historiografía griega tan importante en sí mismo como pueda serlo la de cualquier otro historiador de la Antigüedad, suministrándonos una información riquísima sobre todos los pormenores del mundo militar, la topografía, las finanzas, los edificios, y toda clase de materias. Procopio fue protagonista y testigo ocular de algunas de las campañas que relata, y aunque esta circunstancia no garantice la veracidad de sus informes, confiere a su obra una inmediatez y una autoridad que sorprenden al lector. En términos generales, las guerras de Justiniano plantean el problema de las relaciones entre Oriente y Occidente en unos términos bastante decisivos: al fin y al cabo, se trata de un emperador de Constantinopla que utiliza los ejércitos de Oriente para reclamar lo que, a su juicio, seguía siendo territorio del imperio romano. En el Norte de África, donde más éxito tuvo ese programa de reconquista, hasta el punto de permitir a Belisario celebrar un grandioso triunfo en Constantinopla en el año 534, podemos contemplar de pronto el

espectáculo de una administración griega —impuesta por Constantinopla en nombre de la restauración de Roma— montado en una provincia que tradicionalmente había venido considerándose verdadero bastión de la Iglesia latina. Otra consecuencia igualmente irónica de los largos años de guerra contra los godos de Italia fue la definitiva desaparición del senado romano y el éxodo de las familias aristocráticas romanas que aún quedaban hacia Oriente, donde algunas de ellas formaron en Constantinopla una colonia de latinohablantes. Por último, cabe afirmar que los costes y el esfuerzo que supuso esta iniciativa militar tan descomunal y tan larga, que para colmo vino a coincidir con un gravísimo brote de peste y con las continuas y costosas guerras contra los persas sasánidas, trajeron consigo en realidad el debilitamiento del gobierno de Oriente, incapacitándolo para hacer frente a los desafíos militares de finales del siglo VI y comienzos del VII.



La "reconquista" de Justiniano, c. 565.

Los juicios que se emitan acerca de las guerras de Justiniano pueden ser tan contradictorios como los que merece el resto de sus medidas de gobierno. El mismo Procopio, por razones personales o de otro tipo, nos ofrece un panorama bastante ambiguo, por no decir contradictorio, de ellas. Si en las *Guerras* da por lo general la sensación de ofrecer la visión oficial de lo que fue este reinado, de vez en cuando intercala espontáneamente sus buenas dosis de crítica, como por ejemplo en BG, III-IV; del mismo modo, entona las alabanzas del emperador en el panegírico que escribe para ensalzar su política arquitectónica, pero lo ataca severamente en su «historia secreta», que tenía la intención de no publicar hasta después de la muerte de Justiniano.² La verdad es que otros contemporáneos, como el funcionario retirado y anticuarista llamado Juan Lido, tampoco sabían si alabar su figura o criticarla.³ El propio Justiniano lanzaba grandes soflamas en las que anunciaba sus intenciones de restaurar el glorioso pasado de Roma, al tiempo que promulgaba unas leyes tan severas contra los paganos y

toda clase de disidentes que algún autor moderno ha creído conveniente comparar su figura con la de Stalin.⁴ Fue Justiniano quien promulgó las leyes que prohibían a los paganos impartir sus enseñanzas, medida que provocó el cierre de la milenaria Academia de Atenas, fundada por Platón en el siglo IV a.C. Pero fue también Justiniano quien convocó a la comisión de juristas que, a los pocos años de su subida al trono, publicaron esa magnífica compilación de derecho romano que son el *Digesto* (533) y el *Codex Justinianus* (534), y quien publicó una nueva colección de leyes, que habrían de convertirse en el fundamento de los sistemas jurídicos de los estados europeos basados en el derecho romano.⁵ A menudo se califica a este emperador de patrono de las letras e inspirador de un renacimiento artístico de corte clasicista.⁶ Ambas opiniones deben ser tratadas con mucha cautela. Lo cierto en cualquier caso es que su reinado fue testigo de un notable incremento de la actividad literaria en alguno de sus géneros clásicos y de un espectacular despliegue de obras artísticas realizadas a instancias del emperador, aunque sea poco lo que se ha conservado. Justiniano fue además un teólogo muy activo, al que gustaba entablar debates incluso con clérigos desterrados por orden suya, llegando a escribir varios tratados de teología bastante complicados desde el punto de vista técnico.⁷ Quizá se deberían a estas contradicciones y a otras por el estilo las violentas reacciones que su figura suscitó entre sus contemporáneos, aspecto en el que coincide con otros poderosos gobernantes de la historia.⁸ Procopio lo condenó por su codicia y por sus excesos; por otra parte, el esfuerzo tributario que exigían las medidas que tomó durante su reinado supuso una carga muy onerosa para el imperio, sobre todo para las clases más pudientes. En cierto modo su reinado fue un espléndido anacronismo, la última afirmación de las tradiciones militares e imperiales de Roma antes de que diera fin la Antigüedad clásica; aunque por otra parte ese grandioso colofón habría de precipitar su caída.

En conjunto, eran muchas las motivaciones que se ocultaban tras aquel ambicioso programa de reconquista, pero las que por lo general expresan más abiertamente los autores de la época y también sobre las que hacen más hincapié son los deseos de restauración del imperio y la defensa de la ortodoxia cristiana en los territorios regidos por los arrianos. Estos dos objetivos, que a los ojos de un observador moderno quizá no casen demasiado bien, se hallan presentes en realidad en la política llevada a cabo por Justiniano a lo largo de todo su reinado; de igual modo, da la sensación de que el emperador era al mismo tiempo un conservador y un innovador, rasgo que a sus contemporáneos les costaba mucho trabajo entender o, mejor dicho, tolerar.⁹

Tanto si Justiniano tenía ya *in mente* el objetivo a largo plazo de reconquistar Occidente —lo que no es ni mucho menos seguro—, como si no, la expedición enviada contra los vándalos en 533 se hizo realmente a lo grande. A bordo de las naves iban diez mil soldados de infantería y cinco mil de caballería, junto con el capitán general, Belisario, acompañado de su esposa, Antonina, y de su mano derecha, el historiador Procopio; en Constantinopla acudieron a despedirlos el emperador, la emperatriz y el patriarca, que elevó sus plegarias por el feliz éxito de la campaña. Recordando el ignominioso fracaso de la expedición enviada por el emperador León (véase el capítulo 1), nadie se había mostrado conforme con la idea del emperador —dice Procopio—, pero el único que manifestó claramente su oposición ante Justiniano fue su ministro Juan de Capadocia, cuyo extenso discurso es citado por el historiador. En cualquier caso, un misterioso «obispo de Oriente» tuvo la buena ocurrencia de interpretar un

sueño del soberano, según el cual Dios prometía su ayuda a la causa del emperador y confirmaba que su entusiasta idea era perfectamente factible (BV, 1, 10-12).¹⁰ En un tiempo increíblemente breve, Belisario se hallaba de regreso en Constantinopla celebrando su triunfo y Justiniano empezaba a pensar en Italia, adonde, cruzando por Sicilia, fue inmediatamente enviado Belisario, que llegó a la península en el verano de 536. El emperador había encontrado un pretexto para declarar la guerra a los godos en el asesinato de su protegida Amalasunta, hija de Teodorico, rey de los ostrogodos, y madre del difunto Atalarico, que imprudentemente había ofrecido el trono a Teodato (BV, 11, 9; BG, 1, 4-5).¹¹ Sin embargo, Justiniano tenía otras buenas razones políticas —esta vez de orden interno— para organizar semejante campaña, aun en contra de la prudente opinión de sus consejeros. En efecto, poco tiempo atrás se había visto en grandes dificultades para calmar los ánimos de la población, que había protagonizado en Constantinopla una insurrección, la llamada «rebelión de Nika», por los gritos de «¡Nika! ¡Nika!» —esto es, «¡Victoria! ¡Victoria!»— repetidos por los sublevados. Según parece, durante este levantamiento Justiniano estuvo a punto de salir huyendo, y si no lo hizo fue por la resolución demostrada por su esposa, Teodora, que logró infundir ánimos en los partidarios del emperador al declarar en tono enérgico que no estaba dispuesta a salir huyendo de ninguna manera: «El imperio —afirmó— es un velo muy fino».¹² El peligro inminente fue soslayado y, como señala Procopio, se pensó que, como la situación reinante en el frente oriental contra los persas era satisfactoria tras el tratado firmado en 533, el éxito de una expedición podría restaurar la reputación del emperador. Esta misma impresión es reforzada por el propio Procopio, que hace mucho hincapié en la oposición al proyecto de Justiniano, del cual él mismo era partícipe, y que en este punto de su relato concede un papel muy destacado a los sueños proféticos (llega incluso a afirmar que él mismo soñó con el futuro triunfo de Belisario). La inesperada rapidez y facilidad del éxito de la primera expedición, junto con el asesinato de Amalasunta, hicieron pensar que era igualmente factible una acción semejante contra los godos de Italia. La legislación reformista de todo este período tiene un tono optimista y enérgico, que concuerda muy bien con las esperanzas de triunfo del imperio que acariciaba Justiniano.¹³ No podía sospechar que las campañas de Italia habrían de durar cerca de veinte años, ni que el precio del acuerdo final logrado en 554 iba a ser una Italia totalmente devastada.

Las provincias de Oriente: guerra y paz con Persia

Las motivaciones de esas guerras, sin embargo, tienen menos importancia que lo que realmente ocurrió en ellas. Como suele suceder en estos casos, fueran cuales fuesen las intenciones originales, ideas y directrices políticas fueron cambiando a medida que cambiaban las circunstancias y aquellos comienzos tan esperanzadores chocaron enseguida con dificultades. Además, el imperio persa plantearía un gravísimo problema militar que siguió amenazando a Bizancio todo el tiempo que duraron las campañas de Occidente e incluso hasta más tarde, pues lo heredaron junto con el trono los sucesores de Justiniano. La historia de las guerras de Justiniano contra Persia viene a ilustrar con tintes verdaderamente dramáticos la grave carencia de los recursos necesarios para llevar a cabo grandes expediciones en la frontera oriental o, cuando menos, para resistir

las incursiones persas, al mismo tiempo que se organizaban otras campañas en otros lugares; y, por si fuera poco, a ello había que añadir el enorme coste que para el imperio de Oriente suponía la consecución de una paz pasajera.

Las dos potencias habían venido rivalizando por el dominio del territorio fronterizo y su población desde que los sasánidas alcanzaran el poder en el siglo III (véase el capítulo 8). Ahora bien, tras una serie de campañas no muy gloriosas en la frontera de Mesopotamia organizadas durante los primeros años del reinado de Justiniano, a raíz de las cuales el futuro historiador Procopio se hizo íntimo amigo de Belisario, se alcanzó una tregua en 531 con motivo del fallecimiento del sha Cavadh de Persia y la subida al trono de Cosroes I. En 533 ambas potencias firmaron un tratado (BP, I, 22),¹⁴ una de las cláusulas del mismo preveía el pago de once mil libras de oro por parte de Bizancio, pero, aparte de obligar a ambos ejércitos a efectuar una retirada parcial de sus tropas, las cosas quedaban prácticamente como estaban. No cabía esperar que un gobernante tan enérgico como Cosroes I —comparado con Justiniano, podríamos afirmar que eran tal para cual— fuera a contentarse con eso. Además, su sentido de la oportunidad resultaría fatal para los bizantinos; tras efectuar unos cuantos movimientos hostiles durante cierto tiempo, volvió a invadir el territorio romano en 540, precisamente el año en que Belisario recibió la orden de retirarse de Italia.¹⁵ La segunda guerra de los persas, que estalló aproximadamente en el año 540, fue muy distinta de la primera. La falta de un sistema adecuado de defensas por parte de los romanos se pone tristemente de manifiesto en la facilidad con la que los ejércitos persas llegaron a las inmediaciones de algunas ciudades, como Edesa o Apamea, en Mesopotamia y Siria respectivamente, obligándoles a pagar fuertes sumas de plata por su salvaguardia. Los obispos locales fueron los desgraciados mediadores de estas transacciones; los persas tomaron e incendiaron Berea (Alepo) mientras el obispo de la ciudad, Megas, se hallaba ausente pidiendo ayuda al mando supremo de las tropas romanas, establecido en Antioquía. Allí se encontró con un panorama desolador: Justiniano había dado la orden de que no se entregara dinero alguno a los enemigos para asegurar la salvaguardia de las ciudades de Oriente, y al mismo tiempo corrían rumores de que el patriarca de Antioquía, Efraím, tenía intenciones de entregar su ciudad a los persas. Al regresar a Berea, el infortunado Megas manifestó su desolación ante Cosroes quien, al enterarse de que no había recibido fondos para asegurar la salvación de Antioquía, se dirigió inmediatamente a esta ciudad (BP, 11, 7).¹⁶ Los que pudieron, salieron huyendo inmediatamente, y Cosroes puso sitio a Antioquía, la segunda ciudad del imperio, que fue brutalmente saqueada; semejante catástrofe lleva a Procopio a exclamar:

Siento escalofríos al relatar tan gran desastre, pero lo recojo para que lo recuerden las generaciones venideras; lo que no sé es el fin que perseguirá la voluntad de Dios al elevar la fortuna de un individuo o un lugar para después dejarlos caer y aniquilarlos sin razón aparente (BP, II, 10, 4).¹⁷

Podemos vislumbrar claramente cuál era la situación real de Antioquía antes de que los persas le pusieran sitio cuando vemos al patriarca, a los obispos locales y a los legados imperiales venidos expresamente desde Constantinopla reunirse urgentemente para discutir lo que debía hacerse. Como los persas exigían la entrega de una buena cantidad de plata, la población de la ciudad hizo lo posible por deshacerse de la mayor cantidad posible de objetos preciosos antes de que llegaran. Cuando finalmente los

persas pusieron sitio a la plaza, sus habitantes cometieron la imprudencia de burlarse del enemigo desde lo alto de las murallas, con lo cual sólo consiguieron que los persas realizaran una crudelísima matanza cuando entraron en la ciudad. Sentado este precedente, Cosroes pudo exigir una cantidad de plata mucho mayor por la salvaguardia de otras ciudades, como por ejemplo Apamea, Calcis y Edesa.

También hacia 540 se produjo una de las epidemias de peste más graves de la historia. El mal —una variedad de la peste bubónica— asoló Constantinopla y las provincias orientales en 542. Procopio, testigo ocular de los acontecimientos, nos ofrece una descripción muy viva de todo en ello en BP, 11, 22-23. Aun admitiendo que las fuentes literarias puedan contener alguna que otra exageración —también describe el suceso el historiador de la Iglesia en lengua siríaca Juan de Efeso—, las bajas fueron a todas luces enormes, comparables quizá con las producidas por la Peste Negra. En su *Historia de la Iglesia* Evagrio, todavía niño por aquel entonces, realiza una descripción muy viva de sus efectos en la ciudad de Antioquía y entre los miembros de su propia familia. La peste, dice, asoló Oriente dos años después del saco de Antioquía, y en ciertos aspectos, aunque no en todos, fue bastante parecida a la epidemia de peste que sufrió Atenas en 430 y que describe el historiador Tucídides:

También yo, el autor de esta historia..., me vi afectado en los primeros momentos de la peste por las llamadas bubas, cuando no era más que un escolar. En las sucesivas acometidas de la enfermedad murieron varios de mis hijos, así como mi esposa y otros miembros de mi familia, sirvientes y trabajadores del campo, pues sus ataques han venido repitiéndose hasta la actualidad, como si siguiera una progresión cíclica. Perdí a mi hija, como anteriormente perdiera a mis otros vastagos, y a mi nieta dos años antes de comenzar a redactar este relato, a los cincuenta y ocho de mi edad. La peste había vuelto ya en cuatro ocasiones a asolar Antioquía, y este era el cuarto ataque de su ciclo (*HE*, IV, 29).

Aunque resulta bastante difícil demostrarlo por medio de los testimonios arqueológicos (véanse los capítulos 7 y 8), la peste debió de tener unos efectos desastrosos sobre el volumen total de la población; en cualquier caso, la tasa de mortandad tuvo unas repercusiones inmediatas sobre el fisco imperial y los efectivos militares disponibles, como podemos ver con toda claridad por la subsiguiente legislación promulgada a fin de cobrar las contribuciones de las fincas pertenecientes a los individuos fallecidos sin hacer testamento, y por las enormes dificultades que plantearía el mantenimiento de la guerra en dos frentes distintos al mismo tiempo.¹⁸ No obstante, el problema no estaba en la cantidad de los efectivos: en 543 se reunió un gran ejército bizantino para asegurar la defensa de Armenia, pero la confusión y la mala gestión de los bizantinos permitió a un pequeño contingente de persas matar al general Narsés e infligir al imperio una gran derrota en la fortaleza de Anglon, cerca de Dvin (BP, 11, 24 ss.). Por fin, en 545, se llegó a una tregua de cinco años de duración, cuya firma costaría al imperio dos mil libras de oro. Pero incluso durante este tiempo continuaron las escaramuzas entre los aliados árabes de Bizancio y Persia, gasaníes y lajmíes respectivamente, y tras poner sitio a Petra de Lázica, a la sazón en manos de los persas, una tropa bizantina bastante numerosa logró la destrucción de las fuerzas persas de Lázica por dos veces en un mismo año (549). En 551 se firmó una nueva paz por otros cinco años, teniendo que pagar el imperio en esta ocasión dos mil seiscientas

libras de oro; las hostilidades, sin embargo, continuaron abiertas en Lázica, donde la complejidad de la situación local aumentaba las dificultades causadas por las dos potencias rivales. No obstante, hacia 561 ambos contendientes tuvieron que hacer frente a unas razones más poderosas que los obligaron a firmar una paz más duradera, y así, a finales de ese mismo año, se concluyó en Dará un tratado de cincuenta años de duración entre el *magister officiorum* bizantino, Pedro el Patricio, y el embajador persa, Yesdegusnaph, en virtud del cual los persas renunciaban a sus pretensiones en Lázica, al tiempo que exigían del imperio el cobro de una importantísima suma de dinero, concretamente treinta mil *nomismata* al año, debiéndose pagar por adelantado diez anualidades. Se ratificaron las fronteras existentes y la actividad comercial a uno y otro lado de ellas se limitó a las ciudades que contaran con instalaciones aduaneras. El historiador Menandro Protector escribió un extenso y detallado relato de estas negociaciones, que nos proporciona una información interesantísima acerca de la diplomacia de la época, aparte de reproducir el texto íntegro del tratado; contiene asimismo las cartas enviadas por ambos soberanos para ratificar el acuerdo al que habían llegado sus embajadores:

La carta de ratificación del emperador romano, encabezada en los términos habituales, es bien conocida de todos. La carta del rey de Persia, en cambio, estaba escrita en persa y a continuación ofrecemos su traducción al griego: «El divino, el dios, el padre de la paz, el vetusto Cosroes, rey de reyes, venturoso, piadoso y benéfico, a quien los dioses han concedido una gran dicha y un gran reino, gigante entre los gigantes, formado a imagen y semejanza de los dioses, a Justiniano, nuestro hermano». Tal era su encabezamiento, mientras que el significado del texto era el siguiente (ofreceré una traducción literal, procedimiento que considero absolutamente necesario para no levantar sospechas, si cambio en algo su fraseología, de faltar a la verdad)... (fr. 6,1, Blockley, *Menander the Guardsman*, líneas 175-187).

Entre las cláusulas del tratado había una que hacía referencia a los movimientos de las tribus árabes aliadas de cada bando, que empezaban a convertirse en un factor cada vez más importante para el mantenimiento de la seguridad en Oriente (véase el capítulo 8), y otra por la cual se garantizaba el estatus alcanzado por los nestorianos en Persia.¹⁹

La guerra de Italia

El continuo derroche en Oriente de los recursos, de mano de obra y por supuesto de oro nos permite situar la «reconquista» de Occidente en una perspectiva más realista. Uno de los rasgos más llamativos de estas campañas es el pequeño número de tropas enviadas desde Constantinopla, circunstancia que motivaba las quejas continuas de los generales, quienes aducían la absoluta insuficiencia de sus efectivos. Belisario, por ejemplo, tuvo que defender Roma con apenas cinco mil soldados frente a unas fuerzas góticas próximas a los veinte mil. Si bien es cierto que la caballería bizantina, esto es, el cuerpo de arqueros a caballo, tenía más movilidad y por lo tanto suponía cierta ventaja

sobre los godos, que iban armados de lanzas y espadas, la pequeñez de su número plantearía un serio problema, sobre todo a comienzos de los años cuarenta, cuando Belisario recibió la orden de regresar a Constantinopla y Tótila ocupó el trono de los godos en 541. La táctica del asedio tuvo mucho que ver con los triunfos cosechados por los ostrogodos por estos mismos años, y su superioridad numérica les permitió a menudo rendir por hambre a los habitantes de las ciudades sitiadas; de ahí que la consiguiente pérdida del control por parte de los bizantinos provocara la segunda expedición de Belisario a Italia en 544.²⁰ Incluso entonces se vio a menudo privado de tropas suficientes para entrar en combate, como comenta desdeñosamente Procopio:

Cuando llegó a Italia, no había un solo día en que las cosas le fueran bien, pues la mano de Dios se había puesto inequívocamente en contra suya... Pese a los esfuerzos de aquellos cinco años, nunca logró desembarcar en ningún punto de la costa, a menos que hubiera una fortaleza cerca: se pasó todo ese tiempo bordeando el litoral, intentando hacerse con un atracadero (*Historia arcana*, IV, 42; V,1).

No obstante, hubo otros factores, aparte de los financieros, que retrasaron la victoria final, entre ellos, al parecer, las sospechas que en el emperador suscitaban sus generales, sobre todo Belisario. Aunque lo cierto es que siempre se mantuvo completamente fiel a Justiniano, a menudo se le quitó el mando, e incluso en 550, tras el inoportuno fallecimiento de Germano, recién nombrado capitán general de la campaña de Italia, fue retenido en Constantinopla sin hacer nada, si hemos de creer a Procopio (BG, 111, 38). Tras su regreso a la capital en 549 y la caída y consiguiente ocupación de Roma por Tótila —era ya la segunda vez que lo lograba—, fue aún preciso que este último atacara Sicilia y que las grandes personalidades italianas instaladas en Constantinopla presionaran al emperador para convencer a éste de continuar la guerra con unas fuerzas apropiadas.²¹ Para que el eunuco Narsés ganara las batallas finales, empezando por el combate naval de 551, tuvo primero que insistir muchísimo pidiendo que se le concediera el dinero suficiente para organizar las tropas necesarias y pagar los atrasos a los soldados; en la batalla de Busta Gallorum (552) los bizantinos superaron por vez primera en número a los godos, la debilidad de cuyos arqueros los perjudicó de nuevo mucho. En el transcurso de esta batalla fue mortalmente herido el rey de los godos, Tótila; antes de entrar en combate, ejecutó una dramática danza guerrera «llevando una armadura completamente recubierta de oro; en cuanto a los ornamentos de las carrilleras y los del casco y la lanza, eran de púrpura, en un despliegue de esplendor propio de un rey» (BG, IV, 31.18). Meses más tarde, su sucesor Teias fue igualmente derrotado en la batalla del Monte Lactario.²² Pero mucho antes de empezar a narrar estos acontecimientos, el relato de Procopio adopta un tono cada vez más desencantado con respecto a la figura de Justiniano y en general respecto a toda la política imperial, por lo que deja que los últimos episodios de la guerra los narre su sucesor Agatías, que escribe su obra a comienzos de los años setenta.²³

Al emprender la reconquista de Italia, es evidente que Justiniano no creía que los ostrogodos fueran capaces de ofrecer una resistencia seria y duradera, y que tampoco pensó en el enorme coste que para el imperio iba a suponer el mantenimiento año tras año de semejante esfuerzo militar. Probablemente la idea que tenía fuera una ofensiva breve semejante a la espectacular campaña de Belisario contra los vándalos. Nadie habría podido prever la desolación producida por la peste de 542, ni mucho menos sus

drásticos efectos sobre la capital; por otra parte, la relativa calma reinante en la frontera oriental al comienzo de la campaña de Italia resultaría totalmente ilusoria. Una vez reconquistadas el África septentrional y posteriormente Italia, se haría precisa una nueva organización administrativa, que también resultaría muy costosa. En el caso de África sobre todo supuso una enorme inversión en recursos humanos y monetarios destinada a la defensa de la provincia, que venía a añadirse a lo difícil que resultaba ya mantener las guerras en los demás frentes. Pero además de todos estos factores, Justiniano se reveló un caudillo indeciso, receloso de sus subordinados y temeroso de concederles las tropas que necesitaban para realizar la tarea que les había sido encomendada.

Además, los problemas militares vinieron a coincidir con los planteados por el mantenimiento de la unidad religiosa. Las últimas fases de la guerra de los godos coincidieron con un período particularmente tenso en el terreno de la política eclesiástica, que condujo a la convocatoria del V concilio ecuménico celebrado en Constantinopla en 553-554. De este modo esperaba Justiniano hallar una fórmula aceptable tanto para los monofisitas de Oriente como para la Iglesia de Roma. En ambos bandos los ánimos estaban muy caldeados. Los obispos del Norte de África, pertenecientes a la Iglesia latina, que estaban decididamente a favor de Roma y en contra del emperador, acudieron en masa a Constantinopla, mientras que el papa Vigilio, que había decidido tomar las riendas del asunto, se pasó casi todo el tiempo prácticamente bajo arresto domiciliario, negándose en redondo a asistir a las sesiones del concilio, aunque en el último momento cambiara de parecer. La crisis estalló a raíz de la iniciativa religiosa tomada por Justiniano en 543, y denominada el asunto de los *Tres Capítulos*, en referencia al decreto por él promulgado en el que por causas doctrinales se condenaban las obras de tres teólogos —Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Cirro e Ibas de Edesa— acusados de favorecer supuestamente las tesis nestorianas, y alcanzó su punto culminante a finales de la década, justo cuando peor empezaban a ir las cosas en las guerras de Oriente y de Italia. Los desórdenes motivados por esta medida —que afectaba a uno solo de los múltiples problemas que se plantearon durante este reinado— alcanzaron unas cotas gravísimas, incluso en las provincias en las que estaban desarrollándose campañas militares, y vinieron a coincidir con las dificultades políticas en todos los terrenos por las que estaba pasando Justiniano, como señala gráficamente el libro tercero de las *Guerras góticas* de Procopio. Teniendo en cuenta todos estos problemas y factores adversos, las dificultades por las que atravesaron las campañas militares de Justiniano no resultan tan sorprendentes como el hecho mismo de que pudieran sostenerse durante tanto tiempo; cosa que sólo puede explicarse apelando a la prosperidad y salud generales de las cuales gozaba el imperio de Oriente a comienzos del siglo VI, cuando este emperador subió al trono. Por otra parte, como enseguida veremos, las señales de decadencia en el terreno de la población del imperio y en el de su defensa, así como los indicios de transformación de las ciudades, empezaron a hacerse perceptibles a finales del reinado de Justiniano (véanse los capítulos 7 y 8); por todo ello podemos deducir que su ambicioso programa de reconquista militar y de reconstrucción del imperio constituyó de hecho un factor decisivo en dicho proceso.



El marfil Barberim. Un emperador —probablemente Justiniano— aparece representado en actitud triunfante, según el estilo clasicista tradicional, con los pueblos conquistados a sus pies y un busto de Jesucristo sobre su cabeza.

Los costes de la reconquista: el Norte de África

La rápida conquista del Norte de África a expensas de los vándalos —acontecimiento que indudablemente sorprendió a sus contemporáneos— constituye un curioso ejemplo de los continuos gastos que traía aparejados la dominación de un territorio, incluso una vez pasado el período inicial de luchas. El emperador solicitó los títulos de Vandálico y Africano con una celeridad casi impúdica, antes incluso de obtener la victoria final, y ya en abril de 534, antes de que regresara Belisario, Justiniano había promulgado una serie de leyes relativas al futuro gobierno militar y civil de la provincia recién reconquistada (CJ, 1, 27). África quedaba al mando de un prefecto del pretorio y no tardó en contar con su propio *magister militum*. Aquella

victoria dio mucho de sí. A imitación de los antiguos triunfos romanos, Gelimero, último rey de los vándalos, fue conducido hasta Constantinopla para que desfilara encadenado en el cortejo de Belisario (Procopio, BV, 11, 9; Juan Lido, De Mag., 11, 2). Como cualquier otro mortal, el vencedor, Belisario, entró a pie en el Hipódromo, donde se prosternó ante Justiniano, que ocupaba el palco imperial vestido con el *lóros* propio del triunfo, poniendo así de manifiesto ante todo el mundo que la victoria pertenecía al emperador. La escena fue representada pictóricamente en el techo de la *Chálke* o entrada del palacio imperial, e incluso en el propio sudario de Justiniano (Procopio, De aedificiis, 1, 10, 16 ss.; Cresconio Corippo, Iust, 1, 276 ss.).²⁴ Pero los veinte años siguientes resultarían mucho más duros de lo previsto. Inmediatamente se presentó una nueva amenaza militar, mucho más firme que la de los vándalos, protagonizada por las tribus bereberes, a la que vino a sumarse un motín del propio ejército bizantino; así, mientras que el general eunuco Salomón y luego un oscuro personaje llamado Juan Troglita cosechaban, no sin dificultades, éxito tras éxito en sus campañas, la gravedad del problema planteado por las incursiones de las tribus nómadas no cedería en lo más mínimo.²⁵ La situación reinante en África es pintada en tonos muy sombríos por el poeta africano Cresconio, que en el ínterin se había instalado en Constantinopla y había compuesto un panegírico en latín con motivo de la ascensión al trono del sucesor de Justiniano, el emperador Justino II, en noviembre de 565,²⁶ pero, según parece, a finales del siglo VI la provincia había alcanzado al fin la paz y la prosperidad; no es de extrañar, por tanto, que la expedición enviada en 609-610 a Constantinopla con el fin de derrocar al tirano Focas y de restablecer en el trono a Heraclio zarpara de Cartago.

África era rica y fértil; la reconquista permitió a Constantinopla disponer de su grano, y en cuanto a su producción de aceite, fue grandísima durante todo el siglo VII, según los ulteriores testimonios de las fuentes árabes, que califican a toda la región de inmensamente rica. La legislación de Justiniano estableció una administración civil formada por 750 personas (oriundas todas ellas de Oriente), cuyos emolumentos ascendían a más de 17.500 sólidos anuales. Había que contar además con lo que costaban los sueldos de los mandos militares, que ascenderían quizá a las quinientas personas, y el mantenimiento del propio ejército (CJ, I, 27).²⁷ A estos gastos ordinarios había que añadir el coste extraordinario de las obras de defensa y de otro tipo (véase la p. 131), que se habían hecho imprescindibles tras los cien años de dominio vándalo.²⁸ La inmediata creación de impuestos en la zona constituía a todas luces una medida prioritaria, según reconoce Procopio.²⁹ Así pues, tras deshacerse de los vándalos, la población «romana», que seguía hablando latín y conservaba su fidelidad religiosa a Roma, hubo de hacer frente no sólo a una política fiscal y a un dominio militar bastante severos, sino también a la eventual incapacidad del ejército, al que los habitantes de las ciudades debían dar alojamiento en sus casas, para defenderlos de la amenaza cada vez más apremiante de las incursiones bereberes. Si el panorama de África que ofrece Procopio en sus *Guerras* es bastante regular, el que presenta en su *Historia arcana* es tremendamente siniestro: «Libia, por ejemplo, pese a su enorme extensión, ha quedado tan absolutamente devastada que, por lejos que pueda uno llegar, sería toda una hazaña encontrar a un solo ser viviente» (*Historia arcana*, XVIII). Además de traer consigo todas esas obligaciones militares y tributarias, los recién llegados utilizaban habitualmente el griego, en vez del latín, como ponen de manifiesto los sellos oficiales que se nos han conservado. Justiniano se había embarcado en la guerra contra los vándalos enarbolando la bandera de la ortodoxia que, según él, debía ser restablecida,

pero poco después de la conquista el emperador, desde su Constantinopla, empezó a implantar una política religiosa que la Iglesia africana, tradicionalmente vinculada a la de Roma, hallaba absolutamente inaceptable. Así pues, el precio de la reconquista resultó muy alto para todos, y tanto los conquistadores como la población local se encontraron con lo que no habían buscado. África constituye un caso atípico, por cuanto, pese a todas estas circunstancias y a los duros enfrentamientos que luego se produjeron entre el ejército bizantino y las tribus bereberes, las cosas acabaron yéndole bastante bien bajo la dominación bizantina, gracias a diversos factores de orden local: la riqueza de sus recursos naturales; la rapidez con la que en principio se llevó a cabo la conquista, que le evitó tener que pasar por la experiencia de una guerra larga y los frecuentes asedios que devastaron Italia; y, por último, acaso también la situación reinante durante la dominación de los vándalos, que, según parece, fue en realidad bastante mejor de lo que se ha venido pensando, al poder aprovechar la prosperidad reinante en la provincia durante el Bajo Imperio.³⁰ El verdadero rompecabezas que constituye el África bizantina radica en la grave carencia de fuentes literarias que hablen de su etapa más pacífica, correspondiente a la segunda mitad del siglo VI, circunstancia que dificulta extraordinariamente la realización de una evaluación ajustada de las repercusiones sociales y económicas de la reconquista bizantina. En cualquier caso, la provincia no se vio sometida a las invasiones y consiguiente fragmentación que hubo de sufrir Italia o, por ejemplo, Grecia, donde el sistema defensivo de Justiniano no fue capaz de resistir las invasiones eslavas de finales del siglo VI. El Norte de África siguió siendo provincia bizantina mucho más tiempo que Egipto; en realidad lo fue hasta la definitiva caída de Cartago en manos de los árabes, hecho que no se produjo hasta finales del siglo VII.

Las fortificaciones y demás obras públicas

A juzgar por el relato de Procopio, buena parte del grandioso programa de obras públicas de Justiniano en las provincias se dedicó a la defensa. No obstante, resulta sumamente difícil evaluar su envergadura y su impacto por una serie de razones muy diversas. La primera tiene que ver con el hecho de que nuestra principal fuente es el *De aedificiis* de Procopio, panegírico escrito con la única finalidad de alabar al emperador; el libro contiene afirmaciones extrañas que sólo pretenden destacar los logros de Justiniano. Como además la obra constituye una lista incompleta de su labor en el terreno de la arquitectura y a menudo no pueden comprobarse muchas de sus afirmaciones, es un texto que no permite elaborar un juicio imparcial al respecto, y así, sobre todo en los lugares en los que los testimonios arqueológicos o de otro tipo nos permiten contrastar sus datos, podemos comprobar que a menudo contiene serias deficiencias.³¹ Para colmo, sobre todo en el caso de los fortines y las plazas fuertes de las provincias septentrionales, ni siquiera han empezado a realizarse las excavaciones o, si se ha hecho, los restos materiales hallados —inscripciones o monedas— no permiten en modo alguno su datación. Es muy posible que buena parte del programa de construcciones que Procopio adjudica a Justiniano empezara en realidad en tiempos de Anastasio; en cuanto al *De aedificiis*, entra de lleno en la naturaleza del panegírico insinuar, al hablar de una obra, que se trata de una construcción completamente nueva

cuando de hecho es una restauración.³² Pero incluso en el caso de que Justiniano hubiera sido más un restaurador que un promotor de nuevas construcciones, la simple cantidad de obras mencionadas por Procopio es enorme, lo cual implicaría una «enorme inversión de capital en las instalaciones militares».³³ Otra cuestión muy distinta es lo efectiva que pudiera ser dicha inversión en términos puramente defensivos. En algunas zonas, las obras adoptaron la forma de grandes murallas, como en las Termopilas o en el Istmo; en otros casos se construyeron refugios fortificados o —cosa menos frecuente— verdaderas fortalezas. Cuando menos algunas de esas instalaciones tenían que ser debidamente guarnecidas de soldados para resultar eficaces, pero, según hemos visto, eran pocos los hombres disponibles y muchas de ellas quedaron en manos de la población local.

Excesivamente ambicioso o no, lo cierto es que el proyecto no fue capaz de contener la embestida de los hunos en 558-559. Pero, aun admitiendo que hubiera en él mucho de exageración, constituyó un extraordinario despliegue de recursos, incluso en los años de la reconquista. Además las obras no se redujeron al campo de la defensa: se realizaron también otras de carácter social, y así Procopio repite una y otra vez que las obras de Justiniano perseguían por igual objetivos militares y religiosos. Se construyeron tanto iglesias como fortines, sobre todo en los territorios recién reconquistados, pues de hecho servían como demostración del poderío romano. La posición del monasterio-fortaleza edificado en la falda del monte Sinaí —y aún en pie—, donde Dios se apareció a Moisés, justamente en el sitio donde, según la tradición, se hallaba la zarza ardiente, lugar frecuentado ya por muchos monjes y eremitas, demuestra claramente esa función diplomática y religiosa a un tiempo, en contradicción con las afirmaciones de Procopio, quien pretende que fue construido para impedir a los invasores sarracenos entrar en la provincia de Palestina (*De aedificiis*, V, 8, 9). Difícilmente habría podido tener esa finalidad, situado como está en un collado que se abre entre los picos de dos montes; por otra parte, las murallas de Justiniano que rodeaban el monasterio propiamente dicho constituyen todavía una de sus características más chocantes.³⁴ Y ello suscita la cuestión de cuál fue la naturaleza de la propia reconquista. ¿Tuvo de hecho un carácter militar o diplomático? Y es que la política militar iba acompañada de una actividad misionera muy concreta. Este rasgo podemos verlo en múltiples regiones, por ejemplo en Nubia o en el caso del rey Tzath de Lázica, cuya conversión fue el precio de su clientela; en cuanto a los gasanés, el grupo tribal árabe tan estrechamente afín a los bizantinos y enemigo acérrimo de los lajmíes, aliados por su parte de los persas, fueron siempre cristianos monofisitas.³⁵ Justiniano desde luego no tuvo inconveniente alguno en confiar la conversión de los paganos de Asia Menor a un monofisita, y en permitir la ordenación de sacerdotes monofisitas en las provincias orientales. Incluso en el caso de las provincias que eran víctimas de ofensivas militares, las guerras adoptaban la apariencia de cruzadas emprendidas con el fin de restablecer la ortodoxia religiosa, aunque la situación real a menudo resultaba muy distinta cuando la población se veía obligada a elegir entre los gobernantes arrianos a los que había acabado por acostumbrarse y la cruda realidad de la intervención bizantina.³⁶

Los efectos de las guerras

Es evidente que en un principio no se tuvieron en cuenta ni la duración ni las repercusiones del proceso de reconquista emprendido por Justiniano, pero desde luego sus efectos calaron muy hondo. El desgaste en oro y recursos humanos y de otro tipo que significó para el imperio de Oriente fue inmenso, sobre todo si añadimos los constantes varapalos que al tesoro imperial infligían las guerras y los tratados firmados con Persia. El desgaste ante la opinión pública fue también considerable: la euforia de los primeros momentos a duras penas pudo mantenerse en las etapas sucesivas, y cuando las cosas empezaron a ponerse feas, independientemente de cuál fuera la causa, el emperador fue perdiendo su popularidad. Tenemos dos obras en las que se reflejan las dudas y las críticas de la última etapa del reinado de Justiniano:³⁷ la *Historia arcana* de Procopio, con sus violentas diatribas contra Justiniano y Teodora (fallecida en 548) y su catálogo de quejas y acusaciones contra los abusos que, según el autor, se estaban llevando a cabo, y el *De magistratibus* de Juan Lido, donde se intenta preservar la reputación del emperador echando la culpa de todo a sus ministros, sobre todo al prefecto del pretorio Juan de Capadocia:

Nuestro emperador, el más noble de los hombres, no sabía nada de esto pues todo el mundo, aunque fuera víctima de los abusos del Capadocio y de su omnímodo poder, defendía siempre a aquel hombre perverso ... Sólo a la esposa y consorte del emperador, que estaba más atenta por su simpatía para con las víctimas de la injusticia, le parecía intolerable hacer la vista gorda ante la destrucción del estado ... Es evidente, pues, que el emperador, hombre bueno, aunque lento a la hora de contrarrestar el mal, se hallaba inmerso en una situación muy embarazosa (De mag., 111, 69; según la trad. ingl. de Maas, John Lydus, 95).

También Procopio echa la culpa a los ministros de Justiniano, pero, al relatar la caída de Juan de Capadocia, tampoco se libran de sus críticas ni Justiniano ni Teodora, a la que se tacha de vengativa y manipuladora (BP, 1, 25; *Historia arcana*, XVII, 38 ss.).³⁸ Efectivamente, Justiniano fue siempre inconstante, sobre todo en el trato deparado a sus ministros y generales; curiosamente, sin embargo, fue capaz de mantener la marcha del gobierno. Sólo la perspectiva que da el distanciamiento nos permite ver que los cambios que habían empezado a producirse en el mundo mediterráneo habrían de aliarse a las gigantescas dimensiones de su proyecto para impedir que los éxitos militares cosechados fueran duraderos. La paz con Persia se compró a un altísimo precio y no duraría mucho; además no tardarían en entrar en Italia (568) y los Balcanes nuevos invasores: lombardos, hunos, avaros y eslavos. El Norte de África siguió siendo provincia bizantina, y además conoció una gran prosperidad; de Italia, en cambio, se perdería muy pronto una buena parte, que pasaría a manos del reino subromano de los lombardos, y el control de Bizancio quedaría restringido al exarcado de Ravena y al ducado de Roma, que facilitaría el desarrollo del papado sobre una base territorial muy fuerte.³⁹ Por otra parte, la zona costera ganada a raíz de la expedición enviada a España en 552 al mando del anciano patricio Liberio, con el fin de prestar ayuda a Atanagildo, pretendiente al trono visigodo, se mantuvo en poder de Bizancio hasta 624, encargándose su defensa a un *magister militum* nombrado por Constantinopla.⁴⁰

Así pues, si exceptuamos el Norte de África, el resultado de la supuesta reconquista de las provincias occidentales fue en último término que el imperio de Oriente volvió a ganar y retuvo en sus manos una parte menor de Italia y una porción aún más pequeña de España durante el período inmediatamente sucesivo, justo mientras fueron tomando forma los primeros reinos medievales de Occidente. Esto solo constituía ya de por sí un gran logro, pero no suponía la restauración del imperio romano, que acaso fuera la meta a la que aspiraba Justiniano. En Italia, las consecuencias de las guerras góticas fueron sumamente destructivas. En virtud de un decreto denominado *Pragmática Sanción* se llegó a un compromiso semejante al que se firmara veinte años atrás en el Norte de África. Pero ya el papa Pelagio I (556-561) se lamenta en sus cartas de que la agricultura había quedado totalmente destrozada; la aristocracia senatorial había visto su fortuna peligrosamente socavada, cuando no completamente arruinada, teniendo muchos de sus miembros que refugiarse en Oriente; el propio senado desapareció como tal institución; y muchas ciudades, entre ellas la propia Roma, pasaron muchas calamidades mientras duraron las hostilidades.⁴¹ Aunque a menudo suele despreciarse la capacidad de recuperación de Italia⁴² —especialmente Ravena parece dar muestras de un crecimiento y una vitalidad extraordinarios—, estaban ya produciéndose de forma latente profundas transformaciones en la estructura urbana, en la organización de los municipios y en la tipología de los nuevos asentamientos rústicos. Hacia 580 el futuro papa Gregorio I pasó algún tiempo en Constantinopla, donde entabló excelentes relaciones con la familia del emperador Mauricio y los senatoriales italianos refugiados en la capital de Oriente, relaciones que se mantuvieron después que ocupó el solio papal, según ponen de manifiesto sus cartas. No obstante, como señala T. S. Brown, este círculo fue una de las principales víctimas de los ataques perpetrados contra los partidarios de Mauricio por el usurpador Focas (602-610) y con su desaparición se rompieron muchas de las valiosas conexiones existentes entre Constantinopla e Italia. Otro factor que contribuyó a la dificultad de las relaciones con Constantinopla fue la oposición de la Iglesia romana al decreto de los Tres Capítulos y al V concilio ecuménico de 553-554. Dicho enfrentamiento habría de continuar en el futuro: también durante el siglo VII, Roma capitaneó la oposición a la política imperial que pretendía imponer el monotelismo, y atrajo a su postura a los obispos africanos y orientales que habían acudido al Sínodo Laterano, que condenó dicha política en 649. La Iglesia africana estaba asimismo en contra de Constantinopla, y durante todo este período encontró en Roma a su aliado más natural.⁴³ Además, la Iglesia italiana salió ganando no sólo en el terreno de la economía, sino también en otros muchos con los cambios políticos acontecidos a finales del siglo VI, siguiendo de hecho los pasos de la antigua aristocracia senatorial y adquiriendo una enorme riqueza e influencia política.⁴⁴ Así pues, la política eclesiástica de Justiniano, por mucho que, al igual que un siglo más tarde hiciera la difamada formulación monotelita, tuviera por objeto la tarea casi imposible de alcanzar la unidad entre las iglesias de Oriente y Occidente, en la práctica supuso un obstáculo fundamental en las relaciones de Bizancio con Roma y contribuyó de hecho al incremento del poderío de la Iglesia romana.

Al estudiar las consecuencias de la política de reconquista en las distintas provincias y en el imperio en su conjunto, debemos tener bien presentes tres factores: en primer lugar, por supuesto, los efectos inmediatos de la guerra y de los consiguientes ajustes en los terrenos administrativo, económico y militar; en segundo lugar, la enérgica intervención por parte de Justiniano en la política religiosa, que, al menos por

lo que respecta a las provincias occidentales, impidió definitivamente el proceso de reunificación; y en tercer lugar, el panorama de constante transformación en las ciudades y en el campo, que resulta perceptible en todas las regiones durante este período (véase el capítulo 7). En cuanto a las provincias de Oriente, las guerras con Persia se reanudaron a la muerte de Justiniano; además, en muchos lugares los testimonios arqueológicos ponen de manifiesto durante la segunda mitad del siglo vi el inicio de un período de decadencia, unas veces achacable a razones de orden local, y otras fruto de la reducción de las inversiones procedentes de la capital (véase el capítulo 8). Tampoco en esta parte del imperio el infortunado Justiniano logró reconciliar las diversas tendencias religiosas existentes; de hecho, fueron sus infructuosos intentos por conseguir la reconciliación los que produjeron la separación de las iglesias orientales a raíz del V concilio ecuménico. Hacia 540, al tiempo que los monofisitas desterrados hallaban cobijo en el palacio imperial de Constantinopla, cierto Jacob Bar'adai era nombrado obispo de Edesa y obtenía permiso para ordenar sacerdotes monofisitas, paso decisivo que supuso la creación de una doble jerarquía en Oriente, sobre todo en Siria y Mesopotamia, y que permitió el desarrollo de la Iglesia jacobita, así llamada precisamente por el susodicho Jacob Bar'adai.⁴⁵

Justiniano como emperador

Aunque para explicar el Bajo Imperio suele ser más útil apelar a los conceptos de proceso y estructura que a los reinados de los distintos emperadores, el de Justiniano constituye a todas luces un caso fuera de serie. No sólo ocupó el trono por espacio de treinta y ocho años (527-565), sino que además, según reconoce todo el mundo, fue el verdadero gobernante durante el reinado de su tío Justino I (518-527).⁴⁶ Su reinado propiamente dicho se inauguró con un grandioso proyecto imperial, a saber, el de compilar todo el derecho romano existente hasta su época; sorprendentemente la tarea se concluyó en un tiempo absolutamente récord. La situación de la frontera oriental ofrecía perspectivas optimistas y el trauma de la rebelión de Nika fue superado gracias al inesperado triunfo cosechado por Belisario en su expedición contra los vándalos. El siguiente objetivo del emperador fue Italia, y de hecho la entrada de Belisario en Roma en el año 540 supuso ya un gran éxito. Pero la peste de 542, que afectó al propio emperador, constituyó un golpe muy duro; aparte de las leyes promulgadas a comienzos de la década de los cuarenta, mediante las cuales pretendían resolverse los problemas suscitados por el caso de las personas fallecidas sin haber hecho testamento (Justiniano, Edicto, IX, 3), se produjo una subida inmediata de los precios (Nov., 122, del año 544), lo cual pone de manifiesto la rapidez con la que el tesoro imperial notó sus repercusiones a efectos fiscales. Muchos historiadores suelen restar importancia al alcance de esta peste y tienden a no ver en ella un factor de primer orden, sobre todo en lo concerniente a la decadencia de las ciudades; lo cierto desde luego es que resulta muy difícil cuantificar y rastrear arqueológicamente sus efectos. En cualquier caso, es posible que el número de los habitantes de Constantinopla sufriera un repentino descenso que podríamos cifrar en un tercio del total, y las pérdidas entre la población rural de las provincias orientales debieron ser realmente dramáticas, con severas consecuencias sobre las recaudaciones de la Hacienda imperial:

Cuando la peste asoló todo el mundo conocido y en particular el imperio romano, aniquilando a la mayoría de la congregación de los labradores y dejando necesariamente a su paso un rastro de desolación, Justiniano no tuvo la menor compasión de los propietarios arruinados. Ni siquiera entonces se abstuvo de exigir el pago anual de los impuestos, no sólo por el importe de lo que a cada uno le correspondía, sino también por lo que habrían debido pagar los vecinos fallecidos (Historia arcana, XXIII, 20 ss.).⁴⁷

No es de extrañar que las posteriores fases de las campañas italiana y persa fueran particularmente difíciles, y a los problemas de los efectivos militares y de aprovisionamiento vinieron a sumarse los del mando supremo. Sin embargo, a la hora de interpretar las abundantes fuentes de la época debemos utilizar grandes dosis de sentido común, pues Procopio, con su mentalidad tradicional, tiende a achacar todas las dificultades a motivaciones de índole personal o de clase, y durante el reinado de Justiniano hubo evidentemente suficientes ejemplos de malos ministros para que esas acusaciones resulten plausibles.⁴⁸ A medida que el reinado de Justiniano fue avanzando, y sobre todo tras la muerte de la emperatriz Teodora, ocurrida en 548, las espectaculares iniciativas imperiales de los primeros años dieron paso a otras preocupaciones, como por ejemplo la unidad religiosa o la consecución de una paz duradera con Persia. Los últimos años de Justiniano fueron bastante sombríos, comparados con la primera parte de su reinado, con nuevas amenazas por parte de los bárbaros y el emperador dedicado cada vez más a la especulación teológica. El V concilio no vino a solucionar nada, y Justiniano siguió interviniendo en los altercados de los diversos grupos religiosos de Oriente. Durante sus últimos años realizó un nuevo intento infructuoso de conciliación adoptando la fórmula julianista, según la cual el cuerpo de Cristo —al ser divino— es incorruptible, viejo tema de controversia emparentado con la cuestión, mucho más profunda, de la relación existente entre Dios y la materia en el momento de la Encarnación, cuestión que en efecto se convertiría en tema fundamental de discusión durante el siglo VII. El edicto de Justiniano en este sentido (564) trajo consigo el destierro al año siguiente de Eutiquio, patriarca de Constantinopla, cuyo nombramiento había forzado el propio emperador a fin de imponer su parecer en el V concilio ecuménico. Eutiquio fue reemplazado por el ultraortodoxo Juan Escolástico, acérrimo partidario del sobrino y sucesor de Justiniano —asimismo ortodoxo—, Justino II, pero la decisión del emperador y la destitución de Eutiquio dejaba muchos cabos sueltos, y en efecto el patriarca depuesto fue durante un breve período de tiempo restaurado en su diócesis a la muerte de Juan Escolástico, en 575, para embarcarse inmediatamente en una nueva y acalorada disputa teológica.⁴⁹

Así pues, los acontecimientos y las medidas políticas durante este reinado, así como sus repercusiones, fueron sumamente contradictorios, lo mismo que lo fue el veredicto de sus contemporáneos. Justiniano fue considerado a la vez un emperador grandioso y fuerte y un reformador peligroso, incluso a veces por un mismo autor; así se echa de ver particularmente en el caso de nuestra principal fuente, Procopio, pero cabría decir lo mismo de Juan Lido, que había trabajado como funcionario en la prefectura del pretorio y sabía muy bien de lo que estaba hablando.⁵⁰ Del mismo modo, en las obras modernas Justiniano es tildado de humanista cristiano, a quien toda la Europa occidental debe la conservación del derecho romano, pero también ha sido tachado de intolerante y autoritario perseguidor de paganos y herejes, e incluso se le ha considerado prototipo de

Stalin.⁵¹ Todos estos juicios adolecen de una misma tendencia a confundir al hombre con los acontecimientos ocurridos durante su reinado. Dicha tendencia se ve reforzada por la propensión a interpretar las personalidades de Justiniano y Teodora a la luz de dos obras realmente sorprendentes que han llegado hasta nosotros: la *Historia arcana* de Procopio y los famosos mosaicos de Justiniano y Teodora que adornan los muros de la iglesia de San Vital de Ravena; sobre todo desde el punto y hora en que la figura mofletuda de Justiniano y la mirada distante de Teodora que podemos contemplar en los mosaicos parecen concordar de maravilla con los retratos que del emperador y la emperatriz realiza Procopio:

[Justiniano] se mostraba accesible y afable con todos los que tenían trato con él; a nadie se le negó el acceso al emperador, y ni siquiera aquellos que rompían las normas del protocolo por el modo de presentarse ante él o de hablar en su presencia incurrieron jamás en su cólera ... con la misma expresión amistosa en su rostro, con una voz suavísima y sin levantar nunca la ceja, mandaba ejecutar a decenas de miles de inocentes, ordenaba arrasar ciudades enteras y confiscar todas sus posesiones en beneficio del Tesoro (*Historia arcana*, XIII, 1-2).

A los cuidados de su cuerpo dedicaba [Teodora] una atención de todo punto innecesaria, que, sin embargo, nunca le parecía suficiente. A todas horas se mostraba ansiosa por meterse en el baño y nunca quería salir de él. Una vez concluidas sus abluciones, bajaba a almorzar, y tras tomar una ligera colación, se tumbaba un rato. A la hora de la comida y de la cena, en cambio, se permitía tomar toda clase de bocados y bebidas. Y luego otra vez a dormir horas y horas, de la mañana a la noche y de la noche al alba (*ibid*, XV, 6-8).

En contraposición, poseemos manifestaciones del propio Justiniano, que fue un gran legislador y autor de numerosos tratados teológicos. Pero aun admitiendo que se tratara de escritos originales del propio emperador, este tipo de obras se hallan forzosamente escritas en un tono retórico que enmascara la personalidad de su autor. Igualmente difícil resulta valorar las contribuciones de Justiniano como mecenas de la cultura de su tiempo, sobre todo por lo que se refiere a las artes plásticas, pues pese a la ingente cantidad de obras públicas de las que da testimonio el *De aedificiis* de Procopio, lo cierto es que son pocas las obras de arte imperial oficial que se nos han conservado. En cualquier caso, por escasas que sean, esas piezas —como, por ejemplo, el marfil Barberini, obra probablemente, aunque no con seguridad, de tiempos de Justiniano— ponen de manifiesto lo que naturalmente cabría esperar: una mezcla de motivos clasicistas y tradicionales. Lo mismo puede afirmarse de la estatuilla —también en marfil— del arcángel san Miguel, conservada en el Museo Británico, una de las obras maestras de este período. En cambio, por lo que se refiere a los famosos mosaicos de Justiniano y Teodora de Ravena, no son con toda seguridad una obra fruto del mecenazgo de la familia imperial, como tampoco lo son los grandes iconos del Sinaí, que representan a Cristo, la Virgen con ángeles y a san Pedro, universalmente considerados realizaciones de Justiniano, aunque el monasterio que los cobija sí fuera fundación imperial.⁵² En cuanto a la iglesia de Santa Sofía de Constantinopla —descrita con todo detalle por Procopio en el libro I de su *De aedificiis*, y por Pablo el Silenciaro en su extenso poema en hexámetros, compuesto con motivo de la dedicación de la

segunda cúpula, en enero de 563, pues la primera había sufrido los estragos de un terremoto—, es indudablemente una obra maestra, pero no tiene nada de clásica.

Problemas parecidos suscitan los textos literarios. En cierto modo, el reinado de Justiniano produjo una abundante literatura de corte clasicista, como las obras de Procopio o los ingeniosos epigramas clásicos de Pablo el Silenciaro —título de un oficio palaciego—, y de otros muchos funcionarios, como Macedonio el Cónsul o Juliano el Prefecto, recogidos por Agatías e incluidos posteriormente en la *Antología griega*.⁵³ Evidentemente los escritores aún poseían una gran maestría técnica y existía un público de lectores capaz de admirar estas obras. Procopio afirma que su *De aedificiis* fue un encargo oficial, y el poema de Pablo el Silenciaro dedicado a la restauración de Santa Sofía, escrito en majestuosos hexámetros, constituye un panegírico formal compuesto en honor del emperador.⁵⁴ Por otra parte, también se hace referencia a motivos imperiales en los elaborados *kontákia* —himnos litúrgicos— de Romano el Diácono, ejecutados durante la liturgia de Santa Sofía y fuertemente influidos por la poesía siríaca y homilética; el reinado de Justiniano fue asimismo testigo de la composición de la primera crónica bizantina de importancia, la de Juan Malalas.⁵⁵ Todos estos autores escribieron en griego, pero no debemos olvidar el latín, utilizado también en Constantinopla. No sólo Cresconio escribió en latín en esta ciudad su panegírico en honor de Justino II en el año 565, sino que Casiodoro, una de las grandes figuras de los albores de la Europa medieval y antiguo secretario de Teodorico, se refugió en Constantinopla en 550 junto con otros exiliados italianos que venían huyendo de las guerras góticas, y pasó en la ciudad algún tiempo antes de regresar a Italia, donde fundaría su monasterio de Squillace, que con el tiempo habría de convertirse en uno de los principales centros medievales de copia de manuscritos.⁵⁶

Todavía podrían decirse muchas cosas de los cambios culturales acontecidos durante el reinado de Justiniano,⁵⁷ pero supongo que habrá quedado ya suficientemente claro que para explicarlos no cabe recurrir a una simple fórmula ni hacer referencia al carácter del emperador ni a la política que siguió. Justiniano fue un gobernante fuerte que emprendió una serie de medidas políticas extraordinariamente ambiciosas, teniendo que enfrentarse a unos obstáculos tremendos para llevarlas a cabo. Aunque no hubieran existido esos obstáculos, resulta muy dudoso, sin embargo, que el imperio de Oriente hubiera sido lo bastante fuerte en los terrenos económico y administrativo para soportar esa carga suplementaria que se le echaba encima. Al mismo tiempo estaban produciéndose por todo el mundo mediterráneo una serie de cambios sociales de los que apenas eran conscientes los gobernantes de la época, pero que habrían de condicionar el resultado de las medidas que adoptaran.

6. CULTURA Y MENTALIDAD

¿Existió una «mentalidad» específicamente propia de la Antigüedad tardía? ¿Cómo fue la vida cultural que se dio durante este período? Y lo que es más importante, ¿qué cambios se operaron en la cultura y en la sociedad?

Semejante tipo de cuestiones suelen llevar aparejada una comparación no explícita con el mundo clásico, con la Europa medieval, o —menos frecuentemente— con Bizancio. Años atrás el Bajo Imperio en particular fue víctima de una serie de comparaciones nada halagadoras con los siglos precedentes, presuntamente superiores y más «racionales»; frente a esas épocas gloriosas el período correspondiente a la Antigüedad tardía ha sido considerado una etapa caracterizada por la superstición, la irracionalidad, el totalitarismo, o por las tres cosas a la vez (véase la introducción y el capítulo 1). Esta época de supuesta decadencia ha sido considerada alternativamente el final de la Antigüedad y el comienzo de la Edad Media. Pero la Antigüedad tardía ha sido vista también con más simpatía, e incluso a veces con nostalgia, calificándose de momento cumbre de la religiosidad y la espiritualidad.¹ Por último, los bizantinistas han debatido mucho la cuestión de cuándo empieza realmente Bizancio, y si los años que van desde el reinado de Constantino hasta el siglo VII deben incluirse en la Antigüedad tardía, en la fase protobizantina, o simplemente en la época bizantina. Pero si la división de la historia en períodos suele ser necesaria, pudiendo incluso a veces resultar sumamente ilustrativa, por razones prácticas, también puede constituir un serio obstáculo. En nuestro caso además todo depende de que fijemos nuestra atención en la vida que llevaba un monje de la Siria septentrional, en la de un aristócrata romano, o en la de un campesino griego. Y es que en la Antigüedad tardía no hubo una sociedad homogénea. La geografía y la clase social constituyen factores variables que no permiten las generalizaciones, aparte de que existen otras variables igualmente significativas, como la religión o el sustrato étnico.

Los «estudios culturales» se han convertido en una disciplina autónoma. Ahora bien, mientras que es bastante habitual sacar a relucir cuestiones relacionadas con la cultura y la «mentalidad» cuando se piensa en otros momentos de la historia, sólo últimamente han empezado a aplicarse en su forma más usual al estudio del Bajo Imperio. Como hemos visto, los enfoques marxistas y materialistas han sido y siguen siendo muy importantes en la historiografía de esta época, aunque la trascendencia

concedida actualmente a la «cultura» hace que otros muchos enfoques sean igualmente dignos de nuestra atención. Por ejemplo, no existe una historia feminista del fin de la Antigüedad, pero eso sí, los partidarios del concepto de decadencia postulan la existencia de una caída a partir de una norma preexistente definida por completo en términos masculinos. Incluso Peter Brown, que rechaza la noción de decadencia y prefiere hablar de cambio o transformación, al describir el punto de partida de dicha transformación afirma que se basa en un «modelo de paridad» existente en el seno de las élites (de varones) urbanas a comienzos de la época imperial, caracterizadas por su paganismo cívico; fruto de la catástrofe del siglo III fue, a su juicio, «el hombre de la Antigüedad tardía».² Cito este ejemplo, indudablemente de forma injusta, porque el propio Peter Brown ha sugerido que la Antigüedad tardía fue testigo de un claro alejamiento de los valores públicos tradicionales en beneficio del ámbito de lo privado y, por ende, este período habría supuesto un paso muy significativo en el desarrollo de la identidad del individuo.³ Si realmente esto era así o no, y hasta qué punto cabe relacionar este proceso con la cristianización, será objeto de un ulterior debate (véase la p. 161). En cuanto a las tesis que defienden la noción de decadencia, lo mismo que las de corrupción y superstición, son herederas de un discurso historiográfico que en buena parte es también autoritario, pura reminiscencia en realidad del discurso de los tradicionalistas de la época, como por ejemplo Procopio, cuando habla de colectivos como el de las mujeres, las clases humildes o los bárbaros.⁴

La pervivencia de las estructuras tradicionales

En primer lugar, no obstante, debemos preguntarnos hasta qué punto sobrevivió la cultura tradicional.

Hasta finales de la época que nos ocupa, buena parte del territorio que circunda el Mediterráneo oriental —cuando menos— se hallaba sujeta a un mismo sistema administrativo y de gobierno, al cual pagaba sus impuestos y del cual esperaba que lo defendiera mediante obras de defensa y el empleo de su poderío militar. En muchas regiones la cultura seguía siendo en gran medida urbana, como había sido siempre. Para Procopio, lo mismo que para Justiniano, la idea de civilización acompañaba necesariamente a la de ciudad; en los territorios reconquistados se fundaron nuevos centros urbanos —y otros fueron restaurados—, y mientras pervivieron las ciudades, todo el aparato que acompañaba la cultura —termas, educación, instituciones municipales, etc— tuvo también ocasión de sobrevivir. Sería la decadencia de esas ciudades —que se vio precedida o, mejor dicho, halló su prístina manifestación en el decaimiento de dichas instituciones— la que realmente vendría a marcar la transición de la Antigüedad a la Edad Media (véase el capítulo 7). Incluso en los reinos bárbaros de Occidente, títulos e instituciones apelaban a los modelos del imperio, y los reyes mostraban una actitud deferente ante el emperador; Amalasueta, hija única y heredera de Teodorico, rey de los ostrogodos, mujer que había recibido una buena formación, deseaba dar también a su hijo una educación romana (cf. Proa, BG, 1, 2), y para defender ante el senado romano la candidatura de Teodahado para convertirse en su esposo —elección que luego se revelaría sumamente desafortunada—, apelaba a su buena educación:

A estas buenas prendas se añade su envidiable erudición literaria, que confiere nuevo brillo a una naturaleza ya de por sí loable. En ella halla el hombre sabio medios para hacerse más sabio; el guerrero descubre con qué fortalecer su valor; el príncipe aprende a administrar a su pueblo con equidad; y no hay situación en la vida que no mejore gracias al glorioso conocimiento de las letras (Casiodoro, *Var.*, X, 3, según la trad. ingl. de S. Barnish, *Cassiodorus: Variae*, Liverpool, 1992).

La otra institución que daba cierta sensación de unidad de costumbres, ya que no de creencias, era la Iglesia. Tanto en Oriente como en Occidente los obispos gozaban de una autoridad y un prestigio local que eran a la vez de orden temporal y espiritual, y así sus sermones trataban indistintamente temas de uno y otro tipo; por otra parte, los santos varones y las santas mujeres, tanto si vivían en monasterios como si lo hacían por su cuenta, ocupaban una parte importante de la escena social. Además, si las manifestaciones más elevadas de la cultura pertenecían a las ciudades, muchas fuentes de este período, sobre todo las de carácter hagiográfico, nos permiten descubrir cuál era la vida en las aldeas, que probablemente no fuera muy distinta en la parte oriental y en la parte occidental del imperio. A pesar del nuevo sistema jurídico más centralizado, y de las amenazas de castigos más severos, el gobierno del Bajo Imperio probablemente no fuera más totalitario, ni la vida cotidiana más brutal de lo que lo fuera a comienzos de la época imperial. Las estructuras estatales características de los primeros tiempos del imperio siguieron hasta cierto punto vivas, y la Iglesia, principal rival del estado en la lucha por el control de la sociedad, siguió compartiendo el protagonismo con los poderes temporales. Las comunicaciones y el comercio con lugares distantes siguieron su curso, incluso tras la pérdida de las provincias de Occidente a finales del siglo V. Se trataba de una sociedad premoderna y preindustrial, como siempre, pero en Oriente —y también en muchas regiones de Occidente— seguía siendo claramente una sociedad romana; todavía no había empezado la Edad Media.

La alta cultura: literatura

Mientras se mantuvo en pie el aparato estatal y municipal, siguió siendo posible adquirir una educación clásica al viejo estilo, aunque a veces en una forma algo desvirtuada. Lo cierto es que para que funcionaran las estructuras sociales y políticas era imprescindible la existencia de una formación retórica al alcance de la población, y en Constantinopla y en los grandes centros urbanos era el propio estado el encargado de proporcionarla. Aún seguía habiendo libros, y si ahora eran caros, también lo habían sido en la época clásica. Para adquirir esa formación, basada fundamentalmente en los autores clásicos, era preciso pertenecer a una familia acomodada y, por lo general, ser varón. Así, por ejemplo, Sinesio, perteneciente a una estirpe acomodada de Cirenaica, poseía unos excelentes conocimientos de prosa, poesía y filosofía griegas. Sólo unas cuantas mujeres especialmente privilegiadas tenían acceso a estas artes; entre ellas, por ejemplo, la emperatriz Eudocia, que escribió algunas poesías en griego. La capacidad de escribir versos griegos era muy estimada; durante el siglo V aún florecieron algunos poetas en Egipto, que pusieron sus habilidades al servicio de los grandes personajes, convirtiéndose en sus panegiristas. A finales del siglo VI, un tal Dióscoro de Afrodito,

en el Alto Egipto, seguía escribiendo versos en griego de tema tradicional.⁵ Durante los siglos V y VI hubo toda una serie de autores que escribieron en griego diversas historias de corte clasicista,⁶ y aunque el enfoque de las historias de la Iglesia escritas por autores como, por ejemplo, Sócrates o Sozómeno en el siglo V, o Evagrio Escolástico a finales del VI, sea quizá algo diferente, también estos libros se componían partiendo de la base de una excelente formación retórica.⁷ La adquisición de una formación muy parecida, sólo que en latín, seguía siendo posible en Occidente. Los comentarios de Servio a la obra de Virgilio, los *Saturnalia* de Macrobio, y los nueve libros del *De nuptiis Philologiae et Mercurii*, de Marciano Capella, datan de la primera mitad del siglo V,⁸ mientras que el poeta norteafricano Draconcio compuso varios poemas bastante extensos en hexámetros durante el período vándalo, época de la cual conocemos también la colección de poemillas latinas llamada *Antología latina* y los epigramas de Luxorio.⁹ De comienzos de la época bizantina datan los panegíricos de Corippo (véase el capítulo 5), y, según parece, en el Norte de África siguió enseñándose a Virgilio — como siempre se había hecho— incluso después de la reconquista de Justiniano, al menos durante cierto tiempo. Quien quería aprender a escribir en latín como es debido lo aprendía leyendo a Virgilio: los descubrimientos papiáceos procedentes de la ciudad de Nessana, en un lugar perdido de la frontera egipcia, ponen de manifiesto que tal seguía siendo la costumbre a finales del siglo VII, mucho después de la conquista árabe. En la Italia ostrogoda, lo mismo que en cualquier otra parte, eran admiradísimas las elaboradas manifestaciones de retórica, según podemos ver por las obras de Casiodoro (véase el capítulo 2), y de numerosos obispos eruditos de Occidente, entre ellos san Ambrosio de Milán, de finales del siglo IV, Cesáreo de Arles, Avito de Vienne, Enodio de Pavía y, ya en tiempos de los merovingios, Venancio Fortunato, autores todos que recibieron su formación retórica leyendo a los clásicos. En realidad, las tensiones suscitadas, como es natural, a medida que la lengua y las formas clásicas iban recibiendo progresivamente nuevos usos, constituyen uno de los factores más productivos en la evolución de la literatura «medieval».

Pero volviendo a la literatura griega, ya hemos visto que el difícil arte de escribir epigramas clásicos en griego siguió en auge en tiempos de Justiniano, y en Gaza, Palestina, en pleno siglo VI, hubo una escuela muy activa de retóricos y poetas cristianos enormemente competentes.¹⁰ La formación retórica solía ser el prelude de la escuela de jurisprudencia, por ejemplo, en Berito (Beirut), centro de este tipo de estudios hasta que la ciudad fue destruida por un terremoto en 551. Zacarías Rétor, autor de comienzos del siglo VI, nos ha dejado un animado cuadro de lo que era la vida de un estudiante a finales del siglo V en esta ciudad y en Alejandría, donde jóvenes cristianos y paganos —entre ellos Severo, futuro patriarca de Antioquía— estudiaban juntos y en ocasiones llegaban incluso a las manos.¹¹ En Alejandría había la posibilidad de estudiar retórica y filosofía, y Severo tuvo entre sus compañeros a Paralio, pagano originario de Afrodiasias, pequeña ciudad perdida en los confines de Caria; casualmente poseemos buenos testimonios de las posibilidades de alcanzar una buena educación que tenían los hijos de las mejores familias de esta ciudad.¹²

La alta cultura: filosofía

Durante los siglos V y VI también la filosofía conoció un gran auge, sobre todo en Atenas y Alejandría, las dos principales ciudades en las que se impartía su enseñanza; hoy día sabemos mucho más de todo ello que hace algún tiempo, debido al renovado interés de los especialistas por la filosofía griega de época tardía.¹³ Muchos elementos de la tradición filosófica platónica fueron absorbidos por la doctrina cristiana y de ese modo se hicieron accesibles al gran público bajo distinto ropaje.¹⁴ Las doctrinas neoplatónicas de los siglos V y VI, sin embargo, fueron identificadas a menudo con el paganismo. Con frecuencia adoptaban una forma sumamente elitista y en ciertos sectores de la clase alta siguieron gozando de bastante predicamento; como ya hemos visto, la familia de Parolio, en Afrodisias, envió a sus hijos a estudiar a Alejandría, y una serie de importantes mosaicos de Pafos, en la isla de Chipre, y de Apamea, en Siria, sede de una floreciente escuela de filosofía, especialmente famosa por la labor desarrollada en ella por Jámblico, autor de comienzos del siglo IV, sugieren también la difusión alcanzada por las ideas neoplatónicas durante esta centuria.¹⁵ Atenas era la principal sede del neoplatonismo, versión tardía del platonismo asociada principalmente con la figura de Plotino, autor activo durante el siglo III, y en nuestro período especialmente con Proclo. Este último llegó a Atenas en 430 y consiguió la jefatura de la escuela a la temprana edad de 25 o 26 años, en 437. Siguió ostentando el cargo hasta su muerte, acontecida en 485, siendo escrita su *Biografía* por su sucesor, Marino.¹⁶

Los neoplatónicos desarrollaron su propio sistema de educación filosófica, en el que se armonizaban las doctrinas de Aristóteles y los estoicos con las de Platón, formando un plan de estudios bastante complicado. Los filósofos «aristotélicos» de la Alejandría tardorromana eran en realidad tan neoplatónicos como los de Atenas, mientras que Simplicio, uno de los más grandes filósofos atenienses de esta época, escribió a su vez una serie de interesantes comentarios en torno a las obras de Aristóteles. Pero el neoplatonismo tenía también una faceta profundamente religiosa; en realidad era considerado casi un sistema religioso. Los neoplatónicos intentaban explicar la naturaleza de lo divino y desarrollar de paso una teología científica; practicaban el ascetismo (véase el capítulo 3), la contemplación y la oración, veneraban a los dioses, y empleaban unas maneras especiales de invocarlos (la «teurgia»). Creían en la posibilidad de la revelación divina, sobre todo por medio de los llamados «Oráculos caldeos» (siglo II), que, según decían, eran revelaciones obtenidas interrogando al alma de Platón. De hecho, para Proclo y sus discípulos, Platón y sus obras habían alcanzado el *estatus* de verdaderas «Sagradas Escrituras». ¹⁷ Naturalmente esas doctrinas fueron identificadas con el paganismo, pero muchos de los grandes pensadores cristianos, como san Gregorio de Nisa o san Agustín, recibieron también un profundo influjo del neoplatonismo. Algunas obras de Platón, en especial el *Timeo* y el *Fedro*, ejercieron una gran influencia en muchos autores cristianos, incluido san Agustín, y de hecho neoplatonismo y cristianismo tenían mucho en común.¹⁸ En la Atenas del siglo V Proclo dirigió una «escuela», no tanto en el sentido arquitectónico o institucional del término —según parece, las enseñanzas de la Academia seguían impartándose de una manera bastante informal para los criterios modernos—, cuanto en el sentido más práctico de que congregaba a su alrededor a un grupo de discípulos, sobre los cuales parece que ejercía una influencia carismática y con quienes celebraba diversas formas de culto pagano, entre ellas la oración, la meditación y el cántico de

himnos, cabiendo incluso hablar de curaciones milagrosas. Cuando el padre de una niña no en vano llamada Asclepigenía, que se hallaba gravísimamente enferma, pidió a Proclo que rogara por ella,

Proclo tomó consigo al gran Pericles de Lidia, hombre que era un gran amigo de la sabiduría, y juntos se dirigieron al Asclepeon, para orar al dios y suplicarle por la niña enferma. Lo cierto es que por entonces la ciudad todavía tenía la suerte de disfrutar de la presencia del dios, y el templo del Salvador [es decir, Asclepio] todavía no había sido saqueado [sc, por los cristianos]. Y mientras Proclo oraba según el antiguo rito, se produjo un cambio repentino en el estado de la criatura, que enseguida se sintió mejor: el Salvador, por cuanto era un dios, la curó con toda facilidad (*Vida de Proclo*, 29, citada de Saffrey, pp. 261-262).¹⁹

Cuando en el año 529 prohibió Justiniano la enseñanza de la filosofía en Atenas,²⁰ se dice que los siete filósofos neoplatónicos que a la sazón se encontraban allí, dirigidos por el gran Damascio, emprendieron un viaje a Persia en busca del rey-filósofo de Platón, pues pensaban que el nuevo soberano de aquel país, Cosroes I, estaba tan interesado por la filosofía griega que había encargado varias traducciones de Platón. Si alguna vez llegaron realmente a la corte persa —esta historia tan romántica comporta algunos elementos bastantes sospechosos—, lo cierto es que enseguida se sintieron decepcionados y emprendieron el regreso, no sin antes procurarse un salvoconducto conforme al tratado de paz firmado en 533. El episodio lo recoge Agatías, *Hist*, 11, 30-31, en el contexto de una invectiva dirigida contra Cosroes y contra un tal Uranio, quien, según Agatías, había fomentado inútilmente las pretensiones filosóficas del rey. Lo cierto es que la anécdota ha dado lugar a muchas discusiones, tanto por lo que se refiere a la suerte corrida por la Academia de Atenas, como por lo que respecta al destino de los filósofos en general, sobre todo el de Simplicio, que llegó a protagonizar una violenta polémica en Alejandría con su rival Juan Filopono. Una teoría bastante reciente sostiene que pasó el resto de su vida en Harrán (Carras), en Mesopotamia, lugar famoso como sede del paganismo hasta fecha muy tardía, donde habría fundado y dirigido una escuela platónica. De ser cierta esta teoría —aparte de basarse en una serie de posibles referencias locales presentes en los comentarios de Simplicio, se funda en gran medida en una única afirmación de un autor árabe del siglo X, que acaso aluda a la presencia de filósofos platónicos en dicho lugar—, esta circunstancia habría tenido importantes consecuencias para la transmisión de la filosofía griega en el mundo islámico.²¹

Pero, para lo que a nosotros nos interesa en este momento, lo que llama la atención es la intensidad que siguieron teniendo los debates filosóficos a mediados del siglo VI. Juan Filopono, el principal filósofo de Alejandría por aquel entonces, era además cristiano. Escribió una larga serie de obras en las que atacaba las tesis de Proclo, según el cual el mundo no tenía principio, aunque sus teorías no eran lo bastante fundamentalistas para el gusto de algunos cristianos. Filopono se adhirió a una forma especial de monofisismo llamada triteísmo,²² pero era individualista y polemista, y desde luego da la sensación de que en los círculos filosóficos de Alejandría había espacio para una variedad muy considerable de puntos de vista. A diferencia de Atenas, que sucumbió a las invasiones eslavas iniciadas en 582, y donde, caso de que continuara la enseñanza de la filosofía, no tuvo la menor posibilidad de ser cultivada a una escala

ni remotamente comparable con la tradición de tiempos pretéritos, Alejandría logró sobrevivir a la legislación impuesta por Justiniano y conservar su tradición filosófica hasta la conquista árabe.

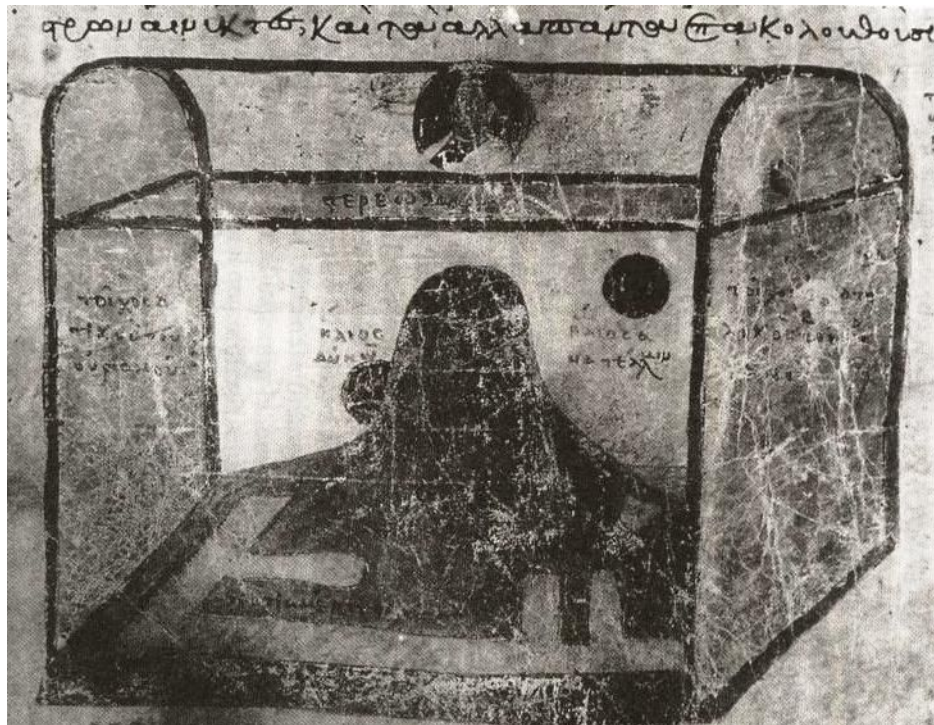


Imagen del mundo, representada sobre la del Arca de la Alianza, según un manuscrito de la *Topografía cristiana* de Cosme Indicopleustes (siglo VI).

Sociedad en transformación

Dejando a un lado la filosofía, ¿quién leía las obras literarias de estilo elevado? Pues bien, si hay algún rasgo que defina la cultura literaria de la Antigüedad tardía es su carácter clasista, más acusado incluso entonces que en épocas anteriores. Dicha literatura requería una formación muy especializada, no sólo por parte de los autores, sino también por parte de su público, y desde luego hacia el siglo VI el griego hablado por la población se diferenciaba notablemente de esta lengua literaria culta.²³ En tiempos de Heraclio (610-641), la cultura literaria tradicional estaba aún al alcance del público, al menos en Constantinopla, pero cuando las ciudades entraron en su proceso de decadencia, empezó a resultar mucho menos accesible para la mayoría de la gente, y empezó también a hacerse perceptible una seria disminución de los libros disponibles y del conocimiento de los autores clásicos, conocimiento que el imperio bizantino no volvería a recuperar hasta los siglos IX y X.²⁴ Ahora bien, mientras el sistema educativo se mantuvo en pie, siguieron produciéndose obras escritas a la manera clásica, como las mencionadas anteriormente. Se necesitaban maestros que perpetuaran el sistema, y, por otra parte, se consideraba que una buena formación en el campo de la retórica clásica constituía un requisito indispensable para acceder a la burocracia imperial y desde luego

para obtener cualquier cargo público. Esta situación se puso claramente de manifiesto a mediados del siglo IV, cuando la nueva clase gobernante de Constantino se vio en la necesidad de recibir unas cuantas clases particulares de historia de Roma,²⁵ y lo mismo ocurriría una generación o dos más tarde, cuando un rétor de provincias como Ausonio alcanzó cierta notoriedad en su calidad de prefecto del pretorio y de cónsul; del mismo modo, el poeta egipcio Claudiano se convirtió en el principal panegirista de Estilicón y Honorio. Entre las figuras literarias que alcanzaron cierta relevancia durante el siglo V destaca el historiador Olimpiodoro, originario de la Tebas de Egipto, que se califica a sí mismo «poeta de profesión» (fr. 1, Blockley); era pagano y había recibido una excelente formación en todo lo relacionado con la tradición clásica; además había viajado mucho, diferenciándose en este punto de la mayoría de sus colegas. Prisco, otro historiador griego del siglo V, caracterizado por un estilo clásico más depurado que el de Olimpiodoro, se inspiró para escribir sus obras en Heródoto y Tucídides. En 449 fue enviado en una misión diplomática a entrevistarse con Atila, rey de los hunos, y en su historia pone de manifiesto su admiración por este personaje, al tiempo que critica a Teodosio II por intentar comprarlo.²⁶ Otro personaje curioso es Ciro de Panópolis, poeta oriundo también de Egipto, que alcanzó los cargos de prefecto de la ciudad, prefecto del pretorio y cónsul en tiempos de Teodosio II, para luego, víctima de las intrigas cortesanas, ser acusado de paganismo y enviado al destierro como obispo de la pequeña ciudad frigia de Cotieo.²⁷ No obstante, la preponderancia del clasicismo y el predicamento del que gozaba en el terreno de la literatura habrían de causar sin duda alguna bastantes quebraderos de cabeza cuando se intentó adaptarlo a las condiciones de la época.²⁸ Dicho sistema venía a perpetuar —y ese era efectivamente su objetivo— unas actitudes absolutamente tradicionales; en la misma medida, imponía unas categorías fijas de pensamiento, y en particular imposibilitaba una percepción realista de las relaciones mantenidas con los pueblos bárbaros, a los que por definición se atribuía una absoluta falta de cultura.

Ahora bien, el propio sistema cultural que había creado y mantenido este tipo de literatura tan elitista empezó a cambiar rápidamente. Las consecuencias inmediatas de todo esto pueden interpretarse en sentido vertical, en términos de literatura «superior» y de literatura «popular», o en sentido horizontal, en términos de filiación religiosa. Pero ambas distinciones pueden en ocasiones resultar equívocas: de ese modo, las hagiografías cristianas unas veces son «populares», y otras comportan rasgos propios de la literatura más elevada;²⁹ análogamente, por crédulas y simples que a menudo puedan parecer las crónicas universales cristianas, que abarcan desde los tiempos de Adán a la época en que viviera su autor, debido a su aparente falta de juicio crítico, lo cierto es que como género nacieron con el gran erudito cristiano Eusebio de Cesárea, y los ejemplos de las mismas que se nos han conservado tienen más rasgos en común con la historiografía «clásica» de lo que suele pensarse.³⁰ Por último, muchísimas obras cristianas poseen un carácter marcadamente retórico, y utilizan toda la parafernalia que proporcionaba la formación clásica. El propio san Agustín, quizá el más grande autor cristiano de esta época, fue maestro de retórica, y no dudó en utilizar sus habilidades al máximo cuando se dedicó a escribir obras religiosas. Pero, como hemos visto (véase el capítulo 3), a diferencia de la mayoría de los autores clásicos, era también absolutamente consciente de cuáles eran las técnicas necesarias para dirigirse a un público inculto, y una y otra vez insiste en los problemas que plantea la conciliación de los objetivos intelectuales y retóricos con la fe religiosa. Su mayor obra, *La ciudad de*

Dios, escrita poco después del saqueo de Roma perpetrado por Alarico en 410, constituye una meditación amplificada en torno no tanto a las causas de dicho acontecimiento cuanto al lugar que ocupan el mundo y la cultura clásica en el esquema de la providencia divina.³¹ Otros autores cristianos, como Sinesio o Sidonio Apolinario, ambos antiguos terratenientes convertidos después en obispos (véase el capítulo 2), compusieron poemas de corte clasicista que a primera vista no tienen nada de cristianos.³² Pero el impacto producido por la cristianización modificó también las prácticas de lectura, especialmente desde el punto y hora en que la Biblia se puso al alcance de todo el mundo. Se desarrolló una erudición específicamente cristiana con las primeras comunidades monásticas de Occidente —por ejemplo la de la isla de Lérins—, precursoras a finales del siglo V de los grandes centros monásticos y eruditos de la Edad Media. Obispos y escritores como Paulino de Nola combinaron un saber multiseccular con una expresión cristiana, en buena parte a través de la epistolografía, que constituyó un género particularmente floreciente entre los cristianos cultos de comienzos del siglo V; se nos han conservado muchos ejemplos, que ponen de manifiesto la existencia de una densa red de intereses culturales comunes que se extendería desde la Galia e Italia al Norte de África.³³

Cristianismo y cultura popular

Durante mucho tiempo ha hallado campo abonado entre los especialistas la idea de que la literatura cristiana constituye una forma de cultura popular. Semejante teoría, sin embargo, supone una descalificación tácita de la importancia de la literatura cristiana y debemos decir que se halla estrechamente relacionada con la idea de que el Bajo Imperio fue una época caracterizada por el declive general de todas las actividades intelectuales.³⁴ Los ejemplos citados anteriormente ponen de manifiesto que no podemos aceptar sin más semejante punto de vista. Pero a diferencia de la cultura clásica, que era fundamentalmente elitista, la verdad es que el cristianismo dirigía conscientemente su llamada a todas las clases de la sociedad, incluyendo explícitamente a los esclavos y a las mujeres. Aunque la famosa frase de san Pablo, «No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús» (Gal., 3, 28), no produjo —y probablemente nunca lo pretendió— la abolición de las diferencias sociales, lo cierto es que si la ponemos en relación con otros dichos famosos de Jesús, como aquel que afirma lo difícil que para el rico es entrar en el reino de los cielos, el cristianismo trajo consigo un cambio de actitud respecto de ciertos colectivos a los que el mundo romano pagano apenas había prestado atención, y especialmente respecto de los pobres.

En último término este proceso se dejó sentir también en el terreno cultural. El hundimiento del viejo sistema cultural y educativo del mundo clásico se ha relacionado a veces con una «nueva cultura de corte popular», caracterizada por una mayor universalidad y por basarse menos en la palabra escrita y más en la forma visual y oral.³⁵ A primera vista esta teoría tiene mucho que ver con la suerte que corrieron las ciudades y las estructuras educativas tanto en Oriente como en Occidente; en cualquier caso, debemos ser muy cautos a la hora de atribuir todos esos cambios al cristianismo. Por lo pronto, el carácter de los testimonios disponibles es bastante parcial e induce a

identificar lo «pagano» y lo «clásico» con los niveles sociales más altos, mientras que algunas fuentes cristianas, como por ejemplo las vidas de los santos y la literatura monástica en particular, suelen alinearse en la dirección opuesta. En otras palabras, lo único que ocurre es que tenemos más información de los sectores más pobres de la sociedad a través de los textos cristianos que la que sobre esos mismos grupos nos suministra el mundo pagano. Si realmente existe alguna diferencia, quizá se deba a los cambios producidos en la sociedad, de los cuales el cristianismo no sería más que un ejemplo. Lo cierto es que en la literatura patrística se afirma a menudo que las pinturas sagradas son una forma de educar al vulgo inculto, y dicha circunstancia acaso confirme esa equiparación entre cultura «cristiana» y cultura «popular», por lo que se ha hecho muy habitual apelar a las «creencias populares» para justificar el incremento durante el siglo VI de los testimonios que hacen alusión a las imágenes religiosas.³⁶ El problema a este respecto es que con el icono bizantino da la sensación de que entramos en un mundo particularmente «espiritual» y poco clásico:

La imagen visual, el retrato estilizado, constituía un símbolo concentrado y potente que hablaba directamente al hombre de la calle. El hombre corriente y moliente había perdido toda afinidad con el simbolismo erudito y literario que había caracterizado la vida pública durante toda la época imperial.³⁷

Ello supone, sin embargo, confundir el síntoma con la causa; en la práctica, las clases más altas y cultivadas sentían tanto entusiasmo por los iconos, los santos y anacoretas como el pueblo llano. También sus prioridades habían variado; en otras palabras, se produjo un cambio rapidísimo del propio sistema cultural que había venido sosteniendo la cultura urbana propia de la Antigüedad clásica. Incluso los historiadores profanos de finales del siglo V y de todo el siglo VI, como por ejemplo Zósimo (que era pagano) y Procopio (que evidentemente no era un escritor «popular»), ponen de manifiesto una gran receptividad para todo lo que son milagros y demás factores religiosos y no dudan en utilizarlos para explicar los hechos históricos.³⁸

No parece, pues, que la cristianización trajera necesariamente consigo el debilitamiento de los cánones culturales de la élite, aunque es evidente que se produjo un cambio en ellos. No obstante, a finales del período que nos ocupa las estructuras sociales básicas se hallaban en muchos casos en un estado de constante transformación, sobre todo en la periferia del imperio. Podemos vislumbrar en parte esta situación en las relaciones existentes entre la lengua y la cultura local. El latín continuó siendo la lengua oficial en el campo del derecho, la administración pública y el ejército hasta mediados del siglo VI, y por consiguiente siguió utilizándose bastante, incluso en Constantinopla. En los reinos bárbaros de Occidente el latín conservó igualmente un puesto preponderante junto a las lenguas nativas, hasta acabar produciendo las lenguas romances. Pero en Oriente, no sólo se produjo una gran transformación del griego hablado, sino que el desarrollo relativamente pacífico y próspero que conoció Oriente durante el siglo V trajo consigo un incremento muy significativo de las colonias rurales y por consiguiente del número de habitantes, y además una importancia cada vez mayor de las lenguas vernáculas. Durante este período, el georgiano, el armenio y el copto pasaron a tener forma escrita, aunque el caso que mejor ilustra este fenómeno, como veremos, es el del siríaco, dialecto del arameo que en esta época se convirtió en una

lengua literaria de primer orden, utilizada sobre todo por autores cristianos. La mayor importancia concedida a las provincias y regiones fronterizas de Oriente a partir del siglo IV, junto con el cosmopolitismo de la población de toda esta zona, contribuyó a que menudearan las traducciones del griego al siríaco, sobre todo con fines prácticos. Pero enseguida empezaron a traducirse también a esta lengua numerosas obras literarias griegas, proceso que se realizó también en sentido inverso, quizá con más frecuencia de lo que suele admitirse.³⁹ A resultas de ello el siríaco adoptó numerosos préstamos lingüísticos —vocablos y locuciones— del griego; a su vez la literatura griega (nos estamos refiriendo a las obras cristianas en esta lengua) recibió el influjo de la siríaca.

En la Antigüedad tardía, Palestina constituía además el centro de contacto de las tradiciones cristiana y judía. Como hemos visto, las iglesias erigidas por Constantino en Tierra Santa aceleraron la transformación de Palestina en un activísimo centro de peregrinaciones cristianas (véase el capítulo 3). A lo largo de los siglos IV y V, la propia Jerusalén dejó de ser una colonia romana (a eso había quedado reducida tras la guerra de los judíos) para convertirse en la ciudad santa del cristianismo.⁴⁰ Pero los cristianos tuvieron también que hacer frente a la presencia de los judíos en Palestina, donde seguían viviendo; precisamente en esta región se compilaría a comienzos del período que estamos estudiando el enorme volumen de textos escritos en arameo que se denomina *Talmud* de Palestina o de Jerusalén (colección de interpretaciones rabínicas de una obra hebrea anterior, la *Misná* o Comentarios a la Ley).⁴¹ La ciudad galilea de Tiberíades fue el centro del judaísmo rabínico que produjo el Talmud, y hasta el año 429 hubo en ella una serie de patriarcas judíos que ejercían su autoridad de forma hereditaria; particular influencia ejerció uno de ellos, Gamaliel, a comienzos del siglo V. Pero la progresiva cristianización de la zona trajo consigo la hostilidad cada vez mayor hacia los judíos de ciertos autores cristianos, como, por ejemplo, san Juan Crisóstomo,⁴² y esta tendencia iría intensificándose hasta hallar su expresión definitiva en las legislaciones discriminatorias.⁴³ Los judíos de Palestina, no obstante, siguieron siendo una comunidad próspera y helenizada durante los siglos VI y VII, según demuestran los magníficos mosaicos de las sinagogas, como aquel descubierto en Gaza en el que aparece David caracterizado como Orfeo, o las numerosas representaciones de los signos del zodiaco y de Helios, como la de Hammat Tiberíades. Los judíos utilizaban en sus inscripciones y epitafios el griego y el arameo; poseemos una inscripción en arameo bastante extensa (siglo V) procedente de Rehob, en la que se recogen los preceptos talmúdicos relativos a la tierra de Israel.⁴⁴ Algunos cristianos, como por ejemplo san Jerónimo, aprendieron el hebreo; sin embargo, el propio san Jerónimo estudió las Sagradas Escrituras —de las cuales realizó una traducción al latín completamente nueva, pues la Biblia latina utilizada en su época se basaba en la traducción griega del Antiguo Testamento conocida con el nombre de los Septuaginta—, fundamentalmente con el objeto de poner en tela de juicio las interpretaciones judías.

Estos ejemplos, pese a sus limitaciones —y podría decirse lo mismo de muchas regiones de Occidente—, ponen de manifiesto que durante la época que estamos estudiando los cambios culturales fueron consecuencia de la mezcla de la población y del asentamiento de pueblos distintos en determinadas áreas, al menos en la medida en que se debieran a motivos religiosos.

Los siglos V y VI en Occidente constituyen a todas luces un ejemplo fundamental de transformación de los asentamientos, mientras que el caso de la Palestina del siglo VI, pocos años antes de que se produjeran las invasiones persa y

árabe, constituye también una prueba evidente de la yuxtaposición de grupos sociales y religiosos diversos. Pese a lo difícil que pueda resultar la tarea, las innovaciones introducidas en las investigaciones arqueológicas, que han empezado a estudiar los restos de asentamientos rústicos en determinadas zonas, constituyen la mejor forma de explicar los cambios culturales producidos en la Antigüedad tardía, y de sustituir los viejos modelos basados en las fuentes literarias o simplemente en los prejuicios de los especialistas.

Cristianismo y paganismo

Al estudiar la literatura profana de esta época resulta sumamente difícil deslindar lo que es clásico de lo que es auténticamente pagano, y lo cierto es que en el griego hablado corrientemente el término «heleno» pasó a significar «pagano».⁴⁵ Semejante distinción resultaba problemática para los propios cristianos, algunos de los cuales no tuvieron el menor empacho en lanzar ataques frontales contra la literatura griega clásica y los «helenos».⁴⁶ La actual controversia en torno a la literatura latina profana y al arte de tendencias clasicistas producido en Roma a finales del siglo IV y durante todo el siglo V responde también en parte a una simple cuestión de terminología.⁴⁷ En cuanto al proceso de cristianización de la sociedad del Bajo Imperio, se produjo en realidad mucho más despacio de lo que suele creerse. Resulta bastante difícil justipreciar la realidad de las convicciones religiosas de una sociedad a partir de unas fuentes que a menudo poseen un carácter polémico o tienden a la exageración. Rasgo habitual de la literatura cristiana es la elaboración de catálogos de cultos paganos y de toda suerte de herejías, aplicando a todos ellos la correspondiente contrapartida cristiana, de suerte que las fuentes cristianas ofrecen en general una mera caricatura del paganismo. Como ya hemos visto (véase el capítulo 3), el estado impuso la fe cristiana como religión oficial a partir del reinado de Teodosio I; la legislación imperial animó a los cristianos a lanzar sus ataques contra los templos y estatuas de los paganos, siendo en ocasiones los propios soldados quienes, cumpliendo órdenes del emperador, ejecutaron aquellos actos de violencia. No obstante, los intentos de la soldadesca de cumplir las órdenes recibidas chocaron a menudo con reacciones violentas por parte de la población, y no olvidemos que muchas veces los enfrentamientos eran también fruto de rencillas y rivalidades personales, como en el caso de los estudiantes de Alejandría en tiempos de Severo.⁴⁸ Más de un siglo después del reinado de Teodosio, Justiniano seguía promulgando leyes contra los paganos y publicando edictos en contra de los disidentes en general — herejes, maniqueos y homosexuales—, sobre todo si se dedicaban a la enseñanza.⁴⁹ Pero aunque es indudable que Justiniano llevó a cabo una decidida política procrisiana, deberíamos estudiar toda esta legislación en relación con la actitud generalmente represiva adoptada durante todo este período por el estado frente a todos los grupos minoritarios, entre ellos, por ejemplo, los judíos y los samaritanos, y resulta muy difícil dilucidar si los cargos de los que se les acusaba tenían o no en realidad carácter político. En general, podemos calibrar cuál era la situación de aquellos a quienes se les ocurría oponerse al gobierno recordando que, al comienzo de su *Historia arcana* —obra particularmente crítica con la figura del emperador—, Procopio afirma que en tiempos de Justiniano la publicación de su libro le habría costado la vida. En los procesos

incoados hacia 580 (véase el capítulo 3), el mismísimo patriarca de Antioquía fue llamado a Constantinopla y acusado de paganismo. También el gobernador de la provincia e íntimo amigo suyo, Anatolio, fue acusado de estar relacionado con los cultos paganos de Edesa, y el asunto fue complicándose con un suicidio, un asesinato y un icono tras el que se ocultaba una estatua de Apolo. Los juicios, que finalmente tuvieron lugar en Constantinopla, se vieron acompañados de diversos motines populares contra la pasividad del emperador Tiberio y el patriarca Eutiquio, a raíz de los cuales el antiguo gobernador de Siria, Anatolio, fue arrojado a las fieras y empalado en el Hipódromo, siendo finalmente su cuerpo descuartizado y devorado por los lobos (Evagrius, HE, V, 18; cf. Juan de Éfeso, HE, 111, 27-35, V, 37).⁵⁰ El reinado de Justiniano se caracterizó asimismo por un endurecimiento de la actitud de Bizancio frente a los judíos y los samaritanos, sobre todo a raíz de las grandes rebeliones de estos últimos acontecidas en 529 y 555; en el curso de la revuelta de 555 fue asesinado el procónsul de Palestina. Como cabría esperar, durante los disturbios de 579 la caza del rebelde afectó por igual a judíos, samaritanos y montañistas.

Resulta bastante difícil determinar cuánto tenían de verdad estas acusaciones. Pero si bien es cierto que el paganismo proporcionaba un pretexto sumamente útil para todo tipo de ataques personales o políticos, las fuentes sugieren que, en general, hasta fecha muy tardía hubo en Oriente muchísimas personas, pertenecientes a todos los niveles de la sociedad, que, pese a ser cristianas, conservaron numerosas creencias y prácticas de origen pagano. No todos los templos paganos, ni mucho menos, habían sido transformados en iglesias cuando Juan de Éfeso, el futuro historiador de la Iglesia, fue enviado en 542 a la parte occidental de Asia Menor en misión evangelizadora.⁵¹ En Occidente, en cambio, donde la historia siguió un curso muy distinto, parece que el paganismo ofreció menos resistencia, excepto en el campo, hecho que viene a subrayar su relación en Oriente con la tradición —todavía no interrumpida— de la educación y la cultura clásicas. Pero incluso en el campo, hubo en Occidente algunos obispos, como Cesáreo de Arles, a comienzos del siglo VI, que dieron una gran prioridad a la evangelización, actitud que demuestra que la batalla aún no había sido ganada, ni mucho menos.⁵²

Determinar el final del paganismo antiguo no es desde luego tarea fácil, teniendo en cuenta que muchas de las fuentes de las que disponemos son cristianas. No obstante, el afán de los predicadores y del gobierno por erradicar las prácticas paganas constituye un rasgo muy curioso de este período, como ponen de manifiesto san Juan Crisóstomo, en Constantinopla, a caballo entre los siglos IV y V, o las actas del concilio «in Trullo», a finales del siglo VII, que muestran aún un gran interés por el tema. Un fenómeno muy frecuente, que aparece una y otra vez en numerosos textos cristianos de muy diverso tipo, y que por tanto debió de tener su correlato en la vida real, es la tendencia a creer en el destino y, sobre todo, en la astrología; cabe suponer que, en efecto, había en aquellos tiempos una gran cantidad de población que, como ocurre en la actualidad, tenía unas creencias enormemente contradictorias, según ponen de manifiesto los relatos de curaciones efectuadas por santos milagrosos o los numerosos amuletos de esta época que se nos han conservado.⁵³ Aunque Cyril Mango está en lo cierto al afirmar que el mundo mental de Bizancio tenía más que ver con «una construcción de los apologistas cristianos y judíos elaborada durante los primeros cinco o seis siglos de la era cristiana» que con cualquier concepción de la cultura clásica propiamente dicha,⁵⁴ probablemente concede muy poco valor a la persistencia de las ideas y prácticas paganas, si bien no

tenemos por qué identificar estas últimas con las ideas llamadas «clásicas». No más fácil resulta valorar con exactitud en qué medida contribuyó la cristianización a la evolución de la Antigüedad clásica y a su transformación en el mundo medieval,⁵⁵ o, más exactamente, determinar si la cristianización fue la causa o el resultado de otros cambios acontecidos en el edificio de la sociedad.



El gran refectorio del monasterio de Martirio, en el desierto de Judea, cerca de Jerusalén. El monasterio fue construido a finales del siglo V, pero el refectorio es cien años posterior.

La vida privada

Ya hemos estudiado la difusión alcanzada por las prácticas ascéticas y la veneración de que eran objeto los santos varones y las santas mujeres cristianas (véase el capítulo 3). Aun aceptando con cierto escepticismo las cifras de monjes y ascetas egipcios que nos dan las fuentes, el número de hombres y mujeres que en el conjunto del imperio se dedicaron a la vida religiosa debía ascender en el siglo V a varios millares, y había algunos cenobios verdaderamente grandes, que albergaban a más de doscientos monjes.⁵⁶ Aunque también los paganos, y en especial los neoplatónicos, compartían los principios generales de la vida ascética, entre ellos no existían monasterios de ese estilo y los interesados en este tipo de prácticas pertenecían en general a los grupos más selectos y minoritarios de la sociedad; su número, pues, comparado con el de los cristianos, era muy limitado. Resulta asimismo muy difícil saber hasta qué punto habían penetrado los ideales de la vida monástica y ascética en la sociedad en general. Un rasgo sorprendente, en cualquier caso, es el interés por las biografías, por las vidas de determinados cristianos y, en ocasiones, también por las de algunos paganos. Pese a la idealización que las caracteriza y al hecho de inscribirse en el marco del cliché literario y religioso, estas obras vienen a subrayar el incremento de la atención prestada a la persona; por otra parte, el cristianismo primitivo ha sido considerado prueba fehaciente del nuevo interés suscitado por el individuo en general.⁵⁷ El avance de la cristianización trajo asimismo consigo un cambio en las actitudes para con los difuntos. Mientras que el derecho romano había prohibido rigurosamente la inhumación de los cadáveres dentro de los recintos urbanos, muchos cristianos empezaron a ser enterrados en el interior o en los alrededores de las grandes basílicas, como sabemos por las numerosas inscripciones sobre mosaico que dan testimonio de ello; por otra parte, muchos monasterios, por ejemplo el de Eutimio, en el desierto de Judea, contenían la tumba de su fundador y un osario para los monjes.

Los cambios sociales y religiosos tuvieron también repercusiones económicas: cuando Constantino abolió la legislación anterior, que imponía graves sanciones a los miembros de las clases superiores que decidieran quedarse solteros, el celibato pasó a constituir una opción interesante también para los ricos, aunque dicha práctica tuviera en ocasiones unas consecuencias muy serias y peligrosas para las herencias y la distribución de la riqueza. Bien conocido es el éxito obtenido por san Jerónimo en su celo por fomentar un talante extremadamente ascético entre las jóvenes de la aristocracia romana a finales del siglo IV, circunstancia que provocó un resentimiento comprensible entre los miembros de la nobleza que no habían abandonado el paganismo.⁵⁸ Sin embargo, la forma más habitual de renuncia entre los miembros de esta clase consistía en que un matrimonio, después de engendrar uno o dos hijos que aseguraran la perpetuación del linaje, decidía abstenerse de toda relación sexual y vendía sus propiedades en beneficio de la Iglesia. A comienzos del siglo V tenemos el caso de Paulino de Nola, que, junto con su mujer, dio este paso decisivo y llegó más tarde a obispo de esta ciudad de Campania; sus cartas y otras fuentes de la época nos proporcionan un testimonio detalladísimo de todo lo ocurrido; pero mucho más espectacular fue sin duda el caso de santa Melania la Joven —así llamada para diferenciarla de su abuela del mismo nombre, mujer asimismo piadosísima— y de su esposo, Piniano, que en c. 410 vendieron sus colosales propiedades contra la voluntad del padre de la muchacha, Valerio Publicola, cuando ella contaba sólo veinte años y él

apenas veinticuatro. Las posesiones de Melania y Piniano se hallaban diseminadas literalmente por todo el orbe romano:

Tras comprar varias islas, las pusieron en manos de los santos varones. Del mismo modo, adquirieron monasterios de monjes y vírgenes, y se las regalaron a los que vivían en ellos, dotando a cada lugar de una cantidad suficiente de oro. Hicieron ofrenda de sus numerosos y costosos vestidos de seda en los altares de iglesias y monasterios. Se deshicieron en su totalidad de los incontables objetos de plata que poseían, y con ellos construyeron altares y fundaron el tesoro de muchas iglesias, y realizaron muchas otras ofrendas a Dios (Clark, *Life of Melania*, p. 19).

No se trataba sólo de dar directamente a los pobres todo cuanto se tenía;⁵⁹ con todo, la simple escala a la que llegó la actitud de renuncia de las gentes resulta sorprendente. Melania, que, según se afirma, había manifestado su deseo de no casarse o de no tener relaciones sexuales, se vio obligada a ceder y tuvo dos hijos; cuando ambas criaturas murieron, siendo aún muy niños, pudo al fin prevalecer su deseo de llevar una vida de ascetismo. La joven poseía latifundios en Hispania, África, Mauritania, Britania, Numidia, Aquitania y Galia, algunos de los cuales contenían centenares de esclavos, y, según se dice, la finca que poseía en las inmediaciones de Tagaste era más grande que la propia ciudad. De este modo, el hecho de que las capas más altas de la sociedad tomaran al pie de la letra el concepto de vida ascética supuso una honda fisura en las prácticas sociales habituales hasta aquel momento y (aunque por aquel entonces buena parte de la clase senatorial seguía siendo pagana) trajo consigo un quebranto considerable de la familia y la sucesión hereditaria. Aunque carecemos de testimonios de carácter cuantitativo, el incremento del monaquismo debió también de tener sus repercusiones sobre la propia estructura de la familia; la vida monástica supuso una alternativa aceptable frente al matrimonio y desempeñó un papel fundamental de cara a la redistribución de la riqueza.⁶⁰

Menos fácil resulta sopesar hasta qué punto la actitud individual de renuncia supuso una redistribución de la riqueza en beneficio de las clases más pobres. En cualquier caso, y aun admitiendo el indudable y espectacular enriquecimiento que conoció la Iglesia institucional, el desarrollo de la costumbre cristiana de la limosna y de la beneficencia social constituye uno de los rasgos más importantes de este período; dicha práctica no se limitaba al simple reparto de limosnas, sino que se manifestaba también en la construcción y mantenimiento de establecimientos de caridad, como hospitales o asilos de ancianos. La caridad cristiana, que en cierto sentido vino a sustituir a la labor de los «evérgetas» (benefactores públicos) de época clásica —aunque en algunos casos siguió existiendo—, tenía unos objetivos y mecanismos muy distintos.⁶¹

Como sabemos por la sociedad contemporánea, los cambios producidos en el campo de las prácticas sexuales constituyen uno de los fenómenos más difíciles de juzgar con exactitud. En el mundo antiguo, para el cual carecemos en gran parte de fuentes de carácter personal, como por ejemplo cartas privadas o diarios,⁶² por no hablar de estadísticas de cualquier tipo, el problema resulta doblemente difícil. Los líos de la corte merovingia, recogidos, por ejemplo, por Gregorio de Tours, ponen de manifiesto que el cristianismo no se fijaba mucho en la moralidad reinante —cuando menos— en aquella corte, excepto acaso cuando algún obispo demasiado atrevido se decidía a tomar

cartas en el asunto. En cuanto a la sociedad en general, resulta bastante arduo saber si la aprobación unánime que se concedió al ascetismo tuvo verdaderas repercusiones en la vida sexual de la mayoría de la población. Teniendo en cuenta los numerosos sermones en los que se exhorta a los cristianos a guardar la debida continencia sexual, es lógico deducir —como ocurre con los numerosos sermones en los que se habla de la continuación de las prácticas paganas o judaicas— que en realidad mediaba un abismo entre lo que pretendía el predicador y lo que era la realidad. No obstante, sería arriesgado concluir que dichas exhortaciones no tuvieran efecto alguno, y la ingente cantidad de vidas de santos de esta época que poseemos constituyen todo un testimonio del beneplácito general concedido a este tipo de actitudes, además de proporcionar un gran número de ejemplos concretos.⁶³ Ello no significa, por supuesto, que las prácticas sexuales habituales hasta entonces cambiaran radicalmente en todos los casos, ni siquiera en la mayoría de ellos. Sólo las inscripciones pueden proporcionarnos una información estadística en torno a las dimensiones que tenía la familia en el mundo antiguo (e incluso ésta puede resultar engañosa, pues raramente disponemos de una muestra estadística lo bastante grande). Partiendo de esta base, un estudio recientemente publicado concluye que no había una diferencia notable entre las familias paganas y las cristianas. Resulta interesante constatar que entre las clases acomodadas, con capacidad para costearse importantes monumentos funerarios, el tamaño normal de la familia era comparable, según parece, al de la familia nuclear contemporánea. La Iglesia condenaba los métodos anticonceptivos con una vehemencia que parece indicar lo extendida que se hallaba su práctica, pero además de estos métodos había otros medios de reducir las dimensiones de la familia, entre ellos la venta de los niños y el infanticidio por exposición, costumbre profundamente arraigada en todo el mundo antiguo.⁶⁴

Cometeríamos un grave error si atribuyéramos un carácter demasiado romántico al matrimonio y a la vida familiar del Bajo Imperio proyectando sobre ellos prejuicios contemporáneos: para la mayoría de la gente, siguieron siendo unas relaciones injustas y básicamente desiguales, como podemos ver en el análisis del papel desempeñado por el padre que realiza san Agustín en *La Ciudad de Dios*; en él se pone sobre todo de relieve la relación de dominio que éste mantenía con los restantes miembros de la familia, empezando por su esposa (Civ. Dei, XIX, 16).⁶⁵ La esperanza de vida seguía siendo corta, sobre todo para las mujeres en edad de tener hijos, y la mortalidad infantil era muy alta, mientras que los métodos disponibles para evitar el excesivo crecimiento de la familia (no necesariamente aplicados con el consentimiento de la madre) eran crueles y dolorosos. En cuanto a los niños, siguen siendo los grandes olvidados de las fuentes antiguas, y para este período no resulta más fácil encontrar testimonios de cómo era su vida de lo que lo es para épocas anteriores. Ello no implica que individualmente la gente no se preocupara de los niños; lo único que quiere decir es que a los niños siguió concediéndoseles un papel muy escaso en la documentación escrita, hecho que de por sí resulta ya bastante significativo. Los mensajes evangélicos acerca de los niños (cf. Mt, 19, 14) tuvieron unos efectos sociales mucho menores que los que hacían referencia a los ricos y a los pobres.

Sea como fuere, y aun ateniéndonos a las opiniones menos generosas en este sentido, la cantidad de individuos y recursos que pasó del control de las familias al de la Iglesia en sus diversas formas fue considerable, y el hecho tuvo evidentemente unas repercusiones muy hondas sobre el conjunto de la sociedad. Aunque se diera el caso de que ninguno de los miembros de una determinada familia se dedicara a la vida

monástica y de que no cambiara sus hábitos sexuales lo bastante como para reducir considerablemente el nivel de procreación, es muy probable que alguno de ellos, sobre todo si se trataba de una casa lo bastante rica, realizara algún tipo de donación —en ocasiones generosísima— a la iglesia local. Más importante que los resultados prácticos de estas ideas a nivel individual fuera acaso el grado de control moral y social sobre la vida de la persona que empezó a arrogarse la Iglesia, y que se manifestó por ejemplo en las restricciones impuestas al matrimonio dentro de los grados de parentesco permitidos.⁶⁶ Es posible que la cristianización no cambiara los corazones de la gente tanto como se ha venido diciendo, pero fueron muchas y muy numerosas las formas en las que intentó controlar el aspecto externo de su vida.

Las mujeres

El cristianismo tuvo en cualquier caso como consecuencia el acceso de las mujeres a la esfera pública. Efectivamente, la mujer podía ahora viajar a Tierra Santa, fundar monasterios, aprender hebreo, decidir no casarse y quedarse soltera, o dedicarse a la vida religiosa y entablar amistad con hombres ajenos a su círculo familiar, opciones todas a las que difícilmente habrían tenido acceso en otros tiempos. Cabría recordar, en contraposición con esta nueva situación, el hecho de que los esclavos y colonos cristianos siguieron constituyendo en su inmensa mayoría la gran masa de desconocidos de la Antigüedad, a quienes ningún autor se digna dedicar ni un renglón en sus escritos. Cuando la alternativa era con toda verosimilitud una vida de penalidades o de hastío, el ascetismo ofrecía cuando menos la ilusión de una iniciativa personal. A nadie se le ocurrirá sostener que el *estatus* o la libertad de las mujeres aumentaron de forma ostensible durante este período; lo cierto desde luego es que, al ser considerada la mujer, entre otras cosas, causa y origen de la tentación carnal, buena parte de la literatura teológica de la época muestra unos tintes claramente misóginos;⁶⁷ ahora bien, nunca se realizó el menor intento de negar a las mujeres el acceso a la santidad, y en determinados ambientes se hizo posible la amistad entre hombres y mujeres, hasta un punto difícil de imaginar en la sociedad pagana.⁶⁸ Característica curiosa de la literatura cristiana del Bajo Imperio es que se comienza a prestar atención a las mujeres con una intensidad difícil de imaginar en época clásica. La vida de santa Macrina, escrita a finales del siglo IV por su hermano, Gregorio de Nisa, es una obra tan conocida que suele olvidarse lo singular que es el hecho de que su protagonista sea una mujer.⁶⁹ Al igual que los pobres, las mujeres fueron consideradas dignas de atención. Como cabría esperar, tenemos noticias sobre todo de mujeres cristianas de clase alta como santa Melania la Joven, santa Paula y sus hijas, amigas de san Jerónimo, o la diaconisa Olímpíade, amiga de san Juan Crisóstomo. Teniendo en cuenta el mal carácter de san Jerónimo, resulta enternecedor pensar que los santos Paula, Fabiola y Eustoquio fueran enterrados con él en Belén, pues se había vaticinado que

La señora Paula, que lo cuida, morirá primero, viéndose así al fin libre de su rudeza [es decir, la de san Jerónimo]. [Pues] por culpa suya ninguna persona santa quería vivir en aquel lugar. Su mal carácter habría alejado de allí incluso a su propio hermano (Paladio, *Historia lausiaca*,

XXXVI, 6-7, según la trad. ingl. de Meyer; texto citado por P. Brown, *The Body and Society*, Nueva York, 1987, p. 378).

Evidentemente este tipo de mujeres no constituían la tónica general, pero comportamientos semejantes tampoco habrían sido posibles en épocas anteriores.⁷⁰ Para la mayoría, se trataba más de una postura vital que de un verdadero cambio en su estilo de vida, pero incluso en este sentido las posibilidades se hallaban harto restringidas. Junto al aparente aumento de las oportunidades de la mujer cabe resaltar el hecho de que fuera justamente durante esta época cuando la Virgen María se convirtió en uno de los principales objetos de culto y veneración de los cristianos. Los motivos inmediatos de dicho fenómeno quizá sean de orden cristológico (véanse los capítulos 1 y 3), pero el prestigio de su culto traía aparejado un mensaje simbólico importantísimo para las mujeres: si Eva representaba el carácter pecaminoso de la mujer y su faceta corruptora, María destacaba por su pureza, demostrada por su virginidad y por su total sumisión a la voluntad divina.⁷¹ Este desarrollo del culto de la Virgen, especialmente por la época en que se celebró el concilio de Efeso (431), vino precedido por una acaloradísima defensa de la virginidad por parte de muchos padres de la Iglesia de finales del siglo IV; pese a no ser ni mucho menos un rasgo exclusivamente característico de la mujer, también esta virtud solía ejemplificarse a través de la imagen seductora tradicionalmente atribuida a la mujer.⁷² Puesto que el hombre seguía representando por entonces, lo mismo que en la mayoría de las sociedades anteriores y posteriores a aquélla, la racionalidad, mientras que la mujer venía definida en función de su identidad sexual, no es de extrañar que la adquisición de cierto grado de libertad supusiera para la mujer la negación de su sexualidad. No se trataba de un mero ideal, sino de una realidad que evidentemente se llevaba también a la práctica, como demuestran las vidas de algunas santas legendarias, como, por ejemplo, santa María Egipciaca, que ocultaban por completo su condición de mujer y se vestían de hombre, para no revelar por regla general su verdadera naturaleza hasta que no se hallaban en su lecho de muerte.⁷³

El estudio pormenorizado de las numerosas leyes referentes al matrimonio y de otras cuestiones relacionadas con las mujeres publicadas entre el reinado de Constantino y el de Justino II (565-578), pone de manifiesto que hubo una serie de elementos que permanecieron inalterables y otros que sufrieron numerosos cambios. Las mujeres siguen siendo consideradas básicamente sujetos dependientes y necesitadas en todo momento de protección; su estatus es de estricta subordinación a la figura del marido, y su acceso a la justicia está muy limitado. Las prescripciones del derecho civil romano que afectaban al individuo en cuanto tal sufrieron pocos cambios con la cristianización, y de hecho lo único que hicieron los emperadores cristianos fue ponerlas otra vez en vigor. La nueva legislación, en cambio, mostraba un gran interés por la defensa de la moralidad pública, y sobre todo por la defensa de la castidad; a partir de este momento, la mujer habría de encontrar nuevos obstáculos a la iniciación de los trámites de divorcio, y se pusieron muchas trabas a quienes pretendían contraer segundas nupcias; a partir de Constantino se aprobaron una serie de leyes que castigaban con más severidad a las mujeres que a los hombres que iniciaran un proceso injustificado de divorcio, hasta que en 548 Justiniano equiparó las penas. No obstante, incluso durante el reinado de los emperadores cristianos el matrimonio siguió siendo una cuestión civil, y no religiosa. Por otra parte, los derechos y obligaciones de las madres sobre sus hijos se vieron notablemente fortalecidos, especialmente en tiempos de Justiniano, de quien procede la

mayor parte de la legislación relacionada con estos temas, y cuyas innovaciones tenían en realidad por objeto mejorar fundamentalmente la situación jurídica de la mujer.⁷⁴ No obstante, el verdadero papel desempeñado por el cristianismo en la realización de todas estas transformaciones dista mucho, desde luego, de estar claro; es innegable que durante este período se produjeron muchos cambios en la legislación, pero el motivo de dichos cambios es harina de otro costal. El rasgo más sorprendente acaso sea sencillamente el incremento de la atención prestada en la legislación imperial a las cuestiones relacionadas con las mujeres; y este hecho resulta ya suficientemente importante de por sí.

Así pues, las vías de acceso a la vida pública de las que disponían las mujeres — y no olvidemos que sólo existían para una minoría— seguían siendo muy limitadas. Los casos de las intelectuales paganas Hipada y Atenaide, hija esta última de un filósofo ateniense y posteriormente esposa de un emperador —con el nombre de Eudocia—, tras entablar amistad con Pulquería, la piadosa hermana de Teodosio II (véase el capítulo 1), fueron igualmente excepcionales, si no más. Por otra parte, dentro ya de la esfera de la religión, tanto en el seno de la familia como en el de la vida religiosa, las mujeres alcanzaron un estatus mucho más elevado del que habían tenido hasta entonces. En este sentido —al quedar las mujeres invariablemente relegadas a la esfera de lo privado— cabría decir que la vida privada y los valores individuales gozaron en este período de una estimación y una importancia mayores. En algunos aspectos, las limitaciones a las que habían de hacer frente las mujeres, con ser ya grandes, llegaron incluso a intensificarse, pero al mismo tiempo —y el hecho resulta ya bastante singular, teniendo en cuenta el medio social en el que se produjo—, y sin olvidar en ningún momento los límites impuestos por la moral y la doctrina religiosa de la época, el fondo más íntimo de la persona no fue definido nunca como una entidad exclusivamente masculina.

En muchos aspectos fue este un período tumultuoso, en el que algunas de las barreras sociales existentes empezaron a debilitarse, cuando no fueron derribadas por completo. Uno de los rasgos más sobresalientes de esta época es a todas luces el progreso experimentado por la cristianización, que trajo consigo una serie de transformaciones sociales y el desarrollo de una ideología autoritaria.⁷⁵ Pero la fragmentación de la sociedad romana en Occidente, los asentamientos bárbaros y el posterior desarrollo de los reinos germánicos contribuyeron también a alterar las normas establecidas; otra cuestión muy distinta es, sin embargo, si dichos cambios trajeron o no consigo una mayor libertad. En el imperio de Oriente, el siglo VI —y especialmente el reinado de Justiniano— supuso todo un hito en la historia de la Bizancio de los primeros tiempos, al contar con un emperador fuerte, unos ministros poderosos y un gobierno centralizado. Al mismo tiempo, sin embargo, la violencia urbana alcanzó cotas desconocidas hasta la fecha (véase el capítulo 7), poniéndose en tela de juicio la relación existente entre el centro y la periferia. Las ambiciosas medidas adoptadas por Justiniano supusieron para el imperio —y para los sucesores de Justiniano— una serie de dificultades que más tarde, a finales del siglo VI, se pondrían sobre todo de manifiesto en las relaciones mantenidas con la poderosa potencia vecina, la Persia sasánida. Justiniano realizó una importantísima codificación de leyes y fue también un legislador de incomparable vigor, pero no logró implantar una seguridad duradera ni una armonía interna en el imperio. Como veremos en los dos capítulos sucesivos, la evidente prosperidad de ciertas zonas del imperio de Oriente durante el siglo VI no bastó para librarlo de las amenazas que se le vinieron encima.

7. LAS TRANSFORMACIONES EN LA VIDA URBANA Y EL FINAL DE LA ANTIGÜEDAD

Durante los últimos años se ha publicado un grandísimo número de obras acerca de las ciudades en la Antigüedad tardía. Y ello se debe a razones muy diversas. En primer lugar, el desarrollo de la arqueología protobizantina, como hemos señalado ya en otros contextos, constituye evidentemente un factor fundamental al respecto. Los efectos de todo este proceso han sido acumulativos: sencillamente hoy se dispone de más material y de unas técnicas más evolucionadas a la hora de evaluarlo. Esta circunstancia tiene a su vez un efecto acumulativo: cuanto más numerosos son los yacimientos bien excavados, más posibilidades hay de realizar interpretaciones fiables de los datos en cada caso en particular. En segundo lugar, a diferencia de lo que ocurre con el mundo medieval, la civilización y la alta cultura de la Antigüedad clásica, y por lo tanto también del imperio romano, se basaba en la existencia de una densa red de ciudades y centros urbanos. El final de la Antigüedad clásica, por consiguiente, significaría, al parecer, el final de las ciudades clásicas, y viceversa. En tercer lugar, hay además otro factor especial, al menos por lo que se refiere al imperio de Oriente: entre los bizantinistas que podríamos denominar más o menos de la última generación ha estado abierta una encendida polémica en torno a las siguientes cuestiones: ¿Hasta qué punto cabe hablar de desaparición de las ciudades en el imperio de Oriente durante el siglo VII? Y, por consiguiente, ¿se produjo o no una ruptura o discontinuidad más o menos total entre la Bizancio medieval y sus raíces clásicas?¹ Por último, el urbanismo y la historia urbana constituyen en su conjunto uno de los grandes objetos de interés de los estudios históricos generales. La suma de todas estas motivaciones ha contribuido a producir en los últimos años una enorme cantidad de obras sobre este tema, cuyos resultados nos disponemos a evaluar ahora.

La ciudad y el campo: panorama arqueológico

Si el mantenimiento de la cultura, del gobierno y del sistema tributario dependía en la totalidad del imperio romano en las ciudades, la proporción de la población que

trabajaba la tierra era altísima, y mayor aún era la proporción de los beneficios procedentes de la agricultura. Sólo unas pocas ciudades antiguas podían considerarse grandes con arreglo a los criterios actuales, mientras que la mayoría eran en realidad pequeñísimas. La población de Constantinopla en su momento de mayor esplendor, durante el siglo VI, quizá llegara al medio millón de habitantes; en Roma quizá vivieran más de un millón de personas en tiempos de Augusto, pero su población disminuyó considerablemente durante el Bajo Imperio y se redujo más aún en tiempos de las guerras góticas de Justiniano;² en Oriente, sólo Antioquía y Alejandría podían compararse mínimamente con ellas. Así pues, en el mundo rural vivía con diferencia la inmensa mayoría de la población y de ese modo el campo, gracias a la producción agrícola, constituía el cimiento de casi toda la riqueza del imperio. Aunque el comercio, o, mejor dicho, la producción industrial, tenía en la ecuación económica global una importancia mayor de lo que se ha pensado (véase el capítulo 4), la agricultura seguía constituyendo la base de la economía; y las ciudades en general, en vez de ser los principales centros de producción, seguían dependiendo por lo que a su bienestar económico se refiere de su *hinterland* rural.³ Además, los estudios arqueológicos y económicos más recientes han venido prestando cada vez más atención al mundo rural, en vez de atender exclusivamente a las ciudades, en parte debido a la influencia de una técnica relativamente nueva como es la prospección arqueológica, consistente no ya en realizar excavaciones, sino en recoger y registrar todos los hallazgos superficiales encontrados en una determinada zona geográfica.⁴ En las últimas décadas han venido realizándose en diversas regiones bastante alejadas entre sí una serie de prospecciones de capital importancia, caracterizadas por centrar su interés en una zona determinada y en toda clase de restos superficiales, lo cual permite cubrir un período de tiempo muy vasto y de paso distinguir los cambios diacrónicos de una forma que habría sido imposible a partir de otro tipo de evidencias. Naturalmente los testimonios obtenidos de este modo pueden proporcionar mucha más información acerca de un período que acerca de otro, aparte de que este estilo de prospecciones comporta una serie de problemas metodológicos fundamentales; no obstante, muchos de esos trabajos han aportado algunos testimonios importantísimos para el estudio de la Antigüedad tardía. Entre esos estudios cabe citar, por ejemplo, en Italia, las prospecciones realizadas en la Etruria meridional;⁵ las del valle del Guadalquivir en España, y un proyecto de fotografías aéreas de la Francia nororiental;⁶ en cuanto al Norte de África, tenemos las prospecciones de la UNESCO en los valles de Libia, así como la importantísima obra de P. Leveau acerca de Cesárea y su *hinterland*, en la moderna Argelia;⁷ en cuanto a Grecia, disponemos de estudios sobre Beocia, Melos y Metana.⁸ En el norte de Siria este campo ha venido siendo dominado por la obra pionera de G. Tchalenko, que ha atribuido la prosperidad de las grandes aldeas de los macizos de piedra caliza —puesta de manifiesto por sus imponentes monumentos arquitectónicos— al monocultivo del olivo.⁹ Más recientemente, los eruditos franceses que investigan el territorio sirio han publicado un importante estudio preliminar sobre el Hauran,¹⁰ y también se ha llevado a cabo una gran labor en la moderna Jordania y en Israel, sobre todo en las alturas del Golán y en el Néguev, donde la creación de nuevos asentamientos alcanzó su cota más alta en los últimos años de la Antigüedad.¹¹ Los estudios de este tipo centrados en Palestina y Siria revisten una especial importancia a la hora de evaluar los movimientos de población y de juzgar el estado en el que se hallaban estas regiones inmediatamente

antes de que se produjera la conquista árabe; estudiaremos con más detalle todo esto en el capítulo 8.

El verdadero alud de información procedente de estas regiones y de algunas otras —todavía se están llevando a cabo o están a punto de ser publicados muchos más trabajos de este estilo— ha abierto unas posibilidades enormemente interesantes, pero al mismo tiempo plantea grandes dificultades. Resulta tentador echar mano inmediatamente a esas informaciones con el fin de trazar un cuadro general de lo ocurrido en toda una provincia o en una vasta zona, y de hecho han sido muy frecuentes este tipo de intentos.¹² Pero los trabajos de prospección pueden conducir a resultados equívocos, y ello por motivos muy diversos; por ejemplo, debido a la auténtica dificultad que supone la identificación de algunos tipos de fragmentos y la posible intervención del azar a la hora de justificar ciertos «conjuntos» (término técnico empleado para designar todo un grupo de materiales descubiertos). La conciencia de estos peligros ha contribuido a que muchos arqueólogos intensifiquen su cautela a la hora de interpretar sus hallazgos, pero también ha incrementado las dificultades de los historiadores a la hora de utilizar las publicaciones de esos estudios de prospección. En cualquier caso resulta difícilísimo estar al día en un campo en el que los avances se producen con mucha rapidez, y todas las obras escritas sobre esta base corren el riesgo de quedar desfasadas enseguida. Resulta asimismo muy difícil tener acceso a todas estas investigaciones, que suelen estar muy desperdigadas y a menudo son publicadas en informes arqueológicos o en revistas muy poco conocidas. No obstante, las repercusiones de este tipo de estudios han sido muy grandes, sobre todo en determinadas áreas geográficas, y el hecho mismo de que se haya trabajado tanto y de que siga trabajándose sobre este tema indica que cualquier historia del período tardorromano hecha al viejo estilo resulta en la actualidad simplemente inadecuada. Una de las principales desventajas que comporta el estudio de la historia antigua ha sido siempre la escasez de los testimonios, y sobre todo la falta de fuentes documentales. La historia «total», en el sentido utilizado por la escuela de los Annales franceses, esto es, la historia que tiene en cuenta la totalidad de las estructuras duraderas subyacentes y estudia todo tipo de testimonios, materiales y textuales, no podrá aplicarse nunca al mundo antiguo, si lo comparamos con las épocas modernas o los inicios de ellas; pero las perspectivas son mejores de lo que a nadie se le habría ocurrido pronosticar.

Limitaciones y fuerza de los testimonios arqueológicos

Aunque los estudios en torno a determinadas ciudades y sus relaciones con su *hinterland* rural han significado un primer paso importantísimo,¹³ no podemos olvidar la dificultad que supone el hecho de que son todavía muy pocos los lugares para los cuales disponemos de un estudio integral de los textos y de los testimonios materiales. Por lo que se refiere a los centros urbanos, el curso de la actividad arqueológica se ve determinado por toda clase de condicionamientos, sobre todo por las dimensiones de los posteriores asentamientos. Muchas de las grandes ciudades de la Antigüedad tardía no podrán ser excavadas nunca sencillamente porque en ellas hubo algún tipo de asentamiento durante toda la Antigüedad. En los emplazamientos de este tipo, los vestigios de la ciudad tardorromana y medieval a veces son aún visibles. Por motivos

parecidos, en otros muchos casos sólo pueden excavar rincones muy pequeños de la ciudad. Tal es el caso precisamente de Constantinopla.¹⁴ Aunque ya en los años treinta empezó a excavar la zona del Gran Palacio, debemos reconstruir las sucesivas fases del trazado del edificio basándonos en gran parte en testimonios literarios. Posteriormente se excavaron el Hipódromo y sus inmediaciones, así como el emplazamiento de la gran basílica de San Polieucto, edificada a instancias de Anicia Juliana durante los primeros años del reinado de Justiniano; también se ha prestado atención a las murallas de la ciudad, aunque el hecho mismo de que gran parte de los trabajos se hayan centrado en determinadas iglesias en particular pone de manifiesto otro factor importantísimo a la hora de establecer la naturaleza de las investigaciones arqueológicas, concretamente qué es lo que determina la elección de los lugares excavados. Por lo que se refiere a la época que estamos estudiando, dicha elección ha venido dictada por el enorme interés suscitado por las iglesias bizantinas y la decoración musivaria. Por otra parte, la ciudad de Cartago constituye un excelente ejemplo de población importante de la Antigüedad tardía cuyas excavaciones se vieron favorecidas en los años setenta por la amenaza que suponía el desarrollo de la zona («arqueología de salvación»), y fueron realizadas a escala internacional por la UNESCO. Durante la época islámica, el centro de población se trasladó de Cartago a la vecina Túnez, y la antigua ciudad se encuentra hoy día en un barrio residencial de dicha capital. Como era imposible llevar a cabo la excavación sistemática de un área demasiado extensa, se asignaron a diferentes equipos procedentes de varios países determinadas zonas del antiguo complejo urbano. No obstante, ni los intereses ni las prioridades de esos equipos eran los mismos, y así algunos yacimientos han suministrado materiales muy ricos para un determinado período y no tan ricos para otro. En conjunto, sin embargo, los resultados de todos estos trabajos han sido importantísimos en muchos sentidos (véase el capítulo 4). Pero quedan aún muchas lagunas, y todavía no puede trazarse un panorama completo de lo que era la ciudad durante la Antigüedad tardía. De hecho, uno de los objetivos de los excavadores era establecer cuál era el verdadero nivel de asentamiento en determinadas zonas de la ciudad.

Así pues, los testimonios arqueológicos pueden significar en efecto un complemento de la memoria histórica y aportar nuevas informaciones de interés, que, de no ser por ellos, permanecerían ocultas. Un ejemplo espectacular de la información que pueden llegar a proporcionarnos los testimonios epigráficos lo tenemos en Afrodisias de Caria, en la Turquía suroccidental, ciudad mencionada raramente en las fuentes literarias, pero que nos ha suministrado una información increíble, gracias sobre todo a sus abundantísimas inscripciones, en torno al desarrollo urbano y a la vida ciudadana durante la Antigüedad tardía.¹⁵ Al ser además uno de los grandes centros de la escultura, producto de sus famosas canteras de mármol, nos ha proporcionado asimismo una enorme cantidad de obras escultóricas tardías, unas acabadas y otras sin acabar, importantísimas no sólo en el contexto de la propia Afrodisias, sino también por lo que se refiere a otros campos más generales, como el de la iconografía y los estilos artísticos. Algunos de estos testimonios, como por ejemplo las noticias literarias en torno a las familias de Paralio y Asclepiódoto, ya comentadas (véase el capítulo 6), nos suministran abundante información en torno a la pervivencia de la cultura pagana clásica en una ciudad de provincias; sobre todo por lo que se refiere a la curiosísima serie de bustos de filósofos de época tardía publicada recientemente.¹⁶ Por último, se conservan también numerosas inscripciones griegas procedentes de Afrodisias, gracias a

las cuales podemos estudiar el auge de las inscripciones griegas en verso, y por consiguiente la posibilidad que había en Oriente de cultivar este género literario tan especializado durante el siglo V.¹⁷ Estos son sólo algunos de los resultados de las importantes excavaciones realizadas en Afrodísias a lo largo de los últimos treinta años. En particular, las inscripciones descubiertas en este yacimiento nos proporcionan un registro prácticamente ininterrumpido de la historia de la ciudad desde que adquiriera el estatus de municipio libre federado en tiempos del Triunvirato hasta que cambió de nombre a comienzos del siglo VII, pasando de llamarse Afrodísias («Ciudad de Afrodita») a llamarse Estaurópolis («Ciudad de la Cruz»), e incluso más tarde, cuando ya no era más que una mera sombra de lo que había sido, durante los siglos VIII y IX, época para la que casi no existen fuentes, siendo reconstruida hasta cierto punto, al igual que otras muchas poblaciones bizantinas, a lo largo de los siglos X y XI. Como hemos visto, aunque Afrodísias constituye un hito importantísimo en nuestro conocimiento del paganismo en sus últimas épocas, también en esta ciudad hubo un templo que se convirtió en iglesia, probablemente durante el siglo V.¹⁸

Afrodísias constituye un ejemplo de yacimiento que ha producido una cantidad extraordinariamente rica y espectacular de restos arqueológicos, entre ellos materiales escultóricos y epigráficos de una calidad y significación asombrosas.¹⁹ Muchas de las inscripciones de época tardía no pueden ser datadas con precisión, en gran parte debido al carácter convencional de la lengua empleada en ellas y a que el estilo siguió siendo el mismo durante todo este período. No obstante, en esta ciudad, cosa por lo demás muy rara, es posible trazar un panorama bastante auténtico, aunque incompleto, de los cambios acontecidos en la vida urbana en la Antigüedad tardía. Como veremos más adelante, hay algunos otros yacimientos que, cada uno a su modo, nos ofrecen esta misma posibilidad; entre ellos cabe citar el de Éfeso, en Asia Menor, y el de Apamea de Siria.²⁰ Pero hasta los testimonios arqueológicos aparentemente claros pueden ser difíciles de interpretar. Por ejemplo, cabe la posibilidad de que no existan indicadores externos para su datación, como monedas o inscripciones, o que la datación por medio de la estratigrafía o la cerámica no sea fidedigna. En particular, los testimonios arqueológicos sólo pueden decirnos qué fue lo que ocurrió, pero no por qué ocurrió. Resulta sumamente tentador, a falta de otros indicadores más concretos, relacionar cierto tipo de testimonios arqueológicos con factores o acontecimientos históricos conocidos a través de otras fuentes. Tenemos un buen ejemplo de ello, por lo que al período objeto de nuestro estudio se refiere, en el hecho de que muchas de las fortificaciones tardorromanas existentes en los Balcanes no pueden fecharse únicamente a partir de los testimonios materiales. Pero como el *De aedificiis* de Procopio nos habla del programa general de edificaciones llevado a cabo por Justiniano en dicha zona, resulta siempre tentador ante un determinado yacimiento afirmar que es de época de Justiniano; un estudio más pormenorizado del *De aedificiis*, sin embargo, pone de manifiesto que Procopio a menudo exagera la naturaleza y el alcance del programa de construcciones llevado a cabo por Justiniano, o que no ofrece una imagen real del mismo. Algunos estudios recientes sugieren que muchas de esas construcciones bien pudieran haber sido obra de Anastasio y, como mucho, haber sido renovadas por Justiniano.²¹ Pero si bien las afirmaciones de Procopio pueden ser más o menos creíbles, algunas de ellas se ven corroboradas por otros testimonios, de suerte que no podemos desecharlas sin más y mostrarnos siempre escépticos ante ellas. Otro ejemplo de la envergadura de los problemas a los que debemos hacer frente lo tenemos en la enorme

cantidad de testimonios de terremotos acontecidos en la Antigüedad tardía y los inicios del período bizantino, pues nada más fácil que atribuir el deterioro de los vestigios materiales a un oportuno movimiento sísmico. Sin embargo, no se tiene en cuenta el hecho de que, a menos que las fuentes literarias nos den detalles concretos al respecto, por lo general no hay forma de saber la escala del terremoto en cuestión, que bien pudiera haber sido un simple temblor de tierra. En cualquier caso, como bien saben los arqueólogos, dicho tipo de relación no constituye nunca un hecho y se halla condenado a permanecer en el terreno de la mera hipótesis.²² Por último, incluso cuando tenemos constancia de la existencia de un gran terremoto, dicho fenómeno supuso en casi todos los períodos históricos un estímulo para la reconstrucción de la ciudad, con frecuencia a gran escala, como de hecho podemos ver en el caso de Antioquía durante la época que nos ocupa.

La «decadencia de las ciudades» y el fin de la Antigüedad clásica

Gracias al desarrollo de las investigaciones arqueológicas, el problema de las ciudades en la Antigüedad tardía o comienzos del período bizantino, planteado anteriormente en el plano teórico e ideológico,²³ puede replantearse ahora en términos de «transformación urbana». En una palabra, si reunimos los datos suministrados por las investigaciones arqueológicas realizadas en una serie de yacimientos diseminados por todo el Mediterráneo, el cuadro que se ofrece a nuestra vista es, según parece, un panorama general de contracción y de cambios característicos en la topografía urbana. Poseemos numerosísimos testimonios procedentes de regiones muy diversas que dan a entender que mucho antes de concluir el siglo VI venían produciéndose ya una serie de transformaciones urbanas muy significativas.²⁴ El panorama, sin embargo, dista mucho de ser uniforme y todavía están saliendo a la luz buena parte de los testimonios. No es muy verosímil que hubiera una sola causa, ni que ésta fuera demasiado simple, aunque en determinados casos sea plausible recurrir a factores locales concretos. Probablemente estemos ante una serie de cambios sociales y económicos muy profundos, que debieron de tener lugar, según parece, a lo largo de todo el mundo mediterráneo a finales de esta época. Dedicaremos el resto del capítulo a analizar el proceso con más detalle.

La naturaleza de las ciudades en la Antigüedad tardía

Por una vez será de utilidad emplear la denominación «ciudades de la Antigüedad tardía» en un sentido concreto, para referirnos a las ciudades de finales de la Edad Antigua antes de que este proceso de cambios echara seriamente raíces. El modelo sigue siendo el de la ciudad de provincias propia del Principado, con su típica arquitectura romana, sus edificios públicos, sus termas, su teatro, sus templos, su foro, sus amplias calles porticadas e incluso acaso su circo o su anfiteatro; un buen ejemplo podría ser el de Afrodiasias en su momento de mayor apogeo.²⁵ Son ciudades concebidas de cara a la vida pública y que se hallaban bien equipadas para el ocio de los ciudadanos acomodados, miembros de la clase curial, que eran asimismo benefactores de la

ciudad.²⁶ Con la llegada del siglo IV, el sostenimiento de las ciudades empezó a hacerse cada vez más difícil y disminuyó la actividad constructiva, aunque la disposición de los espacios públicos siguió siendo en buena parte la misma. En realidad, aquellas ciudades parecían una personificación de la cultura. Procopio describe en tono elogioso la fundación de una nueva ciudad en el punto en el que se produjo el desembarco de la expedición capitaneada por Belisario contra el Norte de África, y donde, según afirma este autor, brotó una fuente milagrosa que proporcionó a los expedicionarios el agua que necesitaban; la construcción de unas murallas y todos los pertrechos propios de una ciudad hizo que la población rural del atracadero adoptara un comportamiento civilizado y viviera como la gente culta: «los campesinos abandonaron sus aperos de labranza y ahora viven como gentes de ciudad, cambiando su vida rústica por la civilización» (*De aedificiis*, VI, 6, 15; cf. BV, 1, 15, 31 ss.). En otro momento Procopio menciona, entre los atributos típicos de una ciudad, los pórticos, las termas, el acueducto y las viviendas para los magistrados (*De aedificiis*, V, 2, 1-5, hablando de Helenópolis de Bitinia).²⁷ Semejante panorama resultaba ya anticuado en tiempos de Procopio. Se trataba de un estilo de vida para el que habrían sido necesarias grandes inversiones públicas y privadas, tanto para la construcción de los edificios públicos como para su mantenimiento. Comportaba asimismo una vida ociosa y cultivada, aunque sólo fuera para los ciudadanos más ricos, con un gran desarrollo de la actividad pública en el foro, en las termas y en el circo; por el contrario, en la época romana propiamente dicha lo habitual era que los templos se abrieran directamente sobre el foro, hecho que denotaba la pervivencia del paganismo,

La ciudad en transición

Justiniano levantó una ciudad de estas características en el lugar del Ilírico en el que vino al mundo, a la que puso por nombre Justiniana Prima, identificada habitualmente con Caricin Grad (a 50 km al sur de Nish); o al menos así dice Procopio, pues su relación de los hechos es a este respecto más vaga todavía que la de la fundación de la nueva ciudad de la costa norteafricana, limitándose simplemente a enumerar algunos de los elementos citados anteriormente (cf. *De aedificiis*, IV, 1, 19-27). La vida urbana en los Balcanes, sin embargo, se había visto bruscamente interrumpida por las invasiones de los hunos y los ostrogodos, y los programas de restauración y fortificación emprendidos por Anastasio y Justiniano sirvieron únicamente para paliar un poco la situación.²⁸ Pese a las afirmaciones de Procopio, parece que durante el siglo VI en todos esos asentamientos se dio en realidad muy poca vida urbana, y la construcción de edificios y los signos de civilización empezaron a desaparecer al mismo tiempo. Tal es el panorama que presenta la ciudad de Stobi, en lo que antes era Yugoslavia, y las de Nicópolis y Filipópolis, en Bulgaria.²⁹ Las cosas tampoco andaban muy bien en Grecia, donde algunas fuentes tardías dan a entender que a finales del siglo VI no pocas poblaciones, entre ellas las antiguas ciudades de Esparta, Argos o Corinto, fueron abandonadas por sus habitantes en favor de otros emplazamientos más seguros. Los testimonios arqueológicos y de otro tipo no siempre vienen a corroborar este cuadro excesivamente simple de la situación, pero parece que el modelo de establecimiento urbano fue cambiando de forma muy significativa entre

las postrimerías del siglo VI y los inicios del VII. En Corinto, la población que quedó se retiró al montículo fortificado del Acrocorinto, centro que se convirtió en todo un arquetipo de los asentamientos bizantinos en Grecia. Esta sensación de búsqueda de emplazamientos protegidos se ve reforzada en muchos lugares de la antigua Yugoslavia y de los Balcanes, donde los centros habitados fueron reduciéndose paulatinamente y la población fue agrupándose en torno a acrópolis fáciles de defender, o bien fueron abandonados en favor de este tipo de posiciones. Las primeras murallas bizantinas de Esparta, como en tantos otros lugares, incluían en su perímetro únicamente la antigua acrópolis y no el centro urbano propiamente dicho; es muy probable que los espartanos pensaran que esas murallas habían de proporcionarles un lugar en el que refugiarse ante un eventual ataque.³⁰ Así pues, esta es una de las transformaciones urbanas acontecidas, según podemos ver, en numerosos lugares, y cuya explicación más evidente es que se vio determinada por el peligro de incursiones o invasiones del enemigo. La *Crónica de Monemvasiá*, de época tardía, relaciona directamente los movimientos de población habidos en Grecia con las invasiones eslavas de 580, aunque el alcance de dichas invasiones es objeto de un vivo debate y además resulta muy difícil de determinar su fecha exacta.³¹ Según esta fuente, los habitantes de Lacedemón, la antigua Esparta, se establecieron en Monemvasiá, promontorio rocoso situado en la costa suroriental del Peloponeso, y de muy difícil acceso; la fecha exacta de la fundación de Monemvasiá, sin embargo, es sumamente oscura, y Lacedemón siguió habitada durante todo el período bizantino. El fenómeno general de los movimientos de población, cuando se produjeron de esta forma, probablemente tuviera un carácter mucho más gradual, y es posible que influyeran en él una serie de factores muy diversos, entre ellos quizá los cambios experimentados en la actividad económica.³² La propia Atenas no fue ocupada por los eslavos, pero sufrió una invasión conjunta de eslavos y avaros en 582 aproximadamente, que se pone a todas luces de manifiesto en los documentos numismáticos, y que trajo consigo la destrucción por el fuego de una parte considerable de la ciudad. Aunque fue utilizada como base de operaciones contra los eslavos por el emperador Constante II en 662-663, su reconstrucción, si es que se produjo, fue bastante «chapucera», y supuso la división de las casas en habitaciones más pequeñas y la transformación de viejos edificios nobles en molinos de aceite. Fenómenos semejantes pueden verse a menudo en las ciudades del Norte de África, y en la aldea ática de Olimpo, por ejemplo, ese tipo de reutilización de construcciones ya existentes afectó a un antiguo baptisterio.³³

Estas dos últimas particularidades, la subdivisión y la «ocupación abusiva» de antiguos grandes edificios, aparecen bajo formas diversas en muchas otras regiones. Por regla general, las grandes mansiones, que pervivieron en muchas zonas hasta bien entrado el siglo VI e incluso hasta más tarde, fueron divididas en departamentos más pequeños con el fin de albergar a diversas familias, y a menudo provistas de suelos de adobe que vinieron a cubrir o a sustituir los extraordinarios pavimentos de mosaico propios de las casas nobles. Esta situación puede verse con toda claridad en Cartago, donde tenemos una gran casa con peristilo —esto es, edificada al estilo clásico en torno a un patio central— del «sector Michigan», que fue dividida hacia el siglo VII en numerosas viviendas más modestas, y donde conocemos otras subdivisiones del mismo tipo en otras edificaciones de los sectores canadiense y británico. En Apamea, algunas casas con peristilo fueron restauradas tras la toma de la ciudad por los persas en 573, y al parecer se mantuvieron intactas hasta la conquista árabe.³⁴ En otros sitios, en cambio,

la «ocupación abusiva», unas veces por inquilinos pobres o, más habitualmente, por pequeños comerciantes y artesanos, se produce a menudo en antiguos lugares públicos, como por ejemplo el foro tardorromano o, como en el caso de Anemurium, en la Turquía meridional, en el emplazamiento de la antigua palestra.³⁵ En esta última ciudad la nueva utilización de las viejas construcciones empezó en época muy temprana, tras el desmantelamiento de la población a raíz de las invasiones persas del siglo III, y, según parece, toda la comarca conoció un auge especial de las actividades artesanales; hacia finales del siglo VI y comienzos del VII, sin embargo, habían dejado de funcionar el resto de los servicios urbanos, como por ejemplo las termas o los acueductos. Particularmente curioso es el ejemplo de «ocupación abusiva» que encontramos en Sbeitla, en la actual Tunicia, donde se ha descubierto un molino de aceite, quizá del siglo VII, justo en medio de lo que en otros tiempos fuera la calle principal de la ciudad.

La presencia de enterramientos en zonas céntricas de la población, e incluso en el emplazamiento de antiguas mansiones nobles o de edificios públicos, constituye otro rasgo común de Cartago con otros yacimientos norteafricanos de esta misma época, lo cual indica que se produjo un cambio fundamental en la actitud de la gente respecto del espacio urbano. Resulta tentador apelar a conceptos tales como el de penuria económica, «intrusión», o —allí donde disponemos de algún tipo de testimonio literario que respalde la hipótesis, como, por ejemplo, en Cartago— influjo de los refugiados de las invasiones procedentes de otras regiones. Quizá también fueran importantes los factores locales, como en Luni, cerca de La Spezia, en la costa occidental de Italia, donde la decadencia del comercio del mármol procedente de la vecina Carrara debió dejarse sentir en toda la ciudad, y donde, en efecto, podemos observar una clara decadencia de la riqueza material a partir, cuando menos, del siglo VI, si bien el centro urbano siguió existiendo como tal hasta bien entrado el siglo VII. Las condiciones locales podían variar mucho de un sitio a otro: algunas de las principales ciudades de Asia Menor, como por ejemplo Sardes o Éfeso, que conocieron un período de prosperidad y expansión en la Antigüedad tardía, mantuvieron, según parece, una vida cívica típicamente tardorromana hasta que se produjeron las invasiones persas de comienzos del siglo VII.³⁶ Pero los fenómenos de ocupación abusiva y de cambio en la utilización de las construcciones se encuentran tan difundidos, aunque con frecuencia se adviertan variantes de tipo local, que, a todas luces, debió de producirse un proceso generalizado de transformación urbana, y no podemos limitarnos a relacionar estos hechos únicamente con causas concretas como las epidemias de peste (véanse las pp. 125 y 177) o las invasiones, sino también con factores de orden administrativo y económico en general, sobre todo con la relación existente entre las ciudades de provincia y la administración central. Antioquía, en Siria, por ejemplo, la segunda ciudad del imperio de Oriente, sufrió a mediados del siglo VI los embates de una peste, un terremoto y una invasión de los persas, seguida de la deportación a Persia de muchos de sus habitantes, por no hablar de las invasiones del siglo VII y de la ulterior conquista árabe. Algunas de las circunstancias por las que pasó Antioquía pueden ser parangonadas con las de otras ciudades de Oriente, por ejemplo, Laodicea o Damasco, cuya característica más destacada quizá sea la instalación abusiva en las calles porticadas de época tardía de pequeños comercios o talleres de artesanos, fenómeno que resultaría tentador considerar el prototipo de los zocos medievales.³⁷ Por lo que a esta parte del imperio se refiere, se suscita inmediatamente la cuestión de saber cuánto debe a la conquista islámica este desarrollo típicamente «medieval». En el capítulo 8

seguiremos estudiando las provincias orientales; por lo que a este fenómeno se refiere, sin embargo, cada vez está más claro que forma parte de un proceso general en curso ya en una zona geográfica bastante más extensa, por mucha influencia que queramos atribuir a las variables de carácter local.



Molino de aceite en medio de una de las antiguas calles principales de Sbeitla, Tunicia, probablemente del siglo VII.

Interpretación de las transformaciones urbanas

Como sugeríamos anteriormente, los testimonios arqueológicos son a menudo difíciles de interpretar y, en particular, resulta muy complicado relacionarlos directamente con los acontecimientos históricos concretos. En algunos casos, sin embargo, como en el de la construcción de calles en Cesárea, en Palestina, los trabajos realizados a finales del siglo VI eran todavía muy importantes, y es indudable que el programa de edificaciones públicas llevado a cabo por Justiniano trajo consigo la ejecución de unas cuantas obras espectaculares, como por ejemplo la erección de la Néa, la gran basílica de Jerusalén, que aparece en un plano de la ciudad sobre mosaico confeccionado en el siglo VI y hallado en Madaba, en Jordania. En este caso, las excavaciones han venido a corroborar de forma espectacular e inesperada la exactitud de la descripción de Procopio (*De aedificiis*, V, 6, 1).³⁸ También en otras muchas ciudades del Oriente Próximo se llevó a cabo desde mediados del siglo VI una gran labor constructora, entre ellas, por ejemplo, Gerasa (Jerash), en Transjordania; y

algunos magníficos pavimentos de mosaico procedentes de las iglesias de esta zona pueden datarse incluso en los siglos VII y VIII.³⁹

Desde luego no resulta fácil compaginar unos argumentos con otros, todo depende en parte de los indicadores que se utilicen: Whittow, por ejemplo, defiende la prosperidad de Edesa (la moderna Urfa, en la Turquía sudoriental) durante el siglo VI basándose en las enormes cantidades de dinero pagadas a Cosroes I en 540 y 544 (véase el capítulo 5), y en la abundancia de plata que había en la ciudad cuando fue capturada por los persas en 609.⁴⁰ Pero un estudio de los modelos de asentamiento de colonos en la región nos proporciona un excelente medio de verificación, gracias al cual podemos constatar que así como entre los siglos IV y VI la densidad de los asentamientos alcanzó unas cotas sin precedentes, a partir del siglo VII se produjo un dramático descenso en la ocupación de la zona.⁴¹ Este hecho debería prevenirnos no sólo contra la tentación de separar la historia de las ciudades de la de los asentamientos de colonos, sino también contra la tendencia a fiarnos demasiado en un solo tipo de testimonio. Edesa siguió siendo, en efecto, un centro urbano de importancia durante el período musulmán, hasta la restauración bizantina del siglo X, pero la cantidad de plata que poseía en el siglo VI no nos dice gran cosa ni sobre la distribución de la riqueza en general ni sobre el urbanismo en cuanto tal; además, los testimonios que parecen insinuar cierto estado de «decadencia» a menudo pueden ser en realidad un indicio de movimientos de población debidos a motivos muy distintos. Según parece, se produjeron reajustes bastante complejos en numerosas regiones, que afectaron tanto a los establecimientos rurales como a los urbanos, y a las relaciones existentes entre unos y otros. Además existen numerosas lagunas en nuestros conocimientos, fruto no sólo de los contratiempos ocurridos durante las excavaciones, sino también de la falta de determinados tipos de testimonio. Debido a factores locales específicos de algunos asentamientos, es posible que apenas hayan quedado vestigios de una determinada fase de una ciudad de cuya prosperidad tenemos por otro lado constancia. Tal es el caso del asentamiento romano del tell central de Pella (Fihl), en Jordania, destruido en gran parte por las numerosas construcciones romanas de época posterior.⁴² A veces ciertas informaciones de carácter incidental suministradas por algunas fuentes literarias especialmente buenas, como, por ejemplo, la *Vida de Simeón el Loco* (acerca de Emesa/Homs durante el siglo VII, aunque haga referencia al VI),⁴³ los *Milagros de san Demetrio* (comienzos del siglo VII, acerca de Tesalónica),⁴⁴ o la *Vida y milagros de Teodoro Tirón* (siglo VIII, sobre Eucaita, en el Helesponto),⁴⁵ vienen a desmentir toda una teoría general de la decadencia de las ciudades. Pero en ningún momento debemos olvidar el hecho de que el panorama está cambiando literalmente en todo momento a medida que salen a la luz nuevos testimonios, por lo que las teorías deben ser sometidas a constante revisión. Todavía siguen realizándose excavaciones en muchos yacimientos importantes, y a menudo los trabajos más recientes vienen a subvertir los resultados de los anteriores; en este sentido es muy ilustrativo el caso del yacimiento de Pella. Por último, hasta hace muy poco no han empezado a ponerse de acuerdo los especialistas para establecer una tipología fiable de la cerámica del Oriente Próximo. Pero también a este respecto da la sensación de que hay muchas más diferencias regionales de las que se creía, sobre todo en las provincias orientales.

Aun dentro de estas limitaciones, cualquier generalización que pueda hacerse será siempre desde luego muy cuestionable, y mucho más si afecta a todo el ámbito del Mediterráneo. No obstante, podemos apuntar algunas de las causas de esos cambios.

Una de ellas sería la peste que asoló Constantinopla y Asia Menor a mediados del siglo VI y que en sucesivas oleadas siguió cebándose en la población de Siria durante todo el siglo VII. Sus efectos son muy difíciles de cuantificar (véase el capítulo 5), pero cuesta trabajo no creer que la peste constituyera un factor determinante en la decadencia de las ciudades del Oriente Próximo, que conocieron una época de opulencia en la primera mitad del siglo VI. Como no disponemos de documentación epigráfica o papirológica que nos suministre un testimonio fiable de las cotas alcanzadas por la mortalidad de la población, y sólo cabe establecer una relación muy general entre el declive de los asentamientos tanto urbanos como rurales y la peste, resulta bastante peligroso utilizar, a falta de otros testimonios, la peste de 542 como fecha de referencia. Por otra parte, debemos asimismo andar con pies de plomo al juzgar los argumentos que intentan atenuar sus efectos por lo que se refiere a determinados lugares.⁴⁶ El valor que los historiadores están dispuestos a conceder a las pestes de los siglos VI y VII varía mucho de un erudito a otro. Lo cierto es que, según parece, es esta la primera aparición de la peste bubónica en Europa; por consiguiente, sus efectos debieron de ser a todas luces mucho mayores que los de las enfermedades que habitualmente asolaban las ciudades antiguas. Las fuentes literarias ofrecen un solo ejemplo, aparte de las tres grandes descripciones de la epidemia que se nos han conservado, en el cual vemos que los monjes del monasterio de Caritón, en Judea, al ver su cenobio afectado por la peste, acudieron en masa a pedir ayuda al anciano anacoreta Ciríaco, santo varón que residía en Sousakim, y se lo llevaron a vivir a una gruta vecina.⁴⁷ Según las fuentes literarias, el siglo VI conoció asimismo un alto número de movimientos sísmicos, con los cuales cabe poner en relación de manera bastante plausible en algunos casos los restos materiales conservados.⁴⁸ Pero esta circunstancia puede atribuirse también al número cada vez mayor de terremotos citados por los autores cristianos, más interesados en ponerlos de relieve como señal de la ira de Dios que en registrar su número real. Podrían aducirse asimismo otros factores externos que explicaran la disminución de la prosperidad de determinadas zonas, como la retirada a comienzos del siglo VI de las fuerzas militares acantonadas en el sureste de Palestina y en Arabia, que trajo como consecuencia la dependencia de las tribus árabes aliadas; la retirada de las guarniciones supondría en el futuro un descenso de la demanda económica en la región, así como un empobrecimiento de las vías de comunicación y de las comunicaciones mismas.⁴⁹

Por último, ¿qué papel desempeñó la cristianización —si es que desempeñó alguno— en el rechazo de la vida civil propia de la Antigüedad clásica, con sus termas, sus templos y sus diversiones públicas? Una vez más la solución al dilema no es simple. Los obispos lanzaban invectivas contra los juegos y el teatro, y había incluso algunos que se oponían a la existencia de baños públicos aduciendo criterios morales. Los grandes templos fueron paulatinamente cayendo en desuso —aunque no en todas partes y no siempre sin las protestas de la población—, convirtiéndose a menudo en iglesias. Muchas ciudades de tamaño medio llegaron en el siglo VI a contar con iglesias mucho más grandes de lo que su población habría necesitado, que a menudo seguían siendo ampliadas y reformadas cuando ya habían dejado de realizarse otro tipo de edificaciones públicas, fenómeno que queda aparatosamente de manifiesto en las grandes basílicas de Sbeitla, en el Norte de África. La Iglesia y algunos obispos en particular fueron asumiendo gradualmente mayor responsabilidad en lo concerniente al bienestar social de sus comunidades, no sólo mediante la distribución de limosnas y el mantenimiento de los asilos, sino también almacenando alimentos y repartiéndolos en épocas de

hambruna, rasgo que había sido característico de la vida urbana durante toda la Antigüedad. Eutiquio, patriarca de Constantinopla del siglo VI, realizó este servicio en beneficio de la población de Amasea durante los años que pasó en el exilio, y a comienzos del siglo VII, un patriarca de Alejandría llamado Juan el Limosnero se ganó este epíteto por su munificencia y filantropía para con la ciudad. También algunos monjes y santos varones desempeñaron un papel semejante: según una anécdota que se cuenta de san Nicolás de Sión, cerca de Mira, en Licia, cuando en el siglo VI la peste asoló la metrópoli de Mira, se sospechó que Nicolás había avisado a los labradores de las inmediaciones que no acudieran a la ciudad a vender sus mercancías por miedo al contagio. El gobernador y los magistrados de la ciudad mandaron al santo salir de su monasterio; por el camino, Nicolás pasó por diversas aldeas, donde mató varios bueyes y se llevó consigo pan y vino para dar de comer a los habitantes de la ciudad.⁵⁰ Pero si la cristianización trajo consigo un cambio muy significativo de los fundamentos de la vida en el campo y en las ciudades, no fue directamente el cristianismo quien provocó la transformación de la vida urbana. Lo cierto es que, al estimular la construcción de iglesias por un lado y al influir en los usos sociales por otro, fue uno —entre otros muchos— de los factores que contribuyeron a socavar y transformar la topografía urbana heredada del Alto Imperio.⁵¹ Sin embargo, la cuestión puede plantearse también de un modo más tajante, aludiendo al papel económico desempeñado por la Iglesia, y en particular a la versátil relación económica existente entre las autoridades civiles y las eclesiásticas, que trajo consigo, más o menos a finales del siglo VI, el paso de muchas riquezas a manos de la Iglesia. Como consecuencia de todo ello, los agentes de ésta, en especial los obispos, asumieron el papel de proveedores y distribuidores de la riqueza, que anteriormente habían desempeñado las autoridades civiles. Y como el papel de las ciudades dentro del imperio se había identificado siempre con el mundo de las finanzas —actividad cambiaria, circulación de dinero, recaudación de impuestos—, este cambio habría de tener necesariamente unas consecuencias muy importantes para el futuro de las ciudades.⁵²

Economía y administración de las ciudades protobizantinas

Desde comienzos del siglo IV, los curiales, esto es, los habitantes más ricos de las ciudades sobre quienes recaía la administración municipal, llevaban quejándose amargamente de las cargas cada vez más pesadas que debían soportar (véase el capítulo 4). Tanto el coro de lamentaciones como el tema de las mismas venían de mucho tiempo atrás, y aquellos autores que, como el emperador Juliano, el orador Libanio, o los historiadores Amiano Marcelino o, en fecha más tardía, Procopio, se veían a sí mismos como defensores de los valores tradicionales, asumieron invariablemente la causa de las ciudades, cuyo futuro consideraban seriamente amenazado. Y sus temores tenían bastante fundamento. Es evidente que la presión ejercida por el gobierno sobre la clase de los curiales, que constituía un importante objetivo de cara al incremento de sus ingresos fiscales o al menos de cara a asegurar la recaudación de los impuestos, aumentó considerablemente con el paso del tiempo.

Los propios consejos municipales tuvieron que hacer frente a graves dificultades financieras, sobre todo los que debían atender al mantenimiento de grandes edificios. A

muchos les costaba trabajo contar entre sus miembros con hombres que cumplieran los requisitos censitarios exigidos para ser curial.⁵³ Pero las ciudades mostraron una obstinada tendencia a sobrevivir, y doscientos años después de ser promulgadas las leyes de Constantino sobre los decuriones/curiales, la mayoría de ellas se hallaban todavía en un estado bastante presentable, mientras que otras tenían incluso una mayor densidad de población y gozaban de una prosperidad desconocida hasta entonces (véase el capítulo 8). Los testimonios de los oradores y legisladores, si se toman al pie de la letra, pueden resultar equívocos.

Sin embargo, el estilo de vida que durante tanto tiempo había caracterizado a las ciudades comenzó a todas luces a experimentar una transformación hacia finales del período que nos ocupa, y tanto si somos partidarios de la idea de interrupción de la vida urbana como si defendemos su continuidad, es evidente que ésta sufrió un quebranto considerable en los años sucesivos. Aparte de los factores de carácter general, como, por ejemplo, las invasiones, la inseguridad, el aumento de los gastos militares del gobierno central, la peste, etc., hubo otras causas más profundas que lo propiciaron. Ya hemos mencionado una de ellas, concretamente el paso gradual a manos de la Iglesia de los recursos que hasta entonces había manejado la administración municipal al viejo estilo. Otra de esas causas tiene que ver con los cambios más duraderos producidos en el campo de la administración. Debemos explicar ahora las repercusiones prácticas de ambas.

En primer lugar, examinaremos la cuestión de la administración, que se halla relacionada con la situación por la que atravesaba el estado, sobre todo al final del período que nos ocupa, y que tiene también repercusiones económicas. El papel desempeñado por la administración imperial en los asuntos municipales había ido mostrando una tendencia a incrementarse ya desde los inicios de la época imperial, tendencia que se vio favorecida a medida que resultaba más difícil recaudar los impuestos entre las élites urbanas. Así pues, fueron las necesidades tributarias del estado las responsables de que se hiciera imprescindible el nombramiento de unos funcionarios del fisco imperial en las ciudades, al tiempo que los infortunados curiales se veían obligados a cumplir las leyes promulgadas una y otra vez con el fin de prohibirles eludir sus responsabilidades. Hacia el siglo VI los gobernadores provinciales habían alcanzado a nivel local una autoridad mayor, si cabe, a expensas de los consejeros municipales, y pese a los intentos de invertir el proceso llevado a cabo por los emperadores, los consejos municipales se hallaban gravísimamente postrados. En la práctica, sus asuntos eran tramitados por un funcionario llamado «padre» de la ciudad, curiosamente elegido no por el consejo, sino por un grupo selecto de personas del que formaban parte no sólo los curiales y terratenientes de la localidad, sino también el obispo y el clero. Juan Lido y Evagrio, autores de mediados y finales del siglo VI respectivamente, dan a entender que los consejos municipales (*curiae*) habían dejado ya de funcionar. Pero curiosamente en las ciudades romanas que siguieron funcionando en Occidente después de las invasiones e incluso tras la formación de los reinos bárbaros, se conservaron las viejas costumbres y los curiales siguieron siendo responsables de la recaudación de impuestos.⁵⁴

Resulta sumamente difícil evaluar las repercusiones de todos estos cambios en cada caso en particular. Como señala Jones, la pérdida de la autonomía municipal a raíz de la decadencia de las curias no implica necesariamente una disminución de la población.⁵⁵ No obstante, como demuestra la intensificación del aprovechamiento de los

terrenos situados al borde del desierto, en Oriente se produjo un aumento general de la población, circunstancia que debió de agravar los problemas municipales, pues el incremento del número de ciudadanos pobres debió de traer consigo numerosos problemas económicos y de otro tipo.⁵⁶ Las reacciones debieron, sin embargo, de ser muy distintas en cada caso, y en consecuencia algunos curiales habrían logrado escapar a su suerte entrando a servir en el funcionariado imperial o convirtiéndose en senadores (estatus ambos que les eximían de sus obligaciones fiscales), mientras que otros habrían sorteado los imperativos legales trasladándose a vivir a las villas que poseían en el campo. Otros, en cambio, entrarían a formar parte del clero, proceso que los emperadores intentaron también frenar, mientras que otros, aunque no fueran muchos, se habrían dedicado a la vida ascética y habrían renunciado a sus propiedades. Quizá una consecuencia de todo ello fuera su sustitución por otros personajes menos pudientes, de forma que el orden curial fue empobreciéndose progresivamente.⁵⁷ El mantenimiento del orden curial dependía también de que siguiera existiendo el sistema educativo tradicional. También este campo, como hemos visto, fue blanco de los ataques de la legislación imperial, que prohibía a paganos y herejes impartir sus enseñanzas, e indudablemente debió de verse socavado por el gradual proceso de cristianización. En conjunto, todos estos cambios habrían de contribuir a socavar los tradicionales recursos financieros y humanos de las ciudades, aparte de que supusieron una transformación muy significativa en el personal encargado de decidir el modo en que debía ser gobernada cada ciudad en particular. Si los recursos salen de otras fuentes —del obispo, por ejemplo—, la ciudad quizá no se empobrezca, pero es muy probable que su sustancia básica se transforme. El problema de la «decadencia» de las ciudades a menudo se plantea en términos de decadencia del orden curial; sin embargo, más correcto sería formular la cuestión centrándonos en los efectos ineludibles que sobre las actitudes y costumbres ciudadanas habrían tenido a largo plazo estos cambios introducidos en el personal encargado de la administración municipal. La «decadencia» de las ciudades no es fruto necesariamente de la decadencia del orden curial; lo que ocurre sencillamente es que si los gobiernos municipales cambian de un modo significativo, las ciudades dejarán de ser lo que eran. En las provincias de Oriente, el siglo VII conoció en rápida sucesión los severos efectos de las invasiones persas, seguidas inmediatamente de las conquistas árabes, que sustrajeron a Bizancio una parte importante de su territorio. Esta misma época conoció también el inicio de una alteración mucho más drástica y fundamental del sistema administrativo bizantino en general, transformación de la que en último término habría de salir una nueva clase gobernante, así como una organización militar de base rural. Evidentemente todos estos cambios quedan fuera de nuestro actual punto de mira, pero nos obligan a reconocer el hecho de que, exista o no «continuidad» entre una y otra, lo más probable es que la ciudad bizantina fuera en general muy distinta de la ciudad tardorromana, y debemos admitir que la mejor manera de interpretar los cambios introducidos en las ciudades a finales del siglo VI es situarlos precisamente en este contexto a largo plazo.⁵⁸

Al igual que la «fuga de curiales», el paso de la riqueza a manos de la Iglesia fue un proceso que se desarrolló a diversos niveles. El destacado lugar que otorga Jones al clero y a los monjes entre sus famosas «bocas ociosas», que supusieron una verdadera sangría para el estado romano durante el Bajo Imperio, se considera hoy día que responde a un enfoque demasiado tosco y positivista. Su teoría, no obstante, apunta a la existencia de una serie de cambios más sustanciales, pero también más complejos, entre

los cuales el ingreso de algunos individuos en el clero o en la vida monástica (las «bocas ociosas») constituye únicamente la punta del iceberg. Debemos señalar asimismo el papel cada vez más importante desempeñado por los obispos y el clero, incluidos los *chorepiscopi* (obispos rurales), tanto en los asuntos urbanos como en los rurales, y también en las negociaciones mantenidas con el gobernador provincial; este rasgo resulta ya evidente en las cartas escritas en el siglo V por Teodoreto de Cirro, ciudad de la Siria septentrional, donde, al parecer, abundaban más las aldeas que las ciudades, mientras que en la Alejandría del siglo VII, el patriarca Juan el Limosnero se ocupaba de asuntos relacionados con el comercio y la política fiscal. Está luego la cuestión de la cantidad y la magnitud de los legados y donaciones efectuadas a las iglesias, como ponen curiosamente de manifiesto los riquísimos tesoros de plata de las pequeñas iglesias de Siria, que no constituyen tanto un indicio de la prosperidad de la región cuanto una prueba de una situación económica en la que la balanza iba decantándose inexorablemente del lado de la Iglesia.⁵⁹ No es una cuestión de aumento de la riqueza, sino de redistribución de la misma; en otras palabras, el excedente, si es que lo hay, pasa a gastarse de distinta manera. Si dicha situación coincide, como parece ser el caso en determinadas regiones y en determinadas épocas, con una disminución efectiva de los recursos, podríamos hablar con toda razón de decadencia. Pero lo más importante es que las ciudades empiezan a mostrar un aspecto distinto porque las prioridades de quienes las dirigen han cambiado.

No debería sorprendernos, por tanto, que los ricos testimonios epigráficos del período anterior vayan disminuyendo en favor de las inscripciones funerarias cristianas, que, en comparación, decepcionan bastante por su brevedad, o sean reemplazados por fuentes hagiográficas que adoptan la forma de vidas o colecciones de milagros de santos locales. Aunque todo este material suele despertar entre los historiadores no pocas sospechas —y con razón—, debido a su evidente carácter tendencioso y su propensión a las exageraciones más convencionales, lo cierto es que refleja claramente el cambio de punto de vista introducido. Para este período crucial algunas ciudades nos proporcionan muchos testimonios de este estilo, que demuestran no sólo que seguían siendo centros muy vivos, sino algo más importante, a saber, cómo se articulaba en aquellos momentos la vida urbana en ellas. Ya hemos mencionado una o dos de esas ciudades, como, por ejemplo, Tesalónica, a comienzos del siglo VII, conocida por los *Milagros de san Demetrio*, obra escrita por el obispo de la ciudad poco después de 610; otros incluyen a Seleucia de Cilicia, o Anastasiópolis de Galacia a finales del siglo VI, conocidas por la *Vida de san Teodoro de Siceon*.⁶⁰ Aun con todas las lógicas reservas que podamos tener ante ellos y las sospechas de tendenciosidad y exageración retórica que puedan inspirar, el panorama que muestran estos textos y otros semejantes es el de una vida urbana no menos animada, pero muy diferente en su tipología y en su imagen de la que asociamos con la ciudad tardorromana típica de la primera mitad del período que nos ocupa, que aún conservaba su orgullo municipal, sus espacios públicos, sus grandes edificios y su autonomía cívica. Los tiempos habían cambiado. Se han comparado las ciudades de la Antigüedad tardía con las poblaciones industriales en decadencia de la Gran Bretaña actual.⁶¹ Como ocurre con todas las comparaciones de este estilo, las diferencias son muy numerosas, y ésta en concreto acaso dé a entender un cambio mayor de la base económica de lo que en realidad es lícito postular. Aunque también pone de manifiesto con toda claridad el cambio fundamental de mentalidades que había tenido lugar.



La ciudad de Escitópolis (Bet Shean), donde nació el monje Cirilo de Escitópolis, autor de numerosas vidas de santos (siglo VI). Escitópolis siguió siendo una ciudad próspera durante todo el siglo VII y buena parte del VIII.

La violencia urbana

Estas ciudades podían en ocasiones ser lugares muy tumultuosos. Ya hemos visto los alborotos que se produjeron en el contexto de las disensiones religiosas, sobre todo en centros urbanos especialmente violentos como Alejandría. Cuando se daba el orden de destruir un templo o de convertirlo en iglesia, los obispos solían ser los encargados de allanar el camino azuzando los sentimientos de las masas; por otra parte, vemos cómo las autoridades imperiales intentan calmar los ánimos. En el año 400 el emperador Arcadio escribía una carta al entusiasta obispo de Gaza, Porfirio, recordándole que la ciudad estaba tan llena de contribuyentes como de estatuas paganas.⁶² Los motines eran moneda corriente en la Constantinopla de los siglos V y VI, y en el episodio más grave de los acontecidos, la denominada rebelión de Nika del año 532 (véase el capítulo 5), el propio emperador estuvo a punto de salir huyendo, y los disturbios sólo pudieron ser sofocados a costa de numerosas vidas humanas, tras la intervención de las tropas imperiales al mando de Belisario. El desencadenante del suceso fue, al parecer, la ejecución de unos criminales pertenecientes a las facciones del circo, los Verdes y los Azules, pero las iras se volvieron inmediatamente contra los ministros más impopulares de Justiniano, especialmente contra el prefecto del pretorio, Juan de Capadocia, que no tardó en ser sustituido por el emperador. Durante la revuelta, el centro de la ciudad fue en buena parte destruido por los incendios, incluida la iglesia de Santa Sofía erigida por Constantino, circunstancia que dio a Justiniano la

oportunidad de recuperar su prestigio desarrollando una intensa labor de reconstrucciones. Debemos señalar que no se trataba de sublevaciones de carácter revolucionario, sino de breves explosiones de violencia en un trasfondo de extrema inestabilidad. Aunque lo más probable es que el desencadenamiento de la violencia hiciera que saltaran a primer plano cuestiones de índole religiosa o política, por más que éstas no fueran en realidad el detonante, en este período no cabe hablar de movimientos prolongados en defensa de la reforma política o religiosa. Las protestas contra determinadas medidas adoptadas por el emperador, sobre todo si tenían que ver con el pago de tributos o con un ministro impopular, eran muy habituales en Constantinopla, y manifestaciones semejantes imitaban en otros lugares a las que se producían en la capital; en cualquier caso, por corriente que fuera durante este período, la violencia urbana no se convirtió nunca en revolución.⁶³

Y del mismo modo, por mucho que a Procopio le gustara pensar que eran obra de «la chusma», por lo general no constituían la expresión inequívoca de los sentimientos de los pobres o de las masas populares. Sólo en una ocasión se atribuye el estallido de un motín explícitamente a los «pobres» (en 553, a raíz de una devaluación de la moneda de bronce; una vez más el emperador cedió inmediatamente), y las revueltas en demanda de pan o grano fueron relativamente infrecuentes, pues las autoridades tenían buen cuidado de asegurar el aprovisionamiento y de mantener a este respecto tranquila a la población.⁶⁴ Aparte de los prejuicios de los que hacen gala algunos autores como Procopio, no hay razones para pensar que las gentes acomodadas o los sectores medios de la población urbana fueran menos proclives a la sublevación que los verdaderamente pobres; muchos episodios de ese estilo fueron provocados por el apasionamiento que suscitaban las carreras de carros en todas las clases sociales, y sobre todo por las propias «facciones» de los Verdes y los Azules, esto es, grupos organizados —en realidad gremios— de aurigas, actores, músicos y forofos que acudían a los espectáculos públicos de las ciudades del Bajo Imperio, y por sus seguidores en general. La violencia urbana relacionada con estos «partidos» se volvió cada vez más habitual en todo Oriente a lo largo del siglo VI, alcanzando sus cotas más altas en las manifestaciones organizadas en muchas ciudades durante los últimos años del reinado del tirano Focas, a comienzos del siglo VII (véase el capítulo 1). La mayoría de los historiadores han pensado que este hecho sólo puede explicarse apelando a la idea de que los Verdes y los Azules estaban vinculados con determinadas actitudes religiosas o ideológicas, pero la falta de testimonios que demuestren de forma coherente ese tipo de vinculaciones ha sido puesta de manifiesto de manera concluyente por Alan Cameron (*Circus Factions*, Oxford, 1976), y además toda la idea se basa en una interpretación equivocada de la dinámica propia de la ciudad antigua. Los Verdes y los Azules no eran partidos políticos, y no seguían una política coherente. El nivel y la frecuencia de la violencia urbana, sin embargo, parece que se incrementaron al final de nuestro período, y en este fenómeno debió de desempeñar un papel importante el incremento de la población urbana.

La explicación de todo este fenómeno, sin embargo, se sitúa también a un nivel más estructural, y estaría en la ceremonia y en el teatro público, que constituyen las señas de identidad de la vida urbana en la Antigüedad tardía, y cuyas raíces se remontan a los inicios del Principado. Al final de la Antigüedad tardía, el emperador no era el único que se enfrentaba directamente al pueblo (y viceversa) en el Hipódromo de Constantinopla; también los gobernadores provinciales actuaban de modo parecido en

sus correspondientes capitales. Las grandes basílicas eran el escenario de manifestaciones semejantes; también aquí solían congregarse las multitudes cuando concurrían circunstancias especiales en las que era muy fácil caldear los ánimos. Cuando estallaba una sublevación, los símbolos de la autoridad, ya fueran representaciones imperiales o institucionales, o las estatuas de patriarcas y obispos, solían ser derribadas o mutiladas. Por extraño que parezca, el pueblo, o mejor dicho, algunas gentes del pueblo, tenían una oportunidad de expresar sus opiniones en público, cosa que solían hacer aclamando a las autoridades con canciones, en las que se mezclaban consignas de carácter político. Las carreras de carros y los certámenes del Hipódromo proporcionaban un excelente marco para este tipo de actividades, y por eso muchos motines daban comienzo en el circo, pero los teatros eran también a menudo escenario de episodios de estas características. En ambos lugares podía ponerse en juego otro factor, cual eran los festivales y espectáculos perfectamente estructurados de las ciudades griegas de la Antigüedad tardía, en los cuales cada grupo social y profesional tenía un sitio asignado, como sucedía en el teatro de Afrodiasias.⁶⁵ Un curioso ejemplo de control bien organizado de las muchedumbres nos lo proporciona la *claque* del teatro, de cuya existencia tenemos noticia en Antioquía a finales del siglo IV, aunque seguramente esta ciudad no fuera un caso único. Se trataba de animadores profesionales, capaces de manipular al público hasta extremos insospechados; como los gobernadores provinciales acudían también habitualmente al teatro, a menudo se encontraban a merced de estas *clagues*.⁶⁶ Por otra parte, el entusiasmo despertado por las grandes estrellas, especialmente por los conductores de carros, constituía otro factor primordial: muchos epigramas de la época celebran las hazañas de los aurigas más famosos, entre los cuales destaca uno, Porfirio, en cuyo honor sabemos de la existencia de treinta y dos poemillas. Se nos han conservado también dos pedestales de estatua en los que aparecen inscritos sendos epigramas; fueron erigidas, junto con otros muchos monumentos, en la *spina* del Hipódromo de Constantinopla, alrededor de la cual se desarrollaban las carreras de carros.⁶⁷ En conmemoración de sus hazañas, Porfirio y sus rivales podían ser honrados con la erección de estatuas de plata, oro, plata y bronce, u oro y bronce, sufragadas por sus admiradores más leales, los Verdes y los Azules.⁶⁸ Por desgracia, las estatuas se han perdido, pero, a juzgar por los testimonios conservados, el momento cumbre de ese tipo de conmemoraciones se alcanzó en tiempos de Justiniano. El teatro de Afrodiasias seguía todavía en uso en el siglo VI, como queda de manifiesto por las inscripciones de las facciones, pero a comienzos del VII se hundió el edificio que albergaba la escena y no fue reparado; en cualquier caso, un mural en el que aparece representado el arcángel san Miguel viene a demostrar que cuando menos a una parte del edificio se le daba ya un uso muy distinto.⁶⁹ Alan Cameron sugiere la tesis de que el aumento de las dificultades financieras probablemente dificultara el mantenimiento de las carreras de carros. Como es habitual, Procopio se lamenta de que Justiniano cerró definitivamente los teatros, hipódromos y circos con el pretexto de ahorrar dinero (*Historia arcana*, XXVI, 8-9).⁷⁰ Pero, aunque hay otros indicios que parecen confirmar la idea, como el hecho de que el teatro de Cartago cayera en desuso durante el siglo VI, lo más probable es que la explicación de los hechos sea mucho más compleja.

La ciudad protobizantina era, pues, un centro de enfrentamientos públicos continuos, y las frecuentes alusiones a los motines que hacen nuestras fuentes dan a entender que existía en ella una gran inestabilidad. Pero acaso debamos incluir los alborotos urbanos en la misma categoría historiográfica que los terremotos: se trata de

fenómenos recogidos habitualmente por las fuentes, pero sólo podemos juzgar con exactitud su intensidad cuando disponemos de una información especialmente detallada. Las ciudades de la Antigüedad tardía no entraron en decadencia ni se hundieron debido a la violencia urbana, y los disturbios no tuvieron un carácter plenamente revolucionario, ni siquiera en los últimos años del reinado de Focas. Por regla general, se mantenían a un nivel bastante aceptable, y Evelyne Patlagean ha expuesto la teoría de que todas esas manifestaciones públicas, entre las cuales se incluirían no sólo las aclamaciones pacíficas, sino también la violencia urbana propiamente dicha, desempeñaban de hecho un papel estructural en el consenso general existente entre gobernantes y gobernados, parte integrante de un equilibrio incómodo, pero aceptado por todos, en virtud del cual las autoridades, por una parte, proporcionaban al pueblo los elementos fundamentales para vivir y un marco en el que poder expresar sus opiniones, y, por otra, actuaban con mano de hierro, cuando era necesario; ante este conflicto de intereses la Iglesia adoptaría a veces un papel independiente, aunque lo más normal es que asumiera el de colaborador.⁷¹

Debemos poner de relieve un último factor, que sería el papel desempeñado por el gobierno en el suministro de alimentos a las grandes ciudades, especialmente a Roma y a Constantinopla (véase el capítulo 4), fenómeno que habría venido a reforzar la dependencia de la población respecto de las autoridades, al tiempo que habría dado pábulo y amparo a grandes cantidades de ciudadanos, que, llegado el caso, podían resultar sumamente peligrosos. El sistema estaba muy bien organizado y dejaba poco espacio a los comerciantes privados. Los costes que para el gobierno suponía el mantenimiento de la *annona* eran enormes. Además, de esta forma se conseguía que los factores determinantes de la estabilidad de las grandes ciudades fueran de orden político y no económico, y el gobierno y la población de la capital quedaban en una posición artificial, unas veces de enfrentamiento y otras de dependencia, que a menudo desembocaba en alborotos callejeros. Además, hacía que la capital resultara sumamente vulnerable ante la menor interrupción de los aprovisionamientos. En último término eran las circunstancias externas las causantes de estas interrupciones, que a su vez traían consigo una notable reducción de la población, tanto en Roma como en Constantinopla. En Roma, la *annona* fue mantenida incluso después de 476 por la Iglesia, aunque no a la misma escala que hasta entonces, mientras que en Constantinopla, su definitiva supresión se produjo a raíz de la pérdida de Egipto, que era el principal proveedor de grano, a manos de los persas a comienzos del siglo VII, fecha tras la cual fue desapareciendo rápidamente. Al estudiar los cambios introducidos en la vida urbana durante este período disponemos de un correctivo muy útil, pues sólo hace falta recordar el nivel artificialmente elevado de las inversiones públicas en determinados aspectos de la vida urbana —ya fuera en la *annona* o en los programas de construcción de obras públicas— para darnos cuenta de que la prosperidad urbana no constituye en sí un buen indicador de la prosperidad general ni de la del imperio.⁷²

Conclusión

Las ciudades de la Antigüedad tardía y protobizantinas ofrecen en las actuales circunstancias un campo sumamente atractivo e interesante para la investigación, pues a

menudo las generalizaciones corren el riesgo de convertirse en meras falsificaciones. Poseemos, sin embargo, testimonios más que suficientes para demostrar con toda claridad que a finales del siglo VI, como máximo, en muchas ciudades —probablemente en la mayoría de ellas— se estaban produciendo una serie de cambios trascendentales. Aunque no podamos recurrir a él para explicarlo todo, uno de los factores más determinantes de esa situación fue sin duda el proceso de cristianización y el impacto cada vez mayor que sobre las instituciones tuvo la Iglesia. No es que las ciudades atravesaran simplemente por una etapa de «decadencia»; y tampoco podemos afirmar que las viejas estructuras se hundieran por causa de unos movimientos surgidos de la base. Por otra parte, no existe indicio alguno de que las ciudades estuvieran ahora más cerca de ser una especie de centros de producción de lo que lo habían estado en anteriores momentos del mundo antiguo.

Buena parte de este capítulo lo hemos dedicado únicamente a estudiar cuál fue la suerte que corrieron las ciudades, aunque hoy día los especialistas tienden cada vez más a pensar que es necesario alcanzar una visión global de la ciudad y el campo. Por consiguiente, en el próximo capítulo incluiremos una serie de tesis que van precisamente en esa dirección.

8. EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL: ASENTAMIENTOS Y CAMBIOS

En el capítulo anterior poníamos de relieve la enorme cantidad de obras que los modernos especialistas han dedicado a estudiar el destino final de la ciudad antigua, y aludíamos a las investigaciones encaminadas a descubrir si en el siglo VI se produjo efectivamente una «decadencia» de las mismas y, en caso afirmativo, a qué se debió este hecho. Por lo que a Oriente se refiere, las razones de tan vivo interés por este tema obedecen en buena medida a un juicio a posteriori, al hecho mismo de que sabemos objetivamente que las conquistas árabes estaban a punto de producirse, y que (como ocurriera en Occidente en 476) el imperio de Oriente habría de perder con suma facilidad y rapidez la mayoría de las provincias orientales. Curiosamente en muchísimos casos los habitantes de las ciudades que hemos venido examinando hasta el momento se rindieron sencillamente a los invasores. Los historiadores han deseado siempre dar una explicación a la facilidad y rapidez con que se llevaron a efecto las conquistas árabes; y es natural que deseen encontrar una respuesta cuando menos parcial a esta pregunta sobre el estado en que se hallaban las provincias de Oriente en el período inmediatamente anterior.

Un examen detallado de las conquistas y el repaso de los argumentos que han venido aduciéndose para explicar las razones de su éxito nos llevarían mucho más allá de lo que constituye el verdadero objeto de este libro. Ahora bien, la situación de las provincias de Oriente antes de la conquista o en el momento mismo de que ésta se produjera tiene mucho que ver con el tema que nos ocupa. Tradicionalmente se ha visto una buena explicación de la súbita capitulación de Oriente ante los árabes (el proceso de la islamización debería considerarse un tema muy distinto) en el hecho de que durante este período las provincias orientales —Siria y Egipto en particular— eran el gran reducto del monofisismo; ello presupone que la población de estas zonas abrigaba una actitud hostil o desfavorable hacia el gobierno bizantino, y que por esa razón no dudó en sacudirse su yugo. En cualquier caso, el credo de Calcedonia seguía teniendo mucha fuerza en todo Oriente, y particularmente en Palestina, del mismo modo que el nestorianismo gozaba de enorme predicamento en Persia y Siria. Sin entrar en más detalles a este respecto, hemos de reconocer que este argumento se basa en una concepción excesivamente simplista de la topografía religiosa de la zona; el éxito de la

conquista debió de basarse en otras razones muy poderosas, tan importantes como esta, o incluso más. Como suele ocurrir, no hay más remedio que volver a situar los factores religiosos dentro del contexto histórico general y examinarlos bajo ese prisma.

Asentamientos y cambios de población

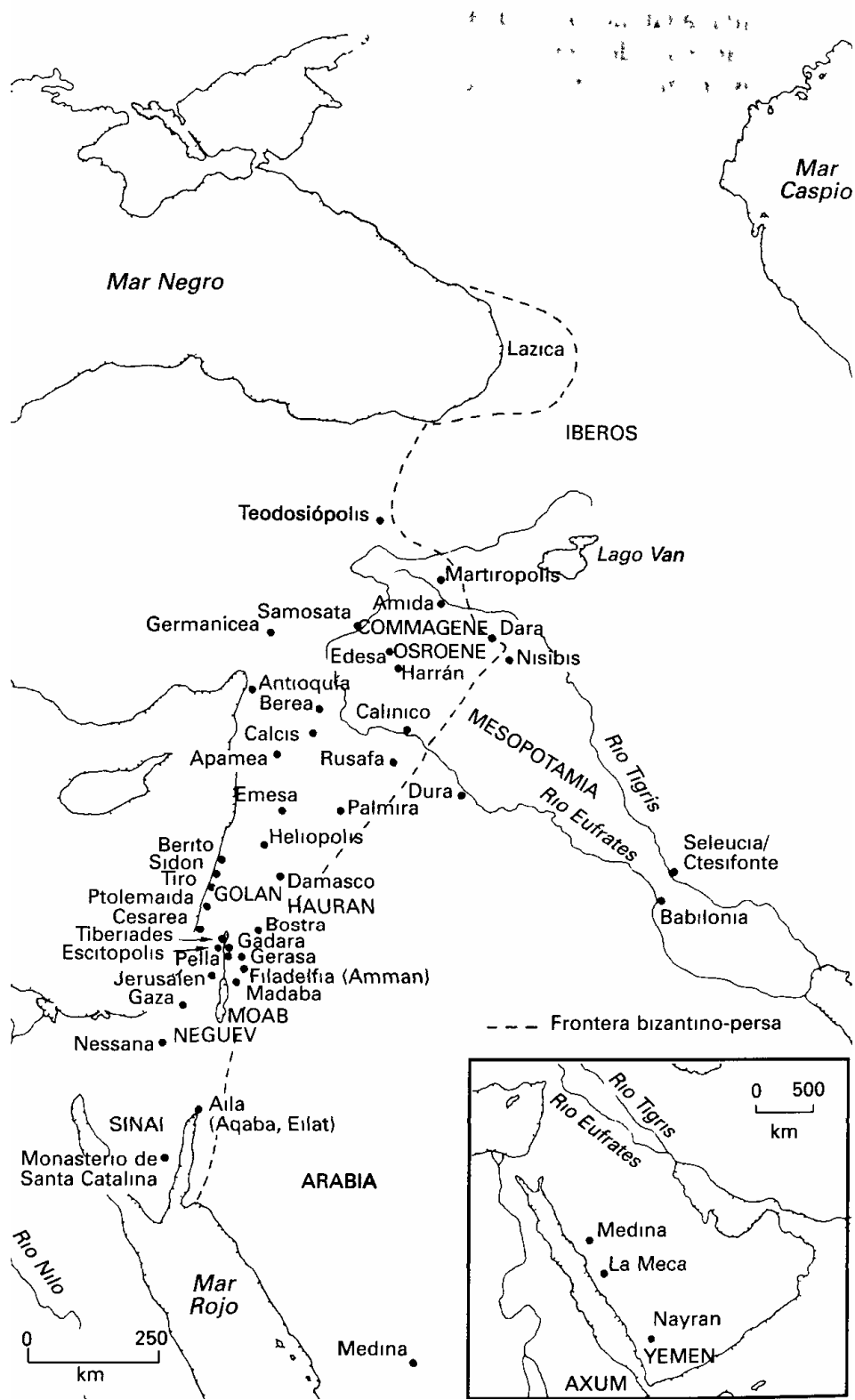
La cuestión, pues, es saber hasta qué punto estaban produciéndose ya unos cambios profundos y duraderos en la estructura demográfica de Oriente y en las relaciones existentes entre la ciudad y el campo en el período inmediatamente anterior a las invasiones del siglo VII. Podemos encontrar una primera pista en el apoyo cada vez mayor que para defender sus fronteras orientales buscó el gobierno en los filarcas árabes, cuyas bases no estaban en las ciudades —centro tradicional de la cultura romano-bizantina y sede de casi todas las unidades del ejército durante el Bajo Imperio—, sino en los campamentos del desierto o incluso en los denominados «palacios del desierto». Las tribus cristianas de los gasaníes solían congregarse, al parecer, en el centro de peregrinación que era el santuario de San Sergio de Rusafa o, como han pretendido algunos, en la capilla de San Juan Bautista de er-Ramt-haniyye, en los Altos del Golán, mientras que los lajmíes, de tendencias pro-sasánidas, tenían su base en al-Hira. La evaluación de su contribución al establecimiento de un nuevo modelo de asentamiento de la población en los albores del período islámico se halla todavía en pañales.¹ También actualmente empieza a ponerse de manifiesto cada vez con mayor claridad un fenómeno muy distinto, a saber, la enorme densidad de asentamientos que se produjo en determinadas zonas desde finales del siglo V hasta bien entrado el VI. De este modo podemos afirmar, por lo que se refiere a algunas áreas del sur de Palestina, al Golán y especialmente al Néguev, que la cota más alta de asentamientos y presumiblemente también de población se alcanzó en este momento (véase el capítulo 7). Por una vez tenemos la posibilidad de cotejar los testimonios de los papiros de Nessana, en el Néguev suroccidental, con los restos arqueológicos, concretamente con las ruinas de ciertos centros urbanos como, por ejemplo, Rehovot, en el Néguev central,² u Oboda y Elusa, que también conocieron un alto grado de desarrollo por esta época. Poseemos innumerables vestigios del cultivo de vides y olivos en toda esta región, así como restos materiales de unos métodos de regadío sumamente complicados destinados a potenciar la agricultura en esta zona tan seca, como por ejemplo esclusas, acueductos, cisternas, etc. La comparación con las modernas técnicas de explotación de las zonas áridas como el Néguev resulta sorprendente, aunque estos testimonios exigen un análisis muy cuidadoso y las conclusiones acaso sean prematuras. Curiosamente, como cabría esperar a la vista del modelo de urbanismo propio de la última fase de la Antigüedad que hemos esbozado en el capítulo anterior, las ciudades de esta época atestiguadas en el Néguev eran, según parece, centros mercantiles y administrativos de la comarca circundante, densamente poblada de aldeas, más que centros urbanos al estilo del clasicismo tardío.

Hay otras formas de rastrear un modelo semejante de densidad de los asentamientos. De manera general, por ejemplo, la gran cantidad de pavimentos de mosaico procedentes de las iglesias, sinagogas y demás edificios de esta época que se nos han conservado en Palestina ponen de manifiesto el nivel de las inversiones

realizadas en la construcción de edificios públicos, cuando no la prosperidad general de la región. El auge de la gran ciudad de Escitópolis (Bet Shean) no da muestras de declinar hasta que la población fue víctima de un violento terremoto, probablemente en 749; una balanza procedente de la ciudad con una inscripción bilingüe en griego y árabe parece sugerir que la población de la zona había encontrado un *modus vivendi* con los árabes de la época omeya, mientras que otra inscripción griega de 662 procedente de Hammat Gader, en la ribera oriental del mar de Galilea, usa como referencia cronológica el reinado del califa Mu'awiya y el año de la fundación de la antigua colonia griega de Gadara.³ Aunque las variantes regionales son muy numerosas, los testimonios parecen indicar que también se dio una gran densidad de asentamientos rurales en zonas tan apartadas como la comarca de Edesa, en Mesopotamia (véase el capítulo 7). A menudo carecemos de una estratigrafía fiable de los yacimientos, capaz de suministrar nos unos indicadores de datación lo bastante fidedignos, y los hallazgos de carácter superficial suelen inducir a error. No obstante, son muchas las prospecciones que han puesto de relieve el incremento experimentado por la población, el desarrollo de las ciudades y el nivel cada vez más alto alcanzado por los cultivos de secano y de regadío.⁴ Por el contrario, parece que en muchos casos se produjo una clara disminución de la población a partir del siglo VII, cuando a los estragos de la peste se añadieron los daños causados por la guerra civil de los tiempos de Focas y las posteriores invasiones, por no hablar de los grandes contingentes de personas que emigraron a Occidente. Todo ello impide establecer una ecuación directa entre inversiones militares y prosperidad, y suscita además la cuestión de cómo explicar el incremento demográfico.

Se han propuesto varias soluciones, entre ellas los beneficios económicos que habría reportado el tráfico de peregrinos. Otra de las razones aducidas para justificar los cambios acontecidos en la región durante este período ha sido el comercio con países lejanos. El tráfico de las caravanas desempeñó un papel importantísimo en la prosperidad alcanzada por Palmira en los primeros siglos de la época imperial, como sabemos por la numerosa documentación que se nos ha conservado, si bien la ascensión del imperio sasánida, que puso serios impedimentos al paso de las caravanas, provocó la decadencia de la ciudad. En el siglo V otro caudillo árabe llamado en griego Amorceso (Imru' al-Qays), antiguo súbdito de los persas, se hizo con el control de la isla de Jótabe, situada probablemente en el golfo de Aqaba:

Abandonó Persia y atravesó la zona de Arabia que bordea Persia. Desde allí realizaba correrías y ataques no contra los romanos, sino contra los sarracenos que le salían al paso. Se apoderó de una de las islas pertenecientes a los romanos, llamada Jótabe, y tras expulsar a los recaudadores de impuestos de Roma, se quedó con la isla, amasando una fortuna considerable mediante el cobro de tributos. Tras apoderarse de otras aldeas cercanas, Amorceso quiso hacerse aliado de los romanos y filarca de los sarracenos súbditos de Roma que habitan los confines de la Arabia Pétreá (Maleo, fr. 1, Blockley).



Oriente en el siglo VI

El ambicioso Imru' al-Qays envió entonces al obispo de la localidad a defender su causa ante el emperador León, que no sólo quedó convencido, sino que invitó a Imru' al-Qays a acudir a Constantinopla, celebró una cena en su honor, lo presentó en el senado y lo nombró *patricius*, con gran escándalo del historiador que recoge la anécdota. Cuando Imru' al-Qays regresó a su país, León le dio numerosos regalos y una sustanciosa cantidad de dinero del erario público, mientras que Imru' al-Qays, por su parte, obsequió al emperador con «un valiosísimo icono de oro engarzado de piedras preciosas». El episodio pone de manifiesto el papel desempeñado por la cristianización en la diplomacia bizantina, así como las técnicas empleadas para controlar los territorios fronterizos y manejar a las tribus árabes. A finales del siglo V sin embargo, Jótabe fue reconquistada por el gobernador de Palestina.⁵

Rasgo interesantísimo de toda esta región es la trascendencia que tuvo la influencia judía, sobre todo en el sur de Arabia.⁶ Cuando a comienzos del siglo VI el rey judío Dhu Nuwas promovió una persecución contra los cristianos, incluidos los mercaderes bizantinos, se emprendieron diversas expediciones contra él desde Etiopía (Axum), país cuyos intereses coincidían con los de Constantinopla. La propia Bizancio estaba ansiosa por mantener abierto el acceso a la ruta comercial que desde el sur se dirigía al Extremo Oriente; el interés por los intercambios comerciales con Arabia y Etiopía desempeñó, por tanto, un papel importantísimo en las relaciones diplomáticas de Bizancio con Axum y el Yemen del Sur a comienzos del siglo VI. Aunque últimamente ha sido puesta en tela de juicio, ha estado en boga durante mucho tiempo la tesis de que habría sido de este comercio de las caravanas de donde vendría la importancia alcanzada por La Meca en tiempos de Mahoma.⁷ Finalmente, por poner otro ejemplo de la parte septentrional de esta misma zona, recordemos que Sergiopolis (Rusafa), en las cercanías del Eufrates, principal núcleo de población de los gasanés, no sólo era un gran centro religioso, meta de las peregrinaciones al santuario de San Sergio, sino que además estaba situada en una de las grandes rutas de las caravanas, lo que la convertía en punto de cita ideal para las concentraciones religiosas, así como para la celebración de ferias y mercados. Nada de extraño tiene, por tanto, que el control del tráfico de mercancías constituyera uno de los puntos clave del tratado de paz firmado entre Roma y Persia en 562; la tercera cláusula de éste dice así: «Los mercaderes romanos y persas, cualquiera que sea el producto con el que comercien, y demás tratantes similares llevarán a cabo sus negocios con arreglo a los usos establecidos a través de los susodichos puestos aduaneros» (Menandro, fr. 6, Blockley, *Menander the Guardsman*).

El comercio, pues, fue un factor que a todas luces influyó poderosamente sobre la política gubernamental entre las postrimerías del siglo V y los inicios del VI. No obstante, pensar que los indicios de prosperidad y el nivel cada vez más alto alcanzado por los asentamientos de colonos que podemos observar en muchas regiones de la zona pueden atribuirse en su totalidad a la influencia del comercio, traería consigo ulteriores dificultades relacionadas con el cambio sufrido por los modos de producción y los objetos de la misma, con los beneficiarios de ese comercio, y con el grado de monetarización, temas todos ellos que todavía esperan ser investigados. No está ni mucho menos claro que ese aumento experimentado por los asentamientos comportara un crecimiento económico en el sentido moderno del término, y parece bastante dudoso que dicho incremento se debiera al comercio de las caravanas. Estamos muy lejos de poder demostrar que se produjera una auténtica modificación del sistema económico; por el contrario, el hecho mismo de que las provincias orientales gozaran de una paz

relativa durante el siglo V debió de constituir un factor primordial en todo este asunto, capaz acaso de justificar el aparente crecimiento económico experimentado.



Comarcas marginales: Nessana en la actualidad. En el curso de las excavaciones de una de las iglesias en 1935 se descubrió aquí un importante depósito oculto de papiros de los siglos VI-VII escritos en griego, latín, siríaco y árabe.

Las culturas locales y el helenismo

Aunque la labor realizada en esta zona por los arqueólogos ha sido muy grande —y todavía es mucho lo que se está haciendo en este sentido—, tanto en relación con los emplazamientos militares como con los modelos de asentamiento en general, los resultados de todo ese trabajo distan todavía mucho de ser claros. El problema, sin embargo, muestra otra faceta a tener en cuenta, a saber, la cuestión relativa a la interacción de las diversas culturas, no sólo la interconexión de los elementos árabes y bizantinos, sino también griegos y semíticos, en la cultura de toda esta zona en general.

Ya hemos hablado un poco del helenismo y las culturas locales en Oriente (véase el capítulo 6), pero ahora debemos volver sobre el asunto con más detalle. El hecho de que en esta época se utilicen principalmente dos lenguas, el griego y el arameo, y de que el griego sea considerado el idioma propio de la administración y la alta cultura, trae aparejado un peligro muy concreto, cual es pensar que existe una línea divisoria entre una y otra lengua que correspondería a la distinción entre grupos privilegiados y clases populares; este prejuicio suele venir acompañado de otro, a saber, el de que el griego apenas era utilizado al este del Eufrates. Lo cierto, sin embargo, es que la filosofía griega se enseñaba en Edesa mucho antes del siglo IV, y que el estudio

de la lengua griega se introdujo incluso en las famosas escuelas de Nísibis y Seleucia-Ctesifonte y, posteriormente, en las de Gundeshapur. A esto se suma la dificultad planteada por la floreciente literatura cristiana y profana en lengua siríaca (dialecto arameo de Edesa y su comarca), típica de este período.⁸ Tan particular es esta literatura y tan curioso el trasfondo social y cultural que refleja, que a menudo se han idealizado el cristianismo y la espiritualidad siríaca, en contraposición con la línea habitual seguida por la cultura griega. Probablemente el exponente más conspicuo de esta cultura sea san Efrén («Efrén el Sirio»), que llegó a Edesa procedente de Nísibis, cuando esta ciudad pasó a manos de los persas en 363. La poesía elegantemente metafórica e imaginativa de Efrén choca bastante al lector habituado a los autores clásicos por su carácter insólito, aunque las influencias griegas presentes en ella probablemente sean más fuertes de lo que suele creerse.⁹ En cualquier caso, la obra de Efrén fue traducida muy pronto al griego y en esta lengua se nos ha conservado numeroso material bajo su nombre, frecuentemente citado después por la literatura monástica helénica. Probablemente sus contemporáneos no notaran tanto la diferencia como nosotros. A partir de Efrén, el siríaco se convirtió en una de las grandes lenguas literarias utilizadas para escribir obras profanas y eclesiásticas de vario género, entre ellas historias de la Iglesia, crónicas, vidas de santos, homilias y tratados de teología. El desarrollo del cristianismo institucionalizado fomentó la cultura entre los monjes y el clero secular, y condujo al establecimiento de centros monásticos y al incremento de la producción de textos cristianos. Una vez más, sin embargo, siguiendo precedentes más antiguos, se realizó una gran labor de traducción, y así nos encontramos con numerosas obras que circulaban en versiones distintas, en griego o en siríaco, pero también en armenio, georgiano y más tarde incluso en árabe, aunque por lo general las versiones escritas en estas tres últimas lenguas solían ser traducciones del siríaco.

El siríaco, pues, no era, ni mucho menos, la lengua de la literatura popular. Por otra parte, la cultura de un prelado importante del siglo V como Teodoreto, obispo de Cirro, en la Siria septentrional, personaje destacadísimo en las controversias de la Iglesia y autor de una voluminosa obra, era eminentemente helénica; en griego escribió sus obras y su cultura estaba basada en las tradiciones de la educación retórica griega; escribió así una serie de cartas dirigidas a funcionarios y eclesiásticos en un griego ampuloso y grandilocuente, y otras muchas obras en esta misma lengua, entre ellas una refutación de las herejías y unas cuantas vidas de ascetas sirios, y eso pese a que la mayoría de los fieles de su diócesis sólo conocían el siríaco. La cultura de una ciudad siria como Antioquía, la segunda en importancia de todo el imperio de Oriente, era también esencialmente griega. Antioquía era la capital más antigua del cristianismo fuera de Judea y en ella tenía además su sede una de las dos grandes escuelas griegas de teología y exégesis bíblica. Sabemos que en Jerusalén la liturgia se efectuaba en arameo y en griego cuando Egeria visitó la ciudad en su peregrinación a Tierra Santa en 384. Pues bien, en Edesa, cuna de la gran tradición literaria en siríaco de época bajoimperial, el griego siguió empleándose hasta el período islámico. Un mapa lingüístico de Siria, Mesopotamia y Palestina pondría de manifiesto que Mesopotamia, en conjunto, era la región menos helenizada de las tres (es decir, aquella en la que se hablaba menos la lengua griega), y Palestina la más helenizada. Ahora bien, aunque los modernos especialistas suelen relacionar el siríaco con el monifisismo y el griego con el credo de Calcedonia, esto es, con la ortodoxia imperial, lo cierto es que en la práctica las cosas no eran ni mucho menos así.

Durante este período resulta sumamente difícil de rastrear el proceso de aculturación relacionado con las nociones de «helenismo» y de cultura «semítica» o siríaca. Por desgracia muchos de los estudios realizados hasta la fecha enfocaban la cuestión fundamentalmente desde el punto de vista teológico y literario, y sólo últimamente ha empezado a tratarse desde una perspectiva plenamente histórica y se ha hecho uso de todos los testimonios disponibles.¹⁰ Uno de los principales problemas radica en la terminología empleada. El adjetivo «siríaco» designa una lengua, no una cultura. Además, la literatura que relacionamos con el término «siríaco» procede, efectivamente, de una región bastante apartada —y en cierto sentido muy diferente— de las ciudades helenizadas de la costa, como por ejemplo Cesárea, y de buena parte de Palestina.¹¹ El término «sirio», por otra parte, se utiliza de manera harto equívoca en sentidos muy diversos: para designar el área geográfica de la moderna Siria; para aludir a la antigua provincia romana de Siria; como concepto geográfico mucho más general (el de «Gran Siria»); y, por último, de manera aún más equívoca, en sentido étnico, para designar a la población que habita esta zona. Pues bien, un individuo que hablara griego no tenía necesariamente por qué ser menos sirio o «semítico» que otro que hablara arameo. Sin embargo, una vez admitida esta premisa, queda en tela de juicio el concepto mismo de cultura siríaca como entidad aparte. Como mínimo, dicho concepto requeriría un grado mucho mayor de precisión geográfica. Las inscripciones funerarias procedentes del Golán y de la actual Jordania, por ejemplo, indican que el griego era todavía muy utilizado por algunos individuos bien entrado el siglo VII, y muchas iglesias, entre ellas las hermosas basílicas de Jerash (Gerasa), en el territorio de la Decápolis, otra de cuyas ciudades era Filadelfia (la moderna Ammán), poseían hermosas decoraciones musivarias con inscripciones griegas en verso que datarían de mediados del siglo VIII o incluso de fecha posterior. Un mapa realizado en mosaico con una inscripción en griego descubierto en Umm er-Rasas, en la ribera oriental del mar Muerto, a unos 56 km al sur de Ammán, data, al parecer, del año 785, y en esa misma iglesia hay otra construcción que presenta asimismo una inscripción en griego y que ha sido datada en 756.

Al estudiar estos temas, debemos tener presentes tres consideraciones si no queremos incurrir en un grave error: en primer lugar, aunque la administración y las instituciones del imperio daban un baño de griego a las realidades locales, esto era ni más ni menos lo que había venido haciéndose durante siglos, desde las fundaciones de Alejandro Magno y el imperio de los seléucidas. Por consiguiente, pensar que en el período que ahora nos ocupa el griego era una lengua marginal está completamente fuera de lugar. La segunda consideración que debemos hacer es que el espectacular desarrollo de la cultura siríaca en la Antigüedad tardía constituye un fenómeno que debe ser tenido muy en cuenta. En tercer lugar, sin embargo, no podemos olvidar un hecho que suele pasarse por alto, a saber, que la cultura semítica había sido representada en esta zona por los árabes, y posteriormente por una modalidad concreta de lengua arábiga, desde el período nabateo (cuyo final se sitúa en 106).¹² La configuración lingüística y cultural de la zona era extremadamente compleja. Por ejemplo, en la propia Edesa reinaba una dinastía árabe, cuya prosapia puede verse con toda claridad en los relieves y mosaicos que adornaban la ciudad. Por otra parte, siempre en Edesa, se ha descubierto un mosaico del siglo III representando a Orfeo en el que aparece una inscripción en siríaco. En Palmira, donde se daba una cultura bilingüe griega y palmirense, el templo de Bel proclama sus raíces semíticas, aunque posteriormente, al

igual que la celia de Ba'al Shamin, fue convertido en iglesia. En la Arabia nororiental, por otra parte, el arameo está atestiguado a partir del siglo II y parece que la Iglesia nestoriana había arraigado bastante bien en la zona en la Antigüedad tardía, utilizando el siríaco que lengua litúrgica;¹³ también eran numerosos los nestorianos en el sureste de Arabia (el actual Omán) en tiempos de la dominación sasánida, antes de las conquistas árabes.¹⁴ Una vez más podemos apreciar que, siendo el siríaco la lengua escrita de la Iglesia nestoriana persa, el árabe era la lengua vernácula hablada por los cristianos de Arabia, aunque también se usaba el pahlari.¹⁵ La cultura del Oriente Próximo en la Antigüedad tardía constituye un mosaico fascinante que no podemos interpretar como no sea remitiéndonos a las diferenciaciones locales. La mayor dificultad radica en cualquier caso en compaginar los conceptos modernos de «árabe», «sirio», «semítico» y otros términos por el estilo, que se hallan envueltos en una maraña inextricable de equívocos, cuando no de prejuicios, con la situación reinante en realidad durante este período.

Lo que acaso sí pueda observarse durante la Antigüedad tardía es una elevada conciencia de las tradiciones locales y un gran afán de proclamarlas contra viento y marea, circunstancia que traería aparejado el consiguiente aumento de su notoriedad. Los desórdenes acaecidos en el centro del poder durante el siglo III han sido estudiados con frecuencia a la luz de esa preponderancia de las culturas locales. Pero evidentemente la propagación del cristianismo funcionó a manera de catalizador, al menos por lo que a Siria se refiere. Las santas mujeres y los santos varones sirios del siglo V hacían gala de un ascetismo notabilísimo y a veces extraordinario, y es evidente que la literatura en siríaco arranca directamente del cristianismo. Los santos estilitas, empezando por san Simeón el Viejo, cuya columna estaba en Qalat Siman, cerca de Antioquía, eran originarios de Siria, y gran número de monjes cuya lengua de comunicación habitual era el siríaco acudieron a Constantinopla para participar en los debates teológicos organizados por Justiniano en los primeros años de su reinado. La cristianización de Siria, sin embargo, había seguido un proceso muy lento en sus primeros estadios y en el siglo VI aún no se había completado.¹⁶ De nuevo las exposiciones demasiado simplistas de los hechos son incapaces de ofrecer un panorama exacto de la realidad; deberíamos poner de relieve una vez más la compleja situación reinante en todas estas regiones antes de las conquistas árabes, aunque sólo fuera para recordar que dichas conquistas no fueron meramente fruto de una victoria militar e incluso que nada tiene de extraño que se produjeran, visto el grado de interrelación cultural existente y en especial el papel desempeñado por los gasaníes y otros grupos árabes preislámicos.

Las invasiones de los persas y los árabes

Ante todo se hace imprescindible dar una serie de fechas y un esquema general de la situación. En primer lugar, tenemos a los sasánidas. El tratado firmado por Justiniano en 562 no trajo consigo en realidad una paz duradera entre Bizancio y Persia, y muy pronto fueron emprendidas nuevas campañas por sus sucesores, Justino II (565-578), Tiberio (578-582) y Mauricio (582-602), cuya decisión de ayudar al rey persa Cosroes II a regresar del destierro y recuperar el trono (591) trajo consigo la obtención

por parte de Roma de las ciudades fronterizas de Martirópolis y Dará.¹⁷ Pero tras el derrocamiento y posterior ejecución de Mauricio a manos de Focas (602), Cosroes invadió el territorio bizantino, tomando Antioquía y luego Jerusalén (614); allí los persas se apoderaron de la Vera Cruz y se la llevaron a Ctesifonte. Según las fuentes cristianas, los invasores saquearon la ciudad matando a gran número de sus habitantes y deportando a muchos otros. Después de Jerusalén caería Alejandría (617), y mientras tanto los ejércitos persas asolaban toda el Asia Menor, saqueando Éfeso y Sardes; de allí llegaron a Calcedonia y en 626 pusieron sitio a Constantinopla junto con los avaros. En 622 el emperador Heraclio abandonó Constantinopla a su suerte y contraatacó con fuerza extraordinaria, llevando la guerra al corazón del territorio persa —sus victorias allí facilitarían poco después la caída de la dinastía sasánida a manos de los árabes— y devolviendo al fin la Cruz a Jerusalén en el año 630.¹⁸ Además, desde las dos últimas décadas del siglo VI, el imperio había tenido que hacer frente en los Balcanes a los ataques de los avaros y los eslavos, y estas circunstancias, a las que debemos añadir la escasez de las pagas de los soldados y la insuficiencia de los aprovisionamientos, constituyen el marco en el que debemos situar la insurrección del ejército del año 602, que nombró emperador a Focas. En cuanto a las victorias de Heraclio, fueron conmemoradas con una gran procesión en Constantinopla y celebradas en la grandilocuente poesía de Jorge de Pisidia,¹⁹ pero, en una de las grandes ironías de la historia, quedaron rápidamente eclipsadas por la entrada de los ejércitos árabes en Siria. El avance árabe fue espectacular: entre 634 y 637 tuvieron lugar tres batallas, la de Ajnadayn, entre Jerusalén y Gaza, la de Fihl (Pella) y la del río Yarmuk; Damasco cayó tras largo asedio, el patriarca Sofronio entregó Jerusalén en 638 y Alejandría fue conquistada en 642. El infortunado Heraclio vio cómo sus tropas eran derrotadas en el río Yarmuk; y tras su famosa despedida de Siria, recogida en las fuentes siríacas y árabes, regresó a Constantinopla, donde murió en 641.²⁰

Motivos de su éxito

Incluso una exposición tan sumaria como esta demuestra que el imperio de Oriente estaba atravesando por una serie de dificultades muy serias antes incluso de que hicieran su aparición en Siria las nuevas huestes árabes. El episodio del usurpador Focas indica que resultaba bastante complicado efectuar los pagos debidos al ejército y asegurar su aprovisionamiento después de tantos años de campañas; por otra parte, las incursiones de avaros y eslavos en Grecia y los Balcanes habían tenido también serias repercusiones sobre toda esta zona (véase el capítulo 7). Lo más que pudo hacer la capital fue sobrevivir al asedio de 626 y a los sucesos que lo provocaron,²¹ en cuanto a las dificultades financieras por las que atravesaba el imperio, quedan patentes en las medidas de emergencia que se vio obligado a tomar Heraclio, entre ellas la utilización de los tesoros de las iglesias para acuñar moneda de plata. El reclutamiento de tropas para hacer frente a la campaña persa supuso un esfuerzo enorme e irrepetible. Además, la marcha de Heraclio sobre Constantinopla en una dramática expedición por tierra desde Cartago y el consiguiente derrocamiento de Focas no se produjeron hasta muy tarde —concretamente en 609-610—, en un contexto de graves disturbios en las ciudades de las provincias orientales.²² Por último, los restos arqueológicos y las fuentes

literarias ponen cada vez más en evidencia que las invasiones persas de Asia Menor, Siria, Palestina y Egipto dejaron tras de sí un panorama general de absoluta desolación, e indujeron a muchas personas a abandonar Oriente y a buscar refugio en otras regiones, primero en el Norte de África, y luego en Sicilia y en el sur de Italia, donde se estableció una importante y duradera colonia de greco-hablantes. De hecho, el Sínodo Laterano, celebrado en Roma en 649, estuvo dominado por un grupo de monjes orientales capitaneados por uno de los teólogos ortodoxos griegos más destacados, san Máximo el Confesor, y sus actas fueron redactadas en griego con la finalidad de influir sobre la opinión pública de Constantinopla. No está muy claro hasta qué punto quedó restablecida la autoridad de Bizancio después de recuperar el territorio ocupado por los persas, pero probablemente lo fuera en muy escasa medida, pues no tardó mucho tiempo en producirse otra invasión y los recursos de Heraclio estaban ya al borde del agotamiento.

En tales circunstancias, el éxito del avance árabe no resulta ya tan sorprendente. Mahoma murió en Medina en 632 y fue sucedido por Abu Bakr. Los bizantinos tardaron bastante en darse cuenta de que los invasores no eran los mismos «sarracenos» que solían hacer incursiones en su territorio y con los que ya estaban acostumbrados a tratar desde el siglo IV, de ahí que las fuentes literarias destaquen su fiereza de «bárbaros». Sólo posteriormente los autores bizantinos empezarán a dar muestras de comprender el contenido religioso de las doctrinas de Mahoma. El cronista Teófanos (muerto en 817) ofrece una relación de los hechos muy hostil hacia ellas:

Mahoma enseñaba a aquellos que le prestaban oídos que quien mataba a un enemigo o era matado por él tenía asegurada su entrada en el paraíso. Según decía, el paraíso era un lugar lleno de placeres, donde se comía, se bebía y se fornicaba; corrían en él ríos de vino, leche y miel, y las mujeres no eran como las de este mundo, sino de otra especie, el comercio carnal era interminable y el placer infinito. Propalaba otros muchos mensajes de prodigalidad e insensatez. Sus seguidores debían de ser solidarios unos con otros y ayudar a los que eran tratados injustamente (Teófanos, de Boor, p. 334; Türtledove, p. 35).

Pero si en un primer momento los autores bizantinos no entendieron muy bien las cosas, a lo que parece, y hacen especial hincapié en los sufrimientos de la población local —en particular las fuentes siríacas—, los testimonios arqueológicos y de otro tipo sugieren que, en último término, las «conquistas» no supusieron en las provincias del Mediterráneo oriental una ruptura radical con la situación reinante hasta la fecha, especialmente por cuanto los gobernantes islámicos se limitaron en un principio a adoptar el marco administrativo creado por los bizantinos y siguieron utilizando oficiales públicos de lengua griega para mantenerlo en funcionamiento. El cambio más importante se produciría más adelante, al trasladarse el gobierno a Bagdad, más hacia el este, a mediados del siglo VIII.

Aún siguen siendo objeto de debate las razones del avance musulmán desde Arabia a Palestina y Siria. Parece, sin embargo, que se produjo otro gran avance en dirección contraria, hacia el sur, cuando Heraclio estaba ocupado en la celebración de sus victorias sobre los persas. Pese a la derrota sufrida en Mu'ta por los musulmanes el año 629, en buena parte a manos de otras tribus árabes, un ejército de esta nacionalidad conquistó Tabuk, al norte de Hejaz, tras lo cual tres importantes centros bizantinos de la

Palestina oriental, Tertia, Udruh y Aila (Aqaba), guarnecidas estas dos últimas por fuerzas legionarias, así como la ciudad de Jarba, se rindieron sin más, dando con ello paso a los musulmanes a la Palestina meridional. El cronista Teófanos se lamenta de que éstos habían recibido ayuda de las tribus del desierto, a quienes los bizantinos no habían abonado los subsidios que habitualmente les pagaban: «Los árabes oprimidos se presentaron ante los otros integrantes de su tribu y les mostraron el camino al país de Gaza, que es la entrada del desierto hacia el monte Sinaí y además una tierra muy rica» (Turtledove, p. 36).²³ De nuevo, aunque la versión de Teófanos no sea más que una simple anécdota, la cronología de todos estos acontecimientos resulta muy difícil de establecer; en cualquier caso, parece evidente que cuando los musulmanes llegaron al Néguev y a Gaza ambas regiones estaban indefensas, pues prácticamente no opusieron resistencia alguna. Fueran cuales fuesen las razones de esta circunstancia, lo cierto es que las infraestructuras de defensa que habrían podido detener a los musulmanes cuando pasaron de Arabia a Palestina y Siria sencillamente no existían.

Esto bastaría para explicar muchas cosas, sin que hiciera falta apelar a otros factores de índole religiosa. Pero además de los cristianos, había otros grupos religiosos. Las fuentes cristianas culpan a los judíos de Palestina de haber prestado ayuda a los invasores persas, y afirman que cuando éstos abandonaron el país dejaron Jerusalén al mando de los judíos, que actuaban en nombre suyo. No es de extrañar que, ante la derrota de los cristianos bizantinos, los judíos empezaran a acariciar esperanzas mesiánicas de que a corto plazo se produjera la restauración del Templo. La reacción de los bizantinos ante esta situación fue, como es natural, extremadamente hostil, y tras derrotar a los persas, Heraclio promulgó un decreto ordenando la conversión forzosa de todos los judíos (632). Desde el reinado de Justiniano, los judíos del imperio bizantino se habían visto sometidos a una serie de sanciones y prohibiciones cada vez más severas; a partir de este momento, la hostilidad de Bizancio se intensificó y pronto volvió a acusárseles de colaboracionismo, esta vez con los musulmanes. No sería muy prudente prestar crédito a las fuentes cristianas, que son extraordinariamente partidistas, pero da la impresión de que la presencia judía constituyó efectivamente un factor de peso en la situación reinante en la Mesopotamia preislámica, así como en Siria y Palestina; además, por hostiles que sean, podemos ver en las fuentes cristianas un tenue reflejo de la pervivencia en Tiberíades de una importante escuela rabínica, que acaso tuviera un papel destacado durante todos estos años. Lo cierto es que el propio islam debe mucho al judaísmo; muestra un gran respeto por las Sagradas Escrituras hebreas y se declara representante de la herencia de Abraham. A la hora de la verdad, las medidas adoptadas por Heraclio sólo podrían ponerse en vigor hasta cierto punto, y bajo el islam la situación de los judíos de Palestina probablemente no mejorara mucho.²⁴ En cuanto a la población cristiana, la ordenación de sacerdotes monofisitas en la Gran Siria en tiempos de Justiniano tuvo sin duda como consecuencia la aparición de una Iglesia dividida y la obtención de una posición bien asentada por parte de los monofisitas. Sería erróneo, no obstante, pensar que todo Oriente, o incluso las zonas en las que el monofisismo había arraigado más, eran uniformemente monofisitas; el patriarcado de Antioquía, por ejemplo, estuvo controlado alternativamente por calcedonianos y monofisitas, y cuando Heraclio pasó por Edesa en el curso de sus campañas contra los persas encontró comunidades monofisitas y ortodoxas. La propia Palestina era en gran medida fiel al credo de Calcedonia, y sus obispos se opusieron por igual a la fe monofisita y a la monotelita (solución de compromiso entre una y otra doctrina, según

la cual Cristo tenía una sola voluntad), a la que recurrió Heraclio en un desesperado intento por alcanzar la unidad de los cristianos. La jerarquía palestina estaba capitaneada por Sofronio, que fue nombrado patriarca de Jerusalén en 634 y que acabó por rendirse a los musulmanes en 638; lo irónico del caso para el observador contemporáneo está en comprobar que durante la época de las conquistas árabes la Iglesia se mostró más preocupada por ganar apoyos contra la nueva doctrina imperial del monotelismo, que por hacer frente a los peligros militares que se le venían encima.²⁵

La iniciativa tomada por Heraclio no sólo no trajo consigo la unidad de la Iglesia, sino que introdujo una nueva escisión, al dividir a la jerarquía calcedoniana, que, según la opinión habitual, habría sido la que apoyaba al emperador. La división de los cristianos en materia de religión debió de debilitar sin duda su resistencia ante los invasores, debido a su desconfianza y a su desunión, pero ello no implica que los monofisitas prefirieran el dominio árabe al de los bizantinos, como a menudo se ha supuesto. Los verdaderos factores de la derrota de Bizancio fueron de carácter militar, político y económico, y radican en el debilitamiento de la presencia bizantina en las provincias orientales antes de las conquistas persas y árabes, y no sólo cuando éstas se produjeron. Ya por entonces se hallaban divididas las ciudades de Oriente, como podemos ver por la viva relación de la violencia existente entre las facciones en los últimos días del reinado de Focas que nos ofrece el historiador copto Juan de Nikiu (cuya obra se nos ha conservado en traducción al etíope). Verdes y Azules, cristianos y judíos, calcedonianos y monofisitas, todos desempeñaron algún papel en el drama. Una curiosa obra conocida habitualmente con el título de *Doctrina Jacobi nuper baptizati* — esto es, «Doctrina de Santiago, recién bautizado» —, que data de finales de la tercera década del siglo VII y que, al parecer, fue escrita por un judío bautizado en cumplimiento de las órdenes imperiales con el fin de convencer a los demás judíos de que siguieran su ejemplo, nos da muchos detalles acerca de la juventud del tal Santiago; por aquel entonces participó activamente en los enfrentamientos entre las facciones:

[Durante el reinado de Focas], cuando los Verdes, al mando de Crucis, incendiaron la Mese [de Constantinopla] y lo pasaron tan mal [cf. *Chron. Pasch.*, pp. 695-696, Bonn], me pegué con muchos cristianos y vine a las manos con ellos por incendiarios y maniqueos. Y cuando en Antioquía Bonoso castigó a los Verdes e hizo una matanza de ellos [en 609], yo también me fui a Antioquía y, como era Azul y partidario del emperador, me dediqué a zurrar a los cristianos tachándolos de Verdes y traidores (*Doctrina Jacobi*, I, 40).²⁶

Por consiguiente, para explicar las conquistas no basta con apelar al monofisismo. Pasaremos ahora a ocuparnos de cuestiones relacionadas con la defensa, o al menos con las inversiones militares efectuadas en la zona. Veremos que también este aspecto es inseparable de otras cuestiones más generales, relacionadas con el establecimiento de colonos, como la demografía y la población.

La frontera oriental

El debate en torno a la cuestión de las fronteras y de la defensa durante el Bajo Imperio, y a la de la frontera oriental en particular, ha sido extraordinariamente vivo durante los últimos años. A este respecto, la atención se ha centrado fundamentalmente en dos propuestas defendidas por E. N. Luttwak en su libro titulado *The Grand Strategy of the Roman Empire* (Baltimore, Maryland, 1976), obra, dicho sea de paso, de un experto en estrategia moderna, y no de un especialista en historia antigua. La primera de esas dos tesis afirma que el imperio romano había organizado una «estrategia capital», es decir, que las instalaciones militares eran fruto de un plan racional al máximo nivel; y la segunda, que el Bajo Imperio, desde los tiempos de Diocleciano, practicó una política planificada de «defensa en profundidad», en virtud de la cual el sistema defensivo de las fronteras se hallaba respaldado por tropas móviles acantonadas dentro del propio territorio del imperio. Aunque ambas teorías han tenido bastante aceptación y aparecen reproducidas al pie de la letra en muchos estudios posteriores, han sido puestas en tela de juicio recientemente, hasta el punto de que, al menos por lo que a Oriente se refiere, se ha establecido una nueva ortodoxia.²⁷ El problema es en parte de orden metodológico: Luttwak y sus seguidores se tomaban los decretos de los soberanos del Bajo Imperio demasiado literalmente, pero, como hemos señalado, no sólo mediaba un abismo entre las supuestas motivaciones de las medidas imperiales y la realidad práctica, sino también entre la realidad práctica y los presuntos objetivos. Más erróneo es todavía suponer que el gobierno imperial de las últimas épocas era capaz de poner en práctica todos los complicados esquemas que le atribuye, por ejemplo, Procopio. Además un estudio reciente de los restos materiales de las instalaciones militares de Oriente invita a efectuar una revisión de las tesis de Luttwak, y promueve una nueva concepción de los objetivos de la inversión militar de Roma en la región.

La concentración de tropas romanas en Oriente había empezado mucho tiempo atrás. En realidad, la historia del interés de Roma por los territorios colindantes con el imperio sasánida es mucho más dinámica que la que podemos ver en las demás fronteras del imperio romano. Según Fergus Millar, la campaña de Trajano contra los partos del año 106 marcó «el comienzo de una obsesión que llevaría a toda una serie de emperadores romanos a realizar campañas en Mesopotamia, llegando incluso a veces hasta Seleucia y Ctesifonte, a orillas del Tigris».²⁸ En el siglo III, en tiempos de Septimio Severo, se crearon dos nuevas legiones destinadas a prestar servicio en Oriente, concediéndose el estatus de colonia romana a cinco ciudades de la nueva provincia de Mesopotamia, concretamente a Edesa, Carras, Resaina, Nísibis y Singara; en esta época había ocho legiones estacionadas en la región que desde esta zona se extiende por el sur hasta Arabia. A partir de ese momento Roma hubo de enfrentarse al poderoso régimen militar creado por los sasánidas en su frontera oriental; entre los siglos III y VII ambas potencias se enfrentaron en varias ocasiones. Durante el siglo IV Shapur I realizó una serie de incursiones que tuvieron efectos devastadores sobre el territorio romano, y lo mismo haría Cosroes I en el siglo VI y Cosroes II a comienzos del VII; por otra parte en 363, tras la desgraciada expedición contra Persia emprendida por el emperador Juliano, Roma se vio obligada a firmar una paz muy desventajosa, en virtud de la cual hubo de ceder a los persas la importante ciudad fronteriza de Nísibis, que casi un siglo antes, por un tratado firmado por Diocleciano, había llegado a ser el único centro de relaciones comerciales entre las dos potencias. Ya hemos visto el

elevado coste que en términos militares y financieros supusieron para Bizancio las guerras de los siglos VI y VII. Es lógico pensar, por tanto, que las instalaciones militares romanas tuvieran esencialmente un carácter defensivo contra los sasánidas y contra la supuesta amenaza de las tribus nómadas; algunos especialistas, sin embargo, han señalado recientemente que durante casi todo este período ninguno de los dos imperios se planteó en serio la posibilidad de infligir a su adversario una derrota importante o de realizar una ocupación a gran escala de su territorio; se ha postulado incluso que en realidad la principal preocupación del sistema de defensa romano era conservar su prestigio y garantizar la seguridad interna y la vigilancia de las zonas fronterizas. Algunos autores de la época, como por ejemplo Zósimo al hablar de Diocleciano, aluden a grandiosos proyectos en materia de defensa; otros pretenden que se logró una absoluta seguridad de las fronteras, como hace Procopio al hablar de Justiniano. Pero ambos autores se caracterizan, al igual que tantos contemporáneos suyos, por presentar esa imagen tan sumamente simple de la civilización que se ve amenazada desde el exterior, sobre todo por los pueblos nómadas; y semejante idea la compartían hasta hace muy poco tiempo los especialistas modernos. Las investigaciones más recientes, en cambio, ofrecen una concepción muy distinta de la relación existente entre las poblaciones «nómadas» y las poblaciones sedentarias.²⁹

La discusión gira sobre todo en torno a la interpretación que se da a los restos arqueológicos *in situ* y a la finalidad que se les atribuye, que evidentemente es muy difícil de determinar. Sin embargo, Isaac no es el único especialista que afirma que las rutas militares, tan importantes en esta zona, particularmente la *strata Diocletiana*, calzada que conducía desde el noreste de Arabia y Damasco hasta Palmira y el Eufrates, y la anterior vía *nova Traiana*, que iba desde Bostra hasta el mar Rojo, no eran consideradas tanto líneas defensivas, cuanto vías de comunicación. El concepto de «defensa en profundidad» que a menudo aparece en la bibliografía erudita, lo mismo que la noción de *limes* «interno» y *limes* «externo», atribuye a nuestros testimonios unas ideas modernas absolutamente inadecuadas.³⁰ Incluso puede no ser segura la identificación de muchas de las estructuras aparentemente fortificadas y de carácter defensivo descubiertas en la zona, y muchos emplazamientos son asimismo objeto de discusión; el uso dado a algunos de esos emplazamientos pudo cambiar mucho a lo largo de un período de varios siglos de duración, con las lógicas alteraciones que se produjeran de tiempo en tiempo. Según parece, en algunas fortalezas destinadas a albergar a una legión entera, como las de Udrh y Leijun, se instalaron después otras unidades —de unos mil o mil quinientos hombres— de dimensiones inferiores a las que tenía aquella a comienzos de la época imperial; este hecho concuerda con los cambios producidos en el ejército tardorromano y también con el menor tamaño de las provincias en las que había sido dividido Oriente. Las legiones constituían por aquel entonces una parte —acaso sólo una pequeña parte— del total de los contingentes militares, y la guerra entre Roma y Persia empezaba a basarse cada vez más en el asedio de ciudades fortificadas, en las que por lo general se hallaban acantonadas las tropas; en realidad, fuertes y fortines no constituían ya obligatoriamente las bases de las tropas regulares. También resulta bastante difícil establecer con seguridad cuál era la situación de esa supuesta milicia rural integrada por los llamados *limitanei*; aunque las fuentes de época posterior y los modernos especialistas les reprochan a menudo la poca entidad de la labor por ellos realizada, lo cierto es que no tenemos testimonio de su existencia hasta por lo menos los últimos años del siglo IV, y por entonces eran sencillamente soldados

regulares de los territorios fronterizos. Aunque hasta cierto punto constituyeran una milicia rural, en contraposición con los soldados regulares, ello no significa necesariamente, por supuesto, que, llegado el momento de entrar en acción, realizaran su cometido peor que los otros.³¹

Al oponerse a los sasánidas, los bizantinos se enfrentaban a una potencia rival que, para empezar, no sólo estaba a su mismo nivel desde el punto de vista militar, sino que además era capaz de realizar a veces campañas sumamente brutales y agresivas contra los territorios de Roma.³² Ya hemos visto la indefensión en que se encontraban las ciudades orientales cuando se enfrentaron a los ejércitos de Cosroes I, y también sabemos cuál fue el coste financiero que para el imperio bizantino supuso la paz con Persia (véase el capítulo 5). Pese a lo estipulado en el gran tratado de paz del año 562, los sucesores de Justiniano tuvieron que seguir haciendo frente al problema de la guerra con Persia, donde las reformas de Cosroes I trajeron consigo el fortalecimiento de la aristocracia militar. Curiosamente, Cosroes II, que había sido víctima de un golpe de estado y debía su trono al emperador Mauricio, y que hizo gala de su devoción al santuario de San Sergio de Sergiópolis (Rusafa) prometiendo dedicar una cruz adornada con piedras preciosas si el santo le concedía la victoria (cf. Teofilacto, V, 1, 8),³³ resultó ser un enemigo tan despiadado como lo fuera a su antecesor Cosroes I. Si por parte de los bizantinos la conquista propiamente dicha quedaba totalmente fuera de lugar, las invasiones persas de comienzos del siglo VII contaban ya con precedentes. Los persas no sólo estuvieron a punto de asestar el golpe de gracia a muchas ciudades romanas de Asia Menor y aceleraron la huida de la población cristiana de Palestina y Egipto —sobre todo la de los monjes y el clero secular—, sino que llegaron efectivamente a ocupar y gobernar todo el Oriente bizantino —aunque fuera por subrogación— durante cerca de quince años. Aunque la naturaleza de esa dominación sigue estando envuelta en sombras,³⁴ es indudable que este episodio, junto con los efectos acumulativos de los largos decenios de guerras entre Bizancio y Persia, explica en buena medida la facilidad con la que se produjeron las conquistas islámicas.

Pese a la enorme cantidad de testimonios materiales que tenemos del sistema defensivo de Bizancio, la interpretación de dicho sistema en su conjunto y hasta la propia cuestión de su existencia distan mucho de haber sido resueltas satisfactoriamente. Muchas fortificaciones, desprovistas por completo de guarniciones, probablemente desempeñaran un mero papel disuasorio, y acaso estuvieran destinadas a ser utilizadas sólo en caso de necesidad. Hoy día no puede ya sostenerse en pie la idea tradicional de que existía un esquema defensivo rígidamente establecido. No obstante, debió de haber muchos otros factores en juego y, dejando a un lado las cuestiones defensivas, la historia de la región durante esta época no se caracterizó ni mucho menos por la tranquilidad. La decadencia del reino de los nabateos, cuya capital era Petra, en la actual Jordania, la creación de la provincia de Arabia en el año 106, o la independencia por un breve período de tiempo de Palmira y su posterior derrota y hundimiento a finales del siglo III, tuvieron unas consecuencias económicas y culturales muy profundas en toda la región. Cuando Constantino abrazó el cristianismo, los emperadores, la familia imperial e incluso algunos particulares ricos, como santa Paula, la amiga de san Jerónimo, realizaron fuertes inversiones en Jerusalén y otros santos lugares, y consiguientemente, sobre todo a partir del siglo IV, se produjo un gran auge de las peregrinaciones. En lo tocante a la seguridad y a los asuntos militares, sin embargo, hay un elemento muy curioso que con el paso del tiempo habría de adquirir cada vez más importancia; se

trata, como hemos visto, de los acuerdos de Roma con las tribus árabes seminómadas de la región, que a partir del siglo IV fueron utilizadas cada vez con más frecuencia como aliados militares por uno y otro imperio. La penetración de los árabes en estas regiones no constituye un fenómeno que comenzara simplemente con las denominadas conquistas árabes del siglo VII. A decir verdad, la manifestación más espectacular de la «aculturación parcial de las tribus y los dirigentes árabes que vivían en las zonas aledañas a los asentamientos grecorromanos» nos la proporciona la famosa inscripción del año 328, procedente de Namara, en la Siria meridional, escrita en lengua árabe y caracteres nabateos en memoria del rey lajmí Imru' al-Qays, «soberano de todos los árabes».³⁵

Romanos y persas se apoyaban cada vez más en sus aliados árabes («sarracenos»), y a comienzos del siglo VI ambas potencias contaban con sendos grupos bien constituidos de clientes, cada uno de los cuales estaba capitaneado por una poderosa tribu. Los persas eran respaldados por los lajmíes, cuya base de operaciones estaba en al-Hira, y los romanos por los gasaníes, cristianos monofisitas localizados en Rusafa, entre Sura y Palmira. Estos «filarcados» no sólo prestaban ayuda a las tropas regulares romanas luchando a su lado, como hicieron el gasaní al-Harith y sus huestes en la batalla de Calinico, en 531, sino que en ocasiones llegaron a reemplazarlas y recibieron el encargo de realizar diversas misiones militares. Algunos autores bizantinos de talante conservador, como Procopio, se muestran propensos a sospechar de ellos y a acusarles de traición. Así, hablando de al-Harith y la batalla de Calinico, este autor dice: «De ese modo [Aretas y los sarracenos] rompieron filas y se separaron, y con ello se ganaron la fama de que habían traicionado la causa de los romanos en favor de los persas» (BP, I, 18, 36).³⁶ Poco antes, Procopio había escrito que «Aretas o bien fue sumamente desgraciado en todas las incursiones que intentó y en todos los conflictos en que participó, o bien se volvió un traidor en cuanto pudo, pues todavía no sabemos a ciencia cierta nada sobre él» (BP, I, 17, 48). El hecho es, en cualquier caso, que los filarcas desempeñaron un papel cada vez más importante en la protección de los territorios fronterizos, y que sus patronos les pagaban por ello. A decir verdad, cuando en el siglo VII los musulmanes abandonaron Arabia en dirección al norte, corrieron rumores de que estos pueblos federados les habían ayudado al dejar de recibir los subsidios que regularmente cobraban de los bizantinos. Al conceder tanta importancia a estos grupos tribales a expensas del ejército regular, el gobierno imperial venía simplemente a reproducir la política de clientela que había seguido durante centurias, adoptando en la práctica el mismo proceder que adoptara Occidente un siglo antes. Se trataba evidentemente de una política que en último término había de volverse contra el gobierno, aparte de que éste tampoco se mostró muy coherente a la hora de aplicarla: si Justiniano concedió a al-Harith los títulos de filarca, patricio y rey precisamente con objeto de contrarrestar el poder de los lajmíes, al mando de al-Mundhir (cf. Procopio, BP, I, 17, 45-48), su sucesor, Justino II, dejó de pagar los subsidios y volvió contra el victorioso Mundhir al hijo de al-Harith el gasaní, dejando a Dará y Apamea totalmente indefensas. Aunque Mundhir recuperó más tarde su condición de aliado, pronto volvieron a salir a la superficie los celos de Bizancio y en 580 fue desterrado a Sicilia por orden del emperador Tiberio (Juan de Éfeso, HE, VI, 3-4, 111, 40-42; Evagrio, HE, V, 6-9, 20)³⁷

Ya hemos visto la escasez de las fuerzas bizantinas en Oriente en tiempos de la invasión de Cosroes I hacia 540. Evidentemente esta circunstancia debe ponerse en

relación con los problemas financieros y de efectivos militares a los que hubo de enfrentarse Justiniano durante las campañas de Occidente, pero la dependencia de Bizancio respecto de sus aliados árabes había empezado mucho antes, aunque sus efectos se intensificaran a finales del siglo VI. Los *limitanei* no cobraban, los registros del censo se hallaban, según parece, en una situación caótica, y, a juzgar por la falta de hallazgos en muchos lugares de vestigios datables en el siglo VI, parece que las legiones habían sido retiradas del sureste de Palestina, disminuyendo así gravemente las posibilidades de resistencia ante los ataques musulmanes del siglo VII. Este hecho, junto con las graves consecuencias de la invasión persa del siglo VII, permitiría explicar la rendición de Uduh y Aila y la apertura de una ruta sumamente fácil hacia el norte, que habría de tener unos efectos desastrosos. Por último, las enormes dificultades que tuvo Heraclio a la hora de reclutar un ejército como es debido y de proporcionarle los suministros necesarios para hacer frente a los persas indican que el estado de debilidad de Bizancio en el terreno militar era a comienzos del siglo VII una realidad insoslayable. El estudio de las provincias de Oriente en la Antigüedad tardía y los albores de la época islámica está pasando por unos momentos de auge extraordinario, y lo más probable es que, a consecuencia de ello, muchas viejas ideas sean desechadas en beneficio de otras interpretaciones, antes incluso de que éstas se hallen sólidamente afianzadas. Por grandes que fueran las diferencias entre una y otra parte del imperio, las provincias de Oriente en el siglo VII tenían dos rasgos en común con las provincias de Occidente en el siglo V, a saber, la amenaza externa y los peligros de fragmentación interna. Las significativas transformaciones producidas en los asentamientos urbanos y rurales, la cristianización, la contaminación de la cultura griega con las culturas locales y las secuelas de las necesidades del estado bizantino en los terrenos militar y fiscal, son fenómenos perfectamente visibles mucho antes de que se produjeran la última gran invasión persa de comienzos del siglo VII y la entrada en Siria de los seguidores de Mahoma.³⁸ La historia de los orígenes y la expansión del islam quedan fuera del alcance de la presente obra. Ahora bien, cuando los musulmanes salieron de Arabia y se enfrentaron con las tropas romanas en Palestina y Siria, se encontraron con un Próximo Oriente romano en pleno proceso de cambio.

CONCLUSIÓN

El imperio romano no llegó a su fin a través de un proceso de cambio revolucionario. No se produjeron levantamientos ni hubo impulso revolucionario alguno que dieran lugar a su hundimiento, y la lucha de clases, si es que existió (y evidentemente las desigualdades sociales eran enormes), tuvo un carácter mayormente pasivo e inerte. Aunque se ha defendido a capa y espada la idea de que las clases humildes se negaron a seguir participando en las batallas que hubo de librar el gobierno a comienzos del siglo VII en la parte oriental del imperio y en una fecha mucho más temprana en Occidente, lo cierto es que los motivos de la pérdida final de las provincias orientales y occidentales del imperio fueron múltiples y desde luego más complejos. Más productivo resulta en el contexto de las investigaciones actuales averiguar los cambios que se produjeron en el equilibrio existente entre el centro y la periferia y en las relaciones inestables mantenidas por las culturas locales. Resulta más útil atender a motivaciones a largo plazo que apelar a factores de efecto inmediato. A menudo se olvida demasiado fácilmente la extraordinaria tenacidad del estado tardorromano cuando se buscan justificaciones de su supuesta decadencia y su presunto hundimiento final. Por eso, aunque probablemente las guerras de Justiniano agotaran la economía estatal, lo cierto es que este emperador fue capaz de realizar un esfuerzo bélico ingente durante un período de tiempo larguísimo y además en varios frentes a la vez, y supo establecer un sistema administrativo y militar nuevo, de carácter esencialmente bizantino, en las provincias reconquistadas del Norte de África y de Italia, llevando a cabo un programa de construcción de obras públicas por todo el imperio que no deja de resultar impresionante, aunque sólo en parte quepa atribuírselo a él. No es de extrañar que a sus sucesores les costara un trabajo ímprobo seguir su ejemplo.

El imperio era muy sensible a los acontecimientos externos, pero también era muy vulnerable debido a sus problemas internos. Lo cierto es que no sólo hubo de hacer frente en la parte occidental a las «invasiones bárbaras» (de las cuales, como hemos visto, Oriente se libró a duras penas) y en la parte oriental a las invasiones persas, tras las cuales vinieron las conquistas árabes: fueron los cambios producidos en Asia central los que trajeron consigo en el siglo V la tremenda amenaza de los hunos —peligro que afortunadamente quedó conjurado a la muerte de Atila—, y más tarde la aparición de los heftalitas, que amenazaron seriamente a Constantinopla a finales del reinado de

Justiniano. Por entonces el imperio intentaba ya utilizar a los avaros para mantener a raya a otros grupos, como, por ejemplo, a los eslavos, en la cuenca del Danubio. Corippo describe en tono encomiástico la lujosa recepción que les dispensó Justino II al comienzo de su reinado (Iust., 111, 151 ss.), pero la condescendencia mostrada por el monarca hacia estos pueblos y hacia otros enemigos potenciales del imperio habría de resultar desastrosa; las grandes cantidades de dinero pagadas a los avaros por su sucesor, Tiberio II (578-582), en concepto de subsidios no impidieron que acabaran convirtiéndose en una amenaza de primera magnitud ni que pusieran sitio a Constantinopla en 626.¹ Ni que decir tiene que los contemporáneos tenían sólo una idea muy vaga de los orígenes étnicos de los avaros y los turcos,² cuya supremacía a finales del siglo VI vino seguida por la aparición, a finales del VII, de los otros dos pueblos de origen turco, los búlgaros y los jázaros. Al tener que hacer frente a tanto movimiento de pueblos, el imperio no tuvo muchas opciones y adoptó una actitud vacilante, intentando unas veces establecer alianzas con ellos, reforzadas por el pago de subsidios, y otras, cuando no quedaba más remedio, enfrentarse a ellos. Tal era, en realidad, el estado habitual de las cosas, variando únicamente el grado de inminencia de los peligros; la tónica general en esta época era la guerra, no la paz, y cuando por algún tiempo lograba imponerse esta última era normalmente a muy alto precio.

Vista en este contexto, la explicación de los hechos basada en el concepto de «decadencia» resulta claramente fuera de lugar. Y es que se basa en la idea de que lo razonable es esperar que las culturas y las sociedades puedan mantenerse en un mismo estado indefinidamente. Expresiones como, por ejemplo, «el fin de la Antigüedad clásica» y otras por el estilo presuponen una entidad, la de «Antigüedad clásica», inasequible por completo a los cambios. Lo cierto, sin embargo, es que las sociedades no existen en el vacío. El propio mundo se encuentra en un constante estado de transformación. Pues bien, del mismo modo, millones y millones de cambios grandes y pequeños tuvieron lugar tanto dentro de los inmensos territorios del imperio como más allá de sus fronteras; y para hacer referencia a todos esos cambios en conjunto se ha recurrido a la etiqueta harto equívoca de «decadencia». Al historiador, sin embargo, no le corresponde ni emitir juicios morales sobre el objeto de sus investigaciones ni imponer normas clásicas totalmente inadecuadas.

Una explicación completamente distinta es la que se basa en ciertos trabajos de antropología publicados en los últimos años, según los cuales las sociedades complejas tienden a hacerse cada vez más complejas, hasta que llegan a su hundimiento definitivo.³ Esta tesis soslaya a primera vista la dificultad de confundir la explicación de los cambios con la descripción de los mismos. Pero no está muy claro si realmente lo logra o no, ni hasta qué punto cabe aplicar semejante teoría al imperio romano. La verdad es que, a pesar de la retórica cada vez más grandilocuente empleada en el campo del derecho y la administración, el Bajo Imperio fue una sociedad en cierto modo mucho menos compleja que la anterior. Pese a los intrépidos esfuerzos del gobierno central por imponer cada vez más controles y cortapisas a la población, sus intentos se vieron frustrados en la práctica por la obstinada tendencia de ésta a dejar que las cosas siguieran sencillamente su curso. Otro de los peligros que comporta ese tipo de explicaciones generales es que con frecuencia no tiene en cuenta las variables históricas reales, pues si por una parte puede resultar muy útil comparar el imperio romano con otros sistemas imperiales, lo cierto es que constituía una sociedad totalmente sui generis, cuya cohesión era mantenida por un delicadísimo equilibrio de factores

diversos cuya naturaleza todavía están intentando comprender los historiadores. Y no debemos perder de vista la particularidad de la Antigüedad tardía en nuestro afán por explicar de cualquier forma la caída del imperio romano.

Teniendo en cuenta la idea tan desfavorable que tradicionalmente se han hecho de Bizancio la mayoría de los filólogos clásicos y de los especialistas en historia antigua, las investigaciones más recientes en torno a las provincias orientales durante la Antigüedad tardía pueden parecer un tanto paradójicas, hasta que nos percatamos de que lo que estudian es en gran medida el nuevo proceso de aculturación y de cambio cultural, el mismo precisamente que se oculta tras los trabajos de carácter semejante en torno a los problemas de Occidente. El liderazgo en este terreno lo ostenta la arqueología; cediendo a la influencia de consideraciones teóricas, los arqueólogos están prestando cada vez más atención al estudio de la interacción de los diversos sistemas culturales y especialmente al proceso de aculturación. La etnoarqueología y el estudio de las subculturas los ha llevado a adoptar una perspectiva mucho más amplia y a buscar cada vez menos en las fuentes literarias la «corroboración» de las hipótesis en sus detalles. Este tipo de enfoque se ha aplicado sobre todo al estudio de períodos históricos anteriores, e incluso a la prehistoria. Pero también la Antigüedad tardía — época caracterizada por los procesos de cambio cultural y de aculturación a gran escala— ofrece en este sentido un campo de aplicación enorme. Y cuando se pongan a ello, los historiadores tendrán que cambiar también sus planes de trabajo.

Una cuestión que se plantea es la de saber hasta qué punto caló en realidad la influencia del estado. A pesar de los cambios políticos que indudablemente supusieron, podemos afirmar que ni la instauración de los reinos bárbaros en Occidente ni las conquistas árabes produjeron, si contemplamos ambos hechos desde una perspectiva más amplia, unas transformaciones tan profundas en las estructuras sociales y económicas básicas de Europa como el que podemos apreciar a partir del siglo XI. En Occidente, cabe detectar una diferencia entre los métodos y los cultivos agrícolas más idóneos al terreno duro y al clima frío propio del norte de Alemania y de Francia, y la economía mediterránea, basada en la viticultura y la olivicultura; en cualquier caso, esas mismas provincias septentrionales, con una ecología idéntica a la que tenían por entonces, habían formado también perfectamente parte del imperio romano. En Oriente, arqueólogos e historiadores coinciden en afirmar que la conquista árabe de Palestina y Siria en el siglo VII no supuso en realidad una verdadera solución de continuidad. Antes de que concluyera el milenio, ni Oriente ni Occidente efectuarían los adelantos económicos y culturales que habrían de producir la Europa renacentista y de comienzos de la Edad Moderna.⁴ Todavía sigue poniéndose demasiado énfasis en las ideas de «hundimiento» del imperio romano y de «transformación» del mundo clásico, y demasiado poco en la de continuidad a largo plazo.

El estudio de los motivos, en un sentido absolutamente tradicional, de dicha «transformación» tiende asimismo a oscurecer la peculiaridad de la experiencia individual en la Antigüedad tardía, cuya amplitud y variedad confiere de hecho a este período el indudable atractivo que ejerce sobre la imaginación de los historiadores modernos. Época de cambios rapidísimos, en la que las estructuras locales tenían muchas veces más significado que el propio estado romano; en la que el hombre tenía la posibilidad de escoger, entre una serie de opciones muy diversas, a quién guardaba fidelidad; en la que unos sistemas culturales y mentales muy distintos pugnaban por imponerse; todo esto es, en definitiva, algo de lo que cualquiera puede percatarse; y en

nuestro mundo posmoderno nos resulta muy fácil identificarnos con muchos de esos conflictos. Como ponen de manifiesto los problemas de nomenclatura que se nos plantean al estudiar esta época, todavía no se habían asentado del todo ni la mentalidad «medieval» ni la «bizantina», y la cosmovisión propia del islam aún estaba por venir.⁵ Se ha recurrido a la expresión «comunidades imaginarias» con el fin de marcar un estadio determinado en el desarrollo del concepto moderno de identidad nacional.⁶ Aunque sería erróneo introducir en él la noción de nacionalismo en el sentido moderno del término, también en este período empezaban a aparecer por todo el Mediterráneo nuevas formas de construir la identidad social, sin que se supiera de momento cuáles de ellas estaban destinadas a perdurar. Hoy día, mil cuatrocientos o mil quinientos años después, tenemos la ventaja de saber el resultado. Pero lo que estudia la historia es el cambio, y los que vivimos inmersos en él somos los últimos en saber en qué consiste en realidad ese cambio.

BIBLIOGRAFIA CRÍTICA SELECTA

Introducción

Averil Cameron, *The Later Roman Empire*, Fontana History of the Ancient World, Londres, 1993, estudia este período hasta el año 395, pero no pasa de esa fecha; se remite al lector a dicha obra para estos años en particular y por la bibliografía que contiene. Aunque hay muchas obras de carácter introductorio que tratan por separado de Oriente y Occidente a partir del año 395, son pocas las que tratan de las dos partes del imperio; una de ellas es R. Collins, *Early Medieval Europe 300-1000*, Londres, 1991, que ofrece una buena exposición cronológica. Jones, *LRE*, ofrece en los capítulos VI-X una relación de los hechos y además las correspondientes referencias a las fuentes; véase asimismo Bury, *LRE* (pues aunque desde luego está anticuado, sigue siendo el estudio más detallado de este tema que existe en inglés). Los volúmenes XIII y XIV de la edición revisada de la *Cambridge Ancient History*, aún por publicar, tratarán el período que va de 337 a c. 600. Martindale, *PLRE* I-III, es una obra de consulta que adopta la forma de diccionario biográfico de todos los altos cargos seculares que hubo entre los años 395 y 641, ofreciendo además las fuentes que hacen referencia a sus vidas y a sus carreras. A. Demandt, *Die Spätantike*, Mullers Handbuch der Altertumswissenschaft, Munich, 1990 (en alemán), es una detalladísima obra de consulta, provista de una bibliografía muy completa, que llega hasta el año 565. Los estudiosos del tema encontrarán muchos artículos de interés en *The Oxford Dictionary of Byzantium*, Nueva York, 1991. Mucho más que un atlas, además de contener unas ilustraciones excelentes y muy numerosas, es la obra de Tim Cornell y John Matthews titulada *Atlas of the Roman World*, Oxford, 1982.

Fuentes traducidas (al inglés): A. H. M. Jones, *A History of Rome through the Fifth Century II: The Empire*, Londres, 1970; N. Lewis y M. Reinhold, *Roman Civilization. Sourcebook II: The Empire*, Nueva York, 1955, edición revisada en 1966. Fuentes acerca de la Iglesia durante el siglo V: Stevenson, *Creeds*.

Sobre la «tesis de Pirenne» y la arqueología de esta época, cf. Hodges y Whitehouse; asimismo K. Randsborg, *The First Millennium AD in Europe and the Mediterranean. An Archaeological Essay*, Cambridge, 1991; cf. capítulo IV. Aunque existen numerosas versiones resumidas sumamente asequibles, la mejor edición de *Decline and Fall of the Roman Empire*, la gran obra de Edward Gibbon en varios

volúmenes, es la de J. B. Bury, Londres, 1906, 4ª edición (hay trad. cast.: *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano*, Turner, Madrid, 1984). La visión negativa del Bajo Imperio que tiene M. I. Rostovtzeff queda de manifiesto en *SEHRE*. El título de la obra de MacMullen, *Corruption*, habla por sí solo; también negativa (aunque por motivos bien distintos) es la visión de De Ste. Croix, *Class Struggle*; y también la de Alföldi, *Social History*, capítulo VII. Para una crítica de las ideas nacionalistas proyectadas sobre los invasores germánicos, habituales entre los estudiosos alemanes, cf. H. Wolfram, *History of the Goths*, Berkeley y Los Ángeles, Calif., 1988; y W. Goffart, *Barbarians and Romans*, Princeton, NJ, 1980, capítulo I. Sobre M. I. Finley y su influencia, véase su obra ya clásica, *The Ancient Economy*, Berkeley y Los Angeles, Calif., 1973, edición revisada, Londres, 1985 (hay trad. cast.: *La economía de la Antigüedad*, FCE, Madrid, 1975), junto con los artículos sobre el Bajo Imperio contenidos en Peter Garnsey, Keith Hopkins y C. R. Whittaker, eds., *Trade in the Ancient Economy*, Londres, 1983. Entre las obras más interesantes de Peter Brown se incluyen *The Cult of the Saints*, Londres, 1981, y *Society and the Holy in Late Antiquity* (colección de artículos), Berkeley y Los Ángeles, Calif., 1982. Respecto a la cerámica tardorromana la obra clásica es la de John Hayes, *Later Roman Pottery*, Londres, 1972. Los estudios italianos más recientes sobre esta época han sido recogidos en los cuatro volúmenes de artículos misceláneos editados por Giardina; sobre el volumen III de la serie, véase C. Wickham, «Marx, Sherlock Holmes and the late Roman economy», *JRS*, 78 (1988), pp. 183-193; véanse asimismo el artículo de Carandini en Garnsey, Hopkins y Whittaker, eds., *Trade in the Ancient Economy*, y los diversos estudios sobre la economía y la sociedad contenidos en la obra miscelánea (en francés) editada por C. Morrisson y J. Lefort, *Hommes et richesses dans l'empire byzantin I, IV-VIIe siècle*, París, 1989. Para el debate en torno a los inicios del mundo bizantino, cf. A. Kazhdan y A. Cutler, «Continuity and discontinuity in Byzantine history», *Byzantion*, 52 (1982), pp. 429-478; la terminología utilizada para referirse a este período es muy diversa (Kazhdan prefiere hablar de época «protobizantina», mientras que N. H. Baynes utiliza la expresión «imperio romano de Oriente», A. H. M. Jones habla de «Bajo Imperio» y otros simplemente utilizan el término «Bizancio»). *The Oxford Dictionary of Byzantium* utiliza una y otra vez los términos *late Roman* o *late antique*, utilizados habitualmente también en nuestra obra (y traducidos generalmente por «tardorromano» y «de la Antigüedad tardía»). No obstante, cuando tengan que abordar este período, los estudiosos de historia antigua habrán de acostumbrarse a consultar libros que, a primera vista, tratan de Bizancio.

Sobre san Agustín, véase Peter Brown, *Augustine of Hippo*, Londres, 1967. W. Goffart, *The Narrators of Barbarian History (AD 550-800)*, Princeton, NJ, 1988, estudia a Jordanes y a Gregorio de Tours; sobre Casiodoro, cf. J. J. O'Donnell, *Cassiodorus*, Berkeley y Los Ángeles, Calif., 1979; y para las *Variae* de este mismo autor, cf. la traducción (al inglés) con notas de S. Barnish, *Translated Texts for Historians*, 12, Liverpool, 1992. Sobre san Gregorio Magno, cf. Carole Straw, *Gregory the Great. Perfection in Imperfection*, Berkeley y Los Ángeles, Calif., 1988. Existe una versión de Gregorio de Tours en la colección Penguin, *History of the Franks*, trad. ingl. de L. Thorpe, Harmondsworth, 1974; en cuanto a sus obras de carácter hagiográfico, existe una traducción (al inglés) con notas en la serie *Translated Texts for Historians* (*Glory of the Confessors* y *Glory of the Martyrs*, trad. de R. Van Dam, Liverpool, 1988; *Life of the Fathers*, trad. de E. James, Liverpool, 1985). Para Venancio Fortunato, véase

George, *Venantius Fortunatus*. Los historiadores griegos de los siglos V y VI, cuya obra no tiene un carácter específicamente religioso, han sido editados por Blockley. Para Procopio, véase Cameron, *Procopius*; la crónica de Malalas es ahora accesible para los profanos en la traducción inglesa de Jeffreys *et al.*; y cf. Elizabeth Jeffreys, Brian Croke y Roger Scott, eds., *Studies in John Malalas*, Sydney, 1990. Respecto a las vidas de santos y demás literatura religiosa relacionada con estos temas, cf., por ejemplo, C. Stancliffe, *St. Martin of Tours and his Biographer Sulpicius Severus*, Oxford, 1983; Alison Goddard Elliott, *Roads to Paradise. Reading the Lives of the Early Saints*, Hannover y Londres, 1987; S. Hackel, ed., *The Byzantine Saint*, Londres, 1981. Para los concilios de la Iglesia, véase Judith Herrin, *The Formation of Christendom*, Oxford, 1987; el *Codex Theodosianus* (= *CTh*) es ahora asequible para los profanos en la traducción inglesa de Clyde Pharr, *The Theodosian Code*, Princeton, NJ, 1952; para la *Notitia Dignitatum*, cf. Jones, *LRE*, Apéndice II y véase supra, capítulo 2. Para las inscripciones griegas, cf. C. M. Roueché, *Aphrodisias in Late Antiquity*, Londres, 1989.

Constantinopla y el imperio de Oriente durante el siglo V

Descripciones generales: Jones, *LRE*; Bury, *LRE*, I; véase asimismo E. Demougeot, *De l'unité à la division de l'empire romain: 395-410*, París, 1951. J. H. W. G. Liebeschuetz, *Barbarians and Bishops. Army, Church and State in the Age of Arcadius and Chrysostom*, Oxford, 1990, contiene un capítulo muy interesante acerca de los sermones de san Juan Crisóstomo; Sinesio ha sido objeto de varios estudios recientes, entre ellos el de J. Bregman, *Synesius of Cyrene. Philosopher-Bishop*, Berkeley y Los Ángeles, Calif., 1980; para su descripción de la aristocracia terrateniente de Cirenaica, cf. D. Roques, *Synésios de Cyrène et la Cyrénaïque du Bas-Empire*, París, 1987. La supremacía de Alarico y sus visigodos ha sido objeto recientemente de mucha atención, sobre todo por parte de Peter Heather, *Goths and Romans 332-489*, Oxford, 1991, basándose en una nueva interpretación de la principal fuente que tenemos para la historia de los godos, a saber, la *Historia gótica*, del autor del siglo VI Jordanes. Para la política eclesiástica y los concilios véase el compendio de fuentes publicado por J. Stevenson, *Creeds, Councils and Controversies*, Londres, 1966, así como S. G. Hall, *Doctrine and Practice in the Early Church*, Londres, 1991; para los protagonistas de estos hechos y sus obras, véase asimismo F. M. Young, *From Nicaea to Chalcedon*, Londres, 1983. Las actas de los concilios están traducidas al inglés en *Nicene and Post-Nicene Fathers*, XIV, reimpresso en Grand Rapids, Michigan, 1977; también las historias de la Iglesia de Sócrates y Sozómoeno pueden encontrarse *ibid.*, vol. II, reimpresso en Grand Rapids, Michigan, 1976; cf. además G. Chesnut, *Three Christian Histories*, París, 1977. Los historiadores griegos del siglo V, entre los que destacan Olimpiodoro de Tebas, Prisco y Maleo, han sido editados con traducción (al inglés) y comentarios por Blockley, 1981, 1983; y véase también la breve descripción crítica contenida en Heather, *Goths and Romans*, pp. 71-83.

El imperio, los bárbaros y el ejército tardorromano

La asociación del año 476 con el paso del poder a manos de los pueblos germánicos ha conducido a las teorías de la «decadencia y caída» del imperio romano y,

haciendo caso omiso de la pervivencia en Oriente del gobierno, la administración y las instituciones del estado en general, ha dado pie a numerosas interpretaciones del momento final del mundo antiguo, especialmente entre los estudiosos marxistas, aunque no sólo entre ellos (véase, por ejemplo, Perrye Anderson, *Passages from Antiquity to Feudalism*, Londres, 1974; sin embargo. De Ste Croix, *Class Struggle*, utiliza el año c. 600 como fecha decisiva, siguiendo a Jones, *LRE*). El año 476 constituye asimismo una fecha muy útil para poner punto y final a los libros dedicados al estudio de la historia antigua; véase, por ejemplo, C. G. Starr, *The Roman Empire, 27 BC to AD 476*, Oxford, 1982; y cf. Alföldy, *Social History*, p. 189. La elección de la fecha tiene mucho que ver con la ideología de los distintos autores y la actitud que adopten respecto al Occidente medieval y a Bizancio; cf. A. Momigliano, «La caduta senza rumore di un impero nel 476 D.C.», *Annali Scuola Normale di Pisa*, ser. 3, 3,2 (1973), pp. 397-418; B. Croke, «AD 476: the manufacture of a turning point», *Chiron*, 13 (1983), pp. 81-119; E. A. Thompson, *Romans and Barbarians. The Decline of the Western Empire*, Madison, Wisconsin, 1982, pp. 61-76. K. Randsborg, *The First Millennium AD in Europe and the Mediterranean*, Cambridge, 1991, pone de relieve la continuidad de los testimonios arqueológicos. En general, sobre la Galia en el siglo V, véase J. Drinkwater y H. Elton, eds., *Fifth-Century Gaul: a Crisis of identity?*, Cambridge, 1992. Dos interesantes misceláneas con buenos artículos dedicados a Oriente y Occidente durante este período son la de J. Shepard y S. Franklin, eds., *Byzantine Diplomacy*, Aldershot, 1992, y la de E. K. Chrysos y A. Schwarcz, eds., *Das Reich und die Barbaren*, Viena y Colonia, 1989.

Las fuentes de la época en torno a las cuestiones militares y las invasiones suelen ser muy difíciles de utilizar, o bien porque son parciales y tendenciosas, o bien porque se han conservado sólo en forma fragmentaria, o por la naturaleza misma de las crónicas. Entre las conservadas, las más importantes son la *Nueva Historia*, del pagano Zósimo (griego de Constantinopla, activo entre finales del siglo V o comienzos del VI), trad. inglesa de Ridley, basada en la importantísima obra de Olimpiodoro, y las historias de la Iglesia de Sócrates y Sozómoeno (véase la p. 245). *Los Getica* de Jordanes (autor latino del siglo VI), trad. ingl. de C. C. Mierow, Princeton, NJ, 1915, constituye una fuente fundamental para la historia de los godos, pero ha de ser empleada con sumo cuidado: cf., por ejemplo, Peter Heather, *Goths and Romans 332-489*, Oxford, 1991, capítulo II. Los cronistas occidentales Próspero e Hidacio, y la *Crónica latina del año 452* son unas fuentes muy importantes, pero también muy difíciles, para los acontecimientos ocurridos en Occidente durante esta época; los textos latinos se encuentran en T. Mommsen, ed., *MGH (Monumento Germaniae Historica), Auct. Ant., IX, Chronica Minora*, MI, Berlín, 1892, 1894; y véase S. Muhlberger, *Fifth-Century Chronicles*, Liverpool, 1990. Para los numerosos autores de los siglos V y VI que relataron los acontecimientos históricos de esta época, como, por ejemplo, Prisco u Olimpiodoro, pero cuyas obras sólo se nos han conservado de manera indirecta a través de citas de otros escritores, véase el capítulo 1 y C. D. Gordon, *The Age of Attila. Fifth-Century Byzantium and the Barbarians*, Ann Arbor, Michigan, 1960 (con fragmentos traducidos al inglés). Para la *Notitia Dignitatum* debe seguir utilizándose la edición latina de O. Seeck, Berlín, 1876; en cuanto al *De rebus bellicis*, véase la traducción (inglesa) y el comentario de R. Ireland, M. W. C. Hassall y R. I. Ireland, *De rebus bellicis*, Londres, 1979.

Iglesia y sociedad

Otros aspectos de la cristianización y de la vida religiosa de esta época son analizados en el capítulo 6, «Cultura y mentalidad». Existe una verdadera superabundancia de obras que tratan de los temas más importantes, pero entre las contribuciones más recientes cabe destacar las siguientes: las obras de Peter Brown son fundamentales, en especial *The Cult of the Saints*, Londres, 1981 (sobre todo dedicado a Occidente); *Society and the Holy in Late Antiquity*, Berkeley y Los Ángeles, Calif., 1982 (importante colección de artículos); *The Body and Society. Men, Women and Sexual Renunciation in Early Christianity*, Nueva York, 1988 (hay trad. cast.: *El cuerpo y la sociedad*, Muchnik, Barcelona, 1993); *Power and Persuasion in Late Antiquity*, Madison, Wisc, 1992. R. A. Markus, *The End of Ancient Christianity*, Cambridge, 1990, es un libro bastante reciente e innovador, centrado también sobre todo en Occidente. Cf. asimismo J. Richards, *The Popes and the Papacy in the Early Middle Ages, AD 476-750*, Londres, 1979; F. M. Young, *From Nicaea to Chalcedon*, Londres, 1983 (excelente introducción a las controversias doctrinales y a la literatura cristiana de la época, sobre todo griega); S. G. Hall, *Doctrine and Practice in the Early Church*, Londres, 1991 (llega también sólo hasta 451); P. Chuvin, *A Chronicle of the Last Pagans*, Cambridge, Mass., 1990, trad. ingl. resumida de la edición original francesa. Sobre el monaquismo, cf. O. Chadwick, *John Cassian*, Cambridge, 1968; D. J. Chitty, *The Desert a City*, Oxford, 1966; P. Rousseau, *Ascetics, Authority and the Church*, Oxford, 1979; id., *Pachomius*, Berkeley y Los Ángeles, Calif., 1985.

La legislación imperial concerniente a la Iglesia se encuentra en el *Codex Theodosianus*, libro XVI; fuentes traducidas (al inglés): Stevenson, *Creeds* (hasta 451); Mango, *Art* (colección utilísima); V. Wimbush, ed., *Ascetic Behavior in Greco-Roman Antiquity. A Sourcebook*, Minneapolis, Minnesota, 1990.

Sobre el arte y la arquitectura cristiana, cf. R. Krautheimer, *Early Christian and Byzantine Architecture*, Harmondsworth, 1965, ed. rev. en 1975; C. Mango, *Byzantine Architecture*, Nueva York, 1986; A. Grabar, *Byzantium. From the Death of Theodosius to the Rise of Islam*, Londres, 1966, pp. 5-100, con magníficas ilustraciones; K. Weitzmann, ed., *The Age of Spirituality*, Nueva York, 1979; R. Milburn, *Early Christian Art and Architecture*, Berkeley y Los Ángeles, Calif., 1988.

Las estructuras sociales y la economía del Bajo Imperio

Buena parte de la bibliografía al uso presenta el Bajo Imperio como si fuera una economía macrocefálica, a punto de venirse abajo debido a sus desequilibrios, caracterizada por la existencia de muy pocos productores y demasiados consumidores (el ejército, la Iglesia, la burocracia) y un sistema fiscal excesivamente duro o bien inadecuado; así, por ejemplo, Jones, *LRE*, y cf. los artículos de Jones en P. Brunt, ed., *The Roman Economy*, Oxford, 1974; Alföldy, *Social History*, capítulo VII. Esta idea está siendo objeto últimamente de constante revisión; cf. las obras citadas en la Introducción. Respecto a los modelos de asentamiento, el comercio y los testimonios arqueológicos en general, véase además K. Greene, *The Archaeology of the Roman Economy*, Londres, 1986. Los estudios más antiguos de los aspectos económicos del paso del mundo antiguo al mundo medieval adolecen de cierta arbitrariedad, por cuanto hacen excesivo hincapié en la denominada «tesis de Pirenne» (véase la Introducción);

para un análisis de todo ello, cf. Hodges y Whitehouse. Otro tema igualmente dominante en la bibliografía ha sido el de la relación existente entre el esclavismo antiguo y el feudalismo medieval; cf. C. Wickham, «The other transition: from the ancient world to feudalism», *Past and Present*, 103 (1984), pp. 3-36; y además, véase supra, capítulo 6. M. Hendy, *Studies in the Byzantine Monetary Economy c. AD 300-1450*, Cambridge, 1985, contiene numeroso material acerca del funcionamiento fiscal y económico del Bajo Imperio y del estado protobizantino; como el libro está organizado en buena parte por temas, advertimos al estudioso que desee consultarlo que habrá de hacer un uso exhaustivo del índice analítico. La bibliografía moderna ha dirigido principalmente su interés hacia las investigaciones arqueológicas, cuyo principal objeto era poner al descubierto no ya las construcciones, sino las condiciones económicas locales y los modelos de asentamiento; buena parte de la bibliografía más accesible es citada en las notas correspondientes a este capítulo y a los capítulos 2, 7 y 8; un panorama general de la misma puede verse asimismo en K. Randsborg, *The First Millennium AD in Europe and the Mediterranean. An Archaeological Essay*, Cambridge, 1991.

Justiniano y la reconquista

Se necesita con urgencia un estudio detallado del reinado de Justiniano; mientras tanto, véase en general R. Browning, *Justinian and Theodora*, Londres, 1971, ed. rev. 1987; J. Barker, *Justinian and the Later Roman Empire*, Madison, Wisconsin, 1966; respecto al testimonio de Procopio (nuestra principal fuente), cf. Cameron, *Procopius*. E. Stein, *Histoire du Bas-Empire*, II, ed. rev. por J.R. Palanque, París, 1949, reimpr. Amsterdam, 1968, sigue siendo la guía más completa. Véase asimismo Tony Honoré, *Tribonian*, Londres, 1978, capítulo I.

Las obras completas de Procopio, esto es, las *Guerras* (compuestas por los dos libros de guerras contra los persas [*BP = Bellum Persicum*], los dos de guerras contra los vándalos [*BV = Bellum Vandalicum*], y los cuatro de guerras contra los godos [*BG = Bellum Gothicum*], el *De aedificiis* y la *Historia arcana*, pueden consultarse en la traducción (inglesa) de la colección Loeb; la *Historia arcana* está traducida (también al inglés) en la colección Penguin Classics y en la versión de A. E. R. Boak, Ann Arbor, Michigan, 1961. Para Juan Lido, cf. A. C. Bandy, *John Lydus. On Powers or the Magistracies of the Roman State*, Filadelfia, Pensilvania, 1983; Maas, *John Lydus*; Cameron, *Procopius*, capítulo XIV. Las *Historias* de Agatías Escolástico, que continúa el relato de las guerras de Procopio hasta el año 559, han sido traducidas (al inglés) por J. D. Frendo, Berlín, 1975; y véase Averil Cameron, *Agathias*, Oxford, 1970; la *Historia* de Menandro Protector (conservada sólo en parte), que continuaba la narración de los hechos en el punto en el que la había dejado Agatías, ha sido editada con traducción (al inglés) y notas por Blockley, *Menander the Guardsman*. La *Crónica* de Juan Malalas corresponde también al reinado de Justiniano (cf. trad. ingl. de Jeffreys); véase Elizabeth Jeffreys, Brian Croke y Roger Scott, eds., *Studies on John Malalas*, Sydney, 1990.

Cultura y mentalidad. // Las transformaciones en la vida urbana y el final de la Antigüedad

Para estos dos capítulos, basados como están en una serie de testimonios muy concretos y variados, se remite al lector a las obras citadas en las notas. Entre las colecciones de fuentes útiles para el capítulo 6 están Elizabeth A. Clark, ed., *Women in the Early Church*, Wilmington, Delaware, 1983; V. Wimbush, ed., *Ascetic Behavior in Greco-Roman Antiquity. A Sourcebook*, Minneapolis, Minnesota, 1990; y R. S. Kramer, ed., *Maenads, Martyrs, Matrons, Monastics*, Filadelfia, Pensilvania, 1988.

El Mediterráneo oriental: asentamientos y cambios

Para quien sepa francés, una introducción muy útil, provista de una bibliografía excelente, es A. Ducellier, M. Kaplan y B. Martin, *Le Proche-Orient medieval*, París, 1978 (con mapas). Véase asimismo P.L. Gatier, B. Helly y J.P. Rey-Coquais, eds. *Géographie historique au Proche-Orient (Syrie, Phénicie, Arable grecques, romaines, byzantines)*, París, 1988.

Posemos algunos fragmentos bastante extensos de la historia de Menandro Protector que tratan de las relaciones bizantino-persas en tiempos de Justino II y Tiberio (véase supra, capítulo 5). La tercera parte de la *Historia de la Iglesia* de Juan de Éfeso (texto en siríaco con traducción al latín de E. W. Brooks, CSCO Scriptorum Syri, 55, Lovaina, 1935-1936, reimpr. 1952; la traducción (inglesa) de R. Payne Smith, Oxford, 1860, no es fiable), y la *Crónica*, también escrita en siríaco, de Miguel el Sirio (texto y trad. franc. de J.B. Chabot, 2 vols., París 1899-1901), obra esta última bastante tardía, aunque basada en materiales de época anterior, son fundamentales, pero aún no existen estudios modernos sobre ninguno de estos dos textos. Para la *Historia de la Iglesia*, del escritor griego Evagrio Escolástico, cf. P. Alien, *Evagnus Scholasticus the Church Historian*, Lovaina, 1981. Para el reinado de Mauricio (582-602), véase la excelente traducción (al inglés) con notas de la Historia de Teofilacto Simocatta publicada por Michael y Mary Whitby, *The History of Theophilact Simocatta*, Oxford, 1986; y también Michael Whitby, *The Emperor Maurice and his Historian*, Oxford, 1988, pp. 250-394. Para el *Chronicon Paschale* (que concluye en el año 628), véase la traducción (inglesa) de Whitby y Whitby, Liverpool, 1989.

La *Crónica* de Teófanos (muerto en 814) ha sido traducida (al inglés), aunque sólo en la sección correspondiente a los años 602-813, por Turtledove, *Chronicle*. Para la *Crónica* de Juan de Nikiu, cf. la trad. ingl. de R. H. Charles, Londres, 1916. *La Doctrina Jacobi nuper baptizan* ha sido editada con trad. al francés y notas por V. Déroche y G. Dagron, *Travaux et Mémoires*, 11 (1991), pp. 47-273.

La mejor introducción a la cultura siríaca nos la proporcionan los diversos artículos de Sebastian Brock, debidamente reunidos en su libro *Syriac Perspectives on Late Antiquity*, Londres, 1984, especialmente el II y el III, sobre la traducción, y el V, «From antagonism to assimilation: Syriac attitudes to Greek learning»; e id., *Studies in Syriac Christianity*, Londres, 1992; véase asimismo la interesantísima introducción a la obra de P. Brock y Susan Ashbrook Harvey, *Holy Women of the Syrian Orient*, Berkeley y Los Ángeles, Calif., 1987; y G. W. Bowersock, *Hellenism in Late Antiquity*, Cambridge, 1990, capítulo III.

NOTAS

1. Constantinopla y el imperio de Oriente durante el siglo V

¹ Para la fundación y posterior historia de Constantinopla, cf. C. Mango, *Le développement urbain de Constantinople (IV^e-VII^e siècle)*, París, 1985; G. Dagron, *Naissance d'une capitale: Constantinople et ses institutions de 330 à 451*, París, 1974; R. Krautheimer, *Three Christian Capitals*, Berkeley y Los Ángeles, Calif., 1983, pp. 41-67 (aunque atribuye demasiadas cosas al propio Constantino).

² No se ha conservado nada de ninguno de estos dos edificios; sobre su construcción, cf. C. Mango, «Constantine's mausoleum and the translation of relics», *Byzantinische Zeitschrift*, 83 (1990), pp. 51-61.

³ Cf. en general P. Chuvin, *A Chronicle of the Last Pagans*, Cambridge, Mass., 1991 (traducción inglesa de la edición original francesa, más extensa); por lo demás, véase infra, capítulo 3.

⁴ Véase infra, capítulo 8.

⁵ La introducción más clara al sistema administrativo del Bajo Imperio sigue siendo la de Jones, LRE, I, capítulos 13 y 16.

⁶ Las mejores guías para todo este tema son las obras de Peter Heather y John Matthews, *The Goths in the Fourth Century, Translated Texts for Historians*, 11, Liverpool, 1991 (se trata de una interesantísima colección de fuentes traducidas, entre las que se encuentran los principales relatos de Ulfilas y algunos extractos seleccionados de la Biblia en gótico); y, asimismo, la de Peter Heather, *Goths and Romans, 332-489*, Oxford, 1991.

⁷ Cf. J. H. W. G. Liebeschuetz, *Barbarians and Bishops. Army, Church and State in the Age of Arcadius and Chrysostom*, segunda parte, Oxford, 1990; Alan Cameron y Jacqueline Long, en colaboración con Lee Sherry, *Barbarians and Politics at the Court of Arcadius*, Berkeley y Los Ángeles, Calif., 1993.

⁸ Cf. Alan Cameron, *Claudian*, Oxford, 1970.

⁹ Cf. Heather, *Goths and Romans*, pp. 193-224; Liebeschuetz, *Barbarians and Bishops*, pp. 55-85; H. Wolfram, *History of the Goths*, Berkeley y Los Ángeles, Calif., 1988, pp. 150-161. Nuestro conocimiento de todos estos sucesos tan complicados se basa en buena parte en los tendenciosos poemas latinos de Claudiano y en la obra sumamente diplomática, pero alegórica y oscura, *De Regno*, del escritor griego Sinesio, fuentes ambas difícilísimas de usar.

¹⁰ Las meditaciones de san Agustín sobre este asunto pueden encontrarse en su grandiosa obra *La ciudad de Dios*, concluida unos años más tarde; *La historia contra los paganos* de Orosio respondía a las mismas cuestiones de una forma mucho más simple y se convertiría así en libro de texto oficial para todo el Occidente medieval. Téngase en cuenta que en la presente obra y refiriéndonos a esta época, los términos «ortodoxo» y «católico» vienen a ser más o menos sinónimos, es decir, significan «no herético», si bien solemos utilizar la palabra «católico» cuando hablamos de Occidente; naturalmente no debe entenderse en el sentido de «católico romano», ni tampoco el término «ortodoxo» debe entenderse con el significado de «ortodoxo oriental» que tiene hoy día.

¹¹ Cf. K. Holum, *Theodosian Empresses. Women and Imperial Dominion in Late Antiquity*, Berkeley y Los Ángeles, Calif., 1982; Alan Cameron, «The empress and the poet», *Yale Classical Studies*, 27 (1981), pp. 272 ss.; E. D. Hunt, *Holy Land Pilgrimage in the Later Roman Empire AD 312-460*, Oxford, 1982, pp. 220-248.

¹² Cf. Liebeschuetz, *Barbarians and Bishops*, tercera parte; sobre la complejidad de la fuentes, cf. pp. 199-202; y también del mismo autor, «Friends and enemies of John Chrysostom» en A. Moffatt, ed., *Maistor*, Canberra, 1984, pp. 85-111; Elizabeth A. Clark, Jerome, Chrysostom and Friends, Nueva York, 1979 (fuentes traducidas). Breve relación de todo el asunto en S. G. Hall, *Doctrine and Practice in the Early Church*, Londres, 1991, pp. 187-190.

¹³ Véase infra, capítulo 8, y además cf. T. E. Gregory, *Vox Populi. Popular Opinion and Violence in the Religious Controversies of the Fifth Century AD*, Columbus, Ohio, 1979

¹⁴ Cf. capítulo 5; en cuanto a los obispos de Oriente, véase R. Lizzi, *Il potere episcopalt nell'Oriente Romano*, Roma, 1987; y respecto a los de Occidente, cf. Peter Brown, *The Cult of the Saints*, Londres, 1981.

¹⁵ Sobre los antecedentes de todo esto, haciendo especial hincapié en los concilios de la Iglesia, véase Judith Herrin, *The Formation of Christendom*, Oxford, 1987.

¹⁶ Hall, *Doctrine and Practice*, p. 234 (para los concilios de 431 y 451, cf. los capítulos 20 y 21); para las fuentes: Stevenson, *Creeds*, pp. 271-344.

¹⁷ Hall, *Doctrine and Practice*, cap. 19.

¹⁸ Cf. W. H. C. Frend, *A History of the Monophysite Movement*, Cambridge, 1972.

¹⁹ Cf. J. Nelson, «Symbols in context: rulers inauguration rituals in Byzantium and the west in the early middle ages», en D. Baker, ed., *The Orthodox Churches and the West, Studies in Church History 13*, Oxford, 1976, pp. 97-118.

²⁰ *Chronicon Paschale*, trad. ingl. en Whitby y Whitby, p. 114; Teófanos, *Chron.*, pp. 181-186 de Boor.

²¹ Sobre las carreras y las facciones Azul y Verde, cf. Alan Cameron, *Circus Factions*, Oxford, 1976; y también C. M. Roueché, *Performers and Partisans at Aphrodisias*, Londres, 1992; respecto a otros fenómenos semejantes y a las aclamaciones en contextos religiosos, cf. Gregory, *Vox Populi*.

²² Véase infra, capítulo 2; cf. C. Wickham, *Early Medieval Italy*, Londres, 1981, pp. 19 ss.; B. Croke, «AD 476: the manufacture of a turning point», *Chiron*, 13 (1983), pp. 81-119.

²³ Gala Placidia había sido capturada anteriormente por los visigodos, con ocasión del saqueo de Roma, y había contraído matrimonio con Ataúlfo (414).

²⁴ Las fuentes relativas a todos estos sucesos son muy fragmentarias, al no conservarse por entero las obras de los historiadores griegos Prisco, Cándido y Maleo (cf. Blockley, I).

2. El imperio, los bárbaros y el ejército tardorromano

¹ Para un panorama general de «explicaciones», algunas curiosísimas, de este suceso, cf. D. Kagan, *The End of the Roman Empire. Decline or Transformation?*, Lexington, Mass., 1978; A. M. Rollins, *The Fall of Rome: A Reference Guide*, Jefferson, 1983. Véase J. A. Tainter, *The Collapse of Complex Societies*, Cambridge, 1988, pp. 128-152, con referencias a otras obras anteriores; este estudio proporciona una buena introducción al problema, pero no es suficientemente crítico con la bibliografía secundaria, y presta muy poca atención al contraste entre Oriente y Occidente; véase asimismo la Conclusión y la Bibliografía crítica selecta.

² Cf. Jones, LRE, capítulo VIII.

³ Sobre las reacciones de Oriente ante la caída de Roma, cf. W. E. Kaegi Jr., *Byzantium and the Decline of Rome*, Princeton, NJ, 1968.

⁴ Jones, LRE, capítulo VI; por lo demás, véase supra, capítulo 1.

⁵ W. Goffart, *Barbarians and Romans, AD 418-584. The Techniques of Accomodation*, Princeton, NJ, 1980; el capítulo I proporciona una introducción crítica al tema de las invasiones bárbaras y un repaso muy útil de las teorías, a menudo exageradas, que han venido apareciendo en la bibliografía moderna, muchas veces basadas en intereses de índole nacionalista; para una visión crítica de conjunto, cf. Ian Wood, «The barbarian invasions and the first settlements» CAH, XIII (en prensa).

⁶ Sobre los hunos O J Maenchen-Helfen, *The World of the Huns* Berkeley y Los Angeles, Calif, 1973, C D Gordon, *The Age of Attila Fifth-Century Bizantium and the Barbarians*, Ann Arbor, Michigan, 1960 (fuentes traducidas), sobre los godos P Heather, *Goths and Romans 332-489*, Oxford, 1991, capítulo IV (es el mejor estudio sobre el tema), H Wolfram, *History of the Goths*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1988, pp 117 ss, sobre el paso del Danubio por los hunos (394-395), cf ibid , p 139

⁷ Heather, *Goths and Romans*, pp 135-136.

⁸ Cf T S Burns, «The battle of Adrianopole a reconsideration», *Historia*, 22 (1973), pp 336-445 Del mismo modo, Zosimo concluye su *Nueva Historia* con el desastre del saco de Roma a manos de Alarico en 410.

⁹ Heather, *Goths and Romans*, capítulo V.

¹⁰ R Collins, *Early Medieval Europe 300 1000*, Londres, 1991, capítulo VI, describe todos estos acontecimientos de forma mucho mas detallada y con la inclusión de las fuentes.

¹¹ Cf capítulo IV

¹² Cf I Wood, «The end of Roman Britain continental evidence and parallels», en M Lapidge y D Dumville, eds, *Güdas New Approaches*, Woodbridge, 1984, id, «The fall of the western empire and the end of Roman Britain», *Britannia*, 18 (1987), pp 251-262, R Hodges, «The Anglo-Saxon migrations», en L M Smith, ed, *The Making of Britain I The Dark Ages*, Basingstoke, 1984, S Esmonde Cleary, *The Ending of Roman Britain*, Londres, 1989, y de manera más general, P H Salway, *Roman Britain*, Oxford, 1981.

¹³ Jones, LRE, I, pp 183-187.

¹⁴ Cf P S Barnwell, *Emperors, Prefects and Kings The Roman West, 395-565*, Londres, 1992, J M Wallace-Hadrill, *The Barbarian West 400-1000*, ed rev, Oxford, 1985, id, *Early Germanic Kingship in England and on the Continent*, Oxford, 1971, P H Sawyer e I N Wood, eds, *Early Medieval Kingship*, Leeds, 1977, Edward James, *The Origins of France From Clovis to the Capetians, 500-1000*, Londres, 1982, R Latouche, *Caesar to Charlemagne*, Londres, 1968, ofrece la traducción de numerosas fuentes resumidas.

¹⁵ Cf el capítulo 5, la obra clásica acerca del África vándala sigue siendo C Courtois, *Les Vandales et L'Afrique*, París, 1953, hoy día, sin embargo, empieza a imponerse una nueva visión del comercio vándalo con el resto del Mediterráneo (cf capítulo 4) Respecto al griego y el latín tras la reconquista bizantina, véase Averil Cameron, «Byzantine Africa The literary evidence», en J Humphreys, ed, University of Michigan *Excavations at Carthage VII*, Ann Arbor, Michigan, 1982, pp 29-62

¹⁶ Cf la traducción inglesa de *Pengum Classics*, respecto a la división del reino entre los cuatro hijos de Clodoveo a la muerte de éste, véase I Wood, «Kings, kingdoms and consent», en Sawyer y Wood, eds, *Early Medieval Kingship*, pp 6-29, el historiador bizantino Agatías incluye una crónica laudatoria de la dinastía merovingia en sus *Historias*, escritas hacia 570 (cf Averil Cameron, *Agathias*, Oxford, 1970, pp 120-121) En general, véase E James, *The Franks*, Oxford, 1988.

¹⁷ Cf capítulo 5 E A Thompson, *Romans and Barbarians, The Decline of the Western Empire*, Madison, Wisconsin, 1982, contiene varios artículos interesantes acerca de las guerras contra los godos, sobre las cuales cf el capítulo VI, sobre los ostrogodos en general, véase T Burns, *A History of the Ostrogoths*, Bloomington, Indiana, 1984, Wolfram, *History of the Goths*, pp 247-362

¹⁸ Sobre los cambios sociales y económicos acontecidos a finales del siglo vi, cf especialmente T S Brown, *Gentlemen and Officers Imperial Administration and Aristocratic Power in Byzantine Italy AD 554-800*, Roma, 1984, una breve descripción de todo este asunto puede leerse en C Wickham, *Early Medieval Italy*, Londres, 1981, pp 74-79.

¹⁹ Las obras de san Gregorio Magno, y especialmente sus epístolas, constituyen una fuente fundamental para todo este asunto, cf J Richards, *Consul of God The Life and Times of Gregory the Great*, Londres, 1980, C Straw, *Gregory the Great Perfection in Imperfection*, Berkeley y Los Ángeles, Calif, 1988, otra es la lista de los papas de comienzos de la Edad Media, el *Liber Pontificalis* (trad ingl de R Davis, *The Book of the Pontiffs*, Liverpool, 1989, 1992)

²⁰ Así, Wickham, *Early Medieval Italy*, p 15, afirma «El holocausto de Italia se produjo en la gran época de guerras, 535-593 los desequilibrios producidos por la sucesión de caudillos germánicos, primero Odoacro (476-493) y luego los reyes ostrogodos (490-553), fueron, en cambio, insignificantes» Respecto al régimen instaurado por Teodorico y las guerras contra los godos, cf pp 21-27

²¹ Tras mil años de existencia, no se nombraron más cónsules, excepto si era el propio emperador de Bizancio el que se arrogaba el cargo cf Alan Cameron y Diane Schauer, «The last consul Basilius and his diptych», *JRS*, 72 (1982), pp 126-145

²² Véase infra, capítulo 5, véase asimismo J Moorhead, «Italian loyalties in Justinian's Gothic War», *Byzantion*, 53 (1983), pp 575-596, id, «Culture and power among the Ostrogoths» *KlW*, 68 (1986), pp 112-122

²³ Cf Cameron, *Procopius*, pp 192-202, con la bibliografía adjunta, sobre Casiodoro, véanse J J O'Donnell, *Cassiodorus*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1982, R Macpherson, *Rome in Involution Cassiodorus' Variae in the ir Literary and Historical Setting*, Poznan, 1989, existe una selección de las *Variae* traducidas al inglés y anotadas por S Barnish, *Translated Texts for Historians* 12, Liverpool, 1992

²⁴ Cf Burns, *History of the Ostrogoths*, pp 101 ss, J F Matthews, «Anicius Manlius Severinus Boethius», en Margaret Gibson, ed, *Boethius*, Oxford, 1981, pp 15-43, véase asimismo Henry Chadwick, *Boethius*, Oxford, 1981

²⁵ Cf traducción inglesa de Penguin Respecto a los poemas, véase G O'Daly, *The Poetry of Boethius*, Chapel Hill, NC, 1991

²⁶ Sobre los visigodos en Toulouse, cf Wolfram, *History of the Goths*, pp 172-242, y sobre las secuelas de la batalla de Vouillé, pp 243-246

²⁷ Cf Roger Collins, *Early Medieval Spain, Unity in Diversity, 400-1000*, Londres, 1983 (pp 32-41 tratan del período al que nos estamos refiriendo), hay trad cast *España en la Alta Edad Media*, Critica, Barcelona, 1986, nuestro conocimiento de las actividades de los visigodos en España durante el siglo V se basa fundamentalmente en la *Crónica de Hidacio* cf Thompson, *Romans and Barbarians*, pp 137-160, 188-207, en general véanse asimismo Edward James, ed., *Visigothic Spain New Approaches*, Oxford, 1980, y P D King, *Law and Society in the Visigothic Kingdom*, Cambridge, 1972 (hay trad cast *Derecho y sociedad en el reino visigodo*, Alianza Editorial, Madrid, 1981)

²⁸ La bibliografía sobre este tema es enorme, pero véanse sobre todo las obras anteriormente mencionadas, el libro de J Le Goff, *Medieval Civilization 400-1500* (trad ingl del original francés), Oxford, 1988, ofrece al público de habla inglesa el peculiar enfoque de la escuela analítica francesa (hay trad cast *La civilización del occidente medieval*, Juventud, Barcelona, s a) El volumen I de la versión revisada de la *Cambridge Medieval History* (en prensa) proporcionará una guía actualizada de todo este asunto, en cambio, la nueva *Cambridge Ancient History*, vol XIV (también en prensa) estudia esta misma etapa desde la perspectiva adoptada aquí.

²⁹ Cf los capítulos 4 y 7

³⁰ Sobre Venancio Fortunato, cf George, *Venantius Fortunatus Ian Wood*, «Administration, law and culture in Merovingian Gaul», en Rosamund McKitterick, ed., *The Uses of Literacy in Early Medieval Europe*, Cambridge, 1990 pp 63-81, rastrea los diversos intercambios culturales. Sobre el papel desempeñado por la Iglesia en las obras públicas, véase Bryan Ward-Perkins, *From Classical Antiquity to the Middle Ages Urban Public Building in Northern and Central Italy, 300-850*, Oxford, 1984.

³¹ Cf King, *Law and Society in the Visigothic Kingdom*, Introducción

³² Cf R MacMullen, «Barbarian enclaves in the Northern Roman empire», *Antiquite Classique*, 32 (1963), pp 552-561, sobre la Galia Belgica, la zona situada entre el Rin y el Sena y que llegaba por el sur hasta el Jura, cf E M Wightman, *Galia Belgica*, Londres, 1985, pp 250-256, 308-311, id., *Roman Trier and the Treven*, Londres, 1970, pp 250-254, E James, «Cemeteries and the problems of Frankish settlement in Gaul», en P Sawyer, ed., *Names, Words and Graves Early Medieval Settlement*, Leeds, 1979, pp 55 ss, H W Bohme, *Germanische Grabfunde des 4 und 5 Jahrhunderts zwischen unterer Elbe und Loire*, Munich, 1974, M Rouche, *L'Aquitaine des Wisigoths aux Arabes (418-781)*, París, 1977, R Christlein, *Die Alamannen*, Stuttgart, 1978. K. Randsborg, *The First Millennium AD in Europe and the Mediterranean*, Cambridge, 1991, capítulo IV, y especialmente pp. 65-81, sitúa los cambios de asentamiento en una perspectiva europea más amplia, y aporta la bibliografía oportuna.

³³ Cf. M. Todd, «The Germanic Peoples», CAH, XIII (en prensa), que ofrece una magnífica visión de conjunto.

³⁴ J. Percival, *The Roman Villa*, Londres, 1976.

³⁵ Heather, *Goths and Romans*, hace mucho hincapié en la inconsistencia de las fuentes literarias; cf., por ejemplo, p. 141.

³⁶ Sobre este asunto, cf. C. Wickham, «The other transition: from the ancient world to feudalism», *Past and Present*, 103 (1984), pp. 3-36.

³⁷ Cf. R. C. Blockley, «Subsidies and diplomacy: Rome and Persia in late antiquity», *Phoenix*, 39 (1985), pp. 62-74; E. Chrysos, «Byzantine diplomacy, AD 300-800: means and ends», en J. Shepard y S. Franklin, eds., *Byzantine Diplomacy*, Aldershot, 1992, pp. 25-39; J. Durliat, «Le salaire de la paix sociale dans les royaumes barbares (ve-vie siècles)», en H. Wolfram y A. Schwarcz, eds., *Anerkennung und Integration: zu den wirtschaftlichen Grundlagen der Völkerwanderungszeit (400-600)*, Viena, 1988, pp. 21-72.

³⁸ Sobre los bárbaros federados: J. H. W. G. Liebeschuetz, *Barbarians and Bishops. Army, Church and State in the Age of Arcadius and Chrysostom*, Oxford, 1990, pp. 32-47. Una relación similar existiría en el siglo VI entre el gobierno de Oriente y los jefes de las tribus árabes (véase el capítulo 8).

³⁹ Heather, *Goths and Romans*, pp. 194-224, es el estudio más reciente (y mejor) sobre todo este asunto; véase asimismo Liebeschuetz, *Barbarians and Bishops*, pp. 55-76, y 76-85 respecto al papel desempeñado por Alarico en la formación de la identidad gótica.

⁴⁰ Cf. Jones, LRE, I, pp. 249-253.

⁴¹ Contra esta opinión se manifiesta S. J. B. Barnish, «Taxation, land and barbarian settlement», *Papers of the British School at Rome*, 54 (1986), pp. 170-195.

⁴² Cf. Heather, *Goths and Romans*, pp. 221-222, y T. S. Burns, «The settlement of 418», en J. Drinkwater y H. Elton, eds., *Fifth-Century Gaul. A Crisis of Identity?*, Cambridge, 1992.

⁴³ Cf. A. Ferrill, *The Fall of the Roman Empire. The Military Explanation*, Londres, 1986, que, aunque de forma harto simplista, ofrece un panorama general de todo este asunto e intenta dar una explicación del mismo.

⁴⁴ Cf. MacMullen, *Corruption*, p. 175.

⁴⁵ MacMullen, *Corruption*, p. 145; en el Apéndice C de esta obra (pp. 209-217) aparece una lista de testimonios correspondientes a los diversos períodos del imperio; véase también del mismo autor *Soldier and Civilian in the Later Roman Empire*, Cambridge, Mass., 1963.

⁴⁶ Cf. B. Isaac, «The meaning of the terms "limes" y "limitanei" in ancient sources», *JRS*, 78 (1988), pp. 125-147. Pero evidentemente MacMullen tiene razón al afirmar, contra la opinión general, que, en la práctica, los soldados de los puestos fronterizos a menudo habían venido labrando las tierras desde una fecha muy anterior, y que tal es en parte la causa de «la confusión de papeles» (*Corruption*, pp. 175-176).

⁴⁷ Para el estudio de las deficiencias del ejército de Oriente en Italia durante el siglo vi resulta particularmente útil Thompson, *Romans and Barbarians*, capítulo V. M. Hendy, *Studies in the Byzantine Monetary Economy, c. AD 300-1450*, Cambridge, 1985, pp. 164-168, efectúa un cálculo de los costes del ejército de Justiniano en el Norte de África; se trata, sin embargo, de un procedimiento sumamente peligroso, pues se basa en las cifras proporcionadas por las fuentes antiguas, que a menudo son exageradamente poco fiables.

⁴⁸ Cf. un estudio completo en Liebeschuetz, *Barbarians and Bishops*, pp. 32-47; véase asimismo la lista de los bárbaros conocidos que formaron parte del ejército romano durante el siglo IV en MacMullen, *Corruption*, pp. 201-204.

⁴⁹ Véase en particular *De Ste. Croix*, *Class Struggle*, pp. 509-518; Ferrill, *The Fall of the Roman Empire*, *passim*.

⁵⁰ Asimismo resulta fácil postular —aunque luego cueste bastante trabajo demostrarlo— una disminución de la mano de obra durante el Bajo Imperio. Jones, *LRE*, II, pp. 1.040-1.045, concluye prudentemente que, aunque es muy verosímil que se produjera un descenso de la población, éste no alcanzó unas proporciones lo suficientemente importantes como para justificar esa decadencia; de hecho, disponemos de testimonios que confirman un aumento de la población en Oriente: E. Patlagean, *Pauvreté économique et pauvreté sociale à Byzance, IVe-VII siècles*, París, 1977, pp. 232-235, 426-429; por lo demás, véase *infra*, capítulo 8

⁵¹ Resulta extraordinariamente difícil determinar el verdadero número de bárbaros que entraron a formar parte del imperio, debido a que nuestras fuentes no nos suministran una información fiable; evidentemente tuvo que ser una cantidad muy grande *in toto*, aunque a menudo hubiera unidades particularmente exiguas. Una vez más, las cifras que ofrecen las fuentes literarias varían muchísimo y con frecuencia son muy poco fiables; no obstante, suele situarse en ochenta mil el número de vándalos que invadieron África, y dicha cantidad, suministrada por Víctor de Vita, 1,1,2, y por Procopio, *BV*, 1,5,18, resulta razonablemente orientativa para otros casos. En esos ochenta mil se incluyen, al parecer, hombres, mujeres, niños, ancianos y esclavos, lo cual implica que los efectivos en condiciones de empuñar las armas no excederían en modo alguno de la cuarta parte del total (a este respecto y en general sobre los testimonios relativos al número de bárbaros, tema en el que las estimaciones de los modernos especialistas varían tanto como las de las fuentes antiguas, cf. MacMullen, *Corruption*, p. 191 y n. 68).

⁵² Según la afirmación clásica del historiador francés A. Piganiol, expresada en las últimas páginas de su libro *L'Empire chrétien (325-395)*, París, 1972, «el imperio no murió de muerte natural, sino que fue asesinado».

⁵³ Jones, *LRE*, II, p. 1.042, parece admitir una cifra superior a los seiscientos mil hombres; véanse asimismo las pp. 679-680. Respecto a la *Notitia*, cf. J. H. Ward, «The *Notitia Dignitatum*», *Latomus*, 33 (1974), pp. 397-434; J. C. Mann, «What was the *Notitia Dignitatum* for?», en R. Goodburn y P. Bartholomew, eds., *Aspects of the Notitia Dignitatum*, Oxford, BAR, 1976, pp. 1-8.

⁵⁴ Sobre las guerras de los godos, véase Thompson, *Romans and Barbarians*, pp. 77-91; y para los acontecimientos anteriores, MacMullen, *Corruption*, pp. 191-192.

⁵⁵ MacMullen, *Corruption*, pp. 41, 174; más estudios sobre el tema, en id., «How big was the Roman army?», *Klio*, 62 (1980), pp. 451-460; C. R. Whittaker, «Inflation and the economy in the fourth century AD», en C. E. King, ed., *Imperial Revenue, Expenditure and Monetary Policy in the Fourth Century AD*,

Oxford, 1980, pp. 1-22; R. Duncan-Jones, «Pay and numbers in Diocletian's army», *Chiron*, 8 (1978), pp. 541-560 (revisado en id., *Structure and Scale in the Roman Economy*, Cambridge, 1990, pp. 105-117).

⁵⁶ Sobre Diocleciano y el sistema fronterizo del Bajo Imperio; E. Luttwak, *The Grand Strategy of the Roman Empire*, Baltimore, Maryland, 1976; Ferrill, *The Fall of the Roman Empire*; en contra suya, B. Isaac, *The Limits of Empire*, Oxford, 1990; para Oriente, cf. la espectacular serie de fotografías publicadas por David Kennedy y Derrick Riley, *Rome's Desert Frontier from the Air*, Londres, 1990; P. Freeman y D. Kennedy, eds., *The Defence of the Roman Empire in the East, I-II*, Oxford, BAR, 1986; D. H. French y C. S. Lightfoot, eds., *The Eastern Frontier of the Roman Empire, I-II*, Oxford, BAR, 1989; por lo demás, véase infra, capítulo 8.

⁵⁷ Respecto a la progresiva retirada de los romanos y al problema insuperable que representaba la defensa de las fronteras, cf. MacMullen, *Corruption*, pp. 177-191.

⁵⁸ A este respecto, cf. J. Drinkwater, *Roman Gaul*, Londres, 1983; id., *The Gallic Empire*, Stuttgart, 1988.

⁵⁹ Véase Wightman, *Gallia Belgica*, pp. 300-305 («The loosening of control»); cf. p. 301: «el poder de la población fronteriza se hacía cada vez más evidente, y la distinción entre romanos y bárbaros más confusa».

⁶⁰ Cf. la trad. ingl. de E. Fitzgerald (1930), II, p. 477.

⁶¹ Respecto a la desmilitarización, cf. Liebeschuetz, *Barbarians and Bishops*, pp. 16-21; MacMullen, *Corruption*, p. 177.

3. Iglesia y sociedad

¹ Cf. Jones, LRE, I, pp. 167-169.

² Al período que va del siglo iv al vii se le califica a menudo de «época de espiritualidad»: cf K Weitzmann, ed., *The Age of Spirituality*, Nueva York, 1979, también el periodo de transición hacia el arte bizantino suele considerarse en esos mismos términos, cf E Kitzinger, *Byzantine Art in the Making*, Cambridge, Mass., 1977.

³ Cf de Ste Croix, *La lucha de clases*.

⁴ Una de las más recientes sería la de Peter Brown (cf Bibliografía, p 244), véanse así mismo *The Making of Late Antiquity*, Cambridge, Mass, 1978, «Late antiquity», en P Aries y G Duby, eds, *History of Private Life*, I, traducción inglesa del original francés, Cambridge Mass 1987, pp 235-313. Sobre la importancia concedida recientemente a la «espiritualidad», cf Susan Ashbrook Harvey, *Asceticism and Society in Crisis John of Ephesus and the Lives of the Eastern Saints*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1990.

⁵ Respecto al poder social y político de la cosmovisión propia del cristianismo primitivo, véase M Mann, *The Sources of Social Power I*, Cambridge, 1986, respecto a la importancia de las comunicaciones (sermones, escritos, representaciones plásticas, etc) en la propagación de dicha cosmovisión cf Averil Cameron, *Christianity and the Rhetoric of Empire*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1991.

⁶ Descripción en Procopio, *De aedif*, 1, 1, 22 y ss, y en un extenso poema de Pablo el Silenciano escrito con motivo de su segunda dedicación en 563, véase R Krautheimer, *Early Christian and Byzantine Architecture*, edición revisada, Harmondsworth, 1975, pp 215-240, especialmente p 237, acerca de los antecedentes de Santa Sofía, traducciones al inglés en Mango, *Art*, pp 72-102.

⁷ Sobre esta iglesia y sobre el himno en siríaco en que se la celebra como símbolo de los cielos, cf Kathleen McVey, «The domed church as microcosm literary roots of an architectural symbol», *Dumbarton Oaks Papers*, 37 (1983), pp 91-121

⁸ Cf R M Harnson, *A Temple for Byzantium*, Londres, 1989, el poema esta en *Anth Pal*, 1,10 Véase asimismo Gregorio de Tours, *De gloria martyrum*, 102, parte de la *Narratio de S Sophia* se encuentra traducida al inglés en Mango, *Art* pp 96 ss.

⁹ Cf Marha Mundell Mango, *Silver from Early Byzantium The Kaper Koraon and Related Treasures*, Baltimore, Maryland, 1986, p 98, y véase asimismo la introducción a esta obra.

¹⁰ Cf R Milburn, *Early Christian Art*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1988 pp 126-129.

¹¹ Sobre san Ambrosio cf R A Markus, *The End of Ancient Christianity*, Cambridge, 1990, pp 43 149, sobre san Juan Crisostomo (cuyas alternativas en su papel de obispo de Constantinopla constituyen un buen ejemplo de la complicada red de influencias formada por las autoridades seculares, los monjes, congregaciones, obispos rivales y miembros del bajo clero, en cuyo seno tenía que actuar un prelado tan eminente como él), cf J H W G Liebeschuetz, *Barbarians and Bishops Army, Church and State in the Age*

of *Arcadius and Chrysostom*, Oxford, 1990, pp 166-227, K Holum, *Theodosian Empresses Women and Imperial Dominion in Late Antiquity*, Berkeley, Calif, 1982.

¹² La obra clásica sobre la figura de san Agustín es la biografía de Peter Brown, *Augustine of Hippo*, Londres, 1967, para una breve introducción al pensamiento de san Agustín, cf Henry Chadwick, *Augustine*, Oxford, 1986 Su obra fundamental sobre didáctica del cristianismo es *De doctrina christiana* pero véase también *De catechizandis rudibus*.

¹³ A modo de introducción, véase F M Young, *From Nicaea to Chalcedon*, Londres, 1983, pp 265-289.

¹⁴ Cf R Van Dam, *Leadership and Community in Late Antique Gaul*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1985, p 167, trata además todos estos temas en general a lo largo del siglo v.

¹⁵ Sobre el patronazgo de los obispos de Occidente durante esta época y su explotación de las reliquias sagradas por motivos de prestigio local, cf Peter Brown, *The Cult of the Saints*, Londres, 1981, y Van Dam, *Leadership and Community* pp 177-300 Poseemos numerosos testimonios procedentes de la Galia de los siglos v y vi, donde Cesáreo de Arles (502-542) ejerció posteriormente un papel semejante en el fondo, aunque de carácter más provinciano cf C E Stanchiff, *St Martin and his Hagiographer* Oxford, 1983, W Khrgishim, «Chant and power Caesarius of Arles and the ransoming of captives in sub-Roman Gaul», *JRS*, 75 (1985), pp 183-203.

¹⁶ P Chuvin, *A Chronicle of the Last Pagans*, trad inglés, Cambridge, Mass, 1990, ofrece una animada relación de las medidas tomadas por los cristianos contra los paganos, así como de las reacciones paganas a las mismas, sobre todo en los círculos intelectuales urbanos, véase asimismo G Fowden «Bishops and temples in the eastern Roman empire, AD 320-435», *JThS*, n s, 29 (1978) pp 53-78, R P C Hanson «The transformation of pagan temples into churches in the early christian centuries», *Journal of Semitic Studies*, 23 (1978), pp 257-267, W E Kaegi Jr, «The fifth century twilight of Byzantine [sic] paganism», *Classica et Mediaevalia*, 27 (1966), pp 243-275, R Van Dam, «From paganism to Christianity in late antique Gaza», *Viator*, 16 (1985), F Trombley, «Paganism in the Greek world at the end of antiquity the case of rural Anatolia and Greece», *Harvard Theol Rev*, 78 (1985), pp 327-352. Respecto al caso de Hipatia, cf J Rist, «Hypatia», *Phoenix*, 19 (1965), pp 214-225 Alan Cameron, «The empress and the poet», *Yale Classical Studies*, 27 (1982), pp 217-289, subraya la actitud intolerante, pero también las complicaciones, que supuso la intervención en los asuntos religiosos de la familia imperial de Oriente a comienzos del siglo v.

¹⁷ Cf Holum *Theodosian Empresses*, pp 147-174.

¹⁸ En general, cf J Meyendorff, *Imperial Unity and Christian Divisions*, Crestwood, NY, 1989, J N Kelly, *Early Christian Doctrines* Londres 1977, J Herrín, *The Formation of Christendom*, Oxford, 1987, pp 91-127, contiene un buen estudio del V concilio ecuménico de 553-554, que marco un hito importantísimo en la ruptura entre Oriente y Occidente.

¹⁹ Para más detalles, cf W H C Frend, *A History of the Monophysite Movement*, Cambridge, 1972, respecto a las ordenaciones, cf Susan Ashbrook Harvey, «Remembering the Synod of Chalcedon and the separation of the churches», *Byzantion*, 58 (1988), pp 295-308.

²⁰ Véase Jones, *LRE*, II capítulo XXII («The church»)

²¹ Cf G D Hunt, *Holy Land Pilgrimage in the Later Roman Empire AD 312-460*, Oxford, 1972, capítulo VII.

²² Cf Holum, *Theodosian Empresses*, Alan Cameron, «The empress and the poet» Sobre la inscripción en verso de Eudocia en las termas de Hammat Gader, en la ribera oriental del Mar de Galilea, véanse J Green y Y Tsafrir, «Greek inscriptions from Hammat Gader a poem by the Empress Eudocia and two buildings inscriptions», *Israel Exploration Journal*, 32 (1982), pp 77-91, Hunt, *Holy Land Pilgrimage*, capítulo X.

²³ Cf Ashbrook Harvey, *Asceticism and Society in Crisis*, pp 80-87, Cameron, *Procopius*, pp 76-81.

²⁴ Como hacen Aries y Duby, eds, *History of Private Life I* (véase especialmente el capítulo redactado por Peter Brown).

²⁵ Esa cantidad es a todas luces exagerada Además, Juan era monofisita y por lo tanto su elección no puede ser más extraña, véase Chuvin, *Last Pagans*, pp 143-144 La actividad misionera durante este periodo, por lo demás enorme, iba dirigida por lo general a los bárbaros que habitaban en las márgenes del territorio del imperio y, por consiguiente, tema unas connotaciones políticas muy notables.

²⁶ A este respecto véase F R Trombley, *Hellenic Religion and Christianization, c 370-529*, 2 vols Leyden 1993, cf T E Gregory, «The survival of paganism in Christian Greece a critical survey», *AJP*, 107 (1986), pp 229-242, y también G W Bowersock, *Hellenism in Late Antiquity*, Cambridge, 1990

²⁷ Sobre la búsqueda del provecho personal, véase R MacMullen, *Christianizing the Roman Empire AD 100-400*, New Haven, Conn, 1984, sobre las medidas de los emperadores contra el paganismo P Lemerle, *Byzantine Humanism*, trad ingl, Canberra, 1986, pp 73-79.

²⁸ Cf Chuvin, *Last Pagans*, pp 144-148, Bowersock, *Hellenism in Late Antiquity*, pp 35-40, y en general véase el capítulo 6.

²⁹ Para una breve introducción al tema, véase S G Hall, *Doctrine and Practice in the Early Church*, Londres, 1991, capítulo XVII Los siglos v y vi fueron el gran periodo del establecimiento de las fundaciones monásticas en Occidente, el gran san Benito de Nursia fue contemporáneo de Casiodoro, mientras que en el periodo transcurrido entre su llegada a la Galia procedente de Irlanda (c 575) y su muerte en 615, san Columbano fundaría los grandes centros de Luxeuil, Fontaine y Bobbio.

³⁰ Sobre las religiosas de esta época, véase Susanna Elm, *Virgins of God*, Oxford, 1993.

³¹ La introducción clásica a este tema sigue siendo la obra de D J Chitty, *The Desert a City*, Oxford, 1966, respecto a la organización cenobítica instituida por san Pacomio, véase P Rousseau, Pachomius, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1985 Y Hirschfeld, *The Judaean Desert Monasteries in the Byzantine Period*, New Haven, Conn, 1992, basándose en fuentes arqueológicas y literarias a un tiempo, ofrece un panorama fascinante de la vida cotidiana en numerosos monasterios del desierto de Judea durante los siglos v y vi.

³² Trad ingl G Clark, *Translated Texts for Historians*, 8, Liverpool, 1989 Sobre Pitágoras, cf D J O'Meara, *Pythagoras Revived Mathematics and Philosophy in Late Antiquity*, Oxford, 1989.

³³ Para una comparación biográfica, cf A Meredith, «Asceticism Christian and Greek», *Journal of Theological Studies*, n s, 27 (1976), pp 313-322, véase además una serie mas amplia de fragmentos en la colección de fuentes V Wimbush, ed, *Ascetic Behavior in Graeco Roman Antiquity*, Minneapolis, Minnesota, 1990.

³⁴ Cf especialmente Peter Brown, *The Body and Society Men, Women and Sexual Renunciation in Early Christianity*, Nueva York, 1988 (hay trad cast *El cuerpo y la sociedad*, Muchnik, Barcelona, 1993), Aline Rousselle, *Porneia On Desire and the Body in Antiquity*, trad ingl, Oxford, 1988.

³⁵ Para los estilitas, véase S Ashbrook Harvey, «The sense of a stylite perspectives on Simeon the Eider», *Vigiliae christianae*, 42 (1988), pp 376-394.

³⁶ Cf P Brown, «The rise and function of the holy man in late antiquity», *JRS*, 61 (1971), pp 80-101, recogido y ampliado en su libro *Society and the Holy in Late Antiquity*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1982, pp 103-152.

³⁷ Para las reacciones al artículo de Brown y como ejemplo de otras perspectivas, véanse los artículos incluidos en la obra de S Hackel, ed, *The Byzantine Saint*, Londres, 1981, Julia Seiber, *Early Byzantine Urban Saints*, Oxford, 1977, L M Whitby, «Maro the Dendrite an anti-social holy man», en Michael Whitby, Philip Hardy y Mary Whitby, eds, *Homo Viator Classical Studies for John Bramble*, Bristol, 1987, pp 309-317, Ashbrook Harvey, *Asceticism and Society in Crisis*.

³⁸ La transmisión textual de la literatura monástica más antigua es bastante compleja, pero muchos de los relatos de los Padres del Desierto de Egipto han sido convenientemente recogidos por Benedicta Ward, *The Sayings of the Desert Fathers*, Londres, 1975, y por Russell, *Lives of the Desert Fathers*.

³⁹ Cf A Voobus, *A History of Asceticism in the Syrian Orient*, 2 vols, Lovaina, 1958-1960, S Brock, «Early Syrian asceticism», *Numen*, 20 (1973), pp 1-19 (artículo incluido después en sus *Syriac Perspectives on Late Antiquity*, Londres, 1984), Susan Ashbrook Harvey, «Women in early Syrian Christianity», en Averil Cameron y Amelle Kuhrt, eds, *Images of Women in Antiquity*, Londres, 1983 (ed revisada, 1993), pp 288-298.

⁴⁰ Para el desarrollo de la veneración de iconos, cf E Kitzinger, «The cult of images in the period before Iconoclasm», *Dumbarton Oaks Papers*, 8 (1954), pp 85-150, textos en Mango, *Art*.

⁴¹ Sobre el uso público de los iconos, cf Averil Cameron «Images of authority, élites and icons in late sixth-century Byzantium», *Past and Present*, 84 (1979), pp 3-35 (artículo incluido en su libro *Change and Continuity in Sixth-Century Byzantium*, Londres, 1981), sobre las mujeres y los iconos, cf Judith Herrin, «Women and faith in icons in early Christianity», en R Samuel y G Stedman Jones, eds, *Culture, Ideology and Politics*, Londres, 1982, pp 56-83, y de la misma autora, *Formulation of Christendom*, pp 307-310.

⁴² Sobre todo esto, véase Robín Cormack, *Writing in Gold*, Londres, 1985.

⁴³ Esa enorme variedad queda patente al contemplar las reproducciones que aparecen en la obra de Weitzmann, *Age of Spirituality*, catalogo verdaderamente exhaustivo de la gran exposición presentada en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York en 1978.

⁴⁴ Para entender mejor estos argumentos, véase Alan Cameron, «The Latin revival of the fourth century», en W Treadgold, ed, *Renaissances before the Renaissance*, Stanford, 1984, pp 42-58, 182-184.

⁴⁵ G. Vikan, *Byzantine Pilgrimage Art*, Washington DC, 1982, ofrece una buena introducción a este tema, así como numerosos ejemplos. En cuanto a las peregrinaciones propiamente dichas, cf Hunt, *Holy Land Pilgrimage*, y el estudio más general de P Maraval, *Lieux saints et pèlerinages d'Orient*, París, 1985, para las peregrinaciones en la Galia, véase Van Dam, *Leadership and Community*, especialmente pp 249 ss.

⁴⁶ Cf D J Constantelos, *Byzantine Philanthropy and Social Welfare*, New Brunswick, NJ 1968.

⁴⁷ Para el caso de Italia, véase B Ward-Perkins, *From Classical Antiquity to the Middle Ages Urban Public Building in Northern and Central Italy AD 300-850*, Oxford, 1984, segunda parte «The rise of Christian patronage», especialmente pp 51-84, 149-152.

⁴⁸ Cf J Herrín, «Ideals of charity, realities of welfare The philanthropic activity of the Byzantine Church», en R Morris, ed, *Church and People in Byzantium*, Birmingham, 1990, pp 151-164, y véase asimismo el capítulo 6.

⁴⁹ Véase la traducción inglesa y el comentario de la interesantísima obra de Clark, *Life of Melania*.

⁵⁰ Respecto a las precauciones tomadas para con los familiares, cf J Harnes, «"Treasure in heaven" property and inheritance among the senators of late Rome», en E Craik, ed, *Marriage and Property*, Aberdeen, 1984, pp 54-70.

⁵¹ Cf el estudio fundamental de Peter Brown «Aspects of the Christianization of the Roman aristocracy», *JRS*, 51 (1961), pp 1-11 (incluido en su obra miscelánea *Religion and Society in the Age of St Augustine*, Londres, 1972, pp 161-172).

⁵² La cuestión es debatida en profundidad por Evelyne Patlagean, *Pauvrete économique et pauvrete sociale a Byzance, IV'-VII' siècles*, París, 1977, pp 113-155, y especialmente 181-196.

⁵³ Trad ingl de R Davis, Liverpool, 1989.

4. Las estructuras sociales y la economía del Bajo Imperio.

¹ Cf por ejemplo, Peter Garnsey y Richard Saller, *The Roman Empire Economy, Society and Culture*, Londres, 1987 (hay trad cast *El imperio romano Economía, sociedad y cultura*, Critica, Barcelona, 1991), y Peter Garnsey, *Famine and Food Supply in the Graeco-Roman World*, Cambridge, 1988, capítulo XV.

² Entre ellos se cuenta A H M Jones, cf sobre todo sus artículos acerca del colonato y la presión fiscal en P Brunt, ed, *The Roman Economy*, Oxford, 1974, M I Rostovtzeff, SEHRE, capítulo XII. Veamos, a modo de ejemplo, los siguientes párrafos de C G Starr, *The Roman Empire, 27 BC to AD 476*, Oxford, 1982, pp 164-165 «políticamente la estructura del imperio romano en su última época es una de las más macabras de todos los tiempos», «para el hombre moderno, el régimen corrupto y brutal del imperio en su última época constituye un ejemplo horrible de victoria del estado sobre el individuo». Todavía vale la pena leer la reseña de Peter Brown en la que analiza la obra de Jones, LRE, incluida en su libro titulado *Religion and Society in the Age of St Augustine*, Londres, 1972, pp 46-73.

³ Cf, por ejemplo, A H M Jones, «Over taxation and the decline of the Roman Empire», en Brunt, ed, *The Roman Economy*, pp 82-89.

⁴ Alföldy, *Social History*, capítulo VII.

⁵ M I Finley, *The Ancient Economy*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1973 2ª ed. revisada, Londres, 1985 (hay trad cast *La economía de la Antigüedad*, FCE, Madrid, 1975)

⁶ Para una introducción bastante útil a todos estos temas y como estímulo para seguir ahondando en ellos, véase Kevin Green, *The Archaeology of the Roman Economy*, Londres, 1986, pp 45-66.

⁷ Para una buena introducción general a la economía romana en los primeros tiempos del imperio, que pone además de relieve sus rasgos estructurales, cf Garnsey y Saller, *The Roman Empire*.

⁸ Cf Peter Brown, «Eastern and western Christendom in late antiquity a parting of the ways», en id, *Society and the Holy in the Late Antiquity*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1982, pp 166-195.

⁹ Tal es esencialmente la tesis de K Randsborg, *The First Millennium AD in Europe and the Mediterranean. An Archaeological Essay*, Cambridge, 1991.

¹⁰ Cf. M. I. Finley, *The Ancient Economy*, la tesis fundamental de Ste. Croix, *Class Struggle* se basa en la teoría de que durante el Bajo Imperio había disminuido en gran medida el número de esclavos. Para comprender todos estos problemas, véanse R. MacMullen, «Late Roman slavery», *Historia*, 36 (1987),

pp. 359-382; C. R. Whittaker, «Circe's pigs from slavery to serfdom in the later Roman world», *Slavery and abolition*, 8 (1987), pp. 87-122.

¹¹ Cf. A. H. M. Jones, «The caste system in the Roman empire», en Brunt, ed., *The Roman Economy*, pp. 396-418; id., «The Roman colonate», *ibid.*, pp. 293-307; De Ste. Croix, *Class Struggle*.

¹² J. Gascou, «Les grands domaines, la cité et l'état en Egypte byzantine», *Travaux et Mémoires*, 9 (1985), pp. 1-90, pone en tela de juicio la vieja idea de los grandes latifundios autosuficientes del Egipto tardorromano; véase asimismo Alan Bowman, *Egypt after the Pharaohs, 322 BC-AD 642*, Berkeley y Los Ángeles, Calif., 1986.

¹³ Se trata, por supuesto, de una explicación demasiado simplista; por lo que a las cuestiones teóricas se refiere véanse especialmente J.M. Carné, «Le "colonat" du Bas Empire: un mythe historiographique?», *Opus*, 1 (1982), pp. 351-370; id., «Un roman des origines: les généalogies du "colonat du Bas-Empire"», *Opus*, 2 (1983), pp. 205-251; y también A. Marcone, *Il colonato tardoantico nella storiografia moderna*, Como, 1988. Véase en general, Alföldy, *Social History*, pp. 202 ss. (aunque sea un poco exagerado).

¹⁴ Cf. R. MacMullen, «Judicial Savagery in the Roman empire», *Chiron*, 16 (1986), pp. 147-166.

¹⁵ Como ejemplo de estudio marxista que exagera sus tesis en lo concerniente a la época bajoimperial, cf. P. Anderson, *Passages from Antiquity to Feudalism*, Londres, 1974; véase asimismo C. Wickham, «The other transition. from the ancient world to feudalism», *Past and Present*, 103 (1984), pp. 3-36.

¹⁶ Como hacen los historiadores modernos que se empeñan en subrayar los aspectos más siniestros del Bajo Imperio para explicar su «decadencia», cf., especialmente Alföldy, *Social History*, pp. 203-210. Ese mismo tipo de enfoque lleva aparejada la tendencia a subrayar la inestabilidad social (cf. *ibid.*, pp. 210-220).

¹⁷ Cf. C. R. Whittaker, «Late Roman trade and traders», en P. Garnsey, K. Hopkins y C. R. Whittaker, eds., *Trade in the Ancient Economy*, Londres, 1983, pp. 170-173.

¹⁸ Whittaker, «Late Roman trade and traders», pp. 176-177. Por otra parte, los latifundios del Egipto tardorromano, como el de los Apiones de Oxirrinco, no eran autosuficientes; contrataban a artesanos locales y compraban productos manufacturados, como por ejemplo esteras y cuerdas, en los monasterios locales.

¹⁹ Respecto al senado, cf. Jones, *LRE*, II, capítulo XV; M. T. Arnhem, *The Senatorial Aristocracy in the Later Roman Empire*, Oxford, 1972 (excesivamente simplista), sobre su estratificación, cf. T. D. Barnes, «Who were the nobility of the Roman empire?», *Phoenix*, 28 (1974), pp. 444-449. El senado seguía siendo importante en la Constantinopla del siglo VI; véase a este respecto H. G. Beck, *Senat und Volk von Konstantinopel*, *Sitz. bayer. Akad. der Wiss.*, Munich, 1966.

²⁰ Cf. Cameron, *Procopius*, capítulos IV y XIII.

²¹ El artículo de Peter Brown, «Aspects of the Christianization of the Roman aristocracy», *JRS*, 51 (1961), pp. 1-11, sigue siendo fundamental.

²² El dilema en que se encontraba el gobierno queda muy bien esbozado en E. Millar, «Empire and city, Augustus to Julián: obligations, excuses and status», *JRS*, 73 (1983), pp. 76-96.

²³ *LRE*, I, p. 748; véanse en general pp. 740-757.

²⁴ Jones, *LRE*, I, pp. 391-396; y de forma más general MacMullen, *Corruption*, pp. 148-167.

²⁵ Cf. A. Wallace-Hadrill, ed., *Patronage in Ancient Society*, Londres, 1989, en particular Peter Garnsey y Greg Woolf, «Patronage of the rural poor», pp. 162-166; R. P. Saller, *Personal Patronage under the Early Empire*, Cambridge, 1982.

²⁶ Garnsey y Woolf, «Patronage of the rural poor», p. 167; véase asimismo Alföldy, *Social History*, pp. 215-216 (aunque se exagera un tanto la nota).

²⁷ Buena parte del volumen III de Giardina, ed., (*Le merci, gli insediamenti*) se dedica a estas cuestiones; cf. la reseña de C. Wickham, «Marx, Sherlock Holmes and late Roman commerce», *JRS*, 78 (1988), pp. 183-193. Véase asimismo la interesante obra miscelánea, C. Morrisson y J. Lefort, eds., *Hommes et richesses dans L'empire byzantin I, IV-VII siècle*, París, 1989.

²⁸ Criterio admitido incluso por los contemporáneos, cf. M. Hendy, *Studies in the Byzantine Monetary Economy c AD 300-1450*, Cambridge, 1985, p. 158.

²⁹ Cf. C. Howgego, «The supply and use of money in the Roman world, 200 BC-AD 300», *JRS*, 82 (1992), pp. 64-94.

³⁰ Cf. Garnsey, Hopkins y Whittaker, eds., *Trade in the Ancient Economy*, pp. xiv-xxi, el argumento es expuesto más detalladamente en el artículo de Hopkins, «Taxes and trade in the Roman empire», *JRS*, 70 (1980), pp. 101-125.

³¹ Por lo que a la minería se refiere, cf. J. Edmondson, «Mining in the later Roman empire and beyond continuity and disruption», *JRS*, 79 (1989), pp 84-102.

³² Jones, *LRE*, II, p 1.045. «la debilidad económica fundamental del imperio radicaba en que había muy pocos productores para sostener a demasiadas bocas ociosas». Jones, sin embargo, creía que el ejército tardorromano había doblado su volumen desde los tiempos del Principado (ibid, p. 1.046).

³³ Cf. S. Thomas Parker, *Romans and Saracens. A History of the Arabian Frontier*, Winona Lake, 1986, pp. 83-84, 112, 149; véase asimismo el capítulo 8 de la presente obra; respecto a los bárbaros, cf. capítulo 2, y además véase J. L Teall, «Barbarians in the armies of Justinian», *Speculum*, 40 (1965), pp 294-322.

³⁴ Cf. Parker, *Romans and Saracens*, p. 143, véase además el capítulo 8.

³⁵ Hendy, *Studies in Byzantine Monetary Economy*, contiene muchísima información, no muy asequible fuera de esta obra, en torno al sistema financiero del Bajo Imperio, aunque la organización del libro hace que resulte bastante complicada su utilización y no permite entender fácilmente los cambios diacrónicos.

³⁶ Jones, *LRE*, I, pp. 468-469 (y en general sobre las finanzas imperiales, pp. 411-469, véase asimismo J. Durhat, *Les finances publiques de Dioclétien aux carolingiens (284-889)*, Sigmenggen, 1990).

³⁷ Cf. R C Blockley, «Subsidies and diplomacy Rome and Persia in late antiquity», *Phoenix*, 39 (1985), pp. 62-74.

³⁸ Jones, *LRE*, I, pp. 691-705, en Roma se realizaban asimismo repartos gratuitos de aceite y de carne de cerdo, aunque el abastecimiento de este último producto causaba a veces serios problemas.

³⁹ Cf Peter Garnsey, «Grain for Rome», en Garnsey, Hopkins y Whittaker, eds , *Trade in the Ancient Economy*, pp. 118-130; y también del mismo autor véase *Famine and Food Supply*, capítulo XV (que llega hasta el año 250 d.C), J. Durhat, *De la ville antique á la ville byzantine*, Roma. 1990; B. Sirks, *Food for Rome. The Legal Structure of the Transportation and Processing of Supplies for the Imperial Distributions in Rome and Constantinople*, Amsterdam, 1991.

⁴⁰ Cf. Jones, *LRE*, I, pp. 438-448; Hendy, *Studies in the Byzantine Monetary Economy*, pp. 475-492, que estudia en general todas estas cuestiones tan complicadas.

⁴¹ El asunto está bastante bien estudiado en Wickham, «Marx, Sherlock Holmes and late Roman commerce», pp. 190-193, que constituye una excelente introducción a la obra fundamental escrita en italiano por A Carandini y otros (especialmente C Panella, «Le mera produzioni, itineran e destini», en Giardina, ed., III, pp. 431-459; para una exposición de carácter más teórico, véase asimismo Carandini, ibid., pp. 3-19; y C. Panella. «Gli scambi nel Mediterraneo Occidentale dal IV al VII secólo dal punto di vista di alcune "merci"», en Morrisson y e eds., *Hommes et richesses dans L'empire byzantin I*, pp 129-141, que ofrece un panorama bastante claro de los testimonios existentes). La tipología de la cerámica tardorromana, que no fue establecida hasta la publicación de John Hayes, *Late Roman Pottery*, Londres, 1972, se basa en una serie de importantes excavaciones, por lo demás bastante recientes, entre las que las efectuadas por el equipo británico en Cartago, y también las de los italianos en esa misma ciudad, cf M G Fulford y D S Peacock, en H Hurst y S Roskams, eds, *Excavations at Carthage the British Mission*, 1, segunda parte, Sheffield, 1984.

⁴² Respecto a la prosperidad del Norte de África en el periodo prevandalo y el aumento de las posesiones senatoriales en esta región, cf C Lepelley, *Les cites de L'Afrique romaine au Bas Empire*, I-II, París, 1979, 1987, id , «Peuplement et richesses de l'Afrique romaine tardive», en Morrisson y Lefort, eds , *Hommes et richesses dans L'empire byzantin I*, pp 17-30, Whittaker, «Trade and the aristocracy in the Roman empire».

⁴³ En cuanto a la economía del Norte de África durante la conquista de los vándalos, cf M Fulford, «Carthage-overseas trade and political economy, AD 400-700», *Reading Medieval Studies*, 6 (1980), pp 68-70.

Justiniano y la reconquista

¹ Cf Cameron, *Procopius*. Para la numeración de los libros de las *Guerras de Procopio* (citados aquí con las siglas BP, I-II, BV, I-II, y BG, I-IV), véase la Bibliografía crítica selecta, en la p 248. La redacción de las *Guerras* concluyo en 553 554, en Cameron, *Procopius*, se defiende la tesis de que el *De aedificis* data probablemente de 554, mientras que la *Historia arcana* sería de 551, aunque otros especialistas datan ambas obras a finales de la década.

² La relación existente entre todas estas obras y las contradicciones que pueden apreciarse entre ellas son estudiadas a fondo en Cameron, *Procopius*.

³ Cf Maas, John Lydus.

⁴ Tony Honore, *Tribonian*, Londres, 1978, capítulo I Para otros estudios del reinado de Justiniano, véanse R Browning, *Justinian and Theodora*, Londres, 1971, ed revisada 1987, J W Barker, *Justinian and the Later Roman Empire*, Madison, Wisconsin, 1966, el mas exhaustivo sigue siendo el de E Stein, *Histoire du Bas-Empire*, II, rev J R Palanque París, 1949, reimpresso en Amsterdam, 1968 Todavía vale la pena leer Bury, *LRE*, I-II, pues se trata de un relato bastante claro, que parafrasea fielmente el de Procopio.

⁵ Honore, *Tribonian*, capítulo I, ofrece la mejor introducción existente a la obra jurídica de Justiniano Además de estas dos obras están los *Instituta*, especie de compendio de derecho romano destinado a los juristas en ciernes Todas ellas están escritas en latín, pues se basaban en las compilaciones de derecho romano de la época o incluso en otras más antiguas, pero la nueva legislación introducida por Justiniano (las *Novellae* o *Novelas*), algunas de cuyas leyes fueron promulgadas en la tercera década del siglo VI, fue redactada parcialmente en latín, pero sobre todo en griego.

⁶ Puede verse un análisis de la primera de estas definiciones de Justiniano en Cameron, *Procopius*, capítulo II, en cuanto a la segunda, es expresada por E Kitzinger, *Byzantine Art in the Making*, Cambridge, Mass, 1977.

⁷ En Constantinopla vivían muchos monjes y clérigos monofisitas que habían sido desterrados de sus lugares de origen, véase Susan Ashbrook Harvey, *Asceticism and Society in Crisis John of Ephesus and the Lives of the Eastern Saints*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1990, pp 86 ss. Estos clérigos no solo eran protegidos por la emperatriz Teodora, que les dio cobijo en un ala del palacio imperial, sino que, según parece, recibían la visita del propio emperador, deseoso de entablar con ellos debates de tipo teológico.

⁸ Cf la relación de su reinado abiertamente hostil a su figura efectuada por Evagrio Escolástico, *Historia de la Iglesia*, escrita en Constantinopla hacia 590 (véase Pauline Alien, *Evagrius Scholasticus the Church Historian*, Lovaina, 1981).

⁹ Cf Cameron, *Procopius*, capítulo XIV.

¹⁰ Cf Cameron, *Procopius*, capítulo X. «Procopius in África».

¹¹ Para todos estos antecedentes, véase J Moorhead, «Culture and power among the Ostrogoths», *Klio*, 68 (1986), pp 112-122, sobre todo 117-120. Amalasueta era prorrmana y deseaba que su hijo fuera criado como un príncipe romano, circunstancia que molestaba sobre manera a los godos (Proc, BG, 1, 2, 1-22, 4, 4); respecto al conocimiento del griego y el latín por parte de Amalasueta, cf Casiodoro *Var*, XI,1,6, y véase S Barnish, *Cassiodorus, Variae*, Liverpool, 1992, Introducción.

¹² Cf las diferentes versiones del hecho en Proc, BP, 1,24, *Historia arcana*, XII, 12, *De aedificus*, 1, 20 ss. La insurrección fue aplastada por las tropas imperiales al mando del propio Belisario, pero su coste en vidas humanas fue altísimo (30 000, según Juan Malalas, *Chron*, 476, 50 000, según Juan Lido, *De Mag*, 111, 70).

¹³ Cf M Maas, «Roman history and Christian ideology in Justinian's reform legislation», *Dumbarton Oaks Papers*, 40 (1986), pp 17-31.

¹⁴ Procopio intenta presentar estas campañas con los tintes mas favorables posibles para Belisario en sus *Guerras* (cf BP, 1,13 ss), pero debemos comparar su versión, por ejemplo, con la de Juan Malalas, *Chron*, trad ingl de Jeffreys, pp 269 ss, o con la del historiador de la Iglesia Zacarías *Retor*, HE, IX,14 ss, cf Cameron, *Procopius* pp 157-159. Este mismo autor nos ofrece la «verdadera» versión (esto es, hostil a Belisario) de los ulteriores acontecimientos de la guerra contra los persas en su *Historia arcana*, 2 ss. Respecto a la «Paz eterna» de 533, véase Stein, *Histoire du Bas-Empire*, II, pp 294-296.

¹⁵ Stein, *Histoire du Bas-Empire*, II, pp 486 ss, en cuanto a la situación en Italia, véase infra, pp 127 ss.

¹⁶ Cf Cameron, *Procopius*, pp 159 ss, especialmente pp 163-164.

¹⁷ Cf Cameron, *Procopius*, pp 164-165, respecto a los hechos ocurridos, véase G Downey, *A History of Antich in Syria*, Princeton, NJ, 1961, pp 533-546.

¹⁸ Cf Pauline Alien, «The "Justinianic" plague», *Byzantion*, 48 (1979), pp 5-20. J Durliat, «La peste du VI siècle Pour un nouvel examen des sources byzantines», en C Morriçon y J Lefort, eds, *Hommes et richesses dans l'empire byzantin I, IVC-VII' siècle*, París, 1989, pp 107-120, reduce sus efectos, J Biraben, «La peste du VI siècle dans l'empire byzantin», *ibid*, pp 121-125 Y véase infra, capítulo 7.

¹⁹ Sobre estos cristianos, véase Sebastian Brock, «Christians in the Sasanid empire a case of divided loyalties», *Studies in Church History*, 18 (1982), pp 1-19, reproducido en id, *Syriac Perspectives on Late Antiquity*, Londres, 1984.

²⁰ Para el número de las tropas y las dificultades del ejército durante las guerras de los godos, véase el interesante análisis de E A Thompson, «The Byzantine conquest of Italy military problems», en id, *Romans and barbarians. The Decline of the Western Empire*, Madison, Wisconsin, 1982, pp 77-91 En cuanto a los costes de las guerras de Justiniano, véase M Hendy, *Studies in the Byzantine Monetary Economy c AD 300-1450*, Cambridge, 1985, pp 164-171.

²¹ Cf Cameron, *Procopius*, pp 195-197.

²² Para todo esto, véase Stein, *Histoire du Bas-Empire*, II, pp 564-604.

²³ Agatias, *Historias*, trad ingl de J Frenedo, Berlín, 1975, cf Averil Cameron, *Agatias*, Oxford, 1970, en cuanto a Procopio, véase Cameron, *Procopius*, pp 54-55, 189-190. La desilusion de Procopio se refleja con toda claridad en BG, III-IV.

²⁴ Para un análisis de la ceremonia, véase M McCormick, *Eternal Victory*, Cambridge, 1986, pp 125-129, y en general, cf Averil Cameron, «Gehmer's laughter the case of Byzantine África», en F M Clover y R S Humphreys, eds, *Tradition and Innovation in Late Antiquity*, Madison, Wisconsin 1989, pp 171-190; véase asimismo mi artículo «Byzantine África the lite rary evidence», en University of Michigan *Excavations at Carthage VII*, Ann Arbor, Michigan, 1982, pp 29-62. Respecto a las campañas de Juan Troglita y el periodo posterior al punto en el que Procopio finaliza su obra, tenemos la *loliannida*, poema épico en ocho libros escrito en latín por el poeta africano F Cresconio Corippo.

²⁵ Sobre la política de defensa de Justiniano en África, cf D Pringle, *The Defense of Byzantine África*, 2 vols , Oxford, BAR, 1981, véase asimismo J Durliat, *Les dedicaces d'ouvrages de defense dans l'Afrique byzantine* Roma, 1981.

²⁶ Editado, con traducción inglesa y comentario, por Averil Cameron, *In laudem Iustini minoris*, Londres, 1976, cf Pan *Anast*, 36 ss, 1,18 ss, con sus notas.

²⁷ Hendy, *Studies in the Byzantine Monetary Economy*, pp 166-167. Se trata de uno de los raros ejemplos para los que disponemos de cifras oficiales, aunque los cálculos en estos términos pueden resultar sumamente equívocos Las dimensiones del ejército propiamente dicho son desconocidas pero las fuerzas con las que habría contado originalmente Belisario habrían ascendido, según Procopio (véase supra, p 122), a los 15 000 hombres.

²⁸ Respecto a África, véase Proc, *De aedificis*, VI, y también Cameron, *Procopius*, capítulo X, especialmente pp 177 ss. Una de las principales fuentes para el conocimiento del Norte de África durante la dominación de los vándalos es la obra escrita en latín de un obispo de la región, Víctor de Vita, en la que relata los supuestos padecimientos de la Iglesia y la población católica a manos de los vándalos arrianos, cf la trad ingl de J Moorhead, *Translated Texts for Historians*, 10, Liverpool, 1992.

²⁹ BV, 11, 8, 25.

³⁰ A este respecto, véase C Lepelley, *Les cites de l'Afrique romaine au Bas Empire*, I-II, París, 1979, p 187.

³¹ Para una opinión crítica, cf Cameron, *Procopius*, capítulo VI, así como B Croke y J Crow, «Procopius on Dará» *JRS*, 73 (1983), pp 143-159, junto con las correcciones de L M Whitby, «Procopius description of Martyropohs (*De aedificis*, 3, 2, 10-14)», *Byzantinoslávica*, 45 (1984), pp 177-182; id, «Procopius and the development of Roman defenses in upper Mesopotamia», en P Freeman y D Kennedy, eds *The Defense of the Roman and Byzantine East*, Oxford, BAR, 1986, pp 717-735, id, «Procopius description of Dará (Buddings, 2,1-3)», *ibid*, pp 737-783. Sobre la política de obras públicas de Justiniano en Grecia, cf Timothy E Gregory, «Fortification and urban design in early Byzantine Greece», en R L Hohlfelder, ed, *City, Town, and Countryside in the Early Byzantine Era*, Nueva York, 1982, pp 43 64, y respecto al Ilirico, Frank E Wozmak, «The Justinianic fortification of Interior Illyricum», *ibid*, pp 199-209. Italia no se menciona en absoluto en el *De aedificis*, acaso porque, al ser teatro de operaciones de la guerra desde 534-535, había en ella poco que reseñar, la propia obra quizá date del año 554 o en todo caso de 559-560.

³² Tal sería el caso de las obras realizadas en la frontera persa y en el litoral del mar Negro, donde Lazica fue siempre objeto de disputa entre Bizancio y Persia (véase supra, p 126, y además B Isaac, *The Limits of Empire*, Oxford, 1990), James Howard-Johnston, «Procopius, Roman defences north of the Taurus and the new fortress of Citharizon», en D H French y C S Lightfoot, eds, *The Eastern Frontier of the Roman Empire*, 2 vols, Oxford, BAR, 1989, pp 203-229, concretamente p 217.

³³ Howard-Johnston, «Procopius»

³⁴ Cf Cameron, *Procopius*, pp 96-98, P Mayerson, «Procopius or Eutychius on the construction of the monastery at Mount Sinai which is the more reliable source?», *Bull Am Schools Oriental Research*, 230 (1978), pp 33-38.

³⁵ Cf capítulo 8.

³⁶ En cuanto a Italia, cf A Thompson, «The Byzantine conquest of Italy public opinion», en id, *Romans and Barbarians*, pp 92-109, J Moorhead, «Italian loyalties during Justinian's Gothic war», *Byzantion*, 53 (1983), pp 575-596.

³⁷ Para el cambio de la opinión pública, cf Roger Scott, «Malalas, the Secret History and Justinian's propaganda», *Dumbarton Oaks Papers*, 39 (1985), pp 99-109.

³⁸ Cf Cameron, *Procopius*, pp 69-71.

³⁹ Para Italia durante este periodo, véase C Wickham, *Early Medieval Italy*, Londres, 1981, especialmente la sección titulada «The Lombard kingdom», pp 28-47, y para el exarcado, cf T S Brown, *Gentlemen and Officers Imperial Administration and Aristocratic Power in Byzantine Italy AD 554-800*, Roma, 1984.

⁴⁰ Cf Roger Collins, *Early Medieval Spain*, Londres, 1983, p 38 (con una bibliografía muy amplia), véase asimismo E A Thompson, *The Goths in Spain*, Oxford, 1969 (hay trad cast *Los godos en España*, Alianza, Madrid, 1990) El objetivo de la expedición era, al parecer, la protección del África bizantina en caso de una intervención visigoda desde España.

⁴¹ Brown, *Gentlemen and Officers*, capítulos I y II, nos ofrece un excelente análisis de los testimonios.

⁴² Wickham, *Early Medieval Italy*, p 26.

⁴³ Sobre los efectos nocivos de cara a la unidad del V concilio, cf J Herrín, *The Formation of Christendom*, Oxford, 1987 pp 119-127 y respecto al Sínodo Laterano, ibid, pp 250-255. En cuanto a los obispos africanos, cf Cameron, «Byzantine África»

⁴⁴ Cf Brown, *Gentlemen and Officers*, pp 34-37 Por desgracia poseemos relativamente muy pocos testimonios acerca de la Iglesia africana, y por ese mismo motivo sigue reinando una enorme oscuridad en torno a los efectos de la reconquista sobre la sociedad de esta región.

⁴⁵ Para todos estos desarrollos, cf W H C Frend, *A History of the Monophysite Movement*, Cambridge, 1972, E Homgmann, *Evêques et évêches d Asie antérieure au VI siècle*, Lovaina, 1951, Susan Ashbrook Harvey, «Remembering pain Syriac historiography and the separation of the churches», *Byzantion*, 58 (1988), pp 296-308, y de la misma autora, *Asceticism and Society in Crisis*.

⁴⁶ Por lo tanto cabe preguntarse si Procopio cuenta o no en realidad que el reinado de Justiniano comienza en 518, como defiende el gran editor de Procopio, J Haurly cf R Scott, «Justinian's comage, the Easter reforms and the date of the Secret History», *Byzantine and Modern Greek Studies*, 11 (1987), pp 215-221, Cameron, *Procopius*, p 9, Bury, LRE, II, pp 422-423.

⁴⁷ Los efectos económicos y demográficos de la peste son puestos de relieve por C Mango, *Byzantium The Empire of New Rome*, Londres, 1980, pp 68-69. La población de Constantinopla había alcanzado su cota máxima antes de que estallara la peste en 542, Mango sugiere que debió reducirse hasta los cuarenta mil habitantes, en id, *Le développement urbain de Constantinople (IV- VII siècle)*, París, 1985, p 54.

⁴⁸ Ese tipo de críticas se vuelven especialmente mordaces en la *Historia arcana*, pero aparecen también en todas las *Guerras* cf Cameron, *Procopius*, pp 62 ss, y especialmente el capítulo XIII. La caída de Juan de Capadocia (cf p 134) se produjo en 541, otro ministro al que Procopio acusa de corrupción es Pedro Barsimes, que fue nombrado prefecto del pretorio en 543 y se hizo así el principal responsable financiero de los tributos provinciales y del aprovisionamiento y mantenimiento del ejército (cf Stein, *Histoire du Bas Empire II*, pp 761-769)

⁴⁹ La *Vida de Eutiquio*, escrita por el diácono Eustracio y la *Historia de la Iglesia* escrita en siríaco por Juan de Efeso, son nuestras principales fuentes cf Averil Cameron, «Eustratius's life of the Patriarch Eutychius and the Fifth Ecumenical Council», en J Chrysostomides, ed, *Kathegtria Essays Presented to Joan Hussey for her 80th Birthday*, Camberley, 1988, pp 225-247, id, «The life of the Patriarch Eutychius models of the past in the late sixth century», en G Clarke, ed, *Reading the Past in Late Antiquity Rushcutters Bay*, 1990, pp 205-223 J Meyendorff, *Imperial Unity and Christian Divisions the Church 450-680 AD*, Crestwood, NY, 1989, constituye una buena introducción a las disputas teológicas de esta época.

⁵⁰ Cf Cameron, *Procopius*, capítulos II y XIV.

⁵¹ Véanse respectivamente G Downey, «Justinian's view of Christianity and the Greek classics», *Anglican Theological Review*, 40 (1958), pp 13-22, id, «Julian and Justinian and the unity of faith and culture», *Church History*, 28 (1959), pp 339-349, e id, *Constantinople in the Age of Justinian*, Norman, Oklahoma, 1960, W Ullmann, *Principles of Government and Policies in the Middle Ages*, Londres, 19662, P Lemerle, *Byzantine Humanism*, trad ing Sydney, 1986, pp 73-79, Honore, *Tribonian*, capítulo I.

⁵² Respecto a los marfiles Barberini y del arcángel, cf K Weitzmann, ed, *The Age of Spirituality*, Nueva York, 1979 pp, 28 y 481, sobre los mosaicos de Ravena, A Grabar, *Byzantium From the Death of*

Theodosius to the Rise of Islam, Londres, 1966, pp 156-157 (con ilustraciones a todo color), sobre los iconos del Sinaí, J Trilling, «Sinai icons another look», *Byzantion*, 53 (1983), pp 300-311, y sobre Santa Sofía, véase *supra*, capítulo 1, y C Mango, *Byzantine Architecture*, Nueva York, 1976, pp 107-123 (con ilustraciones en blanco y negro)

⁵³ Cf Averil y Alan Cameron «The Cycle of Agathias», *Journal of Hellenic Studies*, 86 (1966), pp 6-25.

⁵⁴ Respecto al poema, cf R Macrides y P Magdalino, «The architecture of ekphrasis construction and context of Paul the Silentiary's Ekphrasis of Hagia Sophia», *Byzantine and Modern Greek Studies*, 12 (1988), pp 47-82.

⁵⁵ Sobre Romano, cf E Catafygiotu Topping, «Romanos, on the entry into Jerusalem a basilikos logos», *Byzantion*, 47 (1977), pp 65-91, sobre Malalas, véase Elizabeth Jeffreys, en colaboración con Brian Croke y Roger Scott, *Studies in John Malalas*, Sydney, 1990.

⁵⁶ Sobre Casiodoro, véase el capítulo 2, y Cameron, *Procopius*, pp 196-200.

⁵⁷ Véase asimismo el capítulo 6, y Averil Cameron, *Christianity and the Rhetoric of Empire*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1991, capítulo VI.

Cultura y mentalidad

¹ Véase *supra*, Introducción, este aspecto es puesto de relieve, por ejemplo, en la introducción del libro de Sebastian P Brock y Susan Ashbrook Harvey, *Holy Women of the Syrian Orient*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1987, y en general en la obra de Peter Brown, por ejemplo en *The Making of Late Antiquity*, Cambridge, Mass, 1978, que plantea la cuestión de como y por que pudo producirse en el siglo IV ese incremento de la espiritualidad. La misma tesis sugieren los títulos de otras obras, por ejemplo la colección de artículos del propio Brown *Society and the Holy in Late Antiquity*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1982, y K Weitzmann, ed, *The Age of Spirituality*, Nueva York, 1979

² Cf *The Making of Late Antiquity*, p 21, y el libro también de Brown, *Persuasion and Power in Late Antiquity*, Madison, Wisconsin, 1992. El discurso se expresa absolutamente siempre en términos masculinos, las palabras «hombre» y «hombres» aparecen por lo menos nueve veces en cuatro paginas P Brown, «Late antiquity», en P Aries y G Duby, eds, *History of Private Life I*, trad ing., Cambridge, Mass, 1987, pp 235-311 (concretamente en p 248), admite entre los miembros de la clase alta cierta tendencia durante el siglo II a contraer un matrimonio basado en mayor medida en la amistad, aunque, eso si, siempre en el marco de una «incuestionable lealtad a su clase, mediante la cual el hombre poderoso controlaba y estrechaba amorosa y firmemente entre sus brazos a su ciudad» Argumentos contra esa tesis del «matrimonio basado en la amistad» (sobre la cual, cf P Veyne, «La famille, l'amour sous le Haut-Empire romain», *Annales, ESC*, 33 (1978), pp 35 63) pueden verse por ejemplo, en Richard P Saller y Brent D Shaw, «Tombstones and Roman family relationships in the Principate civilians, soldiers and slaves», *JRS*, 74 (1984), pp 124-156, concretamente en pp 134-137, con ulteriores análisis en Kate Cooper, «Insinuations of womanly influence an aspect of Christianization of the Roman aristocracy», *JRS*, 82 (1992), pp 113-127.

³ Cf Averil Cameron, «Redrawing the map early Christian territory after Foucault», *JRS*, 56 (1986), pp 266-271.

⁴ A este respecto, cf Cameron, *Procopius*, pp 227 y ss.

⁵ Véase en este sentido el artículo ya clásico de Alan Cameron, «Wandering poets a literary movement in Byzantine Egypt» *Historia*, 14 (1965), pp 470-509, en cuanto a Eudocia, id, «The empress and the poet paganism and politics at the court of Theodosius II», *Yale Classical Studies*, 27 (1982), pp 217-289. Nonno de Panopolis es el mas importante de los poetas griegos del siglo V autor de unos voluminosos *Dionysiaca* y de una paráfrasis poética del Evangelio de San Juan, estableció un modelo de estilo y de dicción poética que otros autores imitaron al pie de la letra. En cuanto a Dioscoro, autor que se sitúa en el marco griego y copto del Medio Egipto a finales del siglo VI, cf L B MacCougll, *Dioscorus of Aphrodito His Work and his World*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1988.

⁶ Cf Blockley, 1981, 1983 (Eunapio, Olimpodoro, Prisco y Maleo) La mayoría de estas obras no se han conservado enteras, pero poseemos buena parte de la *Nueva historia de Zosimo* (cf trad ing. de Ridley), y véase asimismo W Goffart, «Zosimus the first historian of Rome's fall», *American Historical Review*, 76 (1971), pp 412-421. Procopio, Agatías y Teofilacto Simocatta (véase el capítulo 8) continuaron esta tradición hasta bien entrado el siglo VII.

⁷ Cf Glenn F Chesnut, *The First Christian Histories*, París 1977, Pauline Alien, *Evagnus Scholasticus the Church Historian*, Lovaina, 1981.

⁸ Cf Alan Cameron, «The date and identity of Macrobius», *JRS*, 56 (1966), pp 25-38, para una guía bibliográfica a la literatura profana tardolatina, véase R Browning, «The later Principate», *Cambridge History of Classical Literature II*, Cambridge, 1982, capítulos XXXV-XLII, y Epilogo (publicados también por separado, 1983).

⁹ Cf Averil Cameron, «Byzantine África the literary evidence», en *University of Michigan Excavations at Carthage VII*, Ann Arbor, Michigan, 1982, pp 30-31, sobre Luxono, cf M Rosenblum, *Luxonus A Latin Poet among the Vandals*, Nueva York, 1961.

¹⁰ A modo de introducción, cf G Downey, *Gaza in the Early Sixth Century*, Norman, Oklahoma, 1963, Carol A M Glucker, *The City of Gaza in the Roman and Byzantine Periods*, Oxford, BAR, 1987, junto con P Chuvín, *A Chronicle of the Last Pagans*, trad ingl, Cambridge, Mass, 1990, pp 115-117.

¹¹ La fuente es la *Vida de Severo* que poseemos en la traducción al siríaco de un original griego, cf Chuvín, *Chronicle of the Last Pagans*, pp 105-106.

¹² Tenemos testimonios epigráficos de esas familias, cf C M Roueche, *Aphrodisias in Late Antiquity*, Londres, 1989, pp 85-87.

¹³ Chuvín, *Chronicle of the Last Pagans*, ofrece una primera introducción al tema y la bibliografía pertinente. Entre las obras más recientes destacan por su importancia las de Richard Sorabji (cf su *Time, Creation and the Continuum Theories in Antiquity and the Early Middle Ages*, Londres, 1983, y las colecciones de artículos editados por el *Philoponus and the Rejection of Aristotelian Science*, Londres, 1987, y *Aristotle Transformed The Ancient Commentators and their Influence*, Londres, 1990) Véase asimismo A H Armstrong, ed , *History of Later Greek and Early Medieval Philosophy*, Cambridge, 1970.

¹⁴ Cf Brown, «Late antiquity», pp 249-251.

¹⁵ Se ha encontrado en Apamea una serie de refinados mosaicos del siglo IV en los que aparecen representados Sócrates en compañía de otros seis sabios, el regreso de Ulises, Kallos (personificación de la Belleza) y Casiopea, que habían quedado cubiertos cuando sobre ellos se construyó la catedral de la ciudad, cf J Ch Balty, *Mosaïques antiques de Syrie*, Bruselas, 1977, pp 78-80, 88-89, *Guide d'Apamee*, Bruselas, 1981, pp 115 y ss. Dichos mosaicos y los de Nueva Pafos son estudiados (con reproducciones de estos últimos) en G W Bowersock, *Hellenism in Late Antiquity*, Cambridge, 1990, capítulo IV.

¹⁶ Trad ingl de K S Guthrie, Nueva York y Chicago, 111, 1925, reimpr 1977, cf G Fowden, «The pagan holy man in late antiquity society», *JHS*, 102 (1982), pp 33 59, respecto a los testimonios arqueológicos de la enseñanza de la filosofía en Atenas, véase Alison Frantz, *The Athenian Agora XXIV Late Antiquity A D 267-700*, Princeton, NJ 1988, especialmente pp 56-58, 82-92.

¹⁷ Cf la introducción de Saffrey pp 250-265.

¹⁸ A este respecto, véanse los ensayos incluidos en H J Blumenthal y R A Markus, eds, *Neoplatonism and Early Christian Thought*, Londres, 1981. El pensamiento de Boecio (*Consolacion de la filosofía*) se halla también profundamente impregnado de ideas neoplatónicas (vea se el capítulo 2)

¹⁹ Véase asimismo Chuvín, *Chronicle of the Last Pagans*, pp 102-105.

²⁰ Cf Malálas, *Chron*, según la trad ingl de Jeffreys, p 264.

²¹ Sobre la Academia de Atenas, cf Alan Cameron, «The last days of the Academy at Athens», *Proc Cambridge Philological Society*, 195 (1) (1969), pp 7-29, pero véase H J Blumenthal, «529 and after what happened to the Academy?», *Byzantion*, 48 (1978), pp 369-385 Frantz, *Athenian Agora XXIV*, pp 82-92, también analiza el edicto de Justiniano Sobre Simplicio en Harran, cf I Hadot, «The life and work of Simplicius in Greek and Arabic sources», en Sorabji, ed , *Aristotle Transformed*, pp 275 303, siguiendo a M Tardieu, «Sabiens coraniques et <Sabiens> de Harran», *Journal asiatique*, 21A (1986), pp 1-44, cf Chuvín, *Chronicle of the Last Pagans*, pp 135-141.

²² Cf Henry Chadwick, «Philoponus, the Christian theologian», en Sorabji, ed , *Philoponus*, pp 41-56, véase asimismo Sorabji, «John Philoponus», *ibid* , pp 1-40.

²³ Cf Robert Browning, *Medieval and Modern Greek*, Londres, 1983.

²⁴ P Lemerle, *Byzantine Humanism*, trad ingl, Canberra, 1986, pp 81 120, C Mango, *Byzantium The Empire of New Rome*, Londres, 1980, capítulo VI.

²⁵ Cf A Momigliano, «Pagan and Christian historiography in the fourth century AD», artículo incluido en su obra titulada *The Conflict between Paganism and Christianity in the Fourth Century*, Oxford, 1983, pp 79-99. El contexto social del sistema es analizado en detalle por R Kaster, *Guardians of Language, The Grammarian and Society in Late Antiquity*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1988.

²⁶ Cf Blockley, II, primera parte, capítulos II y III.

²⁷ Chuvín, *Chronicle of the Last Pagans*, pp 93-94, basándose en Alan Cameron, «Wandering poets» y «The empress and the poet». Para las posibilidades de promoción social que proporcionaban las habilidades literarias véase asimismo K Hopkins, «Social mobility in the later Roman empire: the evidence of Ausonius» *C Q*, 11 (1961), pp 239-249, id «Elite mobility in the Roman empire», en M I Finley, ed, *Studies in Ancient Society*, Londres, 1974, pp 103-120 (hay trad cast *Estudios sobre historia antigua*, Akal, Madrid, 1981).

²⁸ Por lo que se refiere a la historia, terreno en el que resulta especialmente ilustrativo el caso de Procopio, cf Cameron, *Procopius*, y sobre todo el capítulo I en cuanto a la tradición de imitar directamente los modelos clásicos, hábito que a menudo degeneraba en la artificiosidad y la afectación, cf Averil y Alan Cameron «Christianity and tradition in the historiography of the later Roman empire» *Class Quart* 14 (1964), pp 316-328.

²⁹ Y por ende presentan muchos elementos en común con las biografías de santos varones paganos de la época, cf Averil Cameron, *Christianity and the Rhetoric of Empire*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1991, especialmente el capítulo III, respecto a los santos varones paganos en general véase Fowden, «The pagan holy man»

³⁰ Cf especialmente Elizabeth Jeffreys, «Malalas world-view», y Roger Scott, «Malalas and his contemporaries», en E Jeffreys, B Croke y R Scott, eds, *Studies in John Malalas*, Sydney, 1990, pp 55-86.

³¹ Muchas de las obras de san Agustín son además ricas en observaciones de carácter social, y no solo respecto a las clases altas cf Brent Shaw, «The family in late antiquity: the evidence of Augustine», *Past and Present*, 115 (1987), pp 3-51, especialmente 5-6.

³² Respecto al cristianismo y la cultura clásica, véanse asimismo, por ejemplo, M L W Laistner, *Christianity and Classical Culture in the Later Roman Empire*, Ithaca, NY, 1951, W Jaeger, *Early Christianity and Greek Paideia*, Cambridge, Mass, 1961 (hay trad cast *Cristianismo primitivo y paideia griega*, FCE, Madrid, 1995), G A Kennedy, *Classical Rhetoric and its Christian and Secular Tradition from Ancient to Modern Times*, Londres, 1980.

³³ Cf R Mathison, «Epistolography, literary circles and family ties in late Roman Gaul», *TAPA*, 111 (1981), pp 95-109.

³⁴ Cf Averil Cameron, *Christianity and the Rhetoric of Empire* pp 200 ss, donde se estudia el siglo VI, y *passim*.

³⁵ Peter Brown, *The World of Late Antiquity*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1991, p 181.

³⁶ Como por ejemplo hace E Kitzinger, «The cult of images in the period before Iconoclasm», *Dumbarton Oaks Papers*, 8 (1954) pp 85-150, véase asimismo J Herrín, *The Formation of Christendom*, Oxford, 1987, pp 307 ss

³⁷ Brown, *World of Late Antiquity*. Para una colección de testimonios en torno a los iconos durante esta época, cf Mango, *Art*, y sobre las últimas décadas del siglo VI, véase Averil Cameron, «Images of authority: élites and icons in late sixth-century Byzantium», *Past and Present*, 84 (1979) pp 3-25.

³⁸ Cf L Cracco Ruggini «The ecclesiastical histories and the pagan historiography: providence and miracles», *Athenaeum*, n s, 55 (1977), pp 107-126, id, «Il miracolo nella cultura del tardo impero: concetto e funzione», en *Hagiographie, Cultures et Sociétés, IV'-XII' siècles*, París, 1981, pp 161-204, Averil Cameron, *Christianity and the Rhetoric of Empire*, capítulo VI.

³⁹ Cf Sebastian P Brock, «Greek into Syriac and Syriac into Greek», incluido en su obra titulada *Syriac Perspectives on Late Antiquity*, Londres, 1984, II, e id, «From antagonism to assimilation: Syriac attitudes to Greek learning», *ibid*, V

⁴⁰ Sobre todo este proceso a lo largo del siglo IV véase P Walker, *Holy City, Holy Places*, Oxford, 1990.

⁴¹ Cf H L Strack y G Stemberger, *Introduction to the Talmud and Midrash*, trad ingl, Edimburgo, 1990.

⁴² Cf R L Wilken, *John Chrysostom and the Jews*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1983, el capítulo II constituye una buena introducción para conocer cuál era la situación de los judíos en la Antigüedad tardía.

⁴³ Cf Jones, *LRE*, II, pp 944-950.

⁴⁴ En general, véase Lee I Levine, *Ancient Synagogues Revealed*, Jerusalem, 1981, y pp 90 ss acerca de Rehob.

⁴⁵ El término «paganismo» suscita un grave problema, por cuanto no designa una entidad propiamente dicha, sino que solo indica lo que no es cristiano, por eso algunos estudiosos prefieren utilizar los términos «politeísmo» y «politeísta» Pero esta solución también plantea problemas, y es que, por una

parte, algunos paganos eran esencialmente monoteístas, mientras que acaso mucha gente piense que el cristianismo era una religión menos monoteísta de lo que este término daría a entender.

⁴⁶ Cf Bowersock, *Hellenism in Late Antiquity*.

⁴⁷ En contra de las ideas más toscas de «reacción pagana» en la Roma de finales del siglo IV, cf Alan Cameron, «Paganism and literature in fourth century Rome», *Christianisme et formes littéraires de l'antiquité tardive*, Entretiens Hardt, 23, Ginebra, 1976, pp 1-40, id, «The latin revival of the fourth century», en W Treadgold, ed, *Renaissances before the Renaissance*, Stanford, 1984, pp 42-58.

⁴⁸ La principal fuente es la *Vida de Isidoro*, del filósofo neoplatónico ateniense Damascio (próximamente aparecerá una trad ingl de P Athanassiadi, *Translated Texts for Historians*, Liverpool)

⁴⁹ Para las leyes contra los paganos, cf CJ, I, 5,18,4,11,10 («la sacrilega locura de los helenos»), véase T Honoré, Tribonian, Londres, 1978, pp 14-16, E Stein, reseña de J R Palanque, *Histoire du Bas-Empire*, II, Paris y Amsterdam, 1949, reimpr 1968, pp 370-373. Fueron procesados el patricio Focas, el *quaestor sacri palatii* Tomas y el ex prefecto Asclepiodoto, este último se suicido, al igual que Focas, cuando en 546 fue juzgado por segunda vez acusado de los mismos cargos.

⁵⁰ Chuvin, *Chronicle of the Last Pagans*, pp 144 148, Bowersock, *Hellenism in Late Antiquity*, pp 35 ss.

⁵¹ Chuvin, *Chronicle of the Last Pagans*, pp 143 144, cf capítulo III.

⁵² Sobre Cesáreo, cf W Khngshirn, «Chanty and power Caesarius of Arles and the ran soming of captives in sub Roman Gaule», *JRS*, 75 (1985), pp 183-203. R A Markus, *The End of Ancient Christianity*, Cambridge, 1990, pp 202-211, quien subraya que cuando Cesáreo utiliza el término «pagano» se refiere a menudo tan solo a algo puramente consuetudinario Sobre la evangelización de la Italia septentrional a comienzos de esta época, cf Rita Lizzi, «Ambrose's contemporanes and the Christianization of northern Italy», *JRS*, 80 (1990), pp 156-173.

⁵³ Cf G Vikan, «Art medicine and magic m early Bizantium» *Dumbarton Oaks Papers*, 38 (1984) pp 65 86, H Magouhas, «The lives of Byzantine saints as sources of data for the history of magic in the sixth and seventh centuries A D sorcery, relies and icons», *Byzantion*, 37 (1967), pp 227-269, y Averil Cameron, «Providence and freewill in late antiquity», en Leo Howe y Alan Wam, eds, *Predicting the Future*, Cambridge, 1993. pp 118-143.

⁵⁴ «Discontinuity with the classical past in Byzantium», en Margaret Mullen y Roger Scott, eds, *Byzantium and the Classical Tradition*, Birmingham, 1981 p 57.

⁵⁵ Markus, *The End of Ancient Christianity*, pp 224-225 sugiere, por el contrario, que el proceso de cambio que conduce de la Antigüedad a la Edad Media —que este autor sitúa a finales del siglo VI— supuso una especie de cierre de horizontes, una «escisión epistemológica», un «drenaje de todo lo profano» (cf p 226), en contraposición con la mayor amplitud de horizontes del mundo cristiano durante el Bajo Imperio. Respecto a la delimitación de esos horizontes en Oriente, véase asimismo mi obra titulada *Christianity and the Rhetoric of Empire*, capítulo VI.

⁵⁶ Cf el estudio de los monasterios de Palestina realizado por Y Hirschfeld, *The Judaeen Desert Monasteries in the Byzantine Period*, New Haven, Conn, 1992 (nótese que el término «bizantino» se aplica aquí a la época que nosotros denominamos Antigüedad tardía).

⁵⁷ No parece que exista una guía general reciente de las vidas de santos y demás obras biográficas producidas durante la Antigüedad tardía, pero, en todo caso, véase Averil Cameron, *Christianity and the Rhetoric of Empire* especialmente el capítulo III. La obra de Patricia Cox, *Biography in Late Antiquity*, Berkeley y Los Angeles Calif 1983 es mas limitada de lo que su titulo da a entender, para Occidente, cf Alison Goddard Elliott, *Roads to Paradise*, Hannover y Londres, 1987, y a modo de animada introducción a ciertos materiales bastante curiosos procedentes de Oriente, véase Benedicta Ward, *Harlots of the Desert*, Oxford, 1987.

⁵⁸ Cf J N D Kelly, *Jerome*, Londres, 1975, P Brown, *The Body and Society Men, Women and Sexual Renunciation in Early Christianity*, Nueva York, 1988, pp 366-386 (hay trad cast *El cuerpo y la sociedad*, Muchnik, Barcelona, 1993)

⁵⁹ Cf R Lizzi, «Una societa esortata all'ascetismo misure legislative, motivazioni economiche», *Studi Storia*, 30 (1989), pp 129-153.

⁶⁰ Rasgo que trata de forma demasiado esquemática, aunque no se equivoca al hacer hincapié en el J Goody, *The Development of the Family and Mariage in Europe*, Cambridge, 1983, véase asimismo D I Kertzer y R P Saller, eds, *The Family in Italy from Antiquity to the Present*, New Haven, Conn, 1991.

⁶¹ Esa caridad podía ser individual o colectiva, respecto a la primera, cf F E Consolino, «Sante o patrone? Le aristocrazie tardoantiche e il potere della canta», *Studi Storici*, 4 (1989), pp 969-991. La propia Iglesia,

por medio de los obispos, adopto parte del papel desempeñado por los benefactores privados en el terreno de las obras públicas, cf B Ward-Perkins, *From Classical Antiquity to the Middle Ages Urban Public Building in Northern and Central Italy AD 300-850*, Oxford 1984.

⁶² La mayor parte de las numerosas cartas conservadas no nos dicen directamente nada del asunto, y tienen un carácter semipúblico o literario. La mejor fuente para la auténtica epistolografía privada es la que nos proporcionan los papiros, que a menudo conservan fragmentos de cartas escritas por la gente normal y corriente, aunque su interpretación resulta a veces sumamente difícil.

⁶³ El problema de los testimonios es analizado por E Patlagean, *Pauvrete economique et pauvrete sociale a Byzance, IV-VIII siecles*, París, 1977 pp 145-155.

⁶⁴ Brent D Shaw «Latín funerary epigraphy and family life in the later Roman empire», *Historia*, 33 (1984), pp 457-497 id, «The family in late antiquity», sobre los métodos anticonceptivos, cf Shaw, «The family in late antiquity», pp 44-47, y además véase K Hopkins, «Contraception in the Roman empire», *Comparative Studies in Society and History*, 8 (1965), pp 124-151 sobre el infanticidio y la venta de niños, cf Shaw, «The family in late antiquity», pp 43 ss.

⁶⁵ Cf Shaw, «Family in late antiquity», pp 10 ss, especialmente 28-38. Los historiadores contemporáneos discrepan en el sentido que atribuyen a la decisión de vivir en celibato tomada por Melania y otras mujeres de su época, pues según unos suponía cierto grado de liberación, y según otros era un acto antinatural y perverso, la actitud tomada aquí se muestra partidaria, aunque con cautela, más bien de la primera tesis.

⁶⁶ Shaw, «Family in late antiquity», p 39, y véase B Shaw y R P Saller «Close-kin marriage in Roman society», *Man n s*, 19 (1984), pp 432-444.

⁶⁷ Cf R Rosemary Ruether, ed, *Religion and Sexism*, Nueva York, 1974.

⁶⁸ Cf Elizabeth A Clark, *Jerome, Chrysostom and Friends*, Nueva York y Toronto, 1979.

⁶⁹ Así lo señala A Momigliano, «The Life of St Macrina by Gregory of Nyssa», en J Ober y J W Eadie, eds, *The Craft of the Ancient Historian*, Lanham, Maryland, 1985, pp 443-458.

⁷⁰ Véase especialmente la colección de artículos de Elizabeth A Clark, *Ascetic Piety and Women's Faith* Lewiston, NY, 1986, Franca Ela Consolino, «Modelli di comportamento e modi di santificazione per l'aristocrazia femminile dell'occidente», en *Giardina*, ed, I pp 273-306.

⁷¹ Cf Averil Cameron, *Christianity and the Rhetoric of Empire*, pp 165 ss. Respecto al conjunto de ideas y asociaciones que rodean al concepto mismo de la Virgen María, cf E Pagels, Adam, *Eve and the Serpent*, Londres, 1988.

⁷² Averil Cameron, «Virginity as metaphor», en Averil Cameron, ed, *History as Text*, Londres, 1989, pp 184-205. A Rousselle, *Porneia*, trad ingl, Oxford, 1989.

⁷³ Cf Ward, *Harlots of the Desert*.

⁷⁴ Cf el interesantísimo y pormenorizado estudio de J Beaucamp, *Le statut de la femme a Byzance (4e 7e siecle) I Le droit imperial*, París, 1990, *II Les pratiques sociales*, París, 1992. Véase asimismo A Arjava, «Women and law in late antiquity», Diss, Helsinki. Para una comparación con la situación reinante en Occidente cf Wendy Davies «Celtic Women in the early Middle Ages», en Averil Cameron y Amelle Kuhrt, eds, *Images of Women in Antiquity*, Londres, 1983, revisado en 1993, pp 145-166.

⁷⁵ Sobre el autoritarismo, cf Averil Cameron, *Christianity and the Rhetoric of Empire*, especialmente el capítulo VI, Brown, *Power and Persuasion in Late Antiquity*, capítulo IV.

7. Las transformaciones en la vida urbana y el final de la Antigüedad

¹ Respecto a la discontinuidad, C Mango, *Byzantium The Empire of New Rome*, Londres, 1980, capítulo III, «The disappearance and revival of cities», con la correspondiente bibliografía en pp 310-311. Sobre el debate, cf J Haldon, *Byzantium in the Seventh Century*, Cambridge, 1990, pp 99-124, Alan Harvey, *Economic Expansion in the Byzantine Empire 900-1200*, Cambridge, 1989, pp 22-31.

² La base en la que se fundamentan estas cifras es enormemente problemática, para el caso de Roma, disponemos de una breve introducción en Hodges y Whitehouse, pp 48-52. Para el de Constantinopla, cf Mango, *Byzantium The Empire of New Rome*, pp 75-78 (notable decadencia durante los siglos VII y VIII). En general, J Durliat, *De la ville antique a la ville byzantine*, París, 1990, es especialmente importante (véase infra, p 187).

³ La Antioquia del siglo VI constituye uno de los pocos casos en los que poseemos testimonios que nos permiten ver en acción este tipo de relación, cf el estudio de J H W G Liebeschuetz, *Antioch City and Imperial Administration in the Later Roman Empire*, Oxford, 1972. Respecto a Antioquia en épocas posteriores, véanse G Downey *A History of Antioch in Syria*, Princeton, NJ, 1961, y el excelente panorama trazado por J H W G Liebeschuetz y H Kennedy «Antioch and the villages of northern Syria in the fifth and sixth centuries AD trends and problems», *Nottingham Medieval Studies*, 23 (1988) pp 65-90 (reproducido en J H W G Liebeschuetz, *From Diocletian to the Arab Conquest*, Londres, 1990, p xvi)

⁴ A modo de introducción, con un análisis de algunos ejemplos concretos véase K Greene, *The Archaeology of the Roman Economy*, Londres, 1986, capítulo V.

⁵ T Potter, *The Changing Landscape of South Etruria*, Londres, 1979. Sobre otras prospecciones en Italia, como las de Molise, el *ager Cosanus*, o el valle del Lin, cf Greene, *Archaeology of the Roman Economy*, pp 103-109.

⁶ Greene, *Archaeology of the Roman Economy*, pp 114-122.

⁷ P Leveau, *Caesarea de Mauretanie une ville romaine et ses campagnes*, Roma, 1984. Para las prospecciones de los valles de Libia, cf Greene, *Archaeology of the Roman Economy* pp 127-132. En general, véase también D R Keller y D W Rupp, eds, *Archaeological Surveys in the Mediterranean Area*, Oxford, BAR, 1983.

⁸ Los informes anuales sobre los trabajos arqueológicos realizados en Grecia son publicados junto con el *Journal of Hellenic Studies* con el título de *Archaeological Reports*.

⁹ G Tchalenko, *Villages antiques de la Syrie du nord*, I-III, París, 1953-1958. Hasta hace poco no han empezado a revisarse los argumentos de Tchalenko, sobre todo en las obras de G Tate y sus colegas (véase, por ejemplo, G Tate, «Les campagnes de la Syrie du nord a l'époque proto-byzantine», en C Morrisson y J Lefort, eds, *Hommes et richesses dans l'empire byzantin I, IV'-VII' siècle*, París, 1989, pp 61-77, y cf Liebeschuetz y Kennedy, «Antioch and the villages of northern Syria», pp 70-72.

¹⁰ J M Dentzer, ed, *Le Hauran I-II*, París 1985, véase el artículo reseña de H Kennedy «Recent French archaeological work on Syria and Jordan», *Byzantine and Modern Greek Studies*, 11 (1987) pp 245-252, así como su artículo, «The last century of Byzantine Syria», *Byz Forsch*, 10 (1985), pp 141-143.

¹¹ Greene, *Archaeology of the Roman Economy*, p 140, y véase infra, capítulo 8.

¹² Véase, por ejemplo, J G Georges, *Les villas hispano-romanes, inventaire et problematique archéologiques*, París, 1979, quien pone de manifiesto que el valle del Guadalquivir no es en realidad un exponente típico de la situación reinante en el resto de España.

¹³ Cf por ejemplo Edith Wightman, *Roman Trier and the Treveri*, Londres, 1970, Liebeschuetz, Antioch.

¹⁴ C Mango, *Le développement urbain de Constantinople (IV'-VII' siècle)*, París, 1985, pone de manifiesto, basándose en buena parte en testimonios textuales, como la ciudad fue tomando forma paulatinamente, respecto a san Polieucto, véase supra p 72.

¹⁵ Para las inscripciones más antiguas, que irían de la época del Triunvirato al siglo III d C, cf Joyce Reynolds, *Aphrodisias and Rome*, Londres, 1982, de Diocleciano en adelante, véanse C M Roueche, *Aphrodisias in Late Antiquity*, Londres, 1989, y *Performers and Partisans at Aphrodisias*, Londres, 1993, R Cormack, «Byzantine Aphrodisias changing the symbolic map of a city», *PCPhS*, 36 (1990), pp 26-41, se opone al marco conceptual de «decadencia»

¹⁶ R R R Smith, «Late Roman philosopher portraits from Aphrodisias», *JRS*, 80 (1990), pp 127-155. Sobre Afrodisias en general, véase K Enin, *Aphrodisias City of Venus Aphrodite*, Londres, 1982 (con ilustraciones)

¹⁷ Cf Roueche, *Aphrodisias and Rome*, especialmente pp 60-84. Sevchenko, «A late antique epigram and the so-called eider magistrate from Aphrodisias», *Synthronon*, 2 (1968), pp 29-41.

¹⁸ Roueche, *Aphrodisias and Rome*, pp 153-154, Cormack, «Byzantine Aphrodisias»

¹⁹ Cf R R R Smith, «The imperial reliéifs from the Sebasteion at Aphrodisias», *JRS*, 11 (1987), pp 88-138.

²⁰ Para Efeso, véase Clive Foss, *Ephesus after Antiquity. A Late Antique, Byzantine and Turkish City*, Cambridge, 1979, para Apamea, cf J Ch y J Balty, *Actes du Colloque Apamee de Syrie*, I-III, Bruselas, 1969-1980, J Ch Balty, *Guide d'Apamee*, Bruselas, 1981, id, «Apamee au VIe siècle», en Morrisson y Lefort, eds, *Hommes et richesses*, I, pp 79-96.

²¹ Véase supra, capítulo 5, y véase además Frank E Wozniak, «The Justinianic fortification of Interior Illyricum», en R L Hohlfelder, ed, *City, Town and Countryside in the Early Byzantine Era*, Nueva York, 1982, pp 199-209, que señala asimismo la ineficacia de las obras de defensa realizadas por Justiniano de cara a las invasiones de los avaros y eslavos sobrevenidas a finales del siglo VI y comienzos del VII.

Véase asimismo B Isaac, *The Limits of Empire*, Oxford, 1990, pp 366-368, que analiza el valor del testimonio de Procopio.

²² Véase en general K W Russell, «The earthquake chronology of Palestine and north-west Arabia from the and through the mid 8 century AD», *Bull American Schools of Oriental Research*, 260 (1985), pp 37-60.

²³ Ideológico, porque la teoría de la decadencia urbana («hundimiento»), en palabras de Mango implica asimismo el rechazo de toda idea de continuidad entre Bizancio y el pasado clásico, actitud adoptada en otros tiempos por muchos estudiosos por motivos muy diversos.

²⁴ Últimamente han aparecido dos artículos que nos proporcionan sendas introducciones al tema bastante útiles, junto con una bibliografía exhaustiva, se trata de S Barnish, «The transformation of classical cities and the Pirenne debate», *Journal of Roman Archaeology*, 2 (1989), pp 385-400, y de M Whittow, «Ruhng the late Roman and early Byzantine city a continuous history», *Past and Present*, 129 (1990), pp 3-29 (centrado sobre todo en el Oriente Próximo). Pueden encontrarse muchas otras aportaciones interesantes a este respecto en J W Rich, ed, *The City in Late Antiquity*, Londres, 1992 (cf en especial W Liebeschuetz, «The end of the ancient city», pp 1-49), y J Drinkwater y H Elton, eds, *Fifth-century Gaul a Crisis of Identity?*, Cambridge, 1992.

²⁵ La época de mayor esplendor corresponde al periodo que va de mediados del siglo II a comienzos del III, aunque en el Norte de África sea un poco posterior, en esta zona son particularmente grandiosos los restos de ciudades como Dougga, Bulla Regia, Maktar o El Djem.

²⁶ Para estudiar todo este proceso visto a gran escala, cf G M Rogers, *The Sacred Identity of Ephesos*, Londres, 1991.

²⁷ Cf Isaac, *The Limits of Empire*, pp 368-369 Respecto a los edificios típicos de esas ciudades, véase D Claude, *Die byzantinische Stadt im 6 Jahrhundert*, Munich, 1969, pp 69-106.

²⁸ Cf Mango, *Byzantium The Empire of New Rome*, pp 69-71, que hace hincapié en esta afirmación.

²⁹ Véase el artículo de A Poulter, «The use and abuse of urbanism in the Danubian provinces of the later Roman empire», en Rich, ed, *The City in Late Antiquity*, pp 99-135.

³⁰ Cf T E Gregory, «Fortificaron and urban design in early Byzantine Greece», en Hohlfelder, ed, *City, Town and Countryside*, pp 54-55 Muchos otros quizá decidieran refugiarse en las islas, cf Sinclair Hood, «Isles of refuge in the early Byzantine period», *Annals of the British School at Athens*, 65 (1970), pp 37-45.

³¹ Cf C Bouras, «City and village, urban design and architecture», *16th Int Byz Congress*, 12, Viena, 1981, pp 255-278, G L Huxley, «The second dark age of the Peloponnese», *Lakonikai Spoudai*, 3 (1977), pp 84-110, P Charanis, «The Chronicle of Monemvasia and the question of Slavonic settlements in Greece», *Dumbarton Oaks Papers*, 5 (1950), pp 139-166.

³² Véase la relación sucinta de testimonios en Hodges y Whitehouse, pp 56-61 y *passim* (aunque sobre este libro cf, por ejemplo, Barnish, «The transformation of classical cities»).

³³ Alison Frantz, *The Athenian Agora XIV Late Antiquity AD 267-700*, Princeton, NJ, 1988, pp 93-94, 117-122 Sobre los testimonios de carácter numismático, cf D Metcalf, «The Slavoic Threat to Greece», *Hesperia*, 31 (1962), pp 134-157, id, «Avar and Slav invasions into the Balkan Peninsula (c 575-625) the nature of the numismatic evidence», *Journal of Roman Archaeology*, 4 (1991), pp 140-148.

³⁴ Cf Liebeschuetz y Kennedy, «Antioch and the villages of northern Syria», pp 66 67, y véase infra, capítulo 8.

³⁵ Respecto a Anemunum, cf J Russell, «Byzantine instrumenta domestica from Anemunum the significance of context», en Hohlfelder, ed, *City, Town and Countryside*, pp 133-134.

³⁶ Cf Clive Foss, *Byzantine and Turkish Sardis*, Cambridge, Mass, 1976, pp 53 ss, id, *Ephesus after Antiquity*, pp 103 ss, y sobre todo sus artículos «The Persians in Asia Minor and the end of antiquity», *English Historical Review*, 90 (1975), pp 721-747 (sobre el cual véase F R Trombley, «The decline of the seventh-century town the exception of Euchaita», en Sp Vyroms Jr, *Byzantine Studies in Honor of M V Anastos, Byzantina and Metabyzantina*, 4 (1985), Apéndice III), y «Archaeology and the "Twenty Cities" of Byzantine Asia», *AJA*, 81 (1977), pp 469-486 (reproducidos ambos en su obra *History and Archaeology of Byzantine Asia Minor*, Londres, 1990) W Brandes, *Die Stadte Kleinasiens im 7 und 8 Jahrhundert*, Berlín, 1989, constituye un estudio detallado de los testimonios relacionados con las ciudades de Asia Menor en general, y sobre todo de la cuestión de la «continuidad relativa» de determinados asentamientos.

³⁷ Véase el excelente estudio de Hugh Kennedy, «From Polis to Madina urban change in late antique and early Islamic Syria», *Past and Present*, 106 (1985), pp 3 27, respecto a la «ocupación abusiva» en la

principal calle porticada de Antioquia, cf Liebeschuetz y Kennedy, «Antioch and the villages of northern Syria», pp 65-66 Véase asimismo H Kennedy, «Antioch from Byzantium to Islam and back again», en Rich, ed, *The City in Late Antiquity*, pp 181-198.

³⁸ Respecto a Cesárea, cf Robert L Vann, «Byzantine street construction at Caesarea Maritima», en Hohlfelder, ed, *City, Town and Countryside*, pp 167-170. Una inscripción imperial ha venido a corroborar la identificación de la Iglesia Nueva de Jerusalen, cf N Avigad, «A building inscription of the Emperor Justinian and the Nea in Jerusalem», *Israel Exploration Journal*, 27 (1977), pp 145-151.

³⁹ Cf Whittow, «Ruhng the late Roman and early Byzantine city», pp 13-15 Respecto a los mosaicos, véanse G W Bowersock, *Hellenism m Late Antiquity*, Cambridge, 1990 capitulo VI, M Piccirillo, *Chiese e mosam di Mudaba*, Jerusalen, 1989, id, «The Umayyad churches of Jordan», *Ann Dept of Antiquities of Jordan*, 28 (1984), pp 333-341.

⁴⁰ Whittow, «Ruling the late Roman and early Byzantine city», pp 17 (parte de un argumento más general basado en las grandes cantidades de plata existentes en las iglesias de Siria, sobre lo cual véase el capitulo 3)

⁴¹ Cf T J W Wilkinson, *Town and Country in S E Anatolia Settlement and Land Use at Kurban Hoyuk*, Chicago, 111, 1990, pp 117 ss, 131-132 Entre las posibles causas de ese crecimiento en los primeros momentos podemos incluir la construcción de vías de comunicación tras la conversión en provincia de Osroene (finales del siglo II) o la concentración de fuerzas y las consiguientes necesidades del ejército con anterioridad a las guerras contra los persas del siglo VI, como señala Wilkinson (y véase el capitulo 8), esta expansión se produjo también en otras zonas de Oriente, desde el norte de Siria hasta el sur de Palestina El «estrepitoso declive» de los asentamientos rurales parece que fue fruto de las invasiones persas e islámicas, se ha defendido también la tesis de que hacia el siglo VIII se produjo una huida masiva de la población de las aldeas que rodean Edesa, Jarran y Amida (Diyarbakir)

⁴² Whittow, «Ruling the late Roman and early Byzantine city» p 16, con la correspondiente bibliografía.

⁴³ Editada con traducción francesa en A J Festugiere, París, 1974.

⁴⁴ Cf R Cormack, *Writing in Gold* Londres, 1985, capitulo II, texto editado por P Lemerle, *Les plus anciens recueils des miracles de Saint Demetrius* 2 vols, París, 1979-1981.

⁴⁵ Véase el análisis que hace F R Trombley, «The decline of seventh century town», pp 65-90. Las Vidas de Teodoro de Siceon y Juan el Limosnero están traducidas al ingles en E Dawes y N Baynes, *Three Byzantine Saints* Oxford, 1948, reimpresso en 1977.

⁴⁶ Mango, *Byzantium. The Empire of New Rome*, pp 68-69, hace mucho hincapié en los supuestos efectos demográficos en contra, Whittow, «Ruling the late Roman and early Byzantine city», p 13, para una argumentación razonada de los peligros que entraña prestar demasiado crédito a los testimonios literarios, cf J Durhat, «La peste du VIe siecle» en Morriison y Lefort, eds, *Hommes et richesses* I pp 107-119 Sin embargo, las necrópolis de Occidente parecen mostrar rastros en ese sentido.

⁴⁷ Y Hirschfeld, *The Judaeen Desert Monasteries in the Byzantine Period* New Haven, Conn, 1992, p 228. La fuente es la *Vida de san Ciriaco*, escrita por Cirilo de Escitopolis.

⁴⁸ Cf Whittow, «Ruling the late Roman and early Byzantine city», p 15, hablando de Anemurium, con la bibliografía pertinente Respecto a Antioquia, véase Liebeschuetz y Kennedy, «Antioch and the villages of northern Syria» Los arqueólogos creen que la gran ciudad de Escitopolis (Bet Shean) en la Galilea septentrional, bastante floreciente aun por aquel entonces, fue victima de un grave terremoto registrado hacia mediados del siglo VIII.

⁴⁹ Cf S Thomas Parker, *Romans and Saracens A History of the Arabian Frontier*, Winona Lake 1986.

⁵⁰ Cf I Sevckenko y N P Sevckenko, *The Life of St Nicholas of Sion*, Brookhne, Mass, 1984 parágrafos 52-55. Según parece, ofrecer al señor bueyes y matarlos, para después celebrar un banquete, era una de las especialidades de Nicolás (parágrafos 87-91) También era muy bueno cuando se trataba de financiar la restauración de la iglesia y de asegurar una buena cosecha (parágrafos 91-95)

⁵¹ Siempre sobre este mismo asunto, véase G Dagon, «Le christianisme dans la ville byzantine», *Dumbarton Oaks Papers*, 31 (1977), pp 3-25 (reproducido en su libro *La romanite chretienne* Londres, 1984)

⁵² Para un buen estudio de todo esto, véase J M Spieser, «L'evolution de la ville byzantine de l'epoque paleochretienne a l'iconoclasme» en Morriison y Lefort, eds, *Hommes et richesses* I, pp 97-106, especialmente 102-106.

⁵³ Respecto a las constantes exigencias planteadas por el gobierno central a las ciudades desde los tiempos del Principado, cf F G B Millar «Empire and city, Augustus to Julian obligations, excuses, status», *JRS*,

73 (1983), pp 76-96, y véase supra capítulo 4 La «fuga de curiales» es estudiada por Whittow, «Ruling the late Roman and early Byzantine city» pp 4-12.

⁵⁴ Para todos estos hechos, cf Jones, *LRE*, II, pp 757-763. Respecto a la figura del *pater tés poleos*, véase C M Roueche, «A new inscription from Aphrodisias and the title "Pater tes poleos"» *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 20 (1979), pp 173-185.

⁵⁵ *LRE*, II, p 762.

⁵⁶ Cf E Patlagean, *Pauvreté économique et pauvreté sociale à Byzance, IVe VIIe siècles*, París, 1977.

⁵⁷ Spieser, «L'evolution de la ville byzantine», p 102.

⁵⁸ Respecto a la nueva clase gobernante, cf F Winkelmann, *Byzantinische Rang- und Amterstruktur im 8 und 9 Jahrhundert Faktoren und Tendenzen ihrer Entwicklung*, Berlín, 1985, id, *Quellenstudien zur herrschenden Klasse von Byzanz im 8 und 9 Jahrhundert*, Berlín, 1987, véase asimismo M Angold, «The shaping of the medieval Byzantine "City"», *Byzantinische Forschungen*, 10 (1985), pp 1-37.

⁵⁹ Cf M C Mundell Mango, *Silver from Early Byzantium*, Baltimore, Maryland, 1986, pp 3,6, 11-15, y véase también Whittow, «Ruling the late Roman and early Byzantine city», pp 16-18, que tiene toda la razón al llamar la atención sobre este fenómeno, aunque se equivoca al concluir que se trata de un signo de prosperidad general. El panorama general queda perfectamente reflejado en Spieser «L'evolution de la ville byzantine», pp 103-106.

⁶⁰ Cf Whittow, «Ruling the late Roman and early Byzantine city» pp 21-28. Tesalonica ofrece una insólita combinación de testimonios plásticos y textuales, cf Cormack, «Byzantine Aphrodisias», también la Vida de san Teodoro tiene una importancia extraordinaria por las indicaciones que da de sus ambientes plásticos (ibid, pp 17 49). Más comentarios en torno a la Vida de san Teodoro de Siceon en F R Trombley, «Monastic foundations in sixth-century Anatolia and their role in the social and economic life of the countryside», *Greek Orthodox Theological Review* 30 (1985), pp 65-90, artículo valioso por su estudio de la interacción que se producía entre los monasterios, las aldeas (como la propia Siceon) y las ciudades.

⁶¹ Hodges y Whitehouse, p 30 (refiriéndose a «Occidente»).

⁶² Cf capítulo 3, y G Fowden, «Bishops and temples in the eastern Roman empire 320-435», *JThS*, n s, 29 (1978), pp 53-78.

⁶³ Para un buen estudio de la violencia urbana y de sus causas económicas y sociales en el contexto general del urbanismo tardorromano cf Patlagean, *Pauvreté économique et pauvreté sociale*, pp 203-231.

⁶⁴ Cf ibid, pp 216-217.

⁶⁵ Cf C M Roueche, *Performers and Partisans at Aphrodisias*, Londres, 1993, con abundancia de testimonios epigráficos y de otro tipo.

⁶⁶ Cf Alan Cameron, *Circus Factions*, Oxford, 1976, pp 237 ss, que cita a Liebeschuetz, *Antioch*, pp 210 ss.

⁶⁷ Alan Cameron, *Porphyrius the Charioteer*, Oxford, 1972, analiza todos los testimonios y efectúa una ingeniosa reconstrucción de los monumentos, respecto a la violencia de las facciones, cf pp 232-233.

⁶⁸ Cf Alan Cameron, *Porphyrius*, pp 214-222.

⁶⁹ R Cormack, «The wall-painting of St Michael in the theatre», *Aphrodisias Papers*, 2, Ann Arbor, Michigan, 1991, pp 109-122.

⁷⁰ Cf Alan Cameron, *Porphyrius*, pp 257.

⁷¹ Patlagean, *Pauvreté économique et pauvreté sociale*, p 215. Sobre las aclamaciones, cf C M Roueche, «Acclamations in the later Roman empire new evidence from Aphrodisias», *JRS*, 74 (1984), pp 181-199.

⁷² Cf Durhat, *De la ville antique a la ville byzantine*, pp 585 y ss.

El Mediterráneo oriental: asentamientos y cambios

¹ Pero véase infra.

² Cf Y Tsafrir et al, *Excavations at Rehovot in the Negev*, I, Qedem 25, Jerusalem, 1988.

³ Respecto a la balanza, cf Y Tsafrir y G Foerster, *Excavations and Surveys in Israel* 9 (1989-1990) p 126, Bet Shean fue reconstruida después del terremoto aunque a una escala mucho menor. Para la inscripción de Hammat Gader, cf Y Hirschfeld y G Solar, «The Roman thermae at Hammat Gader preliminary report of three seasons of excavations», *Israel Exploration Journal*, 31 (1981), pp 203-205.

⁴ Para una curiosísima demostración de todo esto, cf D Kennedy y D Riley, *Romes Desert Frontier from the Air*, Londres, 1990 pp 70-76.

⁵ B Isaac, *The Limits of Empire*, Oxford, 1990, pp 247-248. Para otros pactos parecidos con las tribus árabes en tiempos de Justiniano, cf Procopio, *BP*, 1, 19, 8-13 (Abukarib), para todo este asunto, véase M Sastre, *Trois etudes sur l'Arabie romaine et byzantine*, Coll Latomus, 178, Bruselas, 1982.

⁶ El reino de Himyar es conocido por diversas fuentes, tan importantes como difíciles, véase el detallado estudio de Z Rubín, «Byzantium and southern Arabia the policy of Anastasius», en D H French y C S Lightfoot, eds, *The Eastern Frontier of the Roman Empire II*, Oxford, BAR, 1989, pp 383-420, especialmente 386 y ss, I Shahid, *The Martyrs of Najran*, Bruselas, 1971, id, «Byzantium in south Arabia», *Dumbarton Oaks Papers*, 33 (1979), pp 23-94. Respecto a Arabia, véase asimismo D T Potts, *The Arabian Gulf in Antiquity*, II, Oxford, 1990 (estudio presentado cronológicamente por regiones).

⁷ Cf Z Rubín, «Diplomacy and war in the relations between Byzantium and the Sassanids in the fifth century AD», en P Freeman y D Kennedy, eds, *The Defence of the Roman and Byzantine East*, Oxford, BAR, 1986, pp 677-697, contra la tesis tradicional de que La Meca era un centro de intercambio mercantil con países lejanos, cf P Crone, *Meccan Trade and the Rise of Islam*, Princeton, NJ, 1987.

⁸ Cf la utilísima introducción al tema que aparece en S P Brock y S Ashbrook Harvey, *Holy Women of the Syrian Orient*, Berkeley y Los Angeles, Calif, 1987, G W Bowersock, *Hellenism in Late Antiquity*, Cambridge, 1990, capítulo III.

⁹ Sobre la importancia de Efen, cf R Murray, *Symbols of Church and Kingdom a Study in Early Christian Tradition*, Cambridge, 1975, en cuanto a la influencia griega, véase S Griffith, «Ephraem, the deacon of Edessa and the church of the empire», en T Halton y J P Williams, eds, *Diakonia Studies in Honor of Robert T Meyer*, Washington DC, 1986, pp 22-52. La única historia de Edesa existente en inglés es la de J B Segal, *Edessa The Blessed City*, Oxford, 1970, pero recientemente se ha publicado un libro en español que estudia el problema concreto de Edesa y la cultura griega, y que resulta muy útil para corregir el aura excesivamente romántica que rodea a la figura de Efen, cf J Teixidor, *La filosofía traducida*, Barcelona, 1991.

¹⁰ Últimamente se ha prestado alguna atención al concepto de «helenismo», cf Fergus Millar, «Empire, community and culture in the Roman Near East Syrians Jews and Arabs», *Journal of Jewish Studies*, 38 (1987), pp 143-164, y (para el periodo helenístico) Amelle Kuhrt y Susan Sherwin-White, eds, *Hellenism in the East*, Londres 1987, Bowersock, *Hellenism in Late Antiquity*.

¹¹ Cf Averil Cameron, «The Eastern provinces in the seventh century AD Hellenism and the emergence of Islam», en S Said. *Quelques alons pour une histoire de l'identite grecque*, Actes du Colloque de Strasbourg, 25-27 de octubre de 1989, Leyden, 1991, pp 289-313.

¹² Idea subrayada por I Shahid, *Rome and the Arabs*, Washington DC, 1984, id, *Byzantium and the Arabs in the Fourth Century*, Washington DC, 1984 id, *Byzantium and the Arabs in the Fifth Century*, Washington DC, 1990. Aunque esta plenamente justificado el énfasis que pone el autor en esta idea sigue en pie el problema de la definición.

¹³ Potts, *Arabian Gulf II*, pp 221, 227, 241 y ss. Tras la irrupción del islam siguieron existiendo en la zona comunidades cristianas y judías (cf p 221, nota 105)

¹⁴ *Ibid*, p 339.

¹⁵ *Ibid*, pp 244-245.

¹⁶ Sobre los estilitas, véase el capítulo 3, respecto a los debates de Constantinopla, cf S P Brock, *Syriac Perspectives on Late Antiquity*, Londres, 1984, n ° XI, sobre la cristianización de Siria, cf J H W G Liebeschuetz, *From Diocletian to the Arab Conquest*, Londres, 1990, n ° VIII y IX.

¹⁷ Estamos bastante bien informados de estas campañas por las *Historias de Teofilacto Simocatta* escritas durante el reinado de Heraclio (610-641), la relación de los hechos escrita por Menandro Protector, continuador de la obra de Agatias, se nos ha conservado únicamente de forma fragmentaria, pero gracias al interés por la diplomacia de los compiladores bizantinos de época posterior, poseemos amplias secciones de su historia que hacen referencia a las relaciones existentes entre Bizancio y Persia en tiempos de Justino II y Tiberio, Véase la Bibliografía crítica selecta.

¹⁸ La cronología de algunos de estos acontecimientos, de los cuales solo podemos presentar aquí un pequeño resumen, resulta muy difícil de determinar debido a la naturaleza de las fuentes (en especial las crónicas bizantinas de Teofanes y el *Chronicon Paschale*, y la historia en lengua armenia atribuida a Sebeo, trad franc F Macler, París, 1904), para Asia Menor, cf Clive Foss, «The Persians in Asia Minor

and the end of antiquity», *EHR*, 90 (1975), pp 721-747 (pero cf capítulo VII), para un resumen general, cf J Herrín, *The Formation of Christendom*, Oxford, 1987, pp 186-200, 203-204.

¹⁹ Cf J Frenco, «The poetic achievement of George of Pisidia», en A Moffat, ed, *Maistor Classical, Byzantine and Renaissance Studies for R Browning*, Canberra, 1985, pp 159-188.

²⁰ Los diversos acontecimientos que condujeron a la conquista son también difíciles de fechar y resulta incluso complicado establecerlos con seguridad, aunque no es este el lugar para entrar en detalles, cf además H Kennedy, *The Prophet and the Age of the Caliphates*, Londres, 1986, capítulo III, para un estudio pormenorizado de todo ello, basado sobre todo en las fuentes árabes, cf F M Donner, *The Early Islamic Conquests*, Princeton, NJ, 1981, pp 128-155, véase además W E Kaegi Jr, *Byzantium and the Early Islamic Conquests*, Cambridge, 1992. Deberíamos advertir a los interesados en estos estudios que la cronología de los relatos aparentemente simples de la conquista que aparecen en las obras modernas a menudo pueden inducir a error.

²¹ Cf Herrín, *Formation of Christendom*, pp 197-200.

²² Para un breve relato de los hechos, cf Jones, *LRE*, I, pp 315 ss, sobre los motines de las facciones en las ciudades de Oriente, véase supra, pp 185 ss.

²³ Para un análisis general, cf P Mayerson, «The first Muslim attacks on southern Palestine», *TAPA*, 95 (1964), pp 155-199

²⁴ Cf A Sharf, *Byzantine Jewry from Justinian to the First Crusade*, Londres, 1971, S Leder, «The attitude of the population, especially the Jews, towards the Arab-Islamic conquest of Bilad al-Sham and the question of their role therein», *Die Welt des Orients*, 17 (1986), pp 64-71. Pueden encontrarse vanos artículos importantes acerca de los judíos en relación con todo este asunto, así como una edición comentada y una traducción francesa de la *Doctrina Jacobi* (cf nota 26) en la revista *Travaux et memoires*, 11 (1991)

²⁵ Puede verse una introducción muy útil a todos estos temas tan complicados en J Meyendorff, *Imperial Unity and Christian Divisions the Church 450-680 AD*, Crestwood, NY, 1989. Para las reacciones de Bizancio ante las conquistas árabes, véase W E Kaegi Jr, «Initial Byzantine reactions to the Arab conquests», *Church History*, 38 (1969), pp 139-149.

²⁶ Edición comentada y traducción francesa de V Déroche, en colaboración con G Dagron, *Travaux et memoires*, 11 (1991), pp 47-2.73

²⁷ Cf F G B Millar, «Emperors, frontiers and foreign relations, 31 B C to 378 A D », *Britannia*, 13 (1982), pp 1-23, J C Mann, «Power, force and the frontiers of the empire» (estudio-reseña del libro de Luttwak), *JRS*, 69 (1979), pp 175-183, Isaac, *The Limits of Empire*, véanse además en general Freeman y Kennedy, eds, *The Defence of the Roman and Byzantine East*, S Thomas Parker, *Romans and Saracens A History of the Arabian Frontier*, Winona Lake, 1986, un panorama histórico muy interesante, con mapas muy útiles y espléndidas reproducciones, aparece en Kennedy y Riley, *Rome's Desert Frontier from the Air*.

²⁸ Fergus Millar, «Empire, community and culture», pp 143-164, concretamente en pp 145 ss.

²⁹ Respecto a la «amenaza sarracena» que se cernía sobre Roma, véase el importante artículo de D Graf, «The Saracens and the defence of the Arabian frontier», *Bull Am Schools of Oriental Research*, 229 (1978), pp 1-26, e id, «Rome and the Saracens reassessing the nomadic menace», en T Fahd, ed, *L'Arabie préislamique et son environnement historique et culturel*, Colloque Strasbourg, junio de 1987, Leyden, 1989, pp 341-400.

³⁰ Para estos argumentos, véase en particular Isaac, *The Limits of Empire*, capítulo IV, pp 161-218, y también Kennedy y Riley, *Rome's Desert Frontier from the Air*, pp 32-37, 237-238, Isaac ha defendido también la tesis de que el término *limes* no significa en realidad «límite», como suele pensarse, sino simplemente «zona fronteriza» La principal fuente para las campañas de Juliano y la pérdida de Nisibis es Amiano Marcelino, cf John Matthews, *The Roman Empire of Ammianus*, Londres, 1989, y también M H Dodgeon y S N C Lieu, *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars AD 226-363*, Londres, 1991 (fuentes)

³¹ Véase supra, capítulo 2. Sobre las legiones y el número de sus integrantes, cf. Kennedy y Riley, *Rome's Desert Frontier from the Air*, pp. 43-45; sobre los *limitanei*, véase B. Isaac, «The meaning of "limes" and "limitanei" in ancient sources», *JRS*, 78 (1988), pp. 125-177. Ello no supone negar que estos soldados se dedicaran en ocasiones a cultivar la tierra; testimonio de ello es el edicto fiscal del siglo V procedente de Beersheba (cf. Parker, *Romans and Saracens*, p. 146).

³² Cf. R. N. Frye, «The political history of Irán under the Sasanians», *Cambridge History of Iran*, III. 1 (1983), pp. 116-180.

³³ Michael Whitby, *The Emperor Maurice and his Historian*, Oxford, 1988, pp. 292-304. El relato de Teofilacto en el que se cuenta la restauración de Cosroes II se halla en *Hist*, V, 1-3.

³⁴ Para un estudio de todos estos temas véase R. Schick, *The Christian Communities of Palestine from Byzantine to Islamic Rule: a Historical and Archaeological Assessment*, Princeton, NJ, 1993.

³⁵ Isaac, *The Limits of Empire*, pp. 239-240; Millar, «Empire, community and culture», p. 154.

³⁶ Se trata de al-Harith b. Jábala, que no debemos confundir con al-Harith b. 'Amr, asesinado por el filarca lajmí, aliado de los persas, al-Mundhir en 528 (cf. Malalas, *Crónica*, trad. ingl. de Jeffreys, p. 252); al-Harith b. 'Amr tuvo una hija cristiana, llamada Hind; cf. Martindale, *PLRE*, II, pp. 139-140.

³⁷ Sobre todos estos temas, cf. Isaac, *The Limits of Empire*, pp. 238-249; Sartre, *Trois études*, pp. 153-203; Parker, *Romans and Saracens*, pp. 149-154; Kennedy y Riley, *Rome's Desert Frontier from the Air*, pp. 36-39; Parker, *Romans and Saracens*, p. 153; y además J. H. W. G. Liebeschuetz, «The defences of Syria in the sixth century», en su obra *From Diocletian to the Arab Conquest*, n° XX.

³⁸ Véase Bowersock, *Hellenism in Late Antiquity*, capítulo VI, «Hellenism and Islam»; y también G. Fowden, *Empire to Commonwealth. The Consequences of Monotheism in Late Antiquity*, Princeton, NJ, 1993.

Conclusión

¹ Jones, *LRE*, I, pp. 304-307.

² Véase la digresión de Teofilacto sobre este tema, VII, 7, 6 ss.; cf. M. Whitby, *The Emperor Maurice and his Historian*, Oxford, 1988, pp. 315-317. Y en general véase D. Obolensky, *The Byzantine Commonwealth. Eastern Europe AD 500-1453*, Londres, 1971.

³ Cf. J. Tainter, *The Collapse of Complex Societies*, Cambridge, 1988; Greg Woolf, «World-systems analysis and the Roman empire», *Journal of Roman Archaeology*, 3 (1990), pp. 44-58.

⁴ Así K. Randsborg, *The First Millennium AD in Europe and the Mediterranean. An Archaeological Essay*, Cambridge, 1991. Véase asimismo Z. Rubin, «The Mediterranean and the dilemma of the Roman Empire in late antiquity», *Mediterranean Historical Review* (1986), pp. 32-47.

⁵ Para los dos primeros conceptos, cf., por ejemplo, J. Le Goff, *Medieval Civilization* (trad. ingl.), Londres, 1988; (hay trad. cast.: *La civilización del occidente medieval*, Juventud, Barcelona, s.a.); A. Kazhdan y A. Wharton Epstein, *Change in Byzantine Culture in the Eleventh and Twelfth Centuries*, Berkeley y Los Ángeles, Calif., 1985, capítulo I; Alan Harvey, *Economic Expansion in the Byzantine Empire 900-1200*, Cambridge, 1989, capítulo I. En cuanto al último de ellos, A. Hourani, *A History of the Arab Peoples*, Londres, 1991.

⁶ Benedict Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, 1983; cf. E. Gellner, *Thought and Change*, Londres, 1964, pp. 150 ss., 174 ss.